

423 COLORES

Una niña ciega, el amor de un padre
y una esperanza más allá del mar



JUAN GALLARDO
RAFAEL AVENDAÑO

VERSATIL
narrativa

423 COLORES

JUAN GALLARDO, RAFAEL AVENDAÑO

Título: *423 colores*

© Juan Gallardo y Rafael Avendaño, autores.

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.^a edición: noviembre 2018

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2018: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

QUERIDA GHADA

Ayer observé mi cara en el espejo y en cada nuevo surco que descubriría en mi piel sentí que habitaba una marca de agua. El rostro que me mira desde el otro lado del frío cristal acumula una historia de dolor que reverbera en mis recuerdos. Muchos hombres, como el pobre envejecido que me clava sus ojos, llegan a una edad en la que sienten bofetadas de remordimientos. Yo ni siquiera puedo permitirme ese lujo, yo acumulo el dolor de la realidad y el dolor de la imaginación, porque cada vez que reviso lo ocurrido e imagino que cambio mis decisiones, cada una de ellas me lleva a un nuevo desenlace espantoso. Sufro por lo ocurrido y también por lo que no ocurrió.

Llevo mucho tiempo demorando escribirte esta carta, demasiado. Necesito que conozcas, hija mía, tu historia, mi historia, la historia de lo que pasó en Siria, nuestro país.

Te imagino leyendo esta carta y preguntándome: «Pero ¿qué dices papá? ¡Yo también estaba ahí cuando todo eso ocurrió! ¿Qué podrías contarme que no supiera?». Y serían buenas preguntas, porque desde que llegué a las costas de Grecia yo me cuestiono lo mismo. ¿Cuánto fuiste capaz de deducir de la realidad, sumida como estabas en la oscuridad? ¿Cuánto creíste del mundo imaginario que creé para ti? ¿Cuánta fantasía creaste tú misma?

Las decisiones que tomé en aquella época, desde que comenzó la revolución hasta que nos embarcamos en aquella escuálida embarcación, son ya una cuestión del pasado; si fueron acertadas, lo sabrás tú mejor que yo, y si no lo fueron del todo, espero que sepas perdonarme.

Son tantos los recuerdos, querida hija, que escribir esta carta me llevará varios días, intentaré no omitir nada relevante.

Pero lo mejor es empezar por el principio.

Alguna vez me dijiste, mi querida escritora, que a cada recuerdo le otorgamos las tres partes básicas de una historia: que todo relato necesita un principio (que sería el planteamiento), luego un conflicto y, finalmente, una resolución, que sería el desenlace. Cuando pienso en el concepto de «principio», concluyo que he tenido muchos en mi vida, pero si tengo que elegir el más bonito de todos, sería el principio de mi paternidad, que arrancó el día que viniste al mundo.

Recuerdo con tanta emoción tu nacimiento, Ghada. Cuando tuve tu cuerpo en mis brazos, tan ligero que pensé que si los dejaba caer, flotarías. Tu cara era un mensaje de Dios, o el amor hecho materia. Los rostros de los doctores, sin embargo, se esforzaban en erosionarme el entusiasmo, y es que les preocupaba que tu llanto no alcanzaba el nivel de dramatismo que, según ellos, despliegan los bebés sanos (supongo que deben tomarse el nacimiento como una gran desgracia). Tu madre y yo nos dejamos convencer para que te mantuvieran unos días en la incubadora —una o dos semanas— me decían, para que cogieras el peso adecuado. Para tu mamá y para mí eras perfecta. Te pusimos de nombre Ghada porque estabas colmada de gracia y no parabas de moverte dentro de aquella incubadora, con tu eterna sonrisa en la carita.

Sin embargo, cuando saliste de la incubadora y te llevamos a casa, me di cuenta de que algo había cambiado. Eras igual de hermosa que antes, tal vez algo más regordeta y pesada, pero la calma que irradiabas, en lugar de darme paz, empezó a angustiarme.

Esa misma noche soñé con tu cuerpo inerte flotando en un vacío de oscuridad.

A la mañana siguiente, comprobé que no reaccionabas a la luz, aunque te pusiera una linterna frente a los ojos, pero bastaba el roce de mis manos en la madera de tu cuna para que te estremecieras.

—Es muy pequeña todavía —me dijo tu mamá—, espera unos días, los niños no nacen viendo bien.

No le hice caso, las palabras de tu madre decían una cosa, pero sus ojos reflejaban intranquilidad, y te llevamos al doctor.

«Fibroplasia retralental» fue lo que nos dijo el doctor, en una consulta que se contagió de la hora celeste y del llanto callado de tu madre. Querida Ghada, ya entonces fuiste capaz de sentir el dolor en el pecho de tu madre, y comenzaste a llorar con las ganas que te habían faltado al venir al mundo.

Habías perdido la visión por un exceso de oxígeno en la incubadora. Perdiste la vista, ya sé que no te gusta que te llamen ciega, amor mío.

—No debería haberla metido en la incubadora —le dije al doctor, que no fue capaz de sostenerme la mirada.

No es fácil para unos padres aceptar algo semejante, pero tú, ya desde que eras un bebé, te empeñaste en demostrarnos que podías ser feliz, alcanzar una vida plena. Eras un bebé tan plácido, Ghada, tan sonriente, que no faltó quien nos dijera que Dios nos había enviado una bendición contigo. A mí, sin embargo, me costaba mucho aceptar tu falta de visión, no por lo que me afectara a mí o a tu mamá, sino por ti. No son lo mismo las tinieblas que la luz, y, sin embargo, ahí estaba tu eterna sonrisa, empeñada en sosegar mi desánimo cada día.

Cuando ya sabías hablar perfectamente, debías tener unos tres o cuatro añitos, me pediste que fuera tus ojos. Me costó mucho contener la emoción en aquel momento, pero decidí que siempre, tal como me pediste, te describiría cada color, cada matiz, cada sombra y cada destello. Mi felicidad era dártelo todo, y te hubiera dado hasta mi aliento. Desde que llegaste al mundo tenías mi corazón, ahora tendrías además mis ojos, intentaría ver las cosas como pensaba que tú las verías, para poder contártelas después.

Alepo era entonces, antes de que los dragones derramaran su fuego y su aliento en sus calles, un lugar maravilloso para nuestra pequeña familia. Las calles rebosaban vida y optimismo desde que el sol emergía sobre el contorno de la Ciudadela hasta que desaparecía al otro lado del horizonte. Siendo muy joven, tuve la oportunidad de estudiar un semestre en París, y lo que más me impresionó fue darme cuenta del concepto tan equivocado que los occidentales tienen de toda la región árabe y de Siria en particular. Ellos piensan que nuestras vidas son miserables, que somos gente triste y oprimida que vive en cuevas, sin disfrutar de los avances tecnológicos más básicos. ¡Nada más lejos de la realidad! La gente de Alepo, además, era extremadamente honesta y honrada comparada con los occidentales, podías dejar las puertas de tu casa abierta, y nadie entraría sin permiso, ¡y mucho menos te robaría! De hecho, eso era algo que siempre había dado por sentado hasta que visité Occidente.

Yo trabajaba en un banco como interventor y tu madre era profesora, una *seño*, como tú las llamabas en el colegio. Cuando Dios bendijo nuestra unión, pudimos comprar un piso en el oeste de la ciudad, en un área muy acomodada,

nuestra casa de Alepo, tu casa, donde viviría los mejores años de mi vida. Pero no te creas que, a pesar de lo dicho y por disfrutar de una vida tan tranquila, era inmune a lo que pasaba en el país. Por supuesto que discrepaba con la falta de libertades, sobre todo con la falta de libertad de expresión. Miraba hacia el futuro, tu futuro, Ghada, con la esperanza de una vida más plena y justa, para nosotros y para todos los sirios, pero la revolución no trajo nada de plenitud ni de justicia, solo trajo dragones, fuego y horror.

Un horror que comenzó justo después de morir tu madre y que debería haber concluido para nosotros en aquel barco, en el Mediterráneo, bajo las estrellas.

Permíteme que te cuente todo lo que considero relevante, lo bueno, lo malo, lo terrible y lo maravilloso, tú sabrás entretener mis palabras con tus propios recuerdos. Seguro que muchas de las cosas que te voy a contar las recuerdas, algunas tal cual, otras diferentes, la mayoría sabrás ubicarlas, otras puede que no. Recuerda que cada persona, tanto si puede ver como si no, crea un relato de su propia vida, una autobiografía mental, cortando aquí y allá, seleccionando las partes que quiere recordar, olvidando las que no.

En cualquier caso, permíteme que sea tus ojos, y que te cuente las cosas tal como yo las vi.



Notas de Ghada En el barco: Comienzo con las estrellas

Las estrellas son como azúcar espolvoreado en el cielo, eso es lo que dice mi papá, y dice también que se reflejan en el Mediterráneo como chispitas titilantes que bailan sobre las olas. Cuando pasa una, siento caer gotitas sobre mi frente y sobre mis mejillas, y me pregunto si esas gotas reflejan también las estrellas mientras viajan desde la superficie del Mediterráneo hasta mi cara.

La luz, según dicen, tiene esas propiedades, viajar a través de galaxias, atravesar el agua, refractarse en ella y dibujar haces infinitos. Según dice mi amigo Adnan, se pueden ver cosas que están a millones de años luz, y a mí me fascina que la luz sea también una unidad para medir distancias. Menuda maravilla debe ser la luz, si vale para tantísimas cosas.

No ha sido fácil emprender este viaje, adentrarse en el mar. Antes de embarcar, muchos hombres gritaban y los niños lloraban, y las palabras se enredaban unas con otras y se fundían en un fragor de sentimientos que parecía entablar una discusión con el rumor de las olas, una discusión repleta de reproches y decepciones: «Demasiada gente para un solo bote», oí decir, y hubo que deshacerse de gran parte del equipaje para que todos pudiéramos surcar el mar sin peligro de hundirnos.

Tampoco entendía la espera, ni por qué había que aguardar a la noche para embarcar en la oscuridad, que no conozco (todo el mundo piensa que sin visión puedes *ver* la oscuridad), para que el viaje fuera menos peligroso. ¿Es peligroso navegar de día? A mí que sea de noche o de día me da un poco igual a la hora de hacer cosas, porque la noche para mí es como el día, pero sin el ruido de la gente. Siempre me han dicho que la oscuridad da mucho miedo a los que pueden ver. Sin embargo, ahora dicen que viajar de día no es seguro. Entonces, ¿en qué quedamos?

—De noche es más difícil que nos vean —dice mi padre.

Se refiere a los hombres malos.

A mis espaldas, las olas golpetean la madera de la embarcación como una docena de manos aporreando un tam-tam, las siento como una orquesta de percusión que me acompaña en mi gran aventura. El mar es sonido y movimiento. Mi padre me dice que el cielo está tan despejado que se pueden ver las galaxias más lejanas, e incluso una estela de polvo de hadas que han debido pasar por aquí hace poco. Yo no puedo verlas, porque no puedo ver nada. Me dicen que soy ciega. Yo pienso que no ver no determina lo que soy, no ver significa que no veo, no que sea algo diferente. Y a eso no lo llamo tener una minusvalía, porque aun sin poder ver, puedo percibir muchas cosas, incluso algunas que son imperceptibles para los que sí pueden ver.

Puedo, por ejemplo, saber dónde está sentado cada uno de los viajeros que nos acompañan en este barco rumbo a la isla de Lesbos, aunque la oscuridad no les permita saberlo a ellos.

A mi izquierda, con su brazo sobre mis hombros, tengo a mi padre, que se llama Khaled, aunque yo siempre lo llamo papá. Huele a tierra seca, sobre todo el cabello; su voz suena como una persona un poco ronca que esconde un susurro detrás de la garganta, como si dos personas hablaran siempre al mismo tiempo. La voz de mi padre es suave y cariñosa y me aleja siempre de los

temores y los dolores. Sus manos son suaves pero fuertes, como una mujer y un hombre en una sola persona, y sus ojos son mi ventana al mundo de los videntes. Mi padre es todo para mí.

Mi amigo Adnan, a mi derecha, huele a heno y a polvo de trigo, su voz suena manchada, como si alguien tocara un piano cubierto de polvo, grave pero al mismo tiempo añorada. La voz de Adnan, de todas maneras, es caso aparte, porque me he dado cuenta de cómo le iba cambiando desde que salimos de casa hasta que dejamos atrás el refugio. ¡Parece otra persona!

La señora Fadila está sentada a la derecha de Adnan. Tiene un olor esquivo (esa palabra la acabo de aprender, quiere decir que se escapa, que es difícil de atrapar) pero siempre está ahí, como si acabara de irse, no lo captas, pero queda el eco de su presencia. Su voz es severa, cada sílaba se marca como un tambor, y eso le da un ritmo uniforme a su manera de hablar de metrónomo.

La niña que he conocido en el autobús está sentada enfrente de mí, a mi derecha, «a las dos de la tarde», y huele a grasa pasada, a viejo (a pesar de ser tan joven), tal vez sea el sudor, es desagradable, pero no puedo compararlo con el olor que tendría limpia. Su voz suena chillona y estridente, como un ruido molesto. Es posible que mi percepción sea tan negativa porque la única experiencia que he tenido con ella ha sido negativa.

Y un poco más allá está el señor Dursun, que es quien dirige este barco y quien nos ha traído hasta aquí desde el campamento. El señor Dursun es turco y su voz suena como si acabase cada sílaba con un suspiro de nostalgia. Huele sobre todo a tabaco, y aunque es quien manda y dirige el barco, nadie le llama capitán. Antes he oído que le llamaban contrabandista, que es una palabra que no entiendo, y que a lo mejor es más que capitán.

Hay más gente en el barco, mucha más, y nombrarlos a todos me llevaría mucho tiempo. Todos están muy callados, como si con sus voces temiesen enfurecer al mar, aunque papá dice que el mar está en calma y que en un par de horas llegaremos a la costa. Ojalá que lleguemos rápido, porque «mi secreto» está dormido pero podría despertarse en cualquier momento, y entonces el señor Contrabandista se iba a enfadar mucho, pero que mucho, conmigo.

Al otro lado de este mar nos espera el último tramo de nuestra misión. Tierra adentro deberemos superar todavía más y más obstáculos, y enfrentarnos con alguna que otra extraña criatura, pero no cesaremos hasta

llegar al jardín que contiene la flor mágica, la única capaz de detener a los dragones.

No me digas que no es una aventura increíble. Cuando escriba un libro contando todo lo que nos ha pasado, ¿será este uno de los primeros capítulos o uno de los últimos? Hasta que lo sepa, dejaré signos interrogantes al principio de cada uno.

La *seño* Houda, mi maestra en la escuela, siempre me dice que se me da bien contar historias, y que me augura un gran futuro como escritora a pesar de que no puedo ver. Porque eso no importa, porque puedo aprenderme de memoria los colores de cada cosa y así poder describirlos a los videntes y que no se den cuenta de que están leyendo algo escrito por una persona ciega. Cuando encontremos la flor mágica y expulsemos a los dragones de nuestra ciudad, entonces escribiré esta aventura, y después de esta, muchas otras.

En esta gran aventura me acompañan todas estas personas increíbles, otras se quedaron en el camino, cayeron presas de los dragones. ¿Podremos liberarlas al completar nuestra misión?

A mi tío Esmail no he vuelto a verlo desde aquel día que nos visitó, poco antes de que los hombres malos soltasen el aliento de dragón. Siempre que venía de visita, mi tío me traía maquetas de cosas enormes para que pudiera saber cómo son: edificios, barcos y cosas así que no se pueden apreciar con el tacto a tamaño real. El olor de mi tío es prácticamente igual que el de papá; la gente siempre dice que papá y su hermano se parecen mucho, pero seguro que nadie se refiere al olor corporal idéntico.

Echo de menos al señor Ahmed, el perfumero, que olía a talco, a vainilla y a bebé, y su voz sonaba como si hablara con cascaritas de huevo en la garganta, y hablaba demasiado alto, señal de que debía estar perdiendo el oído, o sea que él se debía escuchar normal.

Mi vecina Aasiyah, a quien también echo de menos, olía a tela recién lavada, como si caminara envuelta en las sábanas de su cama, y su voz sonaba velada como si hablase, precisamente, detrás de una fina sábana.

Adnan me preguntó una vez cómo recordaba yo a las personas o, mejor dicho, qué pensaba cuando pensaba en alguien. Según Adnan, si él piensa en alguien, visualiza la cara de esa persona en su mente. Si alguien le dice: «Tu amiga Ghada», él *ve* mi cara en su mente, y lo mismo con cualquier persona. Según Adnan, visualizar algo es evocar en tu imaginación que estás viendo ese

algo, pero yo no puedo ver, así que no puedo visualizar tampoco.

Entonces, ¿qué es lo que yo pienso cuando pienso en alguien?

Pues, contrariamente a lo que se imaginaría cualquiera después de mi introducción, no es en los olores ni en los sonidos en lo que pienso cuando pienso en alguien. En lo que realmente pienso cuando pienso en alguien es en lo que esas personas me hicieron sentir, o en los momentos que pasé con ellos.

Mi madre olía a rosas frescas con una pizca de azafrán. Su voz, he olvidado su voz hasta en mis sueños, porque sueño con su olor pero nunca con su voz; la olvidé a los pocos días de que muriera. Pero no me quiero poner triste.

Mi mamá, sin duda, sería el capítulo número uno.

1. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN MAMÁ:

- Huele a rosas frescas con una pizca de azafrán (el color rojo con una pizca de amarillo).

- Su voz: he olvidado su voz.

A veces, en sueños, creo saber lo que es la luz; la luz como el cosquilleo en las yemas de los dedos un instante antes de tocar mi casita de muñecas y descubrir sus detalles. La casita está ahí incluso antes de acariciar la superficie, una conjetura que se presiente en el aire, igual que la ciudad está ahí antes de que salga el sol y la luz se pose con dedos intangibles sobre los tejados, revelando el relieve de sus calles, de sus palacios, de sus mezquitas, de sus torres y castillos. La ciudad está ahí igual que están todas las cosas que existen en el mundo aunque no haya nadie para sentirlas. Todo lo que existe, existe más allá de nosotros. En sueños siento que mamá está en algún lugar, aunque no pueda tocar sus manos ni escuchar su voz ni aspirar su aliento, pues el sentido que necesitaría para percibir su presencia no lo tengo ni yo ni nadie.

A pesar de todo lo que ocurrió después, jamás olvidaré aquel día en el que volví a sentir la presencia de mamá, meses después de que muriera.

—¡Arriba, dormilona! —me despertó mi padre con voz festiva.

—Papá, ¡son las siete de la mañana!

—El sol naciente se derrama sobre los tejados como azúcar líquido, y las nubes son de algodón, ¿te lo vas a perder?

—Pero si hoy no hay cole...

De la calle no llegaban las voces de los hermanos Bagdadí, todo estaba en silencio.

—Por eso mismo, princesa, vamos a ir a un lugar muy especial —me respondió papá—. A lo mejor esta vez encuentras lo que has estado buscando tanto tiempo.

A mí no me gusta nada madrugar (ni entonces ni ahora) si por mí fuese me pasaba el día metida en la cama, calentita bajo las mantas, pero aquellas palabras chispeantes, ondulantes, hicieron que dejase atrás las nieblas del sueño y me pusiera en pie de un salto, totalmente alerta, como un sabueso.

Entonces tenía ocho años, no sabía lo que era ver, y ya había pasado todo un año desde que unas fiebres tifoideas se habían llevado todo el calor de mamá, dejando su cuerpo tan frío como el mármol. Ya por entonces empezaba a darme cuenta de todas las limitaciones que tenía no poder ver, me sentía diferente a las otras niñas, pero hubiese abrazado de buena gana esa diferencia de por vida a cambio de que mamá hubiese permanecido siempre a mi lado. El destino, sin embargo, no había tenido clemencia. El cuerpo de mamá se enfrió, su aliento se apagó y ya nunca volví a escuchar su voz. El día que murió fue la primera vez que escuché llorar a papá y deseé con todas mis fuerzas que fuese la última.

Después de vestirme y desayunar, bajamos a la calle, donde el sol me dio los buenos días en las mejillas con su aliento tibio mientras se desperezaba desplegando sus primeros rayos, todavía soñolientos, como yo. Una ligera llovizna había espolvoreado el aire al amanecer. El olor a asfalto, mojado de rocío, me invitaba a caminar sobre él siguiendo una ruta de aromas de resina de pino de Alepo, de canela y nuez moscada, que brotaban de ambos lados de la calle y cuidaban mis pasos, dictando mi camino hasta el punto de que pensé que, en días como ese, no necesitaba ni bastón ni ir de la mano de mi padre.

—Por aquí, Ghada —me decía la cal de la pared.

—Un poco más a la izquierda —me avisaba el olor a grasa quemada de una motocicleta aparcada junto a la acera.

Los tenderos conversaban alegremente con sus clientes entre el ronroneo de motores y el batir de toldos. Los cláxones de los coches componían una orquesta afinando sus instrumentos; unos pitidos largos, enojados; otros, los piii-piii, cortitos, amistosos. Las motocicletas escandalosas como mosquitos. Mis preferidos, los trimotores, avanzando a fuerza de pequeñas explosiones, como petarditos, que siempre me hacían reír porque me recordaban a algo que me da vergüenza escribir.

Por más que la pesada de Aasiyah siempre me estuviese recordando que soy ciega, chinchándome al decirme que no me entero de nada, ni falta que me hacía la vista para oler, palpar, escuchar y sentir la ciudad en la que vivíamos, una ciudad en cuyas callejuelas laberínticas bullían cada día un millar de voces, risas de mujeres, hombres y niños, cánticos y oraciones. La parte que más me gustaba visitar eran los zocos, cuando un súbito frescor ocultaba la presencia del sol y me sumergía en un océano de olores diversos; unos, penetrantes y juguetones, que se me metían por la nariz y me hacían cosquillas en la lengua; mientras que otros, amables y cariñosos, me acariciaban como una madre al cuidado de su hija.

Los olores, ¿son los olores como los colores?

Cada vez que tomaba una taza de té pensaba en el color verde, aunque yo no sabía cómo era el color verde. Cuando sentía el calor del sol, amarillo; el frescor era celeste, el frío era blanco. El silencio de la noche era el negro.

Papá dice que Alepo es una ciudad repleta de espejismos y magia, donde no hay rincón que no oculte una maravilla, donde cualquier cosa es posible si uno cree firmemente en ello.

¿Qué llega más lejos: la vista o la imaginación?

—El sol brilla esta mañana en las torres doradas de los palacetes —me describía papá.

Yo imaginaba el brillo como un sabor muy picante en la punta de la lengua. Amarillo.

Cuando pensaba en la luz del amanecer imaginaba un rescoldo de guindilla que se me iba extendiendo por toda la boca mientras una brisa cálida inundaba el aire.

El crepúsculo era menta fresca y ligeramente picante apagándose en la gigantesca bóveda del paladar del mundo.

—Papá, ¿cómo es el sol?

—El sol es una bola mágica de fuego y luz suspendida en el cielo, mi princesa —me explicaba con un timbre en la voz que escondía una campanita detrás, lo que hacía que las vocales vibraran como un arpa, se me metieran por la cabeza y me acariciasen la nuca—. Una enorme hoguera incandescente que flota allá arriba, lejos, calentando con sus rayos toda la ciudad, todo el país y toda la faz de la Tierra.

Cuando pienso en el sol pienso en llamaradas tan lejanas que mis manos

jamás podrían llegar a tocar ni aunque trepase por una escalera durante días y días, al parecer incluso años, así de lejos está el sol, que debe ser mágico si a pesar de estar tan lejos a menudo nos quema.

Caminando de la mano de papá entre el gentío surcaba las calles atestadas de olores, un bullicio de fragancias que se superponía al bullicio de la gente, un universo paralelo con sus propias cuitas y disquisiciones, roces y peleas. Desde el fondo de una tienda corrió a saludarme como un gatito cariñoso el dulce olor a canela, mientras que el amargo café ascendía en orgullosas columnas de humo y el jengibre danzando a su alrededor, contoneándose como bailarinas ejecutando la danza del vientre, molestas ellas por la arrogancia del perfume a tabaco, que las ignoraba desdeñoso.

Otra puerta, otra calle...

Olor agrio a limones, que pasa la nariz sin rozarla para hospedarse en tu garganta y después el olor salado a pistachos que te despierta el apetito.

A veces me sobresaltaba el timbre chillón de una voz, o los gritos invasivos de los vendedores ambulantes, que enumeraban las bondades de sus mercancías con tal minuciosidad que a veces me hacía pensar que tampoco nadie podía verlas. Me deleitaba el sol avivándome las mejillas al salir de una sombría callejuela y en cada recodo un soplo de aire caliente traía nuevos aromas que brotaban de los puestos del zoco, olores cuya variedad parecía no tener fin: la vainilla como espuma sobre el clavo y la madera, el cordero asado entre brasas y humo que hacía picar los ojos; yerba enhiesta flanqueando flores de mil variedades, como si fueran guardaespaldas protegiendo a sus estrellas de cine.

Había también barrios en los que cada casa estaba rodeada de jardines, donde imaginaba que las flores y los árboles frutales vivían orgullosos en comunidades exclusivas, cuyos olores se creían más sofisticados que los olores terrenales y callejeros que deambulaban sin orden ni concierto por las calles de la ciudad. En los jardines privados las flores cuchicheaban entre sí, las rosas altivas criticando a las humildes margaritas que, a su vez, chismorreaban entre ellas, inclinando sus cabecitas para decirse cosas al oído o utilizando a las abejas como palomas mensajeras para enviarse mensajes secretos.

No todo era algarabía, también recorriamos calles sosegadas de soledad que pintaban el olor de las acacias sobre un lienzo descarnado de sustancia.

Y, a pesar de aquella inmensa comunidad de aromas, quedaba uno en particular que aún no había encontrado. Y eso era lo que papá y yo estábamos buscando aquella mañana de verano.

—Papá, tenemos que encontrarlo —le suplicaba dirigiéndole la cara con determinación.

—Claro que sí, mi princesa. Vamos a un sitio donde no hemos estado todavía. Puede que allí tengamos suerte.

Mamá olía a rosas frescas con una pizca de azafrán, llevara o no perfume. Era un rastro apenas perceptible, lo notaba más por las noches, cuando se acurrucaba conmigo en la cama y me cantaba nanas, como si yo fuera un bebé. A los pocos días de su muerte me di cuenta de que podía vivir sin sus nanas, aprendí a ir a la escuela sola, a hacerme el desayuno, a aseoarme, conseguí ser capaz de hacer todas esas cosas incluso sin la ayuda de papá, pero lo que desde luego no podía hacer era vivir sin ese aroma de rosas frescas con una pizca de azafrán, un rastro que se quedó escondido entre las sábanas de mi cama hasta que un día desapareció.

Entonces comencé, a escondidas, a hurtar vestidos del armario de mamá, y a dormir sobre ellos, porque fueron capaces de retener su olor durante más tiempo.

Una noche, papá me descubrió llevándome de puntillas uno de los vestidos a mi cuarto, pero no dijo nada, hizo como que no me vio, aunque pude sentir el suspiro que fluyó en su aliento al cruzarme con él.

Los vestidos, sin embargo, acabaron dejando escapar las últimas trazas de olor a mamá. Un día, en mitad del silencio de la noche, el último hilo del olor a rosas se quebró y se desvaneció en la nada como una hebra de humo. Aquella noche, definitivamente, no fui capaz de conciliar el sueño. La ausencia de su perfume me provocó tanta tristeza como la noticia de su muerte, fue como si mamá se hubiera muerto dos veces. Lloré durante toda la noche solo como los niños pueden hacerlo, dejando escapar lágrimas bajo las sábanas, ahogando los sollozos en silencio porque no quería que papá me oyese.

—¿A dónde ha ido mamá? —me empeñaba en preguntarle una y otra vez.

—Ahora tu madre está en un lugar envuelto en luz, donde cientos de colores bailan a su alrededor. Donde ella está, Ghada, no se concibe la oscuridad.

Y cada vez que papá me respondía lo mismo yo fruncía el ceño y torcía el gesto, confundida, incapaz de entender lo que era la luz ni los colores, ni lo que significa estar rodeado de ellos. Según mi padre, mamá estaba justo donde mis sentidos no podían llegar.

Me había llevado a montones de perfumerías por toda la ciudad, pero en ninguna había encontrado todavía el perfume de mamá.

De la mano de mi padre, intentaba memorizar el recorrido de cada lugar al que íbamos, contando mentalmente y con la ayuda de los dedos, como me habían enseñado en la escuela, los pasos y los giros en cada esquina; pero las calles subían y bajaban, tan pronto notaba el sol en la mejilla izquierda como en la derecha, o el frescor de una galería cubierta, o el calor abrasivo de la fragua de una herrería, había tantos recodos que los dedos se me acababan para contar, y al final acababa hecha un lío.

—Papá, ¿crees que algún día podré andar yo sola por las calles?

Aquella pregunta cayó como una piedra en un pozo sin fondo. Solo al cabo de un rato me respondió con la severidad de un maestro de escuela:

—Nunca debes aventurarte sola, cariño, en las calles de Alepo. Podrías meterte sin darte cuenta en alguna de las zonas prohibidas.

—¿Las zonas prohibidas?

—Alepo es una ciudad muy antigua, tesoro, hay lugares mágicos donde todavía viven magos y brujas malvadas, gigantes y duendes, donde criaturas malévolas campan a sus anchas y se practica la magia negra, y los niños que se aventuran desaparecen para acabar en los guisos de los gigantes que aún perviven en antiguos palacios de piedra.

—Me da un poco de miedo, papá, ¿y si nos metemos en una de esas zonas sin darnos cuenta?

—No tengas miedo, tesoro, mientras estés conmigo. Los oscuros callejones que acceden a las zonas prohibidas tienen señales que avisan del peligro, y yo puedo verlas.

—Papá, si pasamos cerca de una de esas zonas, ¿me avisarás?

—Claro que sí, cariño.

Yo me agarraba con fuerza a su mano, atenta a olores y sonidos, mientras caminábamos abriéndonos paso entre el griterío de la muchedumbre y las llamadas de los vendedores callejeros que se entrelazaban con la música estridente de las radios de los tenderetes y la oración de los almuédanos

retumbando en los altavoces, todo ello punteado por la percusión de las fichas de backgammon contra los tableros. El humo de los puestos ambulantes que vendían pinchos de cordero asado hacía que me picaran los ojos, y el calor de las brasas me encendía las mejillas. Ráfagas de aire caliente. Perfumes de mujer, roce de túnicas, olor a sudor.

—Hoy es sábado y todo el mundo está feliz, princesa —me dijo papá, en su voz tallada una sonrisa—. Las gentes abarrotan la calle perezosas y despreocupadas, pasan a nuestro alrededor como granos de arena que se escurren entre los dedos. Los niños devoran pasteles como si no hubiesen comido en un mes y las mujeres parlotean animadas como pajarillos en primavera.

De pronto, un claxon me estalló en los oídos. El sonido fue tan violento que se me metió en la cabeza invadiendo todo mi cerebro. Por un instante, mis pensamientos desaparecieron barridos por un huracán de sonido. Me apreté las orejas con las manos. Papá me alzó en brazos y me sacó de la vorágine de ruidos, alejándonos con grandes zancadas entre un confuso vaivén de sonidos entrecortados, vértigo y movimiento, hasta que el mundo se estabilizó otra vez bajo mis pies devolviéndome el frescor en las mejillas. El estruendo del tráfico ya lejano, desvaneciéndose en la distancia. El eco de la voz en un callejón.

—Los coches circulan por las calles errantes como las cuencas de un collar que se desparraman por el suelo —me dijo papá con una inflexión de enfado en la voz—. Solo se paran cuando tropiezan con algo.

Me llevó entonces de la mano por una callejuela tan silenciosa que podía oír el eco de nuestros pasos en el suelo adoquinado. Olor a las acacias que tanto disfrutaban del silencio, a pan con sésamo. El llanto lejano de un bebé. Siseo de vapores insustanciales, esquivos como el humo.

—Aquí es —anunció papá, deteniéndose—. Me parece, princesa, que esta vez sí que vas a encontrar lo que buscas.

Se abrió una puerta. Tintineo de campanillas, así revolotean las hadas, o las mariposas. De repente me vi rodeada por un enjambre de aromas tan intensos que me sentí transportada a otra realidad, como si me llevasen por los aires a una tierra mágica repleta de frutas, de flores, de marejadas de brisas de aguas fluviales y marítimas, de tierra, de árboles y especias, de rocas y maderas.

—Bienvenidos a mi perfumería —saludó una voz anciana y chispeante detrás de que se intuían una fuente inagotable de secretos.

—Te presento al señor Ahmed —me dijo papá, pero yo estaba demasiado entusiasmada identificando los olores que se amontonaban en mi nariz, como si mil pequeñas voces mudas reclamasen mi atención desde todos los ángulos y rincones de aquel establecimiento—. Está aquí, el perfume de mamá —anuncié con la determinación de un general, sin hacer grandes aspavientos, sin que las lágrimas comenzaran a anunciarse detrás de mis ojos—. Uno de estos perfumes huele a mamá, tengo que encontrarlo.

El color rojo con una pizca de amarillo.

Papá me contaría después que el señor Ahmed, el perfumero, tuvo que morderse los labios para no reírse, pero él le agarró del brazo, señalándole la seriedad del asunto. Sin mediar palabra, le dejó claro que teníamos que encontrar ese perfume.

—¿Cómo era ese olor? —me preguntó.

—A rosas frescas con una pizca de azafrán. Está en uno de esos botes. Lo sé.

—Pero ¿cómo puedes oler estos perfumes, criatura? Están todos cerrados.

—Oh, no sabes el sentido del olfato que tiene mi hija, Ahmed.

—Un día se viene a trabajar conmigo, entonces, menudo talento.

El señor Ahmed eligió una serie de frascos de las gavetas y los fue colocando uno a uno sobre el expositor. A medida que los perfumes se iban posando sobre la madera, un mosaico de aromas dibujaba un paisaje puntillista de flores de azúcar, de sal y de limón. El señor Ahmed me indicó que podía empezar a destaparlos. Uno a uno, fui palpando aquellos frascos de diversos tamaños y formas, de contornos suaves, algunos con forma de manzana, otros alargados como un tallo bulboso, coronados todos ellos por tapones de formas geométricas: un triángulo, una estrella de cinco puntas, un hexágono... A cada frasco que destapaba, se destapaba un recuerdo en mi mente, como una pompa de jabón: una tarde soleada de verano en el parque, un soplo de brisa vertiginosa en los columpios, cosquillas tumbada en la hierba suave y afilada, sábanas recién lavadas, vapores de jabón en el baño, polvos de talco y caricias, una merienda de leche y caramelos, el cepillo deslizándose por los cabellos, despertarme en el silencio de la noche cuando todos duermen, un beso a traición en la mejilla, el aliento de mamá.

El aliento de mamá. No fui capaz de escuchar su voz detrás de aquella fragancia, ni siquiera el eco de su voz, solo revivir mi estremecimiento al escucharla.

Y ahí ya sí que no fui capaz de resistir el llanto.

El perfume me la devolvía, resplandeciente, rodeada de aquel sinfín de fragancias, como si todos los aromas que habitaban aquella perfumería la rodearan y la admiraran. Mamá como una aparición y los demás perfumes bailando gozosos en círculos a su alrededor.

—Ghada, el perfume es para ti, pero tienes que usarlo en pequeñas dosis, unas gotitas solo, cada día, ¿de acuerdo, princesa? —me dijo papá.

Yo, que tenía algodones en la garganta, me limité a asentir con la cabeza.

Aquella noche, antes de dormir, vertí en la almohada unas gotas del perfume y se obró el milagro: abrazada a uno de sus vestidos volví a respirar su aliento.

Aquella noche soñé con una columna de luz blanca rodeada de colores que danzaban a su alrededor como lenguas de fuego, igual que bailaban los perfumes del señor Ahmed.

Eso es lo que pienso cuando pienso en mamá.



En el barco: Sigo con la maldad gratuita de los hombres

Imagino que mamá me está mirando desde las estrellas que flotan suspendidas sobre este barco. Ojalá pudiera susurrarme algo al oído desde otra galaxia, una palabra solo, para poder recordar su voz y no volver a olvidarla jamás...

Siempre que pienso en mamá pienso en el cielo, pienso en arriba.

Antes de embarcarnos he echado unas gotitas de su perfume en la camisa de papá, la fragancia de rosas con una pizca de azafrán se escabulle entre sus fibras, el olor a mamá se abre paso por el aire y me llega como un suspiro.

El perfume no es la única cosa que escondo en este viaje.

Mi padre, Khaled, habla con un hombre que acaba de conocer y que nos acompaña en esta aventura. Está enfrente de nosotros, sus pantalones rozan mis

piernas, huele a plantas, a hojas, no a flores, pero a naturaleza mojada.

—Detuvieron a nuestros vecinos, unos niños, apenas unos adolescentes.

Mi padre le está hablando de los hermanos Bagdadí, con la voz apagada, diría que apesadumbrada, con la que mi padre siempre habla de los hermanos Bagdadí.

—Dios nos ayude —responde el hombre.

—Intenté averiguar qué pasaba, mi vecino, el padre de las criaturas, estaba muy alterado, así que le aconsejé que no fuera él a preguntar. En la comisaría, efectivamente, no negaron la detención, ni que les estaban «dando su merecido».

—Dios nos cuide siempre.

—Le pregunté al policía que estaba al cargo en aquella comisaría cuándo soltarían a aquellos pobres chiquillos —prosigue mi padre— y su respuesta... la respuesta de aquel hombre...

El sonido de una ola interrumpe a mi padre, como si le mandara callar.

—Shhhhhhhh —dice la ola.

—Nunca podré entender ese tipo de crueldad gratuita —le responde el hombre, que parece no tener demasiadas ganas tampoco de saber cuál fue la respuesta que el policía le dio a mi padre.

Aunque aún soy muy joven, no es la primera vez que oigo hablar de la crueldad gratuita, de hecho, más que haber escuchado hablar sobre ella, la he presenciado, esa maldad, la clase de maldad de alguien que hace daño solo por hacerlo, que disfruta de que otros sufran sin obtener nada a cambio. Así fue precisamente como conocí a mi perrito, así conocí a Doobie, mi segundo secreto.

2. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN MI PERRITO DOOBIE:

- Huele a tierra mojada, leche agria y... ¡a perro!

- Sus ladridos son chillones y alegres.

«Una hora intempestiva» es como llama mi tío Esmail a las siete de la mañana, y yo no le entendí nunca tanto como aquella mañana de lunes, cuando el estruendo del despertador me devolvió al mundo de los conscientes.

Cuando duermo soy feliz. Me gusta la ignorancia que acompaña a la inconsciencia del sueño. Es en esa inconsciencia de sueños de algodón, con giros ilógicos, donde lo cotidiano danza con lo imposible, cuando puedo creer, sentir, oler, hablar incluso con mamá.

Despertar significa dejar de ignorar, volver a un mundo en el que mamá ya no está. Es un rollo despertarse.

Con el cuerpo completamente horizontal, la nuca todavía recostada sobre la mullida almohada, extendí el brazo y busqué a tientas en la mesita de noche hasta dar con el tonto del despertador, que amordacé de un manotazo.

La casa en silencio. Papá ya se había ido a trabajar. Era mamá quien me dejaba el desayuno servido, quien me preparaba la ropa del día doblada, junto a la cama, sobre el respaldo de la silla del escritorio. Era mamá quien me ayudaba a vestirme, quien me llevaba al cole.

Todo eso había terminado.

Como único recuerdo de mi vida anterior, el alboroto que montaban los hermanos Bagdadí, cuyos gritos llegaban desde la calle, ese par de muchachos locos, los vecinos del edificio de enfrente, cuyas voces y bromas resonaban cada mañana como una especie de ritual que indicaba a todos los vecinos que

eran, pues eso, las siete de la mañana.

Papá decía que muchos vecinos se quejaban del escándalo que montaban, pero que los vecinos deberían darse cuenta de que esos chavales nos cargan las pilas de energía positiva cada mañana. Yo opinaba igual que los vecinos, a mí me cargaban de fastidio por tener que levantarme.

Extendí otra vez la mano hacia la mesita de noche y alcancé el perfume del señor Ahmed, el perfumero, mi nuevo amigo.

Lo destapé y lo aspiré a poquito, dejando que aquel olor a rosas frescas con una pizca de azafrán se me metiera dentro del pecho, detrás de los ojos. Me eché unas gotas sobre la cabeza, las suficientes como para llevar el aroma impregnado durante toda la mañana, y volví a depositar el frasco en la mesita con la misma delicadeza con la que dejarías a un bebé dormido en la cuna.

Sentada en la cama, descolgué las piernas hasta que mis pies tocaron el suelo, que estaba helado. Me puse de pie y fui al cuarto de baño, donde en pocos minutos me lavé de la cara los rastros del sueño; según dicen, el sueño se le ve a la gente en la cara. Volví entonces a mi cuarto, abrí mi armario y busqué mi ropa del cole, que había doblado la noche anterior bajo la supervisión de papá. Me vestí casi sin pensar en lo que hacía, porque tenía que vestirme, de manera automática, y con esa misma desgana fui a la cocina. Siguiendo las indicaciones de papá, busqué el tazón, vertí un puñado de cereales crujientes y los remojé con leche. Saqué una cucharilla del cajón y me senté a la mesa.

Consulté la hora en las manecillas del reloj. En diez minutos, puntual como siempre, mi vecina Aasiyah estaría en la puerta. No compartíamos clase, pero sí colegio, y hacíamos juntas el recorrido cada mañana.

Cuando terminé de desayunar hice todo lo acordado con papá: llevar el tazón al fregadero, fregarlo, darle diez buenos restregones por todos lados.

Un restregón.

Dos restregones.

Tres restregones.

Cuatro...

Dejarlo bajo el chorro del agua y contar hasta veinte, para que quedase bien limpio, secarlo, ponerlo en su lugar, guardar los cereales; y fue entonces cuando la mañana se me volvió más imaginada que real, una fantasía tras otra, pasando en fila india.

Imaginar que había sido mamá y no yo quien lavaba, como siempre, el cuenco de los cereales bajo el chorro del agua. Diez restregones. Un restregón, dos restregones...

Imaginar el beso que mamá me hubiera dado mientras me echaba la mochila al hombro.

Imaginar los «buenos días» de boca de mamá todavía atesorados entre las paredes de la casa.

Cuando mamá vivía, yo siempre tenía la sensación de que la casa nunca se quedaba sola. Siempre flotaba en el ambiente su perfume, el olor de sus guisos, su voz, sus plegarias musitadas, su risa, sus reproches corrigiéndome o sus felicitaciones alabándome: «Estoy muy orgullosa de ti, hija mía». En cada habitación se podía encontrar un beso, una caricia, un abrazo.

Un hogar que ahora parecía una casa.

Volví a consultar la hora en el reloj. Aasiyah estaba a punto de llegar, de manera que me decidí a salir y cerrar la puerta con llave. Ahora la casa se quedaba sola.

Bajé las escaleras con la mano rozando la barandilla, retándome a mí misma para no apoyarme, dando pequeños saltos al vacío, contando mentalmente los escalones que me conocía de memoria, saltando los dos últimos de un solo brinco sin perder el equilibrio. Me encanta saltar, suspendida en el aire el mundo se detiene, contiene el aliento un segundo y entonces vuelve a ponerse en marcha como acelerado.

Me bastaba con las manos extendidas para guiarme en cada rellano. No me gustaba nada llevar bastón, por más que la *seño* Houda insistiera en que debía utilizarlo. Saltando a la pata coja, con los brazos extendidos en cruz para mantener el equilibrio, recorrí el trecho que mediaba entre el último tramo de escaleras y la puerta de salida. Un salto, dos saltos, tres saltos. La puerta. Me felicité a mí misma cuando mis manos asieron el pomo, que estaba helado. Tiré de ella y se abrió con un chirriar en sus goznes de latón. La calle me recibió con el murmullo de la mañana y una bocanada de aire más cálido, como si, en vez de salir, entrase en las fauces de un monstruo gigante.

Aasiyah todavía no había llegado. Mientras esperaba aspiré el aroma dulce y tentador de la panadería de enfrente, la fragancia que las señoras iban dejando como una estela a su paso y, en ese preciso momento, también el inconfundible perfume de Aasiyah.

—¡Ya estoy aquí! —me gritó, avisándome de su presencia a viva voz, como cada mañana, como si además de no ver también estuviese sorda.

—Ya lo sé —le respondí, como cada mañana, fastidiada.

Me sentaba fatal que Aasiyah creyera que tenía que avisarme cada vez que llegaba a mi lado. El perfume que se ponía olía a flores podridas y era capaz de advertir su presencia a un kilómetro de distancia. Pero no se lo dije y, como cada mañana, me limité a fruncir los labios en una sonrisa muda y a emprender el camino que tan bien conocía a fuerza de recorrerlo a diario.

—Y bien, ¿cómo estás hoy?

—Bien, gracias a Dios.

Desde la pérdida de mamá, yo hablaba poco y como en susurros, y apenas interactuaba con mis compañeras del cole, que tampoco hacían gran cosa por romper mi silencio. Yo me había convertido en Ghada la callada, Ghada la retraída, Ghada la diferente, y a nadie le importaba.

—Mi madre dice que nunca te podrás casar —me soltó Aasiyah como siempre soltaba las cosas Aasiyah—. Mi madre dice que ningún hombre va a querer a una ciega como tú.

—Mi padre es un hombre y me quiere —contesté haciendo uso de la lógica más elemental. Al parecer, Aasiyah no solo era incapaz de oler, además era tonta de remate.

—Eres tonta, Ghada. Eso es diferente —insistió ella—. ¿Ves como no te enteras de nada? Si eres ciega nunca vas a poder saber cómo son las cosas.

—Claro que voy a saberlo —respondí yo.

—Tú todo lo palpas, hasta para leer tienes que tocar. No sabes nada de lo que hay más lejos del alcance de tus dedos.

¿Qué llega más lejos, la vista o la imaginación?

—¿Te refieres a saber si estás en un lugar grande o pequeño por el eco de los sonidos? —pregunté con intención—. Eso yo puedo saberlo. También puedo oler a pistacho y saber que hay cerca una heladería.

—No, poder ver no se parece en nada a eso —respondió Aasiyah—. Cuando miras no tienes que esforzarte en pensar si huele a esto o a lo otro, ni estar pendiente de los sonidos, sabes las cosas porque las ves.

—Yo no tengo que esforzarme para saber si huele a esto o a lo otro, ni estar pendiente de los sonidos —repetí, haciéndole burla con la voz—. Yo sé

que acaba de cruzarse con nosotras una mujer joven con un bebé en un carrito. Sé cuándo mi padre me ha comprado un pastel en cuanto entra por la puerta. Sé cuándo alguien habla enfadado, o habla triste, o habla contento.

—Pero no ves nada, Ghada, ¿no te das cuenta? —replicaba Aasiyah, impaciente, porque ella siempre quería salirse con la suya—. Nunca vas a poder ver una flor...

—Las flores huelen...

—...ni saber cómo es un árbol...

Aunque no se lo admitiría a nadie, y mucho menos a Aasiyah, en el fondo sé que hay ciertas cosas que están más allá de mi alcance. No puedo, por ejemplo, leer un libro si no está en braille. No soy capaz de andar sola por la calle, como otros niños, porque podría pasar por alto las señales de peligro que avisan de las zonas prohibidas, que son lugares mágicos donde todavía viven magos y brujas malvadas, gigantes y duendes, donde criaturas malévolas campan a sus anchas y se practica la magia negra y los niños que se aventuran desaparecen para acabar en los guisos de los gigantes que aún perviven en antiguos palacios de piedra. Pero Aasiyah se equivocaba en muchas cosas. Claro que sé perfectamente cómo son las flores, conozco el olor de muchas de ellas, conozco cómo es la suavidad de los pétalos enroscados sobre sí mismos de una rosa, o la rugosidad del centro de una margarita, amarillo rodeado de blanco, como un huevo frito. También sé cómo son los árboles. He tocado sus troncos, ásperos y rugosos, y he acariciado sus hojas y sus ramas, que crecen hacia el cielo, tan altos que superan la altura de papá varias veces.

—... ni saber cómo es la cara de tu padre.

—¡Claro que sé cómo es la cara de mi padre!

—Eres tonta, Ghada —se burlaba Aasiyah—. Tú nunca vas a poder saber cómo es la gente que no puedes tocar. ¿A que no sabías que nuestro presidente tiene el cuello de jirafa y la cara de un puerco?

—¿El presidente tiene la cara de un puerco? —pregunté, sorprendida. Aquello sí que era algo que jamás había escuchado. Del presidente, como solo lo podía escuchar a través de la tele y la radio, solo conocía la voz, que era un poco aburrida, la verdad, y era gracioso que no le saliera bien el sonido de la ese. En la escuela me han enseñado que Bashar al Assad es el mejor hombre del mundo. ¿Podía tener el mejor hombre del mundo la cara de un puerco, que es un animal bastante feo y sucio, según tengo entendido? Sospeché que

Aasiyah me estaba engañando otra vez.

—El presidente no tiene la cara de un puerco —negué.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque... porque no puede ser.

—Pues además de tener la cara de un puerco —añadió Aasiyah—, mi padre dice que se comporta como un puerco. Mi padre dice que Bashar al Assad es todavía peor que su propio padre.

En la escuela también nos hacían repetir continuamente la misma consigna: «Dios, Siria, Bashar y eso es todo», por lo que yo siempre había creído que el presidente Bashar era un pariente de Dios, su sobrino o su primo, así que me pareció muy mal que el papá de Aasiyah dijese que era un puerco.

No pudimos seguir hablando porque habíamos llegado a la puerta de la escuela. Aliviada de haber terminado aquella conversación, me despedí de ella y me dirigí a mi clase con pasos desganados y una mano extendida, siguiendo con las yemas de los dedos el trazado rugoso de las paredes. Al entrar en mi clase pasé junto a un grupito de niñas que se contaban lo que habían hecho el fin de semana, gorjeando como pájaros henchidos de primavera. Yo, entretanto, libraba mi eterna lucha interior en la que siempre se enfrentaban mis esperanzas y mis miedos, mis deseos de participar de la algarabía y mi temor al rechazo. Ya iba siendo hora de intentar hacer amigas. Pero siempre optaba por lo fácil, no hacer nada, no decir nada. Ya podía la maestra formular una pregunta de la que conociese la respuesta, que siempre dejaba pasar el tiempo hasta que otra niña se me adelantaba.

Siguieron, una tras otra, las clases de la mañana ante un grupo de niñas que escuchaban e intervenían mientras que yo, como si presenciara la vida a través de un serial de la radio, dejaba transcurrir el tiempo como si todas fuesen horas perdidas, ante un desfile de profesores que pasaban, explicaban sus lecciones y se iban con el mismo entusiasmo con el que yo salía de la cama cada mañana. Sentada en un rincón, fui testigo mudo de los juegos y risas de mis compañeras en los recreos. En uno de ellos escuché que algunas niñas estaban metiéndose con Fátima, que era nueva en la escuela y la llamaban gorda, y de pronto quise tener yo misma esos kilos de más para que al menos alguien me mirase y me criticase y no sentirme tan sola. Lo peor es que te ignoren.

Llegó la hora de volver a casa y abandoné el cole sin que uno solo de mis

compañeros me hubiese dirigido la palabra, ni yo a ellos.

En la puerta me encontré nuevamente con el perfume de flores podridas de Aasiyah, que me esperaba para acompañarme en el camino de regreso. Ya empezábamos a alejarnos del cole cuando escuché los gritos de unos muchachos. No sabía sus nombres, pero sí conocía sus voces ásperas y sabía que eran hermanos, los hijos de Abdul, el vecino que acababa de instalarse en la puerta frente a la mía. Y también sabía que eran unos gamberros. No había día en que no la tomasen con alguien más pequeño o indefenso. Se metían con el bajo porque era bajo, con el alto por ser alto y con los kurdos porque eran kurdos y porque, según ellos, les correspondía vivir en las montañas, no en la ciudad. Las niñas que no eran sus hermanas, primas o parientes, los evitaban siempre que podían. Aasiyah tiraba de mi mano para evitarlos cuando escuché un gimoteo entre las voces y risotadas.

Nítido y claro, inconfundible, un gemido punzante de dolor.

El color negro.

Los aullidos quejumbrosos venían de un ser que estaba sufriendo, acaso más que yo misma, porque sufría sin comprender la causa. Era injusto, cruel, ensañarse con alguien tan indefenso. Porque la víctima de aquellos bárbaros era apenas un cachorro.

Me detuve en seco, mis pies se negaban a moverse mientras Aasiyah me daba tirones de la mano.

—¡Vamos! ¿Por qué te paras?

—Tenemos que salvar al perrito —respondí.

—Si te metes con ellos te harán más daño a ti que al perro —me dijo—.
¡Vámonos a casa!

El cachorro continuaba doliéndose. Ladridos agudos e insistentes percutiendo en el aire, como a ráfagas, que se me clavaban en el alma. Los chicos reían. Tenía que pensar con rapidez porque, pese a mis buenos propósitos, sabía que no podía plantar cara sin más a aquellos malvados que eran mayores y más fuertes que yo.

Por un momento insistieron mis miedos, y mi lado racional me aconsejó alejarme de ahí, pero entonces escuché de nuevo al cachorro y mi vacilación se deshizo en el aire de la tarde como si fuera vapor.

Concebir la estrategia, reunir el coraje para ponerla en marcha. Soltarme de la mano de Aasiyah.

—¿A dónde vas?

Sin contestar, cerré los ojos y comencé a dar pasos como si el viento me empujara. Aasiyah me llamaba: «¡Ghada! ¡Ghada!». Era dos años mayor, pero se le notaba que estaba tan atemorizada como los pequeños ante aquellos bravucones.

Ni falta que me hacía su ayuda. Avanzar sin abrir los ojos entre empujones, risotadas y alientos sulfurosos de huevo podrido, dientes caídos y encías melladas, roña y sudor, para llegar hasta el foco de aquellos gemidos lastimeros antes de que nada ni nadie pudiese disuadirme.

No me fue tan difícil abrirme paso, de hecho, los pocos que aún rodeaban a los gamberros se apartaron al verme aproximarme tan resuelta, con los ojos cerrados. Yo les imaginaba asombrados por mi atrevimiento, acaso algo envarados ante el hecho de que una niña como yo hiciera algo tan sorprendente, tan inesperado. Con los lastimeros aullidos del cachorro como acicate, en unas pocas zancadas ya estaba frente al grupo de torturadores.

Sin embargo, todavía debía andarme con cuidado: un paso en falso y todo mi plan se iría a pique. Pero no había tiempo para medir nada, así que fui lo más directa posible, aprovechando el repentino silencio que se hizo a mi alrededor. Con los ojos todavía cerrados, me agaché y encontré al cachorro hecho un ovillo en el suelo, tiritando bajo la lluvia de palos y tirones de rabo y de orejas. Lo alcé en brazos y lo apreté contra mi pecho.

—Niña, deja ese perro o te vamos a arrancar a ti también las orejas —amenazó uno de los bravucones, el primero en decirme algo.

Un coro de risas malolientes estalló a mi alrededor, pero yo aproveché la distracción para dar media vuelta y alejarme a pasos rápidos con el perrito en brazos. Los muchachos comenzaron a vocearme y a seguirme, rodeándome como una manada de lobos a su presa.

Me detuve en seco y entonces sí que les planté cara, abriendo de golpe los ojos que había mantenido cerrados hasta entonces.

—¡Es una ciega! —escuché murmurar a uno de los chicos, atónito.

Y fue como si el silencio me arrojara con un manto de quietud para hacerse denso, pesado, como el que precede a las tormentas, con ecos lejanos que solo te alcanzan cuando existes en una esfera de vacío e inacción.

—Tus ojos son blancos como una niebla —eso me había dicho Aasiyah cuando me conoció. Pensé en el efecto que la blancura de mis ojos estaba

teniendo sobre aquellos gamberros.

—Lo siento, pero no puedo devolveros el cachorro para que sigáis torturándolo —dije—. ¡Si tanto lo queréis, tendréis que golpearme a mí primero!

Mi voz sonó fuerte, clara y desafiante, sin ningún tipo de fisuras, sentí que en ella vibraba la emoción de la libertad conquistada, del aire que entra nuevo en los pulmones y limpia todos los miedos que se han ido acumulando como hormiguitas dentro del corazón.

Nadie me tocó. Me alejé de allí muy digna, con el perrito en brazos. Esta vez ninguno de los muchachos me siguió.

—Has sido muy valiente —me dijo Aasiyah, y percibí en su voz un respeto nuevo, como si le hablara a una Ghada distinta de la que acompañaba cada día.

Ghada la callada, Ghada la diferente, por fin servía de algo, por fin formaba parte de algo, ¡y sin la ayuda de papá!

Apreté al cachorro en mi pecho y supe que me lo quedaría para siempre, nada podría separarnos jamás. Acaricié la suavidad de su pelaje, noté su respiración en el subir y bajar de su abdomen, recorrí con las manos la forma de su cabeza y la tersura de sus orejas, la humedad de su hocico. Hundí mi rostro en la blandura del animalito y percibí su olor a tierra mojada y a leche agria. Blandito y peludo como un osito de peluche. Lo llamaría Doobie, mi oso. Doobie me lamió la cara con rápidos lengüetazos, húmedos y ansiosos, casi como dándome las gracias, y sentí que él también me había elegido a mí.

Eso es lo que pienso cuando pienso en mi perrito Doobie.



En el barco: Invisible como la sal

No llevamos ni diez minutos navegando en el barco cuando una voz avisa de que hay luces a nuestras espaldas, luces que flotan sobre el agua, como luciérnagas, y se dirigen, desde la costa que acabamos de abandonar, derechitas hasta nuestra embarcación, que se mece según los caprichos del Mediterráneo.

—Maldita sea —dice el señor Contrabandista—. Han debido dar aviso desde la costa de nuestra salida. Voy a tener que apagar el motor.

—No creo que eso sea lo más efectivo —dice mi papá—. Si paramos el motor nos quedaremos quietos y nos alcanzarán.

—¿Entonces, qué hacemos? —pregunta alguien—. ¿Tratar de huir de ellos mientras nos persiguen? ¡Sin duda sus barcos son más rápidos!

—Puede que tengas razón —responde el señor Contrabandista, aunque no sé si le da la razón a mi padre o al otro señor—. Lo que tenemos que hacer es girar dirección norte y regresar a la costa. Hay unas peñas a menos de un kilómetro, en cuanto lleguemos, entre las rocas y la oscuridad de la noche podremos ocultarnos hasta que esas luces desaparezcan.

—Son luciérnagas mágicas —me susurra mi padre—. Espías de los dragones, deben haberse enterado de nuestro plan.

El barco cambia inmediatamente de dirección, con el motor al mínimo (imagino que para no hacer ruido que puedan escuchar las luciérnagas mágicas). Nos quedamos anclados entre dos rocas que nos protegen del viento, el motor se apaga y nos quedamos en silencio mientras el agua se empeña en golpear las rocas suavemente. El agua es un poco como los hermanos Bagdadí, como un niño travieso que nunca se está quieto del todo, ni sabe callarse.

Adnan me susurra que las luciérnagas se acercan, alguien le regaña para que se calle, todos seguimos en silencio.

—Las luciérnagas han avisado a la policía, Ghada —murmura mi padre—, vienen indicándole el camino.

Escucho un ruido de motor que se aproxima. Algo grande que corta el viento en dos. Nuestro bote se estremece sobre las olas que genera el paso del barco de la policía. Escucho incluso las voces de los agentes. Deben ser turcos, porque tienen el mismo acento que el señor Contrabandista, exhalando como un suspiro de nostalgia al final de cada palabra. Nadie se atreve a respirar. Si a alguien se le ocurriera hacer el más mínimo ruido nos descubrirían.

El mar está tan vivo como nosotros, el mar nunca descansa y reacciona ante todo, como si ofreciera respuestas a cada pregunta en un idioma que no llegamos a entender. El mar nos avisó de que alguien se acercaba y ahora que su vibración bajo el bote comienza a remitir, nos avisa de su partida, pero nadie dice una sola palabra durante otro par de minutos.

—Ya se han alejado —susurra entonces el señor Contrabandista—. Nos siguen buscando rumbo oeste.

—Alabado sea Dios —dice una mujer—. Han pasado tan cerca, casi podía oír la respiración de los guardacostas.

Creo que esta mujer exagera, eso o tiene mejor oído que yo.

—Han pasado como a cinco metros de nosotros, es un milagro que no nos hayan visto —dice un hombre.

Las olas se levantan un poco, las escucho estrellarse contra las rocas, ahora más intensas que antes, como latigazos, una y otra vez, me caen gotitas en la cara. Es agua salada, porque en su interior flotan minúsculos granitos de sal.

La sal es transparente, que no es un color, pero tampoco es la ausencia de color, porque entonces sería negra. He leído que la sal es un cristal incoloro, que es como si fuera invisible, solo se puede sentir su sabor en la comida o en el agua del mar, o agarrarla entre los dedos como si fuera arena de playa muy fina.

—Esperemos aquí unos minutos, hasta que las luces desaparezcan del todo —indica el señor Contrabandista.

—Ghada —me susurra mi padre—, la claridad del cielo es tan cristalina que se puede ver perfectamente la Vía Láctea.

La Vía Láctea, la llaman así porque parece leche derramada en el cielo, y todos hablan de ella como si fuese algo extraordinario, aunque a mí cuando se me derrama la leche del tazón del desayuno no me parece nada del otro mundo. Si las estrellas son azúcar espolvoreado en el cielo, entonces el cielo debe estar algo húmedo y pegajoso. Todo esto lo sé porque el significado de la Vía Láctea me lo explicó la señorita Houda, mi maestra de «Habilidades para la vida diaria».

3. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN LA SEÑORITA HOUDA, MI MAESTRA DE «HABILIDADES PARA LA VIDA DIARIA»:

- *Huele a manzana verde con una pizca de sudor (aunque no es desagradable).*
- *Su voz suena a un chorrito de agua cayendo en una fuente.*
- *Dato curioso: sus manos siempre están frías.*

En todo el cole solo había otro niño ciego, que era mayor que yo, de manera que no tenía mucho contacto con él. Durante la mayor parte del día yo asistía a clases normales, prestaba toda la atención que podía a las voces de los profesores, y cuando me tocaba hacer algún examen lo hacía oralmente. Solo en la última hora de cada día recibía clases de braille y de «Habilidades para la vida diaria». Me enseñaban a hacer las tareas básicas que se necesitan para vivir con independencia, como asearme adecuadamente, comer con corrección o reconocer los diferentes tipos de monedas y billetes. Asistía yo sola, una hora que pasaba con la señorita Houda, sentada en el pupitre de una clase silenciosa. Desde mi sitio, en la primera fila, el sol me calentaba la mejilla izquierda y la puerta de salida quedaba a cinco pasos a mi derecha. El cristal de la ventana refractaba el griterío de los niños en el patio, que sonaba como los graznidos frenéticos de una bandada de pájaros.

—No te agobies, Ghada, el secreto está en hacer las cosas paso a paso, no en hacerlo todo a la vez.

Todo eso ya lo sabía, mamá me lo había explicado hasta la saciedad.

Planchar una túnica, colocarla adecuadamente, encender la plancha, buscar las arrugas, donde no llegan los ojos, llegan las yemas de los dedos.

—Muy bien, Ghada, ¿ves cómo lo haces muy bien?

—Pero yo lo que quiero es escribir, no hacer estas cosas.

—¿Escribir? ¿Te refieres a utilizar la regleta y el punzón?

—No, me refiero a escribir cuentos. Yo de mayor quiero ser escritora de cuentos.

—Ah, vaya por Dios. Pero hija, no vas a poder describir las cosas para que los demás las entiendan. Mejor búscate otra profesión, ¿no te parece?

—De eso nada, yo voy a ser la primera escritora que, sin poder ver, va a escribir como una persona vidente.

La señorita Houda se rio, pero lo hizo sin malicia, era una risa de sorpresa, de orgullo, tanto fue así que por un momento me recordó a la risa de mi madre.

—Aunque no pueda verlos, sí que puedo aprenderme de memoria los colores de cada cosa —dije, sin dar mi brazo a torcer—. Las margaritas son amarillas y blancas, como un huevo frito. ¿Lo ve? No es tan difícil.

La señorita Houda se quedó un rato callada.

—Mira, vamos a hacer una cosa —me dijo entonces—. Termina de doblar ese chador y puedes escribir el resto de la hora.

—¿En serio? —le respondí loca de contenta.

—Claro que sí, o mejor todavía, te voy a enseñar a escribir.

Aquel comentario me molestó un poco porque yo sabía escribir perfectamente con la regleta y el punzón. ¿Se pensaba la señorita Houda que era una analfabeta porque no era la mejor dobladora de ropa del mundo?

El disgusto se me escapó en una mueca de la cara, como si lamiese un limón.

—No me refiero a eso, Ghada, ya sé que sabes escribir, quiero decir enseñarte a escribir literatura, no al acto mecánico de escribir.

Me esforcé al máximo por doblar el chador de la mejor manera posible. Una vez terminado, la señorita Houda me puso la regleta en la mano y unas hojas de papel.

Recuerdo que, cuando empecé a escribir en braille, lo que más me sorprendió fue que hubiera que escribir de izquierda a derecha, y escribir

todas las letras al revés (según mi maestra, así es como se vería algo escrito reflejado en un espejo) de manera que los puntitos salieran hacia el otro lado. Entonces, para leer lo que has escrito, le das la vuelta a la página y lees de derecha a izquierda. Menudo rollo tener que aprender el alfabeto latino para escribir en braille, y eso es lo más gracioso. En los idiomas occidentales se lee de izquierda a derecha, o sea que para escribir en braille en esos idiomas tienes que hacerlo de derecha a izquierda, y en árabe al contrario. O sea, un lío.

Ajusté la regleta a la parte superior del folio y comencé a escribir con el punzón:

«La maestra Houda es maravillosa».

—Gracias, Ghada, eres muy dulce.

Yo pensaba que la señorita Houda, para ayudarme a escribir mejores historias, se limitaría a enseñarme más y más palabras con las que nutrir mi vocabulario, pero no fue así. Lo que me explicó aquel día fue algo que nunca he olvidado. Para escribir un cuento tienes que dividirlo en tres partes: el planteamiento, que es el principio del relato, cuando le planteas una pregunta al lector (érase una vez, una niña que se embarcó en una aventura con su papá, cruzando el mar, ¿qué les esperaba al otro lado?); el nudo, que son las cosas que les pasan a los protagonistas; y el desenlace, que es cómo acabará el cuento.

También me explicó que en cualquier historia solo hay que contar lo que sea relevante, que es algo que todos hacemos, por ejemplo, cuando recordamos nuestra propia vida, seleccionando nuestros recuerdos, eligiendo los que consideramos importantes y olvidando los que no lo son, y a cada historia de nuestra vida le buscamos su planteamiento, su nudo y su desenlace. Como yo no lo entendía, me puso un ejemplo. Según la señorita Houda, en ninguna historia se cuenta que un personaje se cepilla los dientes, porque cepillarse los dientes, aunque es algo muy importante, no suele ser relevante para la historia. Y no me parece el mejor de los ejemplos, porque para mí lavarme los dientes es un fastidio demasiado molesto como para no escribirlo el día que cuente mi vida.

—De acuerdo, Ghada, ¿crees que serías capaz de escribir un cuento sobre esto que te voy a dar?

La señorita Houda sabe que me encantan las maquetas de edificios, los

barquitos, los trenes de juguete. Esas versiones en miniatura de cosas más grandes son la única manera que yo tengo de entender lo que no puedo abarcar con las manos, u otras cosas que, aunque pequeñas, no están a mi alcance.

El objeto que la señorita Houda me puso en las manos era un tanto extraño.

Tenía alas de murciélago —los murciélagos no pueden ver, ¿lo sabías, Ghada?—, pero aquello no era un murciélago. Tenía el cuello largo y una cola más larga todavía, una rugosidad de escamas en el cuerpo y una especie de picos le salían de la cabeza.

—¿Qué pájaro es este, señorita Houda?

—Eso es un animal mitológico, Ghada.

—¿Mitológico?

—Bueno, no sé si mitológico, ficticio, vamos que no existe.

—¿Como algo de los cuentos?

—Como algo de los cuentos. Ahora esa palabra es tuya.

—¿Es mía?

—Sí, a partir de ahora, la palabra *ficticio* es tuya, tan tuya como de cualquier otra persona que la conozca.

Cuánta razón tenía la señorita Houda, las palabras, cuando se aprenden, ya no puedes desprenderte de ellas. Cada vez que aprendía una palabra nueva (en este caso, ficticio) la volvía a oír al poco rato, y esta vez se la oí decir a Aasiyah al volver a casa, mientras caminábamos con un coro de otras niñas.

—Mi padre dice que en este maldito país no hay libertad —dijo Aasiyah a viva voz—. Los que hablan de la democracia en Siria están locos, la democracia siria es una cosa ficticia.

Advertí que las otras niñas que caminaban con nosotras se callaron de repente, como si hubieran escuchado algo asombroso. Imaginé que estaban impresionadas por la palabra *maldito*.

A la hora de cenar, sentada a la mesa junto a papá, tuve que hacerle la pregunta:

—Papá, ¿qué es una democracia?

Seguro que una vez supiera lo que significaba democracia, me encontraría con la palabra por todos lados, igual que con ficticio, igual que con dragón.

Eso es lo que pienso cuando pienso en la señorita Houda.



En el barco: Si no es a la primera, será a la segunda

Las luciérnagas han desaparecido hace un buen rato. El señor Contrabandista vuelve a poner en marcha el motor del barco, que primero carraspea muy fuerte y luego ronronea como un gato. Noto mariposas en el estómago cuando nos movemos sobre las olas, rumbo, una vez más, al otro lado del mar.

El mar nos acompaña en nuestra aventura. Las olas se animaron cuando aparecieron las luciérnagas. Ahora que vuelve la calma, el mar se ha amansado bastante y ya solo se agita con ternura.

—Espero que no tengamos más contratiempos —dice alguien, una voz masculina.

—Si vuelven a buscarnos —indica el señor Contrabandista— no vamos a poder escondernos entre las rocas, porque ya estamos muy alejados, así que, simplemente apagaremos el motor, y tendremos que volver a quedarnos en silencio.

—Esperemos que la oscuridad de la noche sea suficiente para hacernos invisibles de nuevo —dice una mujer.

—Está empezando a nublarse —dice alguien—. Eso nos ayuda.

—Mientras las nubes no traigan lluvia —responde papá—. Lo último que necesitamos es una tormenta.

—Tengamos fe en Dios —dice una mujer, que acto seguido comienza a rezar. —Dios, ten compasión de nosotros...

Yo siento que Dios nos va a ayudar, aunque el secreto que llevo en la mochila está empezando a estremecerse y me preocupa mucho. Si las luciérnagas mágicas nos traen otro barco de policía, mi secreto podría hacer que nos descubran.

Mi padre retoma la conversación con el señor que tiene enfrente. Al señor se le entristece la voz cuando le dice que perdió a su esposa y a dos hijos en Homs, y que los tres restantes consiguieron escapar.

Mi padre le habla entonces del señor Ahmed, el perfumero. Yo también me

pongo muy triste cuando me acuerdo del señor Ahmed.

4. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN EL SEÑOR AHMED:

- *Huele a talco, a vainilla y a bebé.*

- *Su voz suena como si hablara con cascaritas de huevo en la garganta, y habla demasiado alto, señal de que debe estar perdiendo el oído, o sea, que él se debe escuchar normal.*

Claro que había estado en otras perfumerías, pero ninguna era como la del señor Ahmed. Entrabas y era como pasear por un bonito pueblo de aromas donde cada fragancia daba paso a la siguiente. La vainilla te recibía y te daba la bienvenida con exquisita amabilidad: «Sé bienvenida a nuestro pue...», interrumpida por la mandona de la magnolia que dictaba los pasos de tu visita mientras caminabas sobre un tapiz de fondo de pachulí y *musk*.

—Camina en aquella dirección, querida —me decía la magnolia— ve hacia esa multitud...

Y la multitud era de hojas de violeta y grosellas negras en los márgenes de una calle otoñal, salpicada de lirios del valle, la baya rosa como un niño travieso lanzándole gajos de mandarinas a la frambuesa.

—Te agradezco que cuides de mi hija —le decía papá al dueño del establecimiento—. Volveré en una hora, más o menos. —Un breve silencio y después—: Princesa, no le causes molestias al señor Ahmed.

Pero las palabras de papá me llegaban de lejos, porque yo, en aquel momento, estaba visitando los hogares de los jazmines y azahares, que conversaban desde sus balcones, de los que pendían guabas y pasas rojas, lichis y violetas...

—No será ninguna molestia, estoy encantado de tener aquí a tu hija —respondió el perfumero mientras yo ya estaba llegando a los límites de mi

pueblo imaginario, alcanzando un reborde sembrado de agridulces bergamotas que pendían en ramas de donde brotaban también rosas bajo el frescor del pachulí, soñoliento como el anuncio de la noche, y las hojas de cedro que invitaban a conciliar el sueño...

—Pórtate bien, Ghada, no alborotes.

Sus palabras se deslizaron entre un grupito de fragancias recién llegadas que competían entre sí por reclamar mi atención, como si fueran todas niños pequeños que acababan de darse cuenta de mi presencia: florecitas de sándalo brincando sobre la bergamota, la pimienta molestando al té verde, la frambuesa arrullada como un bebé por el lirio del valle, y la altiva rosa regañándole al pegajoso ámbar como una maestra severa, y las bayas y las pasas rojas tramando travesuras...

—Ghada, ¿me escuchas?

—Sí, sí, papá —le respondí. El reclamo de mi padre me devolvió al aquí y al ahora.

—Te aseguro, amigo Khaled, que esta muchacha tiene un talento innegable para los aromas —dijo el perfumero con voz de sonrisa.

Sonreí con timidez, halagada porque el señor Ahmed me hubiese llamado muchacha y no niña. Para mí las sonrisas son una manera de mostrarle a los demás tu agrado, tu amor o simplemente tu aprobación, pero cuando no puedes ver y no tienes manera de saber si los que te acompañan te están mirando o no, la sonrisa de una persona sin vista es como mandar cartas al mar en una botella.

Recibí un beso de papá en la mejilla y se lo devolví abrazándolo fuerte del cuello; más que los besos, lo que me ha gustado siempre ha sido sentir la mejilla de papá apretada contra la mía.

Sus pasos se lo llevaron tras el suave chirrido de los goznes al abrirse y cerrarse la puerta. Me quedé de pie frente al mostrador, que me quedaba a la altura de la nariz, atisbando las fragancias que danzaban a mi alrededor, sin atreverme a decir una palabra, tímida y quieta como una estatua.

—¿Sabes, muchacha, que esta perfumería perteneció a mi padre antes que a mí? —me dijo entonces el señor Ahmed con voz arenosa—. Y antes fue del padre de mi padre, y antes del padre del padre de mi padre, y así hacia atrás desde que existe la memoria de mi familia. Que yo sepa, mi estirpe siempre se ha dedicado a fabricar perfumes. En estos frascos hay esencias cuya fórmula

viene de muy antiguo y aromas cuya procedencia se pierde en la noche de los tiempos.

Oía las pisadas del señor Ahmed moviéndose de un lado a otro, el tintineo de unos frascos al ser depositados sobre las vitrinas, el roce de un bolígrafo en el papel, el susurro de una etiqueta al despegarse.

—Fueron nuestros antepasados los que inventaron el arte de guardar la esencia aromática de las flores, ¿lo sabías, muchacha? No me extrañaría que hubiese sido aquí mismo, en este mismo lugar, en un establecimiento como este, hace miles de años, donde se inventó el primer perfume. No en vano vivimos en la ciudad más antigua de la tierra que ha estado siempre habitada. Antes de que la mezquita de los Omeyas fuera una mezquita, era una catedral (y todavía conserva en ella la cabeza de Juan el Bautista); antes de que fuera catedral, había un templo de estilo romano dedicado a Júpiter; y antes de eso era un templo a Haddad, el dios arameo del trueno.

—¿Y ellos ya usaban estos perfumes? —me atreví a preguntar.

—¡Por supuesto! —exclamó, y en su voz imaginé una sonrisa—. En la tumba de Tutankamón había miles de frascos con perfumes diferentes que tres mil años después todavía conservan una parte de su aroma original.

—¿Quién es Tutankamón? —le pregunté.

—¡Alabado sea Dios! ¿Qué te enseñan en la escuela, muchacha? ¿No sabes quién es Tutankamón?

Negué con la cabeza, avergonzada. El señor Ahmed no dijo nada, así que deduje que debía estar de espaldas cogiendo algún frasco de los estantes, y respondí flojito, temerosa.

—N... no.

—Tutankamón fue un faraón del antiguo Egipto —aclaró—. Reinó hace más de tres mil años. No me digas que tampoco has oído hablar nunca de las pirámides.

—Eso sí —dije tímidamente—. Mi padre me ha hablado de ellas. Son tumbas enormes con forma de... pirámide.

—Pues ahí lo tienes. Las construyó Tutankamón y se hizo enterrar en su interior con miles de frascos de perfumes, como los que hay aquí a nuestro alrededor. Mira, acércate aquí, huele esto.

Me puse de puntillas, agarrada al borde del mostrador. El señor Ahmed me puso un frasquito de perfume bajo la nariz y abrió el tapón. Lo que salió del

tarro me sopló dentro de la mente y se llevó mis pensamientos flotando entre los árboles. De pronto estaba al aire libre, arrumada por el susurro de las hojas.

—¿Qué es? —pregunté con la boca abierta—. ¡Nunca había oído algo así!

—Sakura —respondió en un susurro, como si conjurase un misterio—. Viene de Japón. Es la flor del cerezo. En esta esencia se concentra lo que los japoneses llaman Hanami, la tradición milenaria de observar la belleza de las flores. Tienes que saber, muchacha, que en Japón la flor del cerezo tiene un significado especial. Para los samuráis era su ideal. Los guerreros esperaban morir en la batalla mientras mantenían su esplendor y no envejecer, igual que la flor del cerezo cae del árbol antes de marchitarse, empujada por el viento. Una leyenda cuenta que, en un principio, las sakuras solo eran blancas. Pero el suicidio ritual de los samuráis para evitar la deshonra solía realizarse delante de un cerezo. Por eso las flores del cerezo comenzaron a tornarse rosadas, debido a la sangre que absorbía el árbol.

El color rojo enfrentado al blanco.

El color rosa de los samuráis.

Yo no sabía lo que era un samurái, pero no quería interrumpir al señor Ahmed con preguntas y parecer todavía más ignorante. Embelesada, tiesa y con la cabeza estirada, como un perrito alerta, mi imaginación se iba poblando de sensaciones, de olores y sonidos de lugares lejanos y exóticos. ¡Había tantas cosas en el mundo que no conocía!

—Vamos a hacer una cosa —me dijo—. Te voy a enseñar un truco que hago con mi nieto Adnan. A él tengo que vendarle los ojos, pero contigo no va a ser necesario, muchacha. —Le oí manipular algo sobre el mostrador, como si desplegase una alfombra—. Ven, súbete aquí.

El señor Ahmed colocó un taburete y me ayudó a encaramarme, de modo que ahora el mostrador me quedaba a la altura del pecho.

—Ahora extiende tus manos con las palmas hacia arriba.

Sus manos tibias y rugosas, como las hojas del árbol del pistacho, se posaron con delicadeza en las palmas de las mías. Las presionó ligeramente hacia abajo y en círculos. Con el dorso rocé una superficie suave y ondulante, como una infinidad de trocitos de seda cosidos a un tapiz.

—¿Notas la sutileza? Son centenares de pétalos los que acarician tu piel —me susurró. El aliento le olía a manzana—. Son las flores del cerezo. Ahora

imagina, Ghada, que eres un gigante y que tu mano es tan grande como una alfombra. Tus brazos son largos como troncos. Eres un gigante y, aun así, no serías capaz de abarcar con tu cuerpo toda la extensión de cerezos en flor que hay bajo tus manos. Los árboles se extienden en todas direcciones, más allá del horizonte, y aunque fueses un gigante tan grande como toda la ciudad, podrías retozar sobre ellos como si se tratase de una alfombra suave y perfumada.

El señor Ahmed volvió a destapar el frasquito de esencia de sakura. Noté un cosquilleo en la nuca, como si me soplasen en el cerebro desnudo, y el dulce olor de las flores se fundió en mi interior como néctar líquido, volviéndome liviana, como si flotase, como si yo misma fuese el aire que suspira sobre los árboles meciendo sus flores. El campo de cerezos se extendía en todas direcciones, tan lejos que ni los videntes podrían vislumbrar el límite que yo podía sentir dentro de mi pecho.

—Lo que tu imaginación está evocando —me dijo el perfumero con una voz de sal que parecía susurrada por el viento— es algo que poca gente por aquí ha contemplado, un campo de cerezos en flor, un espectáculo maravilloso. Y este, muchacha, es solo uno de los secretos que guardan estas botellitas de esencias.

* * *

Más tarde, caminando de la mano de papá por las silenciosas callejuelas de regreso a casa, con las frías manos de la noche posándose en mis mejillas, no paraba de darle vueltas a las palabras de Aasiyah, cuando se burlaba de mí por no poder ver y me decía que nunca iba a ser capaz de aprender nada. Caminaba callada, la cabeza gacha, el ceño fruncido y el gesto abatido, como si acabase de recibir una regañina.

—¿Qué te pasa, princesa? —me dijo mi padre, que debió verme el gesto de desánimo—. ¿No lo has pasado bien esta tarde con el señor Ahmed?

—No, no es eso —respondí agachando aún más la cabeza.

—¿Entonces?

Le di una patada al aire. Quise soltarme de su mano para jugar a los equilibrios saltando a la pata coja. Cuando algo me preocupa me alivia ponerme a dar saltitos. Papá no me quiso soltar en mitad de la calle.

—Dime, princesa, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás triste?

—El señor Ahmed es el hombre más sabio que conozco —respondí al cabo de un rato, con la voz flojita que se me pone cuando estoy triste—. Sabe mucho más que los maestros del colegio. Ha viajado muy lejos y ha visto muchas cosas. Yo soy ciega y nunca voy a poder ser como él. Nunca voy a poder ir a todos los sitios donde él ha estado.

—Pero Ghada, ¿por qué dices eso? ¿Es que no te has dado cuenta?

—¿De qué, papá?

—Ahmed es ciego de nacimiento, como tú.



En el barco: Mi secreto comienza a ladrar

—Ghada —me susurra mi padre—, el cielo se está cubriendo de un lecho de algodones. Son las nubes que nos envía Dios para hacernos invisibles.

El barco se desplaza sorteando las olas como un trineo embalado cuesta abajo sobre la nieve, a una velocidad tal, que aunque las olas son suaves, provocan que el bote brinque sobre sí mismo. Y es entonces, en uno de esos saltos, cuando la mochila a mis pies se agita y lo que hay dentro empieza a darme patadas frenéticas. La tranquilidad que me había acompañado desde que partimos se resquebraja, como el hielo de un lago al que golpea una piedra y se hace una brecha que comienza a ramificarse. Y la inquietud que siento comienza a parecerse al miedo.

Una nueva ola vuelve a lanzar el barco al aire. Me siento incorpórea, unos segundos en un estado de ingravidez, hasta que el casco del barco vuelve a golpear el agua. Mi secreto se estremece de nuevo.

Me dan temblores y me abrazo a mi amigo Adnan, que está sentado a mi lado. Él me devuelve el abrazo apretándome un poquito más fuerte.

Es justo entonces cuando mi secreto comienza a ladrar dentro de la mochila.

A pesar de que traer animales está terminantemente prohibido, tengo a mi perrito Doobie escondido en la mochila. Si pudiera ver, seguro que vería que todas las cabezas de los pasajeros de este barco se giran hacia mí. La sorpresa

de los viajeros electriza el silencio como carga estática.

—¿Hay un perro en el bote? —pregunta el señor Contrabandista—. Estoy seguro de que acabo de escuchar un ladrido.

De qué me iba a servir ocultarlo. Abro la cremallera de la mochila. Al sacar su cabecita, Doobie suelta otro ladrido alegre. Menos mal que no está asustado por despertarse de repente en un barco como este, en mitad del mar.

—No me lo puedo creer —dice mi padre.

Me temo que papá se va a enfadar mucho, pero que mucho, conmigo.

—Demonios, Khaled, ¿has permitido que tu hija trajese el perro? —le grita el señor Contrabandista a mi padre.

Papá no dice nada. Imagino que me estará mirando, pensando qué responder. Sé que desobedecer a papá está muy mal, peor aun cuando lo que he hecho molesta tanto al señor Contrabandista, que manda en este barco más que un capitán. Me va a caer una buena regañina.

—He sido yo, señor —dice entonces Adnan—. Yo he metido al perro a escondidas en el barco. No quería que Ghada estuviese triste por tener que dejarlo en la orilla.

Adnan miente, por supuesto. La idea de traer a Doobie fue mía, pero lo hace para evitarme a mí el castigo. Adnan es mi mejor amigo, y lo quiero mucho, pero que mucho, mucho.

5. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN MI AMIGO ADNAN:

- *Huele a heno y a polvo de trigo.*

- *Suena como si alguien tocara un piano cubierto de polvo, una voz rasposa pero al mismo tiempo aniñada.*

Conocí a Adnan aquel frío invierno que antecedió a la irrupción de los dragones en la ciudad de Alepo, el mismo invierno en el que Aasiyah dejó de presentarse cada mañana para llevarme al cole. No es que yo echase mucho de menos su compañía, en primer lugar, porque Aasiyah era tonta de remate y no perdía ocasión para meterse conmigo por no poder ver; en segundo lugar, porque, últimamente, durante todo el trayecto a la escuela no paraba de insultar al presidente Bashar al Assad, diciendo que era un «jirafón», un «puerco», un «perro» y cosas aún peores que una niña no debería decir y que, de hecho, no decía en la escuela, solo cuando estaba fuera, y a mí no me parecía bien que insultase al presidente de esa manera, porque la señorita Houda decía que Bashar al Assad era «el mejor hombre del mundo y no hay más que hablar», y yo no tenía motivos para pensar que mi profesora quisiera engañarme, mientras que tenía todos los motivos del mundo para desconfiar de Aasiyah.

Otra de las cosas que Aasiyah repetía (se lo escuchaba a su papá), era que vivíamos en una democracia «ficticia», lo cual me intrigaba mucho. Yo ya sabía lo que significaba la palabra «ficticia», pero no lo que significaba la palabra «democracia».

—¿Qué es la democracia, papá?

—Ghada, no debes hablar de esas cosas.

Eso sí que era raro. Papá nunca se negaba a explicarme algo que yo fuese capaz de entender. La democracia debía de ser una de esas «cosas de mayores», como decía la señorita Houda, prohibidas para los niños, como hablar de las «relaciones entre un hombre y una mujer», o peor aún, del «sexo», que era una palabra que yo había oído en alguna ocasión y sobre la cual también estaba terminantemente prohibido preguntar.

—Pero papá, ¿piensas que no soy capaz de entenderlo porque soy ciega? Yo soy capaz de entender muchas cosas.

—¿Ah, sí? ¿Serías capaz de elaborar un perfume?

—Sí, si me enseñaran.

—Pues eso, que, para hablar de esas cosas, como para hacer un perfume, tienes que aprender primero, y para eso está la escuela.

Papá siempre fue un as para cambiar la conversación hacia otra cosa que me interesase más y hacer que se me olvidara de lo que estábamos hablando.

—¿Qué te parecería, princesa, ir a la perfumería del señor Ahmed, de vez en cuando, para aprender a fabricar perfumes...?

La sonrisa que floreció en mi cara borró cualquier rastro de la palabra «democracia» de mi mente.

Lo extrañísimo era que el padre de Aasiyah sí que hablaba abiertamente de «democracia» delante de su hija. Yo estaba resuelta a averiguar más cosas sobre la «democracia», pero entonces la familia de Aasiyah al completo se mudó a Homs, eso me dijo papá, de manera que ya no iba a poder llevarme más al cole. Papá me dijo que a partir de ahora me acompañaría otro niño, el nieto del señor Ahmed.

—Papá, pero puedo ir yo sola al colegio, ya me sé el camino.

—Ni hablar, Ghada. Alguien tiene que acompañarte. Adnan es un niño muy simpático. Os vais a hacer muy amigos.

Hasta entonces, amigas, lo que se dice amigas, había tenido pocas, pero amigos, ninguno. No es que quisiera desconfiar de mi padre, pero los niños siempre se hacen los simpáticos con los adultos y luego se portan fatal conmigo. Tuve miedo de caerle mal al nieto del señor Ahmed, o que él me cayese mal a mí.

Una tarde tan fría que las orejas me dolían al salir a la calle y unos tímidos copos de nieve, como confeti, me hacían cosquillas en las mejillas, papá me llevó a la perfumería a conocer a quien iba a ser mi nuevo acompañante.

El nieto del señor Ahmed olía a heno y a polvo de trigo, y su voz era la de un niño y a la vez la de un adulto, como si tuviese dos gargantas, cada una de las voces superpuesta sobre la otra diciendo lo mismo. Adnan significa: «Aquel que vive en dos paraísos» o «en dos realidades», y la verdad es que el nombre encajaba con su voz. A veces, cuando estaba contento, su voz aguda e infantil prevalecía sobre la del adulto. Otras veces, sobre todo cuando estaba enfadado, era la voz del adulto la que se adueñaba de su timbre. Pero casi todo el tiempo convivían ambas en sus frases y tenía que hacer una mueca para no reírme al escucharlo.

Adnan tenía once años y lo primero que me dijo al conocerme, muy orgulloso, fue que cuando fuese mayor iba a heredar la perfumería de su abuelo, por eso tenía que aprender a fabricar todos aquellos perfumes, para seguir vendiéndolos.

—Vais a aprender juntos —nos dijo el señor Ahmed—. Así Adnan podrá tener una ayudante, si te interesa el negocio de los perfumes, muchacha.

Yo no sabía si lo de ser ayudante lo decía en serio o en broma, lo único que sabía era que me entusiasmaba la idea de aprender el arte de elaborar perfumes junto al nieto del perfumero, como si fuéramos dos aprendices iguales para él.

—Con la exquisita sensibilidad que tienes, muchacha —me dijo el señor Ahmed con su voz de arena— podrías llegar a estar a la altura de los grandes compositores de perfumes, como Ernst Beaux, que diseñó el famoso N° 5 para Coco Chanel utilizando por primera vez los aldehídos para la síntesis, o Christian Dior, que tardó cuatro años en crear su perfume Miss Dior, allá por el año 1947.

Me recuerdo de puntillas, asomada al mostrador, completamente absorta en sus palabras. No tenía ni idea de quiénes eran aquellas personas de las que nos hablaba como si susurrase secretos, pero estaba deseando saberlo todo, todo y más.

—Dior dijo que había creado su perfume para «vestir a cada mujer de una estela de deseo y ver de su frasco surgir todos mis vestidos» —nos contó el señor Ahmed.

Aquello me dejó con la boca abierta. Que las mujeres se visten de perfume es algo que yo siempre he pensado, y me puse muy contenta al saber que alguien tan importante como aquel señor Dior había tenido la misma idea que

yo.

—Los mejores perfumes se hacen en París, y allí tendréis que viajar algún día, si os interesa de verdad este oficio, claro está.

Dije que sí con la cabeza, moviéndola con vehemencia. Sería escritora y perfumista, las dos cosas, lo tenía decidido.

—Primero voy a enseñaros a destilar aceites esenciales —nos explicó durante nuestra primera clase—. Con esta técnica básica podréis crear vuestros propios perfumes.

Sobre el mostrador lateral de la tienda colocó una especie de botella redonda como un balón, con un cuello alargado. Me dejó que la reconociese con las manos y nos explicó que se llamaba matraz. Me pidió entonces que eligiese yo misma, de entre los tarros que había en una estantería, los componentes del perfume que íbamos a fabricar. Seleccioné flor de lavanda, lilas y un poco de almizcle, y los fui echando en el matraz a pequeños puñados. Después vertí un chorrito de agua. Adnan fue el encargado de encender un pequeño hornillo. La llama prendió echando calor con un bufido grave. Colocamos el matraz encima del fuego y aguardé con el pecho henchido de la expectación. La llama siseaba. El señor Ahmed caminaba de un lado para otro entre un tintineo de frascos, como si nota a nota quisiera interpretar un lentísimo *adagio* de cristal. Al poco, el burbujeo del líquido al hervir acabó captando toda mi atención.

—Ahora colocamos un tubo para extraer el vapor y llevarlo hasta otro recipiente, donde al enfriarse irá goteando la esencia —nos explicó nuestro maestro—. Lo que estamos haciendo se llama destilación.

—¡Huele como mi colonia de lavanda! —exclamé con alegría.

—Así es. ¡Ni más ni menos eso es lo que habéis fabricado! —rio el señor Ahmed con una risa que parecía una tos—. Ahora podéis experimentar con otros ingredientes, a ver qué os sale.

—¡Ahora yo! —gritó Adnan con entusiasmo.

El nieto del perfumero añadió jengibre, romero y ciprés en el matraz. Arrugué la nariz al oler lo que estaba echando. De esa mezcla no iba a salir nada bueno, pensé, pero no dije nada. Al fin y al cabo, ¿qué sabía yo de fabricar perfumes? ¿Estaba en mi primera clase y ya me creía una experta?

Pero cuando la esencia comenzó a destilar salió un aroma amargo y picante que nos hizo escocer de ojos.

—¡Esto huele fatal! —exclamó Adnan, con la decepción colgándole de la voz.

—A lo mejor lo que querías fabricar era un repelente para mosquitos —dijo su abuelo, y los tres reímos, aunque la risa de Adnan no ocultaba su desánimo.

—El jengibre se combina mejor con el limón —me atreví a indicar—. El romero con la menta, y el ciprés con la mandarina.

—¿Y tú cómo sabes eso? —me preguntó el niño.

—Porque... lo sé —respondí, y es que era la verdad, lo sabía, simplemente. Para mí, combinar olores es algo obvio. Supongo que es como la persona que nunca ha comido uvas y queso, pero son sabores que puedes mezclar en la mente y sabes que la mezcla va a funcionar. ¿No se imagina cualquiera que el chocolate con mayonesa no va a producir precisamente un manjar? No hace falta probarlo para saberlo, ¿verdad?

Resultó que Adnan, tras mucho probar y esforzarse en seguir las indicaciones de su abuelo, no era capaz de destilar ninguna fragancia que no oliese a repelente de bichos. No percibía los matices más obvios que diferenciaban unos aromas de otros.

—¡Menudo perfumero voy a ser, si no sé distinguir un geranio de una rosa! —exclamó a punto de llorar.

Creo que se puso tan triste porque su abuelo siempre le había dicho que él se haría cargo de la tienda cuando fuese mayor, y cómo iba a hacerlo si no tenía nada de olfato. A mí me consideran ciega por no ver, pero he descubierto que hay personas que son «ciegas» a los olores. Pensé en un mundo sin aromas y me pareció algo terrible.

Para consolar a su nieto, el señor Ahmed nos trajo unos pastelitos y nos sentamos en la alfombra, tras el mostrador, a merendar.

—No te pongas triste —le dije—. Yo no puedo distinguir un lápiz rojo de uno verde.

—¿Tú qué quieres ser de mayor? —me preguntó.

—Escritora —respondí sin dudar.

—Entonces te dará igual si no puedes distinguir un color de otro. Eso no te impide escribir, ¿no? ¿Pero qué voy a hacer yo si no soy capaz de hacer un perfume?

Yo creo que de lo que tenía miedo era de que su abuelo dejase de quererlo.

—Puedes aprender a hacer otras cosas —le dije recordando que mamá siempre decía que cada persona tiene un don—. ¿Qué es lo que te gusta hacer a ti?

—¡Explorar! —respondió al instante—. ¡De mayor quiero ser marinero para recorrer el mundo y dibujar mapas de todo!

Resultó que Adnan se sabía de memoria todos los países del mundo, que eran 194, y era capaz de recitar sus nombres y sus capitales de memoria. Y no solo eso, también se sabía muchos datos sobre cada uno de ellos. Los más poblados y los menos poblados, los más ricos y los más pobres, los que tenían selvas tropicales y los que tenían desiertos, los que acumulaban personas por millones en cualquiera de sus ciudades. Oyéndolo, me quedaba con la boca abierta ante la extensión del planeta, ciudades como Nueva York o París donde, según Adnan, hay edificios tan altos que tocan el cielo y por eso los llaman rascacielos. Edificios que yo nunca podría ver pero sí que podría subir hasta la azotea de cada uno de ellos y acariciar las nubes con la punta de los dedos.

¿Serían tan grandes como los campos de cerezos que yo misma era capaz de evocar en mi mente?

Adnan me habló de algo que me asombró aún más, algo que muy posiblemente sí que superaba mi imaginación.

El mar.

—¿Nunca has estado en la costa? —me preguntó.

—Papá nunca me ha llevado. ¿Cómo es el mar?

—Es lo más increíble que puedes ver... si pudieras verlo, claro —respondió—. Es una extensión enorme de agua.

—¿Cómo en la piscina pública?

—¡No tiene nada que ver! —rio con su timbre infantil—. En el mar hay tanta agua que podrías nadar durante días y días y nunca llegarías hasta la orilla opuesta.

—¿Y qué tiene eso de especial? —contesté, tratando de no dejarme impresionar—. ¡Yo no sé nadar!

—¡No es solo nadar! En el mar flotan barcos tan grandes como ciudades que surcan los océanos durante meses, y las olas son altas como edificios y

rugen como un león enfurecido. Y cuando el sol se hunde en el horizonte es como si todo el mar se incendiase.

Aquello sonaba a una inmensidad demasiado grande como para imaginarla, como para contenerla en mi (ahora claramente) limitada imaginación.

El color azul marino.

—Ojalá pudiera verlo —me lamenté, triste, al darme cuenta de que lo que cualquier persona con vista podía divisar junto a la costa, superaba mi imaginación.

—Bueno... ¡Espera! ¡Se me acaba de ocurrir algo!

Adnan se puso en pie como una exhalación. Intercambió unas palabras con su abuelo, que respondió con unas indicaciones. Escuché cómo se abrían y cerraban cajones de madera. Al poco, Adnan regresó a mi lado y dejó caer algunas cosas sobre la mullida alfombra.

—Con esto vas a poder entender lo que es el mar —me dijo.

Extendí la mano y palpé un objeto duro del tamaño de un melón pequeño, con surcos en forma de espiral y protuberancias afiladas.

—¿Qué es esto?

—Una caracola de mar. O, mejor dicho, la concha de una caracola de mar.

—¿Y para qué sirve?

—Ahora lo sabrás.

Imaginaba lo que pretendía hacer Adnan, lo mismo que mamá cuando me regalaba cochecitos de juguete, o aviones, o el tío Esmail y sus maquetas de edificios o de barcos. Pero el mar, ¿cómo iba a poder enseñarme una versión en miniatura del mar?

Adnan fue colocando una serie de frascos de perfume a mi alrededor, en el suelo, rodeándome como en un ritual. En el centro, la caracola. Cada uno de los tarros contenía una esencia marina: salitre, arena, algas. Los fue destapando cuidadosamente, uno a uno. Olores penetrantes, extraños, fuertes, a pescado fresco del mercado, olores sulfurosos a medio camino entre algo salado y algo vegetal con un punto ácido.

Fue entonces, con todos aquellos olores marinos danzando a mi alrededor, cuando Adnan me colocó la caracola en la oreja y se obró un milagro.

¡Ahí estaba! ¡El mar! De pronto entendí a lo que se refería. Percibí la

honda inmensidad de una respiración, el eco profundo del oleaje, el rugido contenido de algo gigantesco y pacífico, amable y a la vez temible. Las olas venían de muy lejos, empujando los límites de mi imaginación, olas que habían viajado días y días atravesando la inmensidad hasta llegar a estrellarse en mis tímpanos, masas de agua donde habitaban seres marinos, escurridizos peces de todos los tamaños y formas, ballenas grandes como un autobús, tiburones, delfines, caracolas, estrellas de mar, algas que se agitaban en las profundidades silenciosas como la hierba alta mecida por el viento en los jardines, todo eso cabía dentro del mar, todo eso y mucho más: barcos naufragados, submarinos de hélice, y en la superficie más barcos del tamaño de ciudades, cargados de personas que surcaban las olas meciéndose arriba y abajo, y las olas que no cesan, incansables, viajando desde el otro extremo del mundo, desde el océano Pacífico, desde océanos cubiertos de hielo, olas que han viajado tanto y han visto tantas cosas que, ya exhaustas y alegres, acababan estrellándose lánguidamente contra mis oídos. El mar traía ecos del mundo entero, de cada playa, retazos de cada historia de marineros, de pescadores, de corazones rotos en las orillas, de promesas y de esperanzas. ¿Cómo podía el mundo ser tan grande?

—¡Es precioso! —exclamé cuando Adnan me retiró la caracola de la oreja. Estaba tan emocionada que me quedé traspuesta, como si no supiera ni dónde estaba.

—Yo el mar solo lo he visto desde la orilla. Nunca me he subido a un barco, pero un día lo haré. Voy a ser marinero y voy a recorrer el mundo —y al decirme aquello le salió la voz grave, de adulto, y casi pude imaginármelo a bordo de un barco mercante, vestido de capitán, oteando el horizonte con su catalejo.

Me imaginé a mí misma en la cubierta de aquel barco, mecida por las olas, con el sabor del viento salado en los labios, surcando la inmensidad azul, o en la cima de un rascacielos (¿a qué huele el aire allá arriba?) estirando los brazos y tocando las nubes con las yemas de los dedos. Descubrir el olor de las nubes. ¿Y si nunca podía?

—Adnan, ¿me llevarías contigo en tus viajes? —le pregunté, temerosa de que me dijese que no.

—¿No prefieres quedarte aquí y trabajar en la perfumería con mi abuelo?

—Me gustan los perfumes —respondí, dudando—, pero también me

gustaría ir a otros sitios, conocer todas esas cosas... Pero sí tú no quieres llevarme contigo no pasa nada.

—Pues claro que te llevaré conmigo.

—¿Aunque no pueda ver?

—¿Qué más da eso? ¡Yo te contaré de qué color son las cosas y tú me contarás a qué huelen! ¡Seremos compañeros de aventuras! —exclamó con entusiasmo.

—¡Pareja de aventureros! —gruñó el señor Ahmed desde el otro lado del mostrador, que, al parecer, no había perdido detalle de nuestra conversación—. ¿Y quién se va a hacer cargo de la perfumería cuando yo muera?

—¡Abuelo, ya encontrarás a otro aprendiz! —respondió Adnan.

Escuché cómo le daba un sonoro beso en la mejilla a su abuelo, y yo también fui a darle un beso al señor Ahmed, que nos abrazaba a los dos y nos apretaba contra su pecho y reía como si tuviese cascaritas de huevo en la garganta.

Yo estaba tan contenta, sobre todo feliz de tener un amigo. No necesitaba recorrer su cara con los dedos para saber que Adnan era el niño más guapo de la ciudad, el más bello del mundo entero. Por primera vez no envidiaba a las otras niñas que podían ver y hacer cosas que yo no podía hacer, porque ninguna de esas niñas era amiga de Adnan, y yo sí.



En el barco: Decisiones

—Yo he metido al perro a escondidas en el barco —se incrimina Adnan—. No quería que Ghada estuviese triste por tener que dejarlo en la orilla.

—Alabado sea Dios —dice una mujer—. Si el perro llega a ladrar cuando estábamos entre los peñascos, nos hubieran devuelto a Turquía.

—¿Cómo has podido hacer esto, niño? —le recrimina la señora Fadila—. ¡Arriesgar la vida de todos por un animal!

—¡No es un animal! —le respondo yo, enfadada—. ¡Es Doobie!

—Khaled —le increpa el hombre que mantenía una conversación con mi padre—. ¿Cómo has permitido que tus hijos traigan a su perro?

—No sabía nada —responde papá muy serio.

—¡De acuerdo! ¡Vamos a calmarnos un poco! —nos grita el señor Contrabandista—. Lo bueno es que, alabado sea Dios, no nos han descubierto, pero podemos no tener la misma suerte la próxima vez.

—¿La próxima vez? —pregunta la mujer.

—Al llegar a la costa, si vuelve a acercarse un barco patrullero, tendremos que apagar motores y quedarnos en silencio. Si el perro ladra podrían descubrirnos.

—Pues eso tiene fácil solución —dice la mujer—. Debemos tirar al perro por la borda.

Las palabras de la mujer me suenan a broma, tanto que espero escuchar la risa de todos los demás pasajeros inmediatamente después.

Pero no escucho la risa de nadie, ni siquiera la de papá.

Quiero decir algo porque este silencio no me gusta nada, incluso el mar contiene el aliento, pero se me ha quedado la mente en blanco, un color que siempre asocio al olvido.

6. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN EL COLOR BLANCO DEL OLVIDO:

- *Suena a...*

- *Huele a...*

—¡Arriba dormilona! —me llamó papá expeliendo su aliento en mi mejilla —. El sol ya ha incendiado el horizonte.

—¡Papá! ¡Son las siete de la mañana y es sábado! ¡Déjame dormir, por favor!

—¿Crees que los peces de colores duermen en los estanques? Las fuentes ya vierten chorros de agua al cielo, los toldos blancos como la nieve se mecen con el viento y las palmeras agitan sus hojas saludando el nuevo día. ¿Te lo vas a perder?

Papá abrió la ventana de par en par. Se coló un chorro de aire fresco que se posó en mis mejillas como unas manos frías para espabilarme.

—¡Tengo sueño! —dije escondiendo la cabeza bajo las sábanas.

—Muy bien. Entonces hoy te quedarás en casa, sin salir —dijo, y volvió a cerrar la ventana—. Adnan y yo nos iremos solos, los dos, de excursión.

—¿De excursión? ¿A dónde? —Me bajé de la cama de un salto, como un gato saltando sobre ascuas—. ¿Adnan viene con nosotros?

—¿Con nosotros? Creía que te ibas a quedar durmiendo —respondió papá con la meliflua voz de una sonrisa.

—¡Papá!

Mis pies descalzos me llevaron corriendo al cuarto de baño. Me lavé a toda prisa la cara con agua fría y me peiné yo sola de la manera que me había

enseñado mamá, pasándome el cepillo desde arriba hasta abajo, una y otra vez, hasta que no se atascase en ningún enredo. Después me vestí rápidamente, sin los titubeos y lamentos habituales con los que acompañaba el comienzo de cada mañana de colegio, sintiendo la presencia vigilante de papá.

Me zampé los cereales dulces y crujientes masticando a dos carrillos. Apuré la leche sorbiendo del tazón, que me dejó una sensación de humedad en el labio superior. Antes de que me diera tiempo a lamerme el labio, papá me limpió la boca con una servilleta rasposa mientras yo me resistía y apartaba la cara y me bajaba de la silla para abrazar a Doobie, que se había despertado y tenía las dos patas apoyadas en la mesa, el hocico rozando el borde, olisqueando y gimiendo, buscando la comida. Cogí el comedero del animal y vertí un puñado de su comida, que tenía la misma forma que mis cereales pero que olía a caca de perro, aunque a Doobie eso no le importaba porque devoró el pienso con la misma celeridad con la que yo me había tragado mi desayuno.

—¡Ya estamos listos, papá!

Papá abrió la puerta y Doobie bajó las escaleras al trote, yo detrás, saltando de escalón en escalón, a veces de dos en dos, con los brazos abiertos en cruz y las yemas de los dedos acariciando la barandilla, zancadas en el vacío, vértigo instantáneo antes de tocar el suelo en cada salto.

—Un día te vas a matar, hija mía —dijo mi padre—. ¿Cómo puedes revolotear sobre las escaleras de esa manera?

Adnan ya nos esperaba en la puerta, puntual como un reloj. El aire frío de la mañana me trajo el olor a heno de su pelo y el aroma afrutado de su colonia infantil. Le toqué la mejilla para saludarlo y él me contó que su abuelo le había preparado pastelillos de dátiles y nueces, galletas de sésamo y knafeh de queso en almíbar para la excursión.

Subimos al coche de papá, Doobie en la parte de atrás, en el maletero, al que papá le había quitado la parte de arriba, tras los asientos, para que pudiera asomar la cabecita.

A mí me entusiasma viajar en coche con las ventanillas bajadas. Me fascinan los «sonidos en movimiento», y es que viajando en un coche todas las cosas hacen un ruido cada vez más alto y más agudo al acercarse, y cuando las dejas atrás el ruido se va apagando y se vuelve más grave. Hasta las cosas inertes y silenciosas (como un poste o un árbol) hacen ruido cuando vas en un coche. ¡Es como si te soplaran al pasar!

—¡ffffffffFFFFFFFF! —Como si el árbol te dijera: «¡Me voy acercando!».

—¡FFFFFFFFffffff...! — Y ahí te está diciendo: «¡Adiós, Ghada!».

Y aún más alucinante es cruzarse una ambulancia, las sirenas suben y suben hasta ese instante ensordecedor en el que pasa a tu lado, y luego baja, es como una parábola, un salto hasta un pico y luego caer. Y no solo las ambulancias, es todo: los silbatos de los gendarmes, el ruido de los otros coches, el viento que se corta y reanuda una manzana tras otra. Ir en un coche hace que toda la ciudad se vaya dibujando a sí misma conforme pasas.

Con Adnan sentado a mi lado, cada vez que el coche giraba en una curva, los dos salíamos despedidos en sentido opuesto al giro y nos empujábamos el uno al otro. Cuando la curva era hacia la izquierda, era Adnan el que se echaba sobre mí, dándome achuchones exagerados; cuando la curva era hacia la derecha, era yo la que lo empujaba. Los dos nos reíamos curva tras curva y Doobie ladraba a nuestras espaldas, envidioso de nuestros juegos.

Al poco, las curvas desaparecieron, el motor dejó de roncar con su tira y afloja y se volvió monótono. Las ruedas sobre el asfalto hacían un ruido como el zumbido del mar en la caracola. Íbamos en línea recta hacia el norte, con el aliento del sol de la mañana calentándome el lado derecho de la cara. La brisa en la ventanilla traía olores de pasto, de hierba fresca y de las flores del pistacho.

—En esta zona la tierra es fértil, princesa —me dijo papá, que siempre que íbamos de excursión me describía el paisaje para ser mis ojos—. El campo sembrado de verde hasta donde alcanza la vista. Las casas de los labradores se extienden por la llanura como dados de piedra. Junto a cada casa hay un horno de pan, cada uno como pirámides redondeadas y encaladas de blanco que resplandecen bajo el sol. Las mujeres caminan por el borde de la carretera con sus fardos de hierba a la cabeza para alimentar al ganado. En los bordes de las acequias crecen los lirios, y sus flores son como estrellas de mar de colores. Los aspersores riegan el pasto y en cada arco de agua brotan arcoíris.

—¿Cómo es un arcoíris, papá?

Papá tardó un poco en responder.

—Imagina un helado de fresa, de melocotón, de pistacho, de albaricoque, de mango y de sandía, todos esos sabores a la vez, juntos en tu lengua. Pues así

es un arcoíris, princesa, todos los colores se despliegan como las hebras de tu pelo al cepillarlo, y puedes ver cada uno de ellos como puedes acariciar con tus dedos cada uno de los hilos de agua que caen de la ducha.

Los colores como sabores. Dulce el color rosa, verde el té, roja la acidez de una manzana y amarilla la de un limón.

Una fresa, una naranja, un limón, una lima, una uva morena, una mora y una ciruela.

¡Eso era un arco iris!

El viento me sacudía el pelo como una banderola y traía las fragancias de los lirios, del pistacho, la humedad de las acequias, el ulular en las laderas de las montañas, que son protuberancias que le han salido a la tierra, como cuando escondes un juguete bajo la alfombra. El sol cada vez más caliente en la mejilla. El sol es una bola mágica de fuego que se desplaza por el cielo, se va acercando hasta que abrasa como una hoguera.

—¿Papá, cómo está el sol de lejos? —se me ocurrió preguntar.

Fue Adnan quien me respondió:

—¡Yo lo sé! Teniendo en cuenta que la luz del sol tarda ocho minutos en llegarnos, pues a ocho minutos luz.

Al parecer, Adnan sabía de todo, igual que papá.

—¿Ocho minutos luz? ¿La luz es distancia? —pregunté, completamente atónita.

Menudo vértigo. Inesperadamente, la luz, esa luz que yo nunca podría percibir y que no entendía, era también una medida de distancia.

—Un año luz es la distancia que recorre la luz en un año —me explicó Adnan.

—Entonces, ¿a cuánta luz está mi casa de la escuela?

Adnan se rascó la cabeza, como si tuviese que hurgarse entre el pelo para sacar la respuesta. No fue capaz de contestarme y le oí murmurar y hacer cuentas con los dedos, como cuando yo tenía que calcular algo difícil. Papá acudió en su ayuda:

—La distancia entre el colegio y nuestra casa no se puede medir en años luz, niños, porque están muy cerca. La luz se utiliza para medir distancias mucho más grandes, como las que nos separan de las estrellas.

—¿Las estrellas están más lejos que Nueva York?

—¡Mucho más! —respondió papá con una carcajada—. Las estrellas están a años luz, y eso las más cercanas. La mayoría están a cientos, a miles de años luz.

Aquello sonaba realmente inmenso, incluso más que el mar. Me dio mucha pena no poder ver las estrellas. ¿Cómo serían?

El coche se detuvo antes de que me diera tiempo a preguntar más cosas sobre las estrellas. A través de la ventanilla me llegó el olor a polvo del desierto.

—¡Hemos llegado! —anunció papá.

—¿Dónde estamos, señor? —preguntó Adnan.

—En las Ciudades Olvidadas —me apresuré a responder, sobre todo para que Adnan viera que yo también sabía cosas—. Ahora ya no vive nadie. Está todo en ruinas y nadie se acuerda de que una vez aquí habitó mucha gente. Por eso se llaman Ciudades Olvidadas. —Me sabía la historia de memoria, papá me la había contado muchas veces.

—Así es, niños. Sus habitantes desaparecieron, todos, hace muchos años. De la ciudad que fue, con todas sus calles, sus palacios y sus casas, solo quedan hileras de piedras y ruinas apenas esbozadas.

—¡Aquí se conocieron mi papá y mi mamá! Por eso nos gusta venir. ¡Cuéntale la historia, papá! ¡Cuéntale cómo os conocisteis!

—Más tarde, princesa —dijo con una sonrisa en la voz—. Primero vamos a buscar un lugar a la sombra para acomodarnos.

Nos bajamos del coche. Papá abrió el maletero y dejó salir a Doobie, que se puso a olisquear el suelo en zigzag como un metódico cortador de césped. Yo le seguía con una mano apoyada en su lomo. El polvo que levantaba sus patas me hacía cosquillas en la nariz. El sol calentaba como si arrimase la cara a las ascuas de una hoguera.

—Vamos a la sombra de aquel muro —dijo papá.

Me dejó llevar la cesta en la que habíamos traído bocadillos y refrescos. La gravilla crujía bajo nuestros pies. Papá desplegó una jarapa sobre el suelo, a la fresca sombra de un antiguo muro semiderruido. Nos sentamos y papá repartió los bocadillos. El aire estaba en silencio, como si el tiempo se hubiese congelado.

—¡Cuéntale, papá! ¡Cuéntale a Adnan cómo conociste a mamá! —le supliqué. No me cansaba de escuchar esa historia.

Papá se demoró unos segundos para encender un cigarrillo. El olor a tabaco se deslizó entre nosotros como un espíritu familiar.

—Veréis. Hace muchos años, en este mismo lugar, tuvo su esplendor el reino más civilizado de la antigüedad. El más grandioso, el que fue admirado por su administración, por su sistema educativo, por la diplomacia de sus mandatarios, por el conocimiento del Derecho y de los ritos religiosos de sus jueces y de sus sacerdotes, un reino que nos ha dejado, entre otras cosas descubiertas, las notas musicales más antiguas que se conocen. Bien, de todo eso yo no tenía la ni la más remota idea la primera vez que vine aquí, de eso hace ya diez años. Por aquel entonces yo era un estudiante de Contabilidad y me ganaba un dinero extra haciendo de chófer para turistas europeos que venían a visitar nuestra ciudad. Los turistas siempre me pedían venir aquí, a admirar lo que para mí, entonces, solo eran un puñado de piedras abandonadas sin ningún significado. En una de aquellas visitas, mientras los turistas daban vueltas entre las ruinas y yo aguardaba fumando un cigarrillo junto a mi coche, no muy lejos de donde estamos ahora, me encontré con un grupo de tres chicas de mi edad. Iban acompañadas por un hombre mayor que en aquel momento tomé por el padre de las jóvenes. Vestían como nosotros y no al estilo europeo, así que los tomé por turistas turcos o jordanos. Una de aquellas chicas era Sara, la mamá de Ghada. Me enamoré de ella en cuanto vi sus grandes ojos color miel, los ojos más dulces que había visto jamás.

Escuchaba a papá con el corazón cabalgando dentro del pecho, evocando en mi mente el pelo de mamá, las manos de mamá, su olor...

—Mientras los turistas que yo había traído daban vueltas por ahí, me aproximé al grupo y entablé conversación con el señor que acompañaba a las chicas. Como los tomé por turistas, me ofrecí como guía experto en la historia de este lugar. La verdad es que no tenía ni idea de nada, yo era un estudiante de Contabilidad, lo mío eran los números y las matemáticas, así que empecé a inventarme una historia sobre cómo había sido esta ciudad en la antigüedad y sobre el modo de vida de las gentes que aquí vivieron. Yo hablaba sin apartar la vista a Sara, hipnotizado por sus ojos, mientras ella no paraba de reír al escucharme. La verdad es que las tres muchachas reían sin parar, tapándose la boca y bajando la mirada. Yo no sabía de qué se reían tanto, pero pensé que la risa es el mejor comienzo, y seguí a lo mío, inventándome historias disparatadas, dándomelas de experto en Historia Antigua, aunque más bien me

sentía como un payaso, porque ellas no dejaban de reír. Al final averigüé lo que estaba pasando. Aquellas tres no eran hermanas, ni el señor tan serio que las acompañaba su padre. Era su profesor de Historia, y ellas estudiantes de la facultad de Historia Antigua. Estaban trabajando en una tesis doctoral sobre las Ciudades Olvidadas. Vamos, que eran unas expertas, y yo hice el ridículo más grande de mi vida.

—Pero mamá se enamoró de ti —dije yo.

—Así fue, princesa. Algo debió ver en mí, aparte del ridículo, porque conseguí que me dijese su nombre y dónde vivía, y la siguiente vez que nos vimos ya no fingí ser un guía experto, fui solo yo mismo. Y ahora, niños, vamos a comer.

Devoramos los bocadillos al aire libre, con el viento ululando suavemente entre las rocas, esculpiendo con su sonido muros semiderruidos, columnas o el ojo de un antiguo ventanal.

—¿Tiene una foto de la mamá de Ghada, señor? —preguntó Adnan.

Me pareció que mi padre dudaba en sacar la foto que siempre lleva en la cartera, acaso por el hecho de que yo, siendo su hija, nunca había visto el rostro de mi madre, ni siquiera había visto el mío. La verdad es que eso de las fotografías siempre ha sido incomprensible para mí. Por mucho que me empeño, no puedo entender cómo se puede atrapar en algo plano una cosa con volumen.

—Es muy guapa —dijo Adnan—. Se parece a Ghada, aunque sus ojos...

—Así es, se parece a Ghada —le interrumpió mi padre con la voz entrecortada.

—¿Y cómo era la gente que vivía aquí? —preguntó Adnan—. ¡Seguro que eran muy diferentes de nosotros!

—Nada de eso. Eran como tú y como yo —respondió papá—. Eso es lo más increíble. Los papás se preocupaban por sus hijos y los maridos amaban a sus esposas. Ellos también reían y lloraban por los mismos motivos que lo hacemos nosotros. Aunque no tuvieran coches, ni teléfonos, ni televisión, sus sueños y sus esperanzas eran los mismos que los nuestros, sueños que se extinguieron hace más de dos mil de años. Igual que nuestros sueños se extinguirán algún día y no quedará nadie para recordarlos.

Dos mil años. Yo intentaba abarcar en mi imaginación una cantidad de tiempo tan grande. Para mí, la distancia y el tiempo venían a ser lo mismo. De

nuestra casa al colegio había veinte minutos caminando, y de casa al zoco cuarenta minutos a pie. Hasta las Ciudades Olvidadas habíamos recorrido una hora en coche —que se desplazaba muy rápido, a juzgar por el viento que me azotaba las mejillas a través de la ventanilla—. Entonces tenía nueve años, que es una cantidad enorme de tiempo. Me imaginaba a mí misma viajando en un coche a toda velocidad desde que nací, y luego otra vez, y después otra, y así tantas veces como fuese capaz de contar (y sabía contar hasta cien) y es entonces cuando llegaría hasta el punto en el que vivieron aquellos hombres. ¿Estaban esos hombres más lejos que las estrellas? Seguramente sí.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué se fueron todos? ¿Por qué está toda la ciudad en ruinas? —quiso saber Adnan.

—¡Cuéntaselo, papá! ¡Cuéntaselo! —le pedí.

—No sé si debería. Es nuestro secreto, princesa.

—Por favor, papá, por favor —supliqué dando saltitos de impaciencia—. Adnan guardará el secreto. ¿Verdad, Adnan? ¿Lo prometes?

—Claro. Lo prometo.

Papá se demoró unos instantes para encender otro cigarrillo, y luego se le escapó una pequeña tos. Doobie olfateó a nuestro alrededor y finalmente se tumbó a mi lado, con las orejas gachas.

—Veréis, cuentan las historias que hace muchos, muchos años, toda esta región estaba cubierta de nieve. Hacía muchísimo frío. Tanto que los hombres que vivían aquí se sentían muy desgraciados y se quejaban continuamente del frío y de la nieve que cubría permanentemente las calles y los tejados, os podéis imaginar. Todos soñaban con vivir en un lugar cálido, pero nadie quería abandonar su casa. Entonces, un día, alguien tuvo una gran idea. Ya conocéis el dicho: «Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña». En este caso, si ellos no se movían hacia una región más caliente, traerían el calor aquí. Habían oído hablar de unos dragones que vivían al sur, unos animales enormes que escupían fuego por las fauces. Pensaron que, si atraían a los dragones, con su fuego podrían derretir la nieve y calentar sus casas y así dejarían de pasar frío. El sacerdote del templo les advirtió que los dragones eran seres mágicos y peligrosos, y que no se adaptarían a vivir en las tierras frías del norte, pero los hombres no hicieron caso y se pusieron manos a la obra. Con la ayuda de un mago, fabricaron aliento de dragón y lo rociaron sobre calles y tejados. Al poco, el aliento de dragón atrajo no a uno, sino a

tres dragones. Tres bestias enormes que aparecieron una mañana sobrevolando la ciudad, sus siluetas aladas recortadas contra el amanecer, rugiendo y barriendo los campos con vómito de fuego. La nieve comenzó a derretirse, la temperatura subió, y todos lo celebraron.

»Como los dragones tenían hambre, los hombres tuvieron que alimentarlos con las vacas y las ovejas que criaban. Como los dragones comían mucho, los hombres tuvieron que criar más animales de los que necesitaban para ellos mismos. En un principio eso no fue un problema porque la tierra era fértil y había mucho pasto para el ganado. Así que los dragones, alimentados por los hombres, se quedaron plácidamente a vivir en estas tierras, como dóciles animales de compañía, calentando con sus fauces la tierra hasta que no quedó ni una gota de nieve en toda la región.

»Entonces sucedió algo que nadie había esperado. Al agotarse la nieve, los ríos dejaron de fluir y el agua se agotó, y al no haber agua se secó el pasto del que se alimentaba el ganado, y las vacas y las ovejas se murieron de hambre y de sed. Y al no haber vacas ni ovejas, no había nada que darle de comer a los dragones, que se enfurecieron y la tomaron contra los hombres, vomitando su fuego sobre las casas de la gente. Los hombres tuvieron que huir para no morir abrasados, y los dragones, hambrientos, con la fuerza de sus alas y el fuego de sus fauces destruyeron templos y palacios hasta que no quedó ni un solo edificio en pie. Los dragones se acabaron marchando en busca de comida, pero dejaron la región convertida en un desierto árido, como todavía perdura hasta nuestros días.

—Entonces, ¿los dragones existieron en la antigüedad? —preguntó Adnan con la boca abierta.

—No lo dudes, muchacho —respondió papá—. Un paleontólogo del Museo Natural de Londres llamado Jack Tanner encontró el esqueleto carbonizado de un tiranosaurio y llegó a la conclusión de que algo así solo pudo haberlo causado un animal de proporciones mucho mayores. Un dragón. Ese mismo paleontólogo encontró en los Cárpatos, en Rumanía, el cadáver de lo que parece ser un reptil gigante, con cuerpos humanos carbonizados a su alrededor. Al estudiar el fósil, encontró una bacteria en la boca del animal que, junto con el hidrogeno presente en su estómago, le permitía arrojar fuego. Incluso llegó a determinar que el dragón encontrado era una hembra de poca edad, seguramente asesinada por los humanos.

—¿Y qué pasó con los dragones? ¿Se extinguieron como los dinosaurios?
—quise saber yo.

—Eso es lo que muchos creen. Aunque hay algunas personas que piensan que todavía quedan algunos vivos, ocultos en las profundidades de la tierra, durmiendo un largo letargo sobre un mar de lava ardiente. Y hay quien dice que, si algún día algo los despierta y los enfurece, volverán a la superficie y destruirán nuestra ciudad, tal y como ya hicieron una vez con las Ciudades Olvidadas.

Algo se arrastró en la arena, junto a mis pies. Un lagarto del desierto. Una vez papá capturó una de aquellas lagartijas y la depositó en mis manos, un pequeño ser escurridizo, de piel rugosa y fría, que se retorció entre mis dedos. Papá me ha contado que hay lagartos mucho más grandes, tanto que un hombre adulto no podría abarcarlos con sus brazos. Se llaman cocodrilos. Pues los dragones son lagartos todavía más grandes, como un edificio, con alas que se extienden como los cortinajes de un palacio.

Cuando papá acabó la historia se tumbó en la jarapa para dormir la siesta. Adnan y yo nos entretuvimos persiguiendo a Doobie, que jadeaba y olisqueaba entre las formas geométricas de las hileras de sillares de piedra. Si las recorría, me podía imaginar dónde habían estado las calles y las casas, como una codificación en braille de los planos de la ciudad a tamaño real. Doobie, cansado de dar vueltas, excavó con sus patas en la arena y se tumbó a descansar a la sombra de un bloque de piedra. Adnan me ayudó a trepar hasta el sillar de un arco semiderruido y me senté allí arriba con las piernas balanceándose en el vacío. Adnan compartió conmigo los pastelillos que había preparado su abuelo. El empalagoso almíbar en la boca. El aire ardiente traía aromas de espino y tamarisco. El calor palpitando en silencio.

De pronto Doobie empezó a gruñir. Lanzó una ráfaga de ladridos que resonó en el aire como un cincel tallando la roca.

—¿A qué le está ladrando? —pregunté.

—No lo sé, al aire que tiene delante. No hay nada.

Los ladridos se dispersaban en el aire alejándose hasta hacerse pequeños, ensanchando y creando de la nada el espacio inmenso que nos rodeaba.

—Mi abuelo dice que los perros pueden sentir cosas que no pueden ver las personas —señaló Adnan—. A lo mejor tiene algo delante que nosotros no podemos ver. Bueno, que yo no puedo ver —se corrigió.

—¿Como fantasmas?

—Mi abuelo dice que los fantasmas son personas muertas que se resisten a ser olvidadas. A lo mejor este sitio está lleno de fantasmas porque nadie quiere acordarse de ellos.

Cuando a alguien se le olvida algo, yo he oído decir: «Se me ha quedado la mente en blanco».

El color blanco del olvido.

Por eso los fantasmas son de color blanco.

Doobie seguía gruñendo, como cuando enseña los dientes feroces, forcejeando contra fuerzas invisibles.

—¿Tú crees en los dragones, Adnan? —le pregunté en un susurro.

—Tu padre dice que existieron hace muchos años, y que es posible que todavía queden algunos. Si tu padre lo dice, será porque es verdad.

—Aasiyah dice que los dragones no existen, que son cuentos de mi padre para asustarme —repliqué.

—¿Quién es Aasiyah?

—Es la niña que vivía en la casa al lado de la mía. Ella me llevaba antes al colegio. Tiene once años. Aasiyah es la niña que dice que el presidente Bashar tiene cara de puerco con cuello de jirafa.

—¡Es verdad! ¡Tiene cuello de jirafa! —Se rio con tantas ganas que me hizo pensar que en eso, a lo mejor, Aasiyah decía la verdad.

—Aasiyah dice que nadie ha visto nunca un dragón de verdad, que ella solo cree en lo que puede ver.

—Mi abuelo dice que a veces hay que creer en lo que no se puede ver. Yo le haría más caso a tu padre que a esa niña presumida y tonta. Si le hicieras caso, Ghada, tú no podrías creer en nada porque no puedes ver nada.

Creer solo en lo que puedes ver. Menuda tontería. ¿Acaso cabe el mundo entero en los ojos? Yo creo en la luz y en cosas que viven más allá de la luz. La Tierra es redonda y da vueltas alrededor del sol. Las estrellas están a miles de años luz. Los colores habitan una dimensión desconocida. En algún lugar, bestias aladas sobrevuelan la noche estrellada, sus grandes alas eclipsando el disco lunar.

Aquella noche soñé con dragones, y el sueño fue una premonición de lo que estaba por venir.

QUERIDA GHADA

Una vez me preguntaste qué es la democracia, y te respondí que ese no era un tema para niñas de tu edad.

—Esos son temas de mayores, Ghada, no debes de hablar de esas cosas.
—Eso fue lo que te dije.

Ahora te puedo contestar que la democracia consiste en que los pueblos son soberanos y deciden su futuro a través de los deseos de sus ciudadanos. En Siria no teníamos democracia, y cuando el pueblo se echó a la calle para reclamarla, llegaron los dragones.

El mundo estaba cambiando, Primavera Árabe lo llamaban, porque la democracia florecía en países donde nunca había enraizado. Fue mi hermano, tu tío Esmail, quien me trajo las primeras noticias de lo que estaba ocurriendo.

Yo rebosaba de alegría el día que vino a visitarnos. Por aquel entonces, tu tío acababa de cumplir veinte años y cursaba segundo de Medicina en la Universidad de Damasco. Fuimos a esperarlo a la estación de autobuses a las siete de la mañana. A ti no te gustaba madrugar y refunfuñaste cuando te desperté a las seis, pero se te quitó el sueño en cuanto te dije que íbamos a verle, siempre lo has querido mucho, y él nunca se olvidaba de traerte algo cuando nos visitaba, como aquellas maquetas de edificios de Damasco para que tú pudieses saber cómo era la ciudad, ¿te acuerdas? También te traía barquitos de plástico, aviones, y hasta cohetes espaciales, maquetas pequeñas de cosas enormes para que pudieses verlas con las manos.

Cuando bajó del autobús le puse las manos en los hombros para observar a mi hermano pequeño en silencio, como quien observa respetuosamente una estatua. Hacía meses que no nos veíamos. Esmail parecía diferente. Siempre había sido un chico alto y apuesto, con el rostro algo infantil —incluso después de cumplir la mayoría de edad, nunca dejé de ver en mi hermano pequeño al niño pálido y enclenque al que debía proteger en el colegio de los chicos mayores— pero ahora la espesa barba oscura lo hacía parecer un hombre. Sus ojos brillaban con un nuevo ardor viril.

Querida Ghada, no puedes saber, por desgracia, lo que se quiere a un hermano menor. Un hermano menor es como un ensayo prematuro de la paternidad. En tu tío Esmail siempre vi una versión mejorada de tu padre, este

pobre hombre que te escribe estas líneas.

—Hermano, me alegro tanto de verte —le dije, y nos fundimos en un abrazo.

—Tesoro, perdona que te haya hecho venir para recogerme a una hora tan intempestiva —te dijo tu tío al ver tu carita de sueño.

—He intentado borrarle el sueño de la cara, ¡pero no lo he conseguido! —le respondiste tú haciendo un puchero.

Riendo, tu tío te levantó del suelo y te estrechó contra su pecho. Tu perro, apenas un cachorro del que no te separabas ya ni un instante, brincaba a nuestro alrededor agitando la cola.

—¿Pero qué tenemos aquí? ¡Un perrito! —exclamó Esmail.

—¡Se llama Doobie! ¡Me lo voy a quedar! —respondiste.

—Eso es maravilloso, mi tesoro —dijo tu tío acariciando la cabeza del cachorro.

Aquel día preparé una comida especial en honor a mi hermano, donde no faltó queso manakish, muslitos de pollo e incluso knafeh de postre. A la hora del almuerzo, el sol se colaba por los amplios ventanales inundando el comedor de una vaporosa claridad. Mientras comíamos, tu tío Esmail nos contó cosas de la universidad, a donde yo esperaba que fueses algún día.

—Ghada, en la biblioteca tienen una sección con libros en braille, hay miles.

—¿Una biblioteca de libros en braille? —repetiste abriendo mucho la boca.

En casa no teníamos ni uno, solo el que te traía de la escuela, uno cada vez. Los libros en braille son inmensos, algunas obras requieren una docena de tomos. Te imaginé en una biblioteca universitaria, pasándote horas y horas entre libros.

—A Ghada, además de leer —intervine—, le ha dado ahora por escribir.

—¿En serio? —dijo tu tío, entusiasmado—. ¿Y sobre qué escribes?

—Cuentos. Historias —respondiste con timidez.

—Ghada es muy pequeña todavía —dije—, pero algún día será una magnífica escritora.

—Espero no provocarte un ataque de ansiedad, pero en la universidad tienen una docena de máquinas de escribir en braille —dijo tu tío.

—¿De verdad? ¿Por qué unos tienen tanto y otros tan poco? ¡Yo ya estoy agotada de escribir siempre con la regleta y el punzón!

Nos reímos. Entonces tu tío empezó a contarnos anécdotas de la universidad y chistes de médicos, que a ti te hacían muchísima gracia:

—Doctor, ¿cómo fue el parto?

—Salió todo bien, pero al bebé tuvimos que ponerle oxígeno.

—¿Pero usted está loco? ¡Yo quería ponerle Abdul!

No es que los chistes de tu tío fueran tan graciosos, es que los contaba de una manera que te morías de la risa.

Cuánto insististe aquel mismo día en que tu tío revisara tu lista de nuevas palabras, las que te iba enseñando tu maestra.

Descarnado, algarabía, desánimo, mullido, agrado...

Tu tío, siempre tan bromista, te hacía creer que no conocía algunas de ellas.

—¡Pero Ghada! —te decía—, ¡si ya sabes más palabras que yo!

Tras la comida, te fuiste a jugar a tu habitación con tu perrito mientras nosotros nos acomodamos en la alfombra para tomar el té y fumar el narguile.

—Estás al tanto de lo que está ocurriendo, ¿verdad, hermano? —me preguntó entonces.

—Me mantengo informado —asentí—. A pesar de la censura y las prohibiciones, la información circula por internet, si uno sabe saltarse los controles.

—Hay que tener cuidado, el gobierno podría estar vigilando las páginas que visitas.

—Descuida, me conecto bajo encriptación, además, lo que más me protege es que no soy nadie importante, no podrían vigilar toda la actividad de la red de un país entero aunque navegáramos todos sin tomar precauciones, y aun así, las tomo.

—En la universidad no se habla de otra cosa —dijo él. Los ojos oscuros le brillaban de entusiasmo—. Lo llaman la Primavera Árabe.

—Primavera Árabe —repetí, atento a las noticias de la capital—. La información que llega es confusa.

—Lo que yo sé es que está habiendo manifestaciones sin precedentes en Túnez, en Egipto, en Yemen, en Omán y en Marruecos. Esto es algo muy

grande, hermano, que ya se ha extendido a Libia y a Baréin. Por todas partes, la gente está protestando contra la represión de los estados, contra la corrupción de las élites, contra la pobreza y la desigualdad. La gente se está organizando en las calles. Se ha cansado y reclama libertad. Y también aquí, en Siria. En Damasco la gente está empezando ya a reunirse en los alrededores de las embajadas tunecina, egipcia y libia. Vienen desde Alepo y Homs. Muchos nos estamos haciendo la misma pregunta. ¿Por qué otros sí y nosotros no? ¿Por qué no usar el poder de las redes sociales para derribar la tiranía de la familia Assad?

Yo asentía suavemente mientras le escuchaba hablar de acciones de protesta, de cómo la gente se estaba organizando utilizando las redes sociales para coordinarse, de exigir cambios, de unir al pueblo para reclamar la democracia, aunque conforme escuchaba, mi cabeza se iba llenando de dudas. Entre los pensamientos que me atormentaban había uno que no le dije a mi hermano, porque casi no me atrevía a decírmelo a mí mismo. Siempre me había considerado una persona satisfecha con mi vida. Mi hermano y yo venimos de una familia acomodada de Alepo. Como primogénito, cursé estudios de Contabilidad y encontré un buen trabajo en una sucursal del Cham Bank de Siria, donde desempeñaba funciones de interventor. Me enamoré de una mujer maravillosa, tuve una hija preciosa y, aunque Dios quiso poner a prueba mi fe llevándose a mi esposa y privándome de la vista, todos los días daba gracias por conservar lo que tenía: salud y fuerzas para trabajar, un buen empleo y la alegría de una hija que es lo que más quiero en este mundo. Y aunque siempre me había interesado la política y procuraba mantenerme informado, cuando entre mis compañeros de trabajo surgía una discusión por algún asunto del gobierno, procuraba mantenerme al margen. Yo nunca había manifestado públicamente una opinión en contra del gobierno, a pesar de no estar de acuerdo con muchas de las cosas que sucedían en nuestro país. Tenía la impresión de que esas cosas no me afectaban a mí directamente, que mi vida sería la misma cambiasen o no. ¿Por qué debería tomar partido entonces?

Pero si le manifestaba mis dudas a mi hermano, tal vez me tacharía de cobarde. Aunque no era eso, me dije entonces a mí mismo. Yo no era un cobarde, la idea de ser un cobarde me aterrorizaba como a un niño al que llaman gallina. Lo que me pasaba es que sentía que tenía más que perder de lo que podía ganar, y me justificaba más aun convenciéndome de que, en el

fondo, nada podía hacer para cambiar las cosas, que de nada serviría protestar. Y, aun así, acabé haciéndolo. Lo hice porque quería que tú, hija mía, tuvieras la mejor vida posible, quería que vivieses en el mejor país posible. Fue por esa razón por la que decidí que haría todo lo que estuviera en mi mano por cambiar nuestro país. No por mí. Por ti, Ghada. Espero que eso lo entiendas, y que me perdones.



En el barco: Lo impensable

—Hay que arrojar el perro al agua.

¿Cómo puede alguien decir algo tan horrible?

—Cierto —responde el señor Contrabandista.

—¡Nadie va a tirar a Doobie al agua! —respondo, gritando con todas mis fuerzas.

—Por amor de Dios —dice la mujer—. Una niña no debería hablar de esa manera, menos aún en presencia de mayores.

—Hermana —le responde mi padre—, no estará usted insinuando que no sé cómo educar a mi hija.

Las voces se enzarzan en una discusión a gritos. Yo siento la energía del agua bajo el barco y me imagino a Doobie nadando, intentando llegar a la costa, hasta que se termina cansando y se ahoga, y me pongo a llorar.

—No hay necesidad de echar al perro a ningún sitio. —La voz de papá sobresale entre las demás, poniendo orden—. ¿Qué les molesta? Si no hubiera ladrado ni cuenta se hubieran dado de que estaba aquí.

—Precisamente —dice el señor Contrabandista—. ¿Y si hubiera ladrado cuando nos ocultábamos entre los peñascos? Hubiéramos tenido que regresar al campamento, y si quisieran volver a hacer esto, tendrían que pagar de nuevo.

—Pero eso no ha pasado —dice papá.

—Todavía no estamos a salvo de los patrulleros. Es posible que tengamos que volver a apagar el motor para ocultarnos. El perro podría desvelar nuestra presencia en la oscuridad. Si nos detienen, nos obligarán a regresar.

—Es cierto que debo pedir disculpas por mi hija, porque realmente nos ha puesto a todos en peligro...

—Pues, aunque solo sea para castigarla... —escucho musitar a la mujer, pero mi padre sigue hablando como si no la hubiera oído.

—... pero ahora el peligro ha pasado. Es posible que lleguemos a tierra sin cruzarnos con ninguna patrullera.

—Podría ser —admite el señor Contrabandista—. Pero si tenemos que ocultarnos y ese maldito perro sigue ladrando, tengan esto claro, ese perro podría cambiar todas sus vidas, un maldito perro.

—Esto es un disparate total —dice un hombre— vamos a arrojar a ese perro al mar ahora mismo.

Abrazo a Doobie con todas mis fuerzas, tanto, que el perrito suelta un pequeño gemido que me hace llorar más todavía. El señor Contrabandista me lo arrebató de los brazos.

Entonces siento un dolor tan fuerte en el pecho que mi llanto se convierte en gritos desgarrados. Ojalá el señor Ahmed estuviese aquí para poder curarme este dolor de corazón.

7. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN LA CURA PARA EL DOLOR DEL CORAZÓN:

- Huele a ungüentos de herbolario

- Suena a sollozos y sorber de mocos

Papá dice que en cada rincón de la Ciudadela antigua se esconde un secreto, y así era, porque cada vez que íbamos de paseo podía estar segura de que iba a descubrir un nuevo perfume, un nuevo sabor o un nuevo sonido. A veces se trataba del tintineo especial del chorrillo de agua de una fuente (como el canturreo de una niña en un idioma extraño y gutural) en un callejón fresco que olía a jazmín; otras me embelesaba con la melodía de violín de un músico callejero, que parecía querer partir en dos la tristeza en los corazones de quienes escuchaban. En los parques permanecía muy atenta al trinar de los pájaros por si descubría uno nuevo (era capaz de reconocer a más de una veintena de especies por su canto), y en las pastelerías siempre me las apañaba para encontrar un dulce que no hubiera probado hasta entonces.

Pero había un lugar que atesoraba en sí mismo todo un mundo de secretos: la perfumería del señor Ahmed.

Los prodigios más evidentes se acumulaban en sus anaqueles de madera y cristal esmerilado, que cubrían hasta el último centímetro de las paredes, donde se apilaban frascos de esencias y perfumes que el señor Ahmed había traído desde todos los rincones del planeta. Y no solo perfumes, también había ungüentos medicinales, elixires, jarabes, sueros, pomadas, y todo tipo de remedios para «casi cualquier cosa que uno pudiese sufrir o padecer». Me

deleitaba tanteando la fría lisura de los frascos, en su mayoría de cristal o porcelana, también los había metálicos y, según Adnan, incluso algunos de oro, coronados por tapones de formas geométricas: un triángulo, una estrella de cinco puntas, una cruz, un hexágono... Todos ellos cuidadosamente etiquetados con una inscripción que obviamente yo no podía leer, ni falta que me hacía, ya que podía reconocer cada uno de ellos por su olor particular.

Al establecimiento acudían en busca de remedio sobre todo señoras perfumadas que se quejaban con voz resignada de dolores de lumbago, de estómago, de cabeza, de falta de sueño, de pérdida de memoria y de un montón de cosas más para las que el señor Ahmed siempre les ofrecía un tratamiento. Como si de un médico se tratase, primero les hacía unas preguntas y después les recetaba unas gotitas de agua de azahar para antes de dormir, o una pomada de leche de almendra con raíz de hinojo, o una infusión de sándalo.

Tras el mostrador, de puntillas, con la cabeza bien tiesa como un perrito en alerta, yo escuchaba atentamente, intentando memorizar todo lo que salía de boca del señor Ahmed.

—¿Qué le damos a alguien con migraña? —me examinaba él.

—¡Agua de rosas con una pizca de albahaca! —respondía yo al momento.

—¿Y para el lumbago?

—¡Esencia de eucalipto!

—Muy bien, muchacha, tienes buena memoria, y mejor olfato. Algún día podrías llegar a hacer grandes cosas.

—¿Por qué el agua de rosas cura la migraña? —quise saber.

—El agua de rosas huele estupendamente, muchacha, pero curar, no cura nada —me respondió el señor Ahmed.

—Entonces, ¿por qué se la ha dado a esa señora que se quejaba de dolores de cabeza?

—Porque la mayoría de los males tienen su origen aquí —respondió tocándome la sien con un dedo—. El cuerpo se duele de los problemas de la vida, y cuando la gente cree que tiene la solución al problema, desaparece como por arte de magia, aunque el remedio solo sea agua inocua con un poco de aroma. Porque es su cabeza la que realmente borra el dolor, y no la medicina. Cuando algo te duela, muchacha, pregúntate qué es lo que va mal en tu vida, y cuando encuentres la solución, desaparecerá el dolor.

A mí lo que me dolía era el corazón. Pensé en mamá y en su ausencia, que

nunca había dejado de dolerme, pero aún me dolía más por las noches, cuando me quedaba sola en la cama y todo era silencio descarnado.

—¿Y si lo que te duele es el corazón porque alguien ya no está contigo? — pregunté.

—Cuando pierdes a alguien, duele, y mucho, pero es ley de vida, siempre y cuando se trate de una muerte natural. No debemos afligirnos por la ley natural que nos alcanzará a todos tarde o temprano. Y quien no lo crea así, le recomiendo darse una vuelta por el cementerio. Todos llegamos a este mundo en algún momento, breves y frágiles como la chispa del pedernal, y del mismo modo que hemos venido, desaparecemos y nos reintegramos a la unánime grandeza del todo. Lo que realmente duele es la injusticia y la crueldad de los hombres, y de eso huye despavorida en cuanto lo huelas.

La voz del señor Ahmed se llenó de arena, entrecortada como si no pudiese respirar. Guardó silencio, agazapado en su respiración como de fuelle y un sorber disimulado de mocos, lo que me hizo concluir que el señor Ahmed estaba llorando. Yo solo lloro cuando pienso en mamá, y razoné que puede que el señor Ahmed también estuviera pensando en la suya, aunque el señor Ahmed era ya una persona muy vieja y yo nunca había sabido de ningún viejo que llorara por su mamá, si bien es verdad que el señor Ahmed no se parecía a los otros hombres viejos que conocía, como el panadero, que siempre estaba enfadado y gritaba a su mujer y a sus nietos, o el doctor al que papá me llevaba cuando me dolía mucho la barriga, que nunca tenía una palabra amable. El señor Ahmed siempre era amable conmigo, y tenía buenas palabras, y me enseñaba cosas, y nunca alzaba la voz para regañarme aunque me equivocara.

Me atreví a preguntarle si estaba triste por su mamá. El señor Ahmed se echó a reír con una tos ronca. Entonces le pregunté, con mucha educación, por su señora esposa y por sus hijos (como mínimo tenía uno, de eso yo estaba segura porque sabía que los nietos son los hijos de los hijos, y el señor Ahmed tiene un nieto que es Adnan, aunque a lo mejor tiene más), pero el señor Ahmed se puso muy serio y no respondió; le oía respirar entrecortado y volví a tener la sensación de que lloraba, así que no volví a preguntarle nada más porque no me gusta que las personas mayores lloren.

En cuanto tuve ocasión, le pregunté a Adnan por la mamá de su abuelo, a lo cual mi amigo no supo qué contestar. Lo que me dejó con la boca abierta fue

que tampoco supo qué decirme cuando le pregunté por su propia mamá.

—Mis padres murieron cuando yo era pequeño. El abuelo me ha criado.

Me quedé paralizada de la sorpresa. Resulta que Adnan no solo no tiene mamá, sino que tampoco tiene papá, y me entró una gran tristeza, porque si ya es duro vivir sin una madre, no podía imaginarme que tampoco estuviera papá para cuidar de mí.

—¿Cómo olían tus padres? —quise saber.

—No lo sé, no me acuerdo. Yo era muy pequeño cuando ellos murieron. Ni siquiera me acuerdo de cómo eran sus caras.

La nada, eso sería el color negro, o la ausencia de color.

—Mi mamá olía a rosas con una pizca de azafrán —dije, compadeciéndome de él.

Al menos yo tenía el perfume de mamá para recordarla.

QUERIDA GHADA

Los seres humanos somos, en esencia, manifestaciones de un mismo ser con diferentes envolturas. Todos albergamos un diamante puro en nuestro interior que la vida se encarga de cubrir de capas y capas de sedimentos acumulados por nuestras experiencias. Observamos el mundo parapetados tras una lente que refleja nuestros propios miedos, pero más allá de la envoltura de nuestros temores, todos somos hermanos. Es algo que descubrí al poco tiempo de empezar las protestas en nuestro país, en una de aquellas manifestaciones masivas, el mismo día que conocí a Ziad, que acabaría siendo uno de los comandantes del revolucionario Ejército Libre.

Lo recuerdo como si fuera hoy. Las calles tenían un aspecto incoloro bajo la luz violeta que precede a la noche, cuando el resplandor de las farolas recién encendidas palidecía ante el majestuoso crepúsculo en el firmamento y los dorados rayos sesgados proyectaban sombras alargadas como regueros de tinta. De camino a la plaza, para asistir a una de las anunciadas manifestaciones convocadas para aquel día, no dejaba de sorprenderme el aire festivo que se respiraba por todas las calles. El ambiente era tan alegre que se contagiaba de una calle a otra como el agua que se bifurca por las acequias.

Cerca de nuestra casa, me crucé con un grupo de estudiantes de Secundaria

que se dirigía a la manifestación, pancartas en mano, reclamando al gobierno libertad y justicia. Entre los jóvenes reconocí a los vecinos, los hermanos Bagdadí, los chicos que te despertaban con su griterío cada mañana antes de ir a la escuela. Uno de ellos estaba escribiendo algo con un spray en una fachada: «Señor presidente, queremos libertad». Debajo trazaba, como una firma: «El General». No se referían, obviamente, a ningún mando del ejército, sino al pseudónimo de un rapero cuyas canciones circulaban por las redes sociales entre los jóvenes, y que se estaban convirtiendo en una especie de himno revolucionario. Allí, el dueño de la tienda de aquella fachada, salió y regañó a los chicos a voces, que salieron corriendo despavoridos, entre risas.

Más allá de nuestro barrio, la torre de la mezquita eclipsaba los últimos rayos de un sol que se ocultaba tras los tejados. Era uno de esos días en los que parecía que todo el mundo se había echado a la calle. Aunque en las redes sociales bautizaron la jornada de protestas como «El Día de la Ira», se trataba de un llamamiento completamente pacífico.

Decenas de miles de personas fueron llamadas a concentrarse en manifestaciones a lo largo del país. Honestamente, no me esperaba semejante éxito. Comencé incluso a sentir que me impactaba una súbita oleada de orgullo, tal vez porque yo mismo había sido uno de los promotores del llamamiento, utilizando cuentas anónimas y un perfil en un blog donde volcaba todas las noticias que me llegaban. La gente en la calle estaba ávida de saber lo que estaba pasando. En pocos días, mi humilde blog acumulaba miles de seguidores.

En las inmediaciones de la plaza una muchedumbre desbordaba las aceras y abarrotaba las calles. El tráfico se detuvo y los conductores hacían sonar sus cláxones, pero no como protesta, sino como una celebración, animando a la gente que les rodeaba. Eso quiero dejártelo muy claro, Ghada, aunque la gente reclamaba cambios, y cambios profundos, lo hacía con un tono de esperanza y de celebración.

En la plaza, en medio de un gentío que no paraba de crecer, me sentí una vez más abrumado ante la unanimidad de mi pueblo. Desde las calles aledañas llegaban auténticos ríos de gente. La mayoría eran jóvenes, algunos adolescentes, vestidos al estilo occidental, con sus mochilas al hombro y sus teléfonos móviles en la mano, como si fueran talismanes. Allí donde miraba solo veía sonrisas y gestos de entusiasmo. Y luego las conversaciones, Ghada,

conversaciones espontáneas entre desconocidos que se intercambiaban sus números de teléfono y sus correos electrónicos. Acababan de conocerse, pero se saludaban y hablaban entre sí como si se conociesen de toda la vida. El mismo comentario corría de boca en boca: algo grande estaba a punto de suceder en Siria. La palabra, sin duda, era esperanza.

Abriéndome paso entre la multitud, conseguí llegar hasta una de las esquinas de la plaza, donde me había citado con un joven llamado Ziad Homsí, con quien tu tío Esmail me había puesto en contacto. Aunque temía no reconocerlo, le identifiqué inmediatamente gracias a la foto que había visto en su perfil de Facebook. Fue algo extraño porque, aunque su foto de perfil se la hubieran hecho de bebé, lo hubiera reconocido igual. Había algo en su expresión, una especie de brillo en sus ojos que llegaba más allá del aire de celebración que compartíamos los demás asistentes a aquella fiesta de esperanza que nos conectaba a todos los presentes como si fuéramos una misma persona. Ziad era bastante alto y delgado, con pómulos prominentes, cejas gruesas y oscuras bajo las cuales relucían aquellos ojos claros. Tenía una barba espesa y lustrosa como la crin de un caballo. Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta negra de una banda de *rock*.

—¿Eres Khaled? —me preguntó, después de que nos hubiéramos quedado mirándonos como un par de idiotas durante un par de segundos. Ni siquiera tuve que decir que sí—. Acabo de llegar de Damasco —me dijo—. Tu hermano me pidió que contactase contigo. Me ha dicho que tú serás nuestro hombre de la prensa.

—Solo tengo un humilde blog y algunas cuentas en redes sociales —dije.

—Y yo solo soy un humilde coordinador de la Asociación de Derechos Humanos —me respondió Ziad—. Pero cada uno de nosotros, desde nuestra humilde posición, puede contribuir a la causa. Alimentaremos ese blog con noticias y vídeos de lo que está pasando en todo el país. La gente tiene que saber que tenemos la oportunidad de cambiar las cosas si nos unimos.

Me hablaba con su boca casi pegada a mi oreja para hacerse escuchar sobre el gentío. Yo le escuchaba atentamente, como un jugador de fútbol que recibe instrucciones precisas de su entrenador. Parecía alguien con las ideas muy claras, alguien que sabía de lo que hablaba a pesar de su juventud.

—En Damasco, algunas personas que han formado parte de la oposición clandestina durante años han tenido la idea de formar comités locales de

coordinación. Tuvimos una reunión y acordamos que cada uno de los presentes volveríamos a nuestros lugares de origen y pondríamos en marcha un comité local. Tu hermano me dijo que podrías ayudarme aquí, en Alepo, con la difusión de nuestros ideales.

—Estoy dispuesto a ayudar. Quiero cambiar mi país —asentí.

—Lo cambiaremos. No pedimos cosas irrealizables. —Ziad exhibía una gran sonrisa que mostraba una dentadura blanca y perfecta—. Solo queremos que se libere a los presos políticos, que se derogue la Ley de Emergencia, que se apruebe una nueva Ley de Partidos. Las protestas se están extendiendo por todo el país y cada vez seremos más. Cambiaremos las cosas.

De pronto, alguien entre la multitud congregada comenzó a gritar un lema a través de un altavoz de mano: «¡Dios, Siria, libertad... y eso es todo!». La voz enlatada rebosaba entusiasmo. Se trataba de un juego de palabras con el eslogan prorrégimen: «Dios, Siria, Bashar y eso es todo». La idea caló en la multitud y en pocos instantes todos empezaron a corearlo. El joven Ziad dejó a medias lo que me estaba diciendo, se volvió hacia el centro de la plaza y, con la misma naturalidad con la que diría un: «Buenos días», empezó a gritar con todas sus fuerzas: «¡Dios, Siria, libertad... y eso es todo!». Yo, al principio, me mantuve en silencio, observando como un espectador. Tal vez no sepas que no soy una persona a la que le resulte fácil exteriorizar las emociones, y mucho menos en público, y aquellos gritos contenían una dosis tan alta de emoción como de reivindicación política. Parecía que todas aquellas personas hubieran sintonizado espontáneamente y sin el más mínimo esfuerzo con la misma frecuencia emocional, una predisposición que me asombró, me asustó y me atrajo a partes iguales. Por unos instantes, permanecí inmóvil, observando a la multitud enaltecida como si fuera un pozo de agua en el que, tal vez, me querría sumergir, o tal vez no.

Entonces, el joven Ziad alzó las palmas de las manos, abiertas al cielo, imitando a otros muchos manifestantes, hasta que la plaza entera se convirtió en una marea de manos que se agitaban, abiertas y anhelantes como las bocas de pajarillos hambrientos. Sentí que las manos, como por sí solas, se me iban hacia el cielo también, al principio alzadas tímidamente, hasta que empecé a notar que en el gesto se manifestaba la revelación de alguna parte íntima de mi ser, que dentro de aquel sencillo movimiento había algo liberador. Agité las manos en alto y sentí que una tensión invisible se liberaba en mi interior. El

deseo de expresarme, de dar a conocer mi voluntad. Comencé a gritar: «¡Dios, Siria, libertad... y eso es todo!», y con cada frase que emergía de mis labios, sentía que una pequeña parte de mí se desgranaba de mi cuerpo y pasaba a formar parte de la multitud, mientras la multitud también comenzaba a formar parte de mí, rellenando el hueco de la parte que yo les había concedido a ellos, hasta que mi voz pasó a ser la voz de la gente y la voz de la gente se convirtió en mi propia voz. Estábamos descubriendo un poder nuevo, liberador, el poder de la verdadera fraternidad, el poder de dominar nuestros destinos, los de nuestras vidas y los de nuestro país, descubrir que no teníamos por qué someternos a los designios de un gobernante ni de un presidente impuesto a la fuerza, que éramos libres de elegir cómo se hacían las cosas, libres de elegir bajo qué criterios morales, políticos o religiosos debíamos vivir, libres de pensar y de fraguar nuestras propias reglas de convivencia. La libertad es embriagadora, y el aire que aquella noche respiramos en la plaza de Aleppo era dulce como el néctar, y ligero como si estuviésemos en la cima de una montaña.

Más tarde, cuando regresé a casa, me senté frente al ordenador y escribí en mi blog una crónica de lo ocurrido. Me sentía ligero, eufórico, como el día que besé a tu madre por primera vez. Pensé mucho en mamá, y en cuánto le hubiese gustado a ella vivir aquel momento. Tu madre, con su eterno optimismo, con sus ideales reivindicativos de los derechos de la mujer, sé que ella no hubiese dudado en alzar sus manos, en gritar a pleno pulmón, tanta rabia y frustración había reprimido ella por sus ideas, tanta esperanza tenía puesta en el futuro. Deseé que tu madre pudiera ver lo que estaba pasando. Los cambios que todos creíamos que estaban a punto de producirse.

Cuando por fin me metí en la cama, exhausto pero henchido de esperanza, con el eco de los gritos todavía en mis oídos, te dediqué a ti, Ghada, mi último pensamiento. Fantaseé sobre cómo sería tu vida de adulta, sobre el mundo en el que le tocaría vivir, lleno de prodigios que apenas lograba vislumbrar. El progreso tecnológico, científico o médico no estaba en mis manos, pero sí dependía de mí, un poco al menos, que el mundo en el que vivieras fuera más libre, más justo, más igualitario. ¿Qué mejor legado que ese podía dejarte, hija mía?



En el barco: La democracia era esto

El señor Contrabandista intenta arrebatarme a Doobie, pero algo le detiene. Es el brazo de mi padre.

—Al menos deberíamos llegar a un acuerdo entre todos, ¿no te parece? —le dice papá—. Y no vuelvas a acercarte a mi hija.

Todos en el barco guardan silencio, solo se escucha el ronroneo del motor y el murmullo del agua bajo nosotros. El bote se mece arriba y abajo como un caballito de tiovivo. Papá devuelve a Doobie a mi regazo y yo lo abrazo con fuerza.

—Deben haberse vuelto todos locos —dice entonces una mujer—. Es un perro, ¡un perro que nos puede costar volver a Turquía y perder todo nuestro dinero! ¿Tanto vale la vida de un perro?

—Para mi hija, sí —dice mi padre, rotundo, sus palabras son como algo pesado que se deposita en el barco.

—¡Pero no para los demás! —chilla la mujer.

—Lo justo entonces, hermana, sería someterlo a votación —indica un hombre—. Hacer lo que decida la mayoría, ¿no era eso lo que muchos querían para Siria? ¿Una democracia?

—Los que querían la democracia para Siria han llevado a nuestro país al desastre —dice otro hombre.

—¿Nos culpas a los que queríamos democracia? —grita alguien—. ¡La culpa de todo la tuvo y la sigue teniendo el maldito presidente Bashar Al Assad!

Se elevan las voces y el tono de la discusión, unos se gritan a otros y en el súbito balanceo desbocado del barco puedo sentir los brazos que se agitan y los dedos que se alzan acusadores, y todo eso es bueno porque de momento se han olvidado de Doobie, que aprieto entre mis brazos y no voy a soltarlo por nada del mundo. Mientras sigan discutiendo, Doobie estará a salvo. Mi papá es el único que está callado, y eso es porque él sabe quién tiene la culpa de lo que está pasando en nuestro país. Shhh, le digo con el dedo en los labios. Es nuestro secreto. Y antes de que fuese nuestro secreto era el secreto del señor Ahmed. Pero no se lo vamos a contar a ellos para que así sigan discutiendo.

8. EL SECRETO DEL SEÑOR AHMED:

- *Huele a moho, a humedad y a putrefacción.*

- *Suena a: «Shhh, es un secreto...».*

Tras el mostrador de la perfumería había una estrecha abertura cubierta por una lona gruesa y áspera y, al otro lado, una trastienda donde, a veces, el señor Ahmed entraba un momento para buscar algo: un frasco de perfume agotado en las repisas, una bolsa de papel, una cajita para guardar un regalo... En ocasiones, cuando no había clientes, se metía en la trastienda y se quedaba allí mucho rato. Mientras tanto, Adnan y yo nos embelesábamos experimentando con el alambique y los aromas que emanaban de sus vapores.

Una de aquellas veces en las que el señor Ahmed estaba en la trastienda, entró una clienta que traía impregnado en sus ropas el calor matinal. Yo tenía toda mi atención en el matraz, donde burbujeaba un nuevo perfume, mientras Adnan controlaba el siseante calor de la llama del hornillo de gas. Mi objetivo era reproducir el perfume de mamá, y para ello vertía con sumo cuidado pétalos de rosa que se escurrían suaves como la seda entre mis dedos, aderezados con un poco de resina de mirra, gomosa y pegajosa al tacto, pimienta negra fina como el polvo y una pizca de azafrán.

—¿No está tu abuelo, niño? —preguntó la señora recién llegada.

—¡Abuelo! ¡Hay una clienta esperando! —llamó Adnan a gritos.

—Me parece que tu abuelo se está quedando sordo —dije al ver que no aparecía.

Adnan se ofreció para ir a llamarlo a la trastienda, pero le dije que mejor iba yo. Los ingredientes de un perfume tienen que calentarse muy, pero que muy lentamente, o la mezcla se estropea, y Adnan era el único de los dos que

estaba autorizado a manejar la espita del hornillo de gas con el que calentábamos el matraz.

—No dejes que rompa a hervir, ¡ya casi lo tenemos! —le dije aspirando con la nariz apuntando al techo los vapores que evocaban el recuerdo de mamá—. Ya voy yo a llamarlo.

Me metí detrás del mostrador. Aparté la lona que cubría la puerta de la trastienda y me adentré en un espacio fresco, tapizado de alfombras mullidas bajo mis pies. «¡Señor Ahmed!», llamé, pero no obtuve respuesta. Olía a jazmín, como si el señor Ahmed hubiese espolvoreado el aire con aquella esencia. «¡Señor Ahmed!», volví a llamar. «¡Hay una cliente esperando!». Allí dentro, mi voz sonaba amortiguada, las paredes absorbían mis palabras como la tierra seca absorbe el agua. Avancé tanteando con las palmas de las manos y descubrí que las paredes estaban cubiertas de una urdimbre de tapices bordados con dibujos geométricos y arabescos. Fui recorriendo la estancia con una mano extendida, sin perder el contacto con la pared, hasta contar veinte pasos y toparme con una estantería repleta de botes y cajas. La rodeé y me encontré de nuevo en la puerta de entrada.

Pero ni rastro del señor Ahmed.

Volví a recorrer la estancia tanteando en el vacío. Me di por vencida y salí a la tienda. La cliente y su olor a calor matinal seguían allí.

—El señor Ahmed no está —dije—. Ha debido salir a la calle y no nos hemos dado cuenta.

—¿Estás segura? —me dijo Adnan—. Pero si estoy seguro de que entraba en la trastienda y no lo he visto salir.

—Pues aquí dentro no está.

—Será mejor que vayas tú, niño, a llamar a tu abuelo —dijo la señora con un retintín de impaciencia—. ¿Cómo va a saber la niña dónde está si es ciega?

—Le digo que el señor Ahmed ha salido —insistí.

—Pues claro que estoy, chiquilla —dijo una voz a mi espalda.

El corazón me brincó del susto, como cuando calculas mal un salto esperando encontrarte el suelo, pero el suelo no llega porque hay un desnivel y durante un instante sigues cayendo al vacío.

—Disculpe usted, señora, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó el perfumero, obsequioso.

Como Adnan, igual que la señora, tampoco quería creerme cuando le aseguré que su abuelo no estaba en la trastienda, la siguiente vez que volvió a pasar lo mismo y llegó una clienta y el señor Ahmed no acudía cuando lo llamábamos, dejé que fuera Adnan quién entrase a buscarlo. No tardó en salir, rascándose la cabeza, siempre le pica cuando se topa con algo que no entiende.

—La habitación está vacía —dijo.

—¿Ves como no te engañaba? —le recriminé.

—¡Pues ha desaparecido! Y yo no lo he visto salir. Parece un truco de magia.

—¿Tu abuelo es un mago?

—Claro que no. Tiene que haber una explicación lógica. Esto es un misterio, y los misterios se resuelven utilizando la lógica —respondió—. Tiene que haber una puerta oculta en algún sitio. Es la única explicación.

—¿Y dónde está esa puerta? Yo no he encontrado ninguna.

—Para descubrirlo solo tenemos que entrar y esperar a que mi abuelo vuelva.

Adnan vigilaba con mucha atención, casi sin respirar. Si hubiera sido un perrito estoy segura de que hubiese tenido las orejas bien tiesas. Del techo colgaba una bombilla que emitía un zumbido débil, como si tuviese una mosca moribunda atrapada dentro. Según Adnan, daba poca luz, pero suficiente para que fuese imposible esconderse entre las sombras o no ver abrirse una puerta secreta. Yo me puse a reseguir con las yemas de los dedos los dibujos geométricos de los tapices que cubrían las paredes. En una esquina, tropecé con una tetera que descansaba en el suelo sobre una bandeja junto a dos vasitos y el escándalo metálico le dio un susto a Adnan, que dio un alarido que me asustó a mí. Empezamos a reírnos nerviosos.

Entonces la bombilla emitió un chasquido y la mosca que tenía dentro dejó de zumbar. El silencio se espesó a nuestro alrededor como un muro impenetrable. Adnan me agarró la mano con fuerza.

—¿Qué pasa? —pregunté en un susurro.

—¡Se ha apagado la luz!

En eso, Adnan no era diferente de los otros niños que yo conocía. Tenía miedo a la oscuridad, algo que yo (el miedo a la oscuridad) no alcanzaba a entender. Si los olores, los sonidos, la temperatura del aire, si todo es igual

que cuando hay luz, entonces ¿por qué la gente se asusta tanto cuando se apaga?

—¿Buscáis algo, niños? —dijo entonces una voz sobre nuestras cabezas.

Adnan soltó un grito y me dio un apretón tan fuerte en la mano que también me hizo gritar a mí, pero de dolor.

—¡Abuelo! ¡Qué susto nos has dado! ¿Por qué has apagado la luz?

—A mí no me hace falta luz para moverme. Solo soy un pobre viejo ciego, por eso aquí no hay nada con lo que pueda tropezar, salvo vosotros dos —dijo antes de regresar a la tienda con una voz que parecía querer burlarse de nosotros.

Desde aquel día, cada vez que el señor Ahmed se metía en la trastienda, Adnan me hacía una seña dándome dos golpecitos en el brazo cuando entraba y otros dos cuando salía. A veces, tardaba solo unos segundos; otras, se demoraba durante un buen rato. Era entonces cuando Adnan me tiraba del vestido y nos metíamos sigilosamente a investigar.

«Nada. La habitación está vacía», me susurraba cada vez. ¿Dónde se habrá metido el abuelo? Yo no sabía qué responder. No era capaz de escuchar nada, salvo el zumbido de la bombilla que colgaba del techo. Si Adnan, que podía ver, no era capaz de saber dónde se escondía su abuelo, mucho menos yo. De lo que yo sí me daba cuenta y Adnan no, era de que cada vez que el señor Ahmed desaparecía en la trastienda quedaba flotando un perfume. A veces olía a azahar, otras a jazmín, otras a rosas, como si el señor Ahmed se evaporase dejando como única huella de su presencia aquellos aromas.

Estábamos empeñados en descubrir el truco, porque en algún sitio tenía que meterse. De modo que aprovechamos una ocasión en la que tuvo que ausentarse de la perfumería durante una hora para indagar a nuestras anchas en la trastienda.

—Si entra algún cliente, sírvele lo que desee. —Fueron las instrucciones que le dio a su nieto antes de irse—. Si no encuentras lo que busca, pídele que vuelva dentro de una hora, cuando yo esté de vuelta.

En cuanto el señor Ahmed cruzó la puerta, los dos corrimos a la trastienda como dos galgos a los que se les da la señal de salida. Nos pusimos a revisar la estancia palmo a palmo, buscando la supuesta puerta secreta. Yo recorría los tapices con las yemas de los dedos, tratando de encontrar una ranura que pudiese esconder la puerta, pero nada. Solo los bordados geométricos con sus

formas de pétalos simétricos y espirales extendiéndose en todas las direcciones y hojas que se enroscaban sobre sí mismas, o pequeños hexágonos apretados unos con otros, repitiéndose hasta más allá del alcance de mis dedos.

De pronto escuché un golpe sordo, como una palmada en la espalda.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—He sido yo —respondió Adnan—. He golpeado la pared con la palma de la mano. Si suena hueco es que detrás tiene que estar la puerta secreta.

Adnan es muy listo. Nos pusimos a palmear las paredes con el oído muy atento, como un doctor auscultando el pecho de un enfermo. Pero las paredes sonaban macizas. Después de darles una buena tunda no conseguimos encontrar nada de nada.

—Pues no lo entiendo —dijo Adnan, rascándose la cabeza.

A mí, más que picarme la cabeza, me picaban los ojos por el polvo que había saltado de los tapices al palmearlos. Adnan daba vueltas por la habitación, arriba y abajo, como un tigre enjaulado, y fue entonces cuando yo me di cuenta de algo.

Los pasos sonaban diferentes en el centro de la habitación.

Di un zapatazo para comprobarlo. Efectivamente, ahí sonaba a hueco.

—¡En el suelo! —exclamó Adnan, comprendiendo al instante mi gesto—. ¡La puerta secreta está en el suelo! ¡Por eso no la encontrábamos!

Nos arrodillamos y, tanteando, encontramos una oquedad en la alfombra.

—¡Debajo de la alfombra hay una trampilla! —anunció Adnan con el entusiasmo de quien acaba de descubrir el Santo Grial.

Aunque pesaba bastante, entre los dos, agarrando el tirador con todas nuestras fuerzas, logramos abrirla. Donde hacía un instante había un suelo supuestamente infranqueable, se abría ahora un espacio indeterminado que sentí como un soplido en el rostro, el aliento húmedo de un pozo cuando asomas la cabeza dentro.

—Hay unas escaleras. Pero está muy oscuro —dijo Adnan—. Espera, voy a buscar una linterna.

Pero yo ya bajaba los escalones. ¿Qué me importaba a mí la oscuridad? Adnan se empeñó en ir delante con la linterna. Por algún sinsentido que solo ellos entienden, la gente que puede ver se siente más segura con una luz

encendida. Yo me siento más segura cuando mi padre está conmigo, pero la luz no tiene nada que ver con eso.

Por el eco de nuestros pasos supe que nos adentrábamos en un sótano cavernoso, cada vez más estrecho. Con los brazos extendidos, podía tocar ambas paredes y, al poco de caminar, hasta pude tocar el techo con la mano. El pasadizo descendía y giraba, primero a la derecha, y luego a la izquierda. Caminamos durante un par de minutos hasta que Adnan se paró en seco y me choqué con él.

—La galería se acaba aquí —dijo.

—¿Y qué hay? —le pregunté.

—Puertas. Hay siete puertas en total.

Nuestras voces vibraban con una extraña resonancia, como si hablásemos dentro de una guitarra. Olía a tierra mojada. Sobre nuestras cabezas escuchaba correr el agua por un desagüe. Sonaba igual que las tripas de papá cuando apoyaba la cabeza en su barriga después de cenar y oía los ruiditos en su interior. Estábamos en las entrañas de la ciudad.

—¿Qué habrá al otro lado de esas puertas?

—Vamos a averiguarlo.

Probamos a abrirlas, una tras otra, pero todas estaban cerradas.

—¿Cómo se abrirán? —susurró Adnan—. No tienen cerradura. Solo hay una especie de muesca con forma de hexágono. Y esta otra tiene forma de estrella de cinco puntas. Y aquí hay otra que parece una cruz.

Las palpé con los dedos. En lugar del pequeño orificio con forma de hormiga que tienen las cerraduras para introducir las llaves, aquellas puertas tenían unos huecos con formas geométricas. Un hexágono. Una estrella de cinco puntas. Una cruz. Me resultaban familiares. Yo había tocado esas formas antes.

—¡Yo lo sé! —le dije—. Los tapones de algunos frascos de perfume de tu abuelo tienen esas formas.

—¡Claro! Por eso cuando abre una puerta huele a jazmín, o azahar, depende de la puerta que abra, destapa un frasco u otro —dijo alborozado.

Formábamos el mejor equipo de detectives del mundo. Juntos, no había misterio que se nos resistiera. Yo daba saltitos y palmas de contenta. Adnan se alejó corriendo de vuelta a la tienda. En el eco de la galería sus pasos sonaban

como si alguien aporrease un tam-tam, primero fuerte y luego flojito, después otra vez fuerte, hasta que estuvo a mi lado cargando un puñado de frascos. Quitamos el tapón de la esencia de azahar y el perfume creó la ilusión fugaz de transportarnos a un campo de naranjos. Efectivamente, el tapón tenía forma de hexágono y encajaba perfectamente en la muesca de una de las puertas. La cerradura se abrió al girarlo y la puerta se desplazó con un chirriar agudo, como el maullido de un gato perezoso. Del interior salió flotando una corriente fantasmal de aire impregnado de papel viejo y cuero, el olor de una maleta antigua cerrada durante años.

—¿Qué hay? —pregunté.

—Espera, voy a encender la luz.

A veces Adnan se olvida de que yo no puedo captar la luz, y eso para mí es un halago. Es por eso y por otros muchos motivos que lo quiero tanto.

—Es una habitación pequeña, como una salita de estar —me dijo.

Toqué las paredes, de ladrillo desnudo. El suelo era mullido, cubierto de alfombras que desprendían olor a polvo al pisarlas. Di unos pasos siguiendo la pared hasta que mi mano se encontró con un mueble de madera labrada con relieves epigráficos. Encima había una especie de caja de madera con algo redondo y rugoso encima. De la caja salía una especie de embudo del tamaño de una cazuela.

—¿Qué cosa más rara —dije—, ¿qué es esto?

—Un gramófono —respondió Adnan—. Mi abuelo tiene uno igual en casa. Sirve para escuchar música de discos antiguos. En esta estantería están los discos.

Quise tocar los discos, pero en las repisas solo había montones de cartulinas rectangulares, apiladas una sobre otra, ninguna con forma de disco.

—¿Por qué los llamas discos? ¡Son todos rectangulares!

—Eso son las fundas, Ghada. Los discos están dentro.

Adnan sacó uno y me lo puso en las manos. Era como un plato muy fino, la superficie rugosa y los bordes afilados.

—¿Y de aquí sale música? —pregunté extrañada.

—¡Claro! Mira, te voy a enseñar cómo suena.

Le oí manipular el aparato que misteriosamente sacaba la música de aquellos pedazos de plástico. Mientras él trataba de descubrir el

funcionamiento del gramófono, yo recorría las repisas con los dedos. Había muchos discos dentro de sus fundas cuadradas, y todas estaban cubiertas de polvo, todas menos una de ellas. Me acordé de las muñecas que tenía en las repisas de mi dormitorio. Cuando cogía una con la que no jugaba desde hacía tiempo, la encontraba llena de polvo. En cambio, mis muñecas favoritas siempre estaban limpias. Entonces, aquel disco tenía que ser uno de los favoritos del señor Ahmed.

—Pon este —le pedí a Adnan.

Escuché cómo deslizaba el disco fuera de su funda y lo depositaba sobre el gramófono. Chasquearon engranajes, como cuando escuchas las tripas de un reloj, y después un susurro de poleas. De pronto la estancia se llenó de la música más triste que yo había escuchado jamás. Era una melodía de viola, que hablaba con un timbre ambiguo, ni agudo ni grave, un sonido que parecía querer decirte lo mucho que echaba de menos al amor perdido. Me recordó el llanto de papá al morir mamá y se me saltaron las lágrimas.

—¡Qué triste y qué bonito! —exclamé cuando lo apagó.

—En la funda dice que es «una pieza compuesta e interpretada por Nadia Adilyan».

—¿Tu abuelo nunca te había hablado de esta habitación?

—Nunca.

—¿No te parece raro?

—Mi abuelo siempre ha sido un poco misterioso, la verdad. ¿No tienes curiosidad por saber lo que hay en las otras puertas?

—¿No se enfadará tu abuelo si nos descubre?

—Seguramente, por eso vamos a darnos prisa.

La siguiente puerta se abrió al girar en la cerradura el tapón con forma de cruz del tarro de esencia de jazmín. El interior olía a carcoma y a libros viejos. Mis manos se tropezaron con estanterías de madera llenas de volúmenes polvorientos. Al dar unos pasos me choqué con una mesita que me llegaba a la altura de las rodillas. Encima de la mesita había un grueso libro abierto.

—¿De qué es este libro?

—Parece un libro de poesía, y está escrito a mano.

Recorrí el texto con la yema de los dedos, descubriendo en la rugosidad de

la tinta la misma caligrafía árabe que papá me había enseñado a identificar en algunos murales de la ciudadela antigua. Papá decía que solo los grandes artistas eran capaces de escribir así.

—¿Quién lo habrá escrito?

—Aquí pone que el autor es ... Alí Adilyan —respondió Adnan.

—Me parece que es el mismo apellido de la mujer que compuso la música —advertí—. ¿Serán hermanos?

—Es posible. Aquí solo hay libros viejos. ¡Vamos ver que hay en las otras puertas!

Yo tenía el corazón en un puño por si el señor Ahmed llegaba y nos sorprendía, pero la curiosidad pudo más que el miedo y seguimos explorando el resto de estancias. Era como ir viajando de un país a otro, cada uno con su propio ambiente, como si el aire cambiara su densidad y su peso cada vez que cruzábamos un umbral, espacios con preciosos misterios detrás de cada objeto.

En la tercera habitación encontramos una bola del mundo, mapas, brújulas, y una especie de rueda con engranajes. Adnan me dijo que se llamaba astrolabio y que servía para navegar en barco y orientarse con las estrellas cuando estás en mitad del océano. También había una estantería repleta de maquetas de barcos de todos los tipos: veleros, mercantes, de pasajeros o de guerra. Los reconocí fácilmente porque yo también tenía en casa maquetas de barcos, aunque aquellos eran más grandes y con muchos más elementos y detalles.

En la siguiente estancia, que olía tenuemente a azufre, me llevé un buen susto porque al adentrarme me topé con la figura de una persona, pero Adnan me dijo que era solo un maniquí vestido con un uniforme militar. El maniquí tenía una pistola en una cartuchera colgando de la cintura, y ni siquiera Adnan fue capaz de saber si era de verdad o solo una imitación de juguete. En un armario había uniformes militares pulcramente doblados o colgando de perchas. En un soporte descansaba un rifle junto a varias pistolas y una larga espada curva.

—Cuidado, no vayas a cortarte —me avisó Adnan—. La espada seguro que es de verdad.

Detrás de la quinta puerta descubrimos una estancia amueblada como un cuarto de juegos infantil. En el centro había una casita de muñecas que era

como una casa de verdad, con todas sus habitaciones y mobiliario, pero mucho más pequeña. Dispuestos a su alrededor, en el suelo, como si aguardasen algo, una serie de peluches y muñecas de diferentes formas y tamaños.

—¿De quién serán todos estos juguetes? —dije. No me imaginaba al señor Ahmed jugando con las muñecas.

En la sexta estancia secreta había varios balones de fútbol, camisetas con escudos deportivos bordados, pantalones cortos y botas de futbolista como para vestir a un equipo entero.

—¿Qué será todo esto? —dije—. ¿Por qué guarda tu abuelo estas cosas en secreto?

—No tengo ni idea. A lo mejor tendríamos que preguntárselo a él.

—¿Y no se enfadará?

—No lo sé. Por eso tenemos que darnos prisa antes de que vuelva. ¡Todavía nos queda una puerta por explorar!

Al abrir aquella puerta, la que estaba al final de la galería, nos invadió un olor a moho, a humedad y a putrefacción.

El color ocre.

—Aquí dentro no hay luz —dijo Adnan—. Voy a encender la linterna.

El aire era más denso, extrañamente pesado, como mercurio. Olía a algo parecido a la gasolina antes de quemarse. Se oían ruiditos de agua goteando, como filtraciones en una cueva. Siguiendo la pared de ladrillo desnudo me acabé tropezando con unas estanterías metálicas. Mis manos recorrieron una especie de botellas cilíndricas de metal con un grifo encima, como las que hay en los hospitales para el oxígeno. Al lado, en una mesa, recipientes de cristal de diferentes formas y tamaños, algunos estrechos y alargados, otros redondos como un balón con un cuello largo, otros con forma de espiral. Todo estaba cubierto de un polvo grasiento.

—¿Es aquí donde tu abuelo fabrica sus perfumes?

—No creo. Fíjate que todo esto está cubierto de una gruesa capa de polvo, como si no hubiera tocado nadie en añ...

Lo interrumpió una estampida fuertísima, como si se hubiese cerrado una puerta de golpe. Me asusté y busqué la mano de Adnan, que me devolvió el apretón con fuerza. Una corriente de aire me agitó el pelo. Se acercaban pasos. El corazón se me aceleró como un metrónomo.

El olor del señor Ahmed irrumpió en la sala. Tenía la respiración agitada y olía a sudor nuevo.

—¿Cómo habéis entrado aquí? —preguntó con brusquedad.

—Encontramos una puerta, abuelo, queríamos saber lo que había...

—No debéis entrar aquí jamás, ¿me oís? ¡Jamás!

El señor Ahmed resollaba.

—¿Por qué, abuelo? —se atrevió a preguntar Adnan—. ¿Qué tienes aquí?

El señor Ahmed no contestó. El silencio se tensó a nuestro alrededor como la goma de un tirachinas. Yo tenía la impresión de que en cualquier momento podría golpearnos un grito, unas palabras de enfado. A veces el silencio es más duro que un reproche. Algo así debe ser la oscuridad, como un silencio incierto, por eso la gente la teme tanto.

—Abuelo, no hemos hecho nada malo. Solo teníamos curiosidad.

El señor Ahmed seguía sin hablar. Solo se oía su respiración jadeante, como un fuelle. Le oí moverse, pasos inciertos y el roce de sus ropas. Un tintineo metálico. Creo que comprobaba si habíamos tocado algo de aquellas estanterías.

—Escuchad, hijos míos, aquí se guarda algo que no debe salir jamás al exterior —dijo entonces con una gravedad que me estremeció.

Esta vez fuimos nosotros los que no nos atrevimos a romper el silencio.

—Si os digo lo que es, ¿me juráis que nunca se lo contaréis a nadie?

—¡Lo juramos! —dijimos al unísono, aliviados y compungidos a la vez.

—Aliento de dragón —dijo el señor Ahmed—. En esos recipientes hay atrapado aliento de dragón.

Me quedé con la boca abierta, y supongo que Adnan también.

—Si alguno de estos recipientes se abriese alguna vez se desataría el caos en el mundo. El aliento de dragón provoca la locura en quien lo inhala —nos advirtió—. ¡Hay males que desconocéis y que ojalá nunca lleguéis a conocer! —Alzó el tono de voz—. Aunque ahora solo veáis en mí a un pobre viejo, ciego y sin fuerzas, debéis de saber que una vez yo mismo luché contra los dragones y pude encerrar su aliento en estos recipientes. Desde entonces vigilo para que nadie pueda abrirlos. Ahora que conocéis mi secreto, os pido que no lo reveléis jamás.

Adnan y yo estábamos muy impresionados. ¡El señor Ahmed guardaba

aliento de dragón! ¡Entonces los dragones existían de verdad! No se me olvidaba la historia de papá sobre lo que ocurrió en las Ciudades Olvidadas, cuando llegaron los dragones y lo destrozaron todo. Era lógico el enfado del señor Ahmed. Si se nos hubiera ocurrido abrir alguno de aquellos recipientes...

* * *

Pasaron los cálidos meses de verano y llegó la festividad del Aid al-Adha. El aire era cada día más frío y las hojas se desprendían de los árboles formando un manto que crujía al caminar por las aceras. Por aquel entonces, papá solía dejarme tardes enteras en la perfumería del señor Ahmed. Allí me pasaba el tiempo inventando perfumes nuevos, o tumbada en la alfombra entretenida haciendo los deberes, o jugando con unos pedazos de plastilina, moldeando figuritas de animales mientras Adnan, a mi lado, coloreaba dibujos del cole con unas acuarelas que desprendían un fuerte olor a resina, a jarabe de azúcar y a glicerina.

Fue por las acuarelas de Adnan que un día el señor Ahmed nos contó algo sobre los colores que jamás me hubiese imaginado. Adnan se quejó de que se le había acabado la pintura verde, y cuando le pidió dinero a su abuelo para comprar más, lo que nos dijo nos dejó con la boca abierta.

—¿Tienes amarillo y azul? —le preguntó el señor Ahmed.

—Sí, de esos sí me quedan.

—Entonces no te hace falta comprar nada. Mezcla amarillo y azul y tendrás verde.

—¿Estás seguro abuelo? —preguntó él, desconfiando, supongo que porque el señor Ahmed, como yo, tampoco podía entender mucho sobre colores.

—Por supuesto —respondió algo enojado—. ¿Es que no sabíais, niños, que en el mundo solo hay tres colores primarios y que todos los demás salen de la combinación de esos tres?

¿Solo tres colores? Si me lo llega a contar Aasiyah no la hubiese creído, porque Aasiyah siempre intenta engañarme, pero el señor Ahmed es muy sabio y siempre dice la verdad.

—Está el rojo, el amarillo y el azul —nos explicó—. Todos los demás son producto de esos tres.

—¿Cómo es posible? —exclamó Adnan, y le oí rascarse la cabeza—. ¡Si yo puedo ver muchísimos más colores que esos tres!

—¿Cuántos colores hay entonces? —pregunté, muy interesada.

—¡Seguro que más de cien! —respondió Adnan.

—Pues yo os aseguro que no —replicó el señor Ahmed con severidad—. Resulta que los ojos de los videntes solo pueden captar tres colores. Tres. Metéoslo bien en la cabeza. Todos los demás son un invento de la mente.

O sea, que los colores son un producto de la imaginación. Entonces, ¿por qué está todo el mundo siempre tan pendiente del color de cada cosa? ¡Es como si la gente estuviese pendiente de los duendes, que también son un producto de la imaginación! Solo tres colores. Me daban ganas de reír. A lo mejor tampoco me estaba perdiendo gran cosa. Es como si solo hubiese tres colores en el mundo, menudo aburrimento.

—Señor Ahmed, ¿podría pasar lo mismo con los perfumes? —se me ocurrió pensar de repente—. ¿Y si solo hay tres olores básicos y a partir de esos se pueden crear todos los demás?

—Buena ocurrencia, muchacha. Que yo sepa nadie ha descubierto todavía la existencia de esos olores básicos, pero que nadie los haya descubierto no significa que no existan.

—A lo mejor los descubres tú, Ghada —me animó Adnan—, y te haces famosa y ponen tu nombre en los libros, como el de Dior.

Que mi nombre apareciese en un libro era algo que me hacía muchísima ilusión...

En ese momento entró un cliente, interrumpiendo nuestra animada conversación.

—¿En qué puedo ayudarles, caballeros? —preguntó el señor Ahmed.

Dos pares de tacones resonaron en el suelo. Un fuerte tufo a tabaco, a sudor masculino y a ropa sucia se abrió paso como un torrente de lodo, apartando con brusquedad las delicadas fragancias que siempre llenaban la tienda.

—Queremos hablar contigo —dijo uno de los hombres.

Tenía una voz ronca que se me metió en el estómago y me lo apretujó como una indigestión. Solo pude oír aquellas tres palabras, pero había en cada una de ellas tal tono de chulería y de intimidación que me recordó a los matones

del cole cuando me amenazaron a mí y a Dobbie.

—Adnan, hijo, por favor, salid a comprar la merienda —ordenó el señor Ahmed en un tono serio que no admitía réplica—. Quedaos fuera hasta que yo vaya a buscaros.

El señor Ahmed empezó a respirar con fuerza, como si de pronto se hubiese puesto a hacer flexiones en mitad de la tienda, delante de los recién llegados. Antes de que pudiese entender lo que estaba pasando, Adnan me cogió de la mano y me sacó de allí sin rechistar. Con el gélido viento en contra, caminamos en silencio hasta la pastelería que había al final de la calle. Nos sentamos en una mesa, rodeados del bullicio y los olores dulzones que impregnaban el aire. No pedimos nada. De pronto se nos había quitado el apetito.

—¿Quiénes eran esos hombres? —le pregunté—. ¿Los habías visto antes?

—Nunca. Pero no parecían clientes. Tenían un aspecto siniestro.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que iban vestidos con gabardina y traje con corbata, como la gente elegante, pero la ropa estaba arrugada y sucia, como si hubiesen dormido con ella puesta.

—Olían fatal —añadí, arrugando la nariz.

—Y llevaban gafas de sol de espejo. Y cuando uno de ellos se las quitó me miró de una manera rara. Como si... como si yo fuera una cosa. He visto mirar así a algunas personas antes de degollar un cordero. Me dio miedo.

—A mí también. Y eso que no tengo ni idea de cómo te han mirado.

Nos quedamos callados un buen rato, envueltos en el barullo de conversaciones y el aroma del café con especias de cardamomo que nos invadía como una melodía empalagosa. Yo estaba temblando. Me crucé de brazos para reprimir la tiritera, pero no era frío lo que sentía. No entendía por qué aquellos dos hombres me habían dado tanto miedo si apenas había estado un momento con ellos y ni siquiera se habían dirigido a mí. Olían a ropa sucia, pero no era la primera vez que me cruzaba con alguien que olía mal (había hombres que olían muchísimo peor). No sabía qué apariencia tenían porque no había llegado a tocarlos. Cuando otros niños me asustaban en el colegio era porque se metían conmigo y me rodeaban y me daban empujones y sus voces venían de todas partes a la vez («Ven con nosotros, te vamos a tirar a un pozo niña ciega», me gritaban para acobardarme), pero aquellos dos hombres no

habían gritado, solo les había oído tres palabras: «Queremos hablar contigo», suficientes para provocarme un nudo en el estómago.

—Creo que es mejor que volvamos —dijo Adnan al cabo de un rato.

—¿Y si los clientes están todavía en la tienda? Tu abuelo dijo que ya vendría él a buscarnos.

—Tú espérate aquí. Yo voy a ver a mi abuelo —dijo Adnan con la voz entre temblorosa y subida de tono.

Negué enérgicamente con la cabeza. Por mucho miedo que tuviera, no iba a dejarle solo de ninguna de las maneras. Regresamos los dos juntos, cogidos de la mano, dando pasos empujados por el viento que eran más una carrera que un paseo.

Al abrir la puerta de la tienda, me topé de sopetón con un revoloteo frenético de perfumes, como un gallinero alborotado por el que acabara de pasar un lobo. Un caos disonante de fragancias que giraban en torno a un rojo predominante. El cristal crujió bajo mis zapatos. Los frascos de perfume estaban tirados por el suelo, pobrecitos, rotos, como si un vendaval hubiese pasado por el establecimiento. Empezó a dolerme la barriga.

—¡Abuelo! —llamó Adnan—. ¡Abuelo! —Pero no obtuvo respuesta.

Sus pasos rechinaron sobre un manto de cristales rotos.

—Tampoco está en las trastienda —dijo con voz quebrada, a punto de echarse a llorar.

Yo estaba muerta de miedo, como cuando me despertaba a media noche y escuchaba sonidos y susurros en la casa, movimientos ahogados y pasos que parecían dirigirse a mi habitación.

—A lo mejor está en su escondite secreto —dije.

Nos metimos de cabeza en la galería subterránea, como dos conejos que se lanzan a esconderse en su madriguera. El marmagnum de fragancias vertidas en los frascos rotos había saturado mi nariz, y al descongestionarse en la estancada atmósfera del túnel reconocí el olor a talco, a vainilla y a bebé del señor Ahmed.

—Tu abuelo ha estado aquí hace poco —dije, sin atreverme a alzar la voz, por si pudiera haber alguien más escuchándonos en la distancia.

Todas las puertas estaban abiertas de par en par, pero el señor Ahmed no estaba escondido en ninguna de las habitaciones secretas.

En el aire inmóvil flotaba un olor nuevo para mí, parecía como si acabara de pasar por allí un pútrido ser mitológico, un olor que me puso la piel de gallina. Me entró un sudor frío y temblores, igual que cuando tengo la gripe.

—Adnan, ¿lo hueles? —susurré.

—¿Oler qué?

—El olor del miedo.

El color negro.

Por eso estaba tan asustada. El olor del miedo es contagioso.

Adnan estaba abriendo la última puerta, la que estaba al fondo de la galería y yo quise gritarle que no lo hiciera. Pero ya era tarde.

—¡No hay nada! ¡Nos han robado! —exclamó.

Recorrí las estanterías con los dedos y solo encontré polvo. Los recipientes del señor Ahmed habían desaparecido.

—¡Han robado el aliento de dragón! —grité—. ¡Tenemos que llamar a papá!

Desde el teléfono de la tienda, compartiendo el auricular, le contamos a mi padre atropelladamente lo que había pasado. Papá se presentó al cabo de media hora. De nervioso que estaba, Adnan quiso ponerse a barrer los cristales de la tienda, pero yo le dije que mejor lo dejase como estaba, para que así papá pudiese ver las pruebas de lo que había pasado. Dábamos vueltas en la tienda como dos pajarillos asustados, y cuando llegó papá me lancé a sus brazos y fue como si me abriesen la jaula y pudiese volar aliviada.

Papá me abrazó como si no me hubiese visto en un mes. Había venido corriendo, olía a sudor nuevo y tenía la respiración agitada.

—El aliento de dragón, papá, ¡lo han robado! —le dije mientras me dejaba abrazar y sentía que el miedo se alejaba.

Me preguntó un millón de veces si estaba bien y asentí con la cabeza repetidamente.

—Señor, ¿sabe dónde está mi abuelo? —le preguntó Adnan con la voz de llanto.

—Tranquilos, niños, todo esto se aclarará. Seguro que tu abuelo está bien —respondió mi padre con voz firme.

Le cogí de la mano y tirando de él lo introdujimos por el pasadizo y lo llevamos hasta las habitaciones secretas.

—¿Lo ves, papá? Nos han robado.

—Ya veo, cariño, ¿qué es lo que había aquí abajo?

Le enseñamos, una por una, las habitaciones secretas. Por las exclamaciones que soltaba, estaba tan sorprendido como lo estuvimos nosotros la primera vez que bajamos. Adnan le contó que, de todo lo que había allí, lo único que se habían llevado los ladrones eran las botellas con el aliento de dragón.

—El señor Ahmed dijo que si esas botellas se abrían pasarían cosas malas —declaré con solemnidad—. Papá, ¿y si los hombres que lo han robado creen que dentro de esas botellas solo hay perfume y las abren?

Papá no supo qué contestar. Por desgracia, pronto supimos la respuesta.

QUERIDA GHADA

Una vez me preguntaste con mucha solemnidad qué pasaría si dejaban escapar el aliento de dragón que le robaron al señor Ahmed. Ni en mis peores pesadillas hubiese podido imaginar lo que nos ocurrió. Los seres humanos asumimos nuestras propias vidas como si fuesen una medida de la normalidad, tan llenas de pequeñas alegrías y tristezas, de cotidianos sinsabores o triunfos, que jamás pensamos que el horror pueda irrumpir en nuestras rutinas. Y cuando lo extraordinario acontece, cuando la más terrorífica de nuestras pesadillas se desliza en nuestra normalidad como si tal cosa, no sabemos reaccionar, incrédulos y paralizados ante el espanto que creíamos tan ajeno a nuestras vidas, tan extraño, tan irreal.

Aquel día de recuerdo nefasto, el primero de entre los muchos que habrían de venir, pasada la media noche, cuando ya en casa estábamos profundamente dormidos, el teléfono sonó taladrando el silencio, quebrando la quietud de la noche en dos mitades ya imposibles de unir. Me desperté con el corazón cabalgándome en el pecho, acaso presintiendo. Salí rápidamente de la cama y me dirigí a la salita donde estaba el teléfono. Descolgué.

—¡Khaled! —se trataba de una voz masculina, desgarrada, hasta el punto de que tardé un instante en reconocerla.

—¡Mis hijos, Khaled! ¡No han vuelto!

Era nuestro vecino Mohammed, el padre de los hermanos Bagdadí.

—¿Qué quieres decir con que no han vuelto? ¿De dónde?

—La policía los ha detenido, Khaled. Pensaba que les iban a dar un susto y soltarlos, pero ya pasa la medianoche.

—Pero ¿por qué los han detenido?

En ese momento me respondí mentalmente a mi propia pregunta, recordando que había visto a los hermanos haciendo pintadas contra el presidente en las fachadas.

—Estaban haciendo pintadas en las paredes, escribiendo eslóganes.

—¿Eslóganes?

—Sí, eslóganes, cosas que han escuchado por ahí, cosas que han leído en internet sobre la Primavera Árabe, lemas de Túnez, de Egipto... Y los han arrestado a todos, a ellos dos y a sus amigos.

—¿Y qué quieres que haga yo, Mohammed? Si los han detenido, los soltarán mañana, como bien dices, son solo niños.

—Tú conoces a gente influyente, Khaled, en el banco tienes tratos con gente importante, podrías interceder...

Cerré los ojos un instante mientras me pinzaba con dos dedos el puente de la nariz. Una punzada en la sien me recordó que hacía apenas unos segundos estaba plácidamente entregado al sueño. Debido a mi trabajo en el banco, muchos recurrían a mí cuando tenían algún problema económico. De hecho, había ayudado a mi amigo Mohammed y a otros conocidos a conseguir préstamos para sus negocios, había intercedido por ellos cuando habían tenido deudas o les había ayudado con el papeleo en innumerables ocasiones. Pero aquello era diferente. Se trataba de la policía. No veía qué podía hacer yo.

—Te aseguro, hermano, que esa gente que llamas importante no movería un dedo por nada que yo les pidiese —le dije—. Mira, intenta dormir, volverás a ver a tus hijos mañana, estoy seguro. Cuando lleguen, vuelve a llamarme.

Quise dormirme de nuevo, pero no fui capaz; llegó la mañana, pero no la llamada del vecino. Antes de subir al coche para marcharme al trabajo, con la inquietud bombeándome en el pecho, crucé la calle y llamé a la puerta de Mohammed. Observé que las pintadas que los chicos habían hecho en la pared la tarde anterior habían desaparecido, habían sido borradas con celeridad. Los funcionarios de limpieza habían trabajado de noche, algo inusual. La suciedad se acumulaba en las aceras cubiertas de moho, las cajas de cartón desechadas por los comerciantes pasaban semanas pudriéndose junto a las fachadas hasta

que el servicio de limpieza las retiraba, pero una pintada contra el presidente era borrada en cuestión de horas.

Cuando el vecino abrió la puerta parecía haber envejecido diez años desde la última que lo había visto.

—¿No hay noticias? —pregunté desde el umbral.

—No, hermano Khaled, nada —respondió mirándome con sus pupilas bailando desesperadas sobre el blanco de sus ojos, surcados de venas rojas, como diminutos relámpagos sanguinolentos.

¿Cómo podría dormir Mohammed cuando ni siquiera yo había sido capaz sabiendo que esas pobres criaturas estaban encarceladas?

Mohammed y yo habíamos sido amigos de juventud. Yo había observado su vida desde lejos, había visto crecer a sus hijos mientras alegraban la calle con sus juegos, hasta hacerse prácticamente hombres, y me pregunté por primera vez cómo habría sido mi propia vida desde el punto de vista de Mohammed. ¿Había hablado alguna vez con él de la preocupación que me producía tu ceguera? Mohammed, desde luego, no faltó al funeral de tu madre, todavía recuerdo las lágrimas corriendo por sus mejillas, las que vertió entonces y las que vertía ahora, al otro lado del umbral de su puerta. Lo vi tan desesperado que me pregunté por qué el tiempo nos fue alejando a pesar de que acabamos viviendo el uno tan cerca del otro.

Alejados o no, el amor por un hijo lo sentía cerca. Tu imagen me sobrevino mientras hablaba con el vecino, sola en la escuela, cada día rodeada de niños que no tenían tus limitaciones; y yo pidiendo siempre a Dios que te protegiera. Verte caminar palpando las paredes, evitando toparse con la gente, era la imagen más bella, más esperanzadora, pero también la imagen más triste concebible.

—¡Toda la noche, Khaled, toda la noche los han tenido encerrados, a mis pobres hijos! —sollozó aquel hombretón de rostro recio surcado de lágrimas—. Su madre no ha parado de llorar en toda la noche.

Le puse una mano en el hombro, queriendo transmitirle algo de paz, pero la apartó bruscamente.

—¡Voy a ir a la comisaría, voy a sacar a mis hijos de ahí como sea! —bramó.

Advertí en ese momento que llevaba una vieja pistola escondida bajo el cinto del pantalón. Del oscuro interior de la casa salió un sollozo ahogado.

Imaginé a la esposa de aquel buen hombre llorando sobre la cama, miradas mudas de reproche a su marido, los ojos de una madre, la desesperación de Mohammed. Amanecía y en el interior de aquella casa solo habitaba la oscuridad.

—Hermano —le dije con dulzura— no puedo concebir el dolor que te atormenta, pero te ruego que no vayas a preguntar por tus hijos en este estado, déjame que yo lo haga por ti.

Mohammed accedió entre sollozos. Nos abrazamos fraternalmente.

Me encaminé entonces hacia la comisaría. Conseguí ahogar el miedo al cruzar la puerta y me encontré en una modesta antesala, un recibidor que daba a la sala adyacente a través de una puerta acristalada. Cuál fue mi sorpresa cuando el agente encargado de atender al público ni siquiera me negó los hechos.

—Los detuvimos por alta traición.

—¿Alta traición? ¡Pero si son solo muchachos! ¿Es que no tiene usted compasión?

—Entiendo que es usted el padre de algunos de esos muchachos.

—No, dos de ellos, dos hermanos, Samer y Mahmoud Bagdadí, son los hijos de un vecino, una persona honrada, tiene una tienda de alimentos.

En ese momento irrumpió en la antesala el Jefe de la Policía Local, un hombre de facciones porcinas cuyo nombre no puedo recordar, pero del que se dice que está emparentado con el mismísimo presidente.

—Esos traidores están recibiendo su merecido.

—¿Su merecido? —me atreví a replicar—. Son apenas adolescentes. ¿Qué les están haciendo?

—Ya te he dicho, están recibiendo su merecido —me contestó el jefe sin ocultar una sonrisa maliciosa que me heló la sangre en las venas.

—¿No van a ser juzgados?

—Ya los he juzgado yo, no te preocupes por eso.

—¿Puede decirme al menos cuándo los van a dejar libres?

Ni en la peor de mis pesadillas hubiera esperado escuchar las palabras que recibiría como respuesta, tan desprovistas de humanidad que, aun abrumado de dolor, llegué a preguntarme si aquel hombre pertenecía a la raza humana.

—Dile a tu vecino, y a los padres de los otros chicos, que se olviden de ellos, que se acuesten con sus esposas y hagan otros niños nuevos, y si eso les parece demasiado esfuerzo, que me las manden a mí, que se los hago yo con mucho gusto. Ahora lárgate de aquí si no quieres que te encierre a ti también.

Incrédulo y sobrecogido al mismo tiempo, el miedo y la indignación pugnaban en mi interior como hielo y fuego, y me avergüenza decir que venció el miedo, o tal vez la incredulidad, porque fui incapaz de reaccionar. El policía que me había atendido en primer lugar me sacó de allí a empujones. La vista se me nubló y no oía nada que no fuese mi propio pulso en las sienes. Cuando puse un pie en la calle sintiendo que el corazón se me quería salir por la boca, vi a unos cuántos hombres, aproximadamente de mi edad, que se disponían a entrar en la comisaría.

—¿Usted es el vecino de Mohammed? —me preguntó uno de ellos, con una cara de preocupación capaz de conmover a una piedra.

—Sí, hermano —le respondí, me resultaba vagamente familiar.

—Venimos a preguntar por nuestros hijos, son amigos de los hijos de Mohammed. ¿Vino usted a preguntar por ellos, tal vez?

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no romper a llorar, a duras penas era capaz de mentir, porque sabía que no iba a ser capaz de decirles la verdad.

—No, yo vine a otro asunto, hermano.



En el barco: La respuesta era Doobie

El barco se balancea a un lado y a otro mecido por el brioso mar mientras sus ocupantes siguen discutiendo sobre quién tiene la culpa de la «desgracia de nuestra patria». Cada vez hay más voces alzadas y algunas mujeres están llorando, la embarcación se tambalea violentamente y no sé si es porque las olas están arreciando o porque la gente se mueve y gesticula y algunos hombres incluso se han puesto de pie para poder gritarse mejor y lanzarse acusaciones envueltas en sudor, que se abre paso entre el olor a salitre.

—¡Basta ya! —grita el señor Contrabandista—. ¡Siéntense! ¡Van a

conseguir que vuelque el bote! ¡Dejen de pelearse, maldita sea!

—¡El turco tiene razón! —grita otro hombre—. ¡De nada sirve discutir entre nosotros!

Poco a poco, las voces van acallándose como una radio a la que se le baja el volumen. El barco deja de tambalearse. El ronroneo del motor acaba abriéndose paso en el recién inaugurado silencio, igual que nuestro barco se abre paso en el mar. Imagino a los peces bajo nosotros y me pregunto si pueden oírnos, y si la luz también llega hasta el fondo del mar. Me pregunto si los peces pueden ver o son como yo.

—Ese es nuestro problema —dice alguien—. Que cualquier discusión acaba en enfrentamiento. En lugar de resolverlo democráticamente.

Oh, no. Otra vez la democracia.

—Entonces vamos a votar quién quiere que se quede el perro y quién quiere que lo arrojemos por la borda —propone alguien.

—¿Pero tanta discusión por un perro? —dice la mujer odiosa—. ¿Para qué sirve un perro?

¿Cómo que para qué sirve un perro? resoplo indignada. Me parece que la gente que viaja en este barco es tan egoísta que solo le da valor a aquello que tiene una utilidad para ellos mismos. ¡Un perro no es una cosa! ¡Es un ser vivo! ¡Resulta que Doobie es mi segundo mejor amigo! Pero es que, además, Doobie también tiene un propósito en esta vida. Me lo dijo papá cuando le pregunté si alguna vez me iba a dejar caminar sola por las calles. Y su respuesta está en mis brazos.

9. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN CAMINAR SOLA POR LAS CALLES:

- *Suena a ruido de tráfico y cláxones, a barullo de gente.*

- *Huele a humo de coches.*

—¡Arriba, dormilona! —me despertó papá con un soplo en mi oído, las palabras cabalgando sobre su aliento de menta—. El sol ya ha incendiado el horizonte.

—¡Papá! ¡Son las siete de la mañana y es sábado! ¡Déjame dormir, por favor!

—¿Crees que los peces de colores duermen en los estanques? Cisnes blancos flotan como plumas mecidos por la brisa, en los barrios las muchachas entonan canciones bajo guirnaldas y agitan ramos de flores. ¿Te lo vas a perder?

—¡Tengo sueño! —gruñí escondiendo la cabeza bajo la manta.

—No hace mucho me preguntaste si alguna vez te dejaría caminar sola por las calles. Pues bien, princesa, hoy pensaba averiguarlo. Pero ya que tienes tanto sueño, mejor lo dejamos para otro día... cuando no estés tan cansada.

—¡Papá! ¡Dímelo! —exclamé poniéndome en pie de un salto como un muelle.

—Después de que te vistas y te tomes el desayuno —respondió papá con una sonrisa embozada en la voz.

Me lavé los dientes y me vestí a toda prisa, con movimientos rápidos y precisos. Doobie brincaba a mi alrededor, siguiéndome a todos lados. Le puse su desayuno en un cuenco y escuché cómo trituraba con sus dientes las pequeñas y duras bolas de pienso mientras yo hacía lo mismo con mis

cereales.

—¿Y bien? —pregunté cuando hube acabado y me presenté ante papá como un soldado ante un general que pasa revista a las tropas.

—Tu perro, Doobie, ya tiene seis meses —me dijo papá—. He pensado que, con el adiestramiento adecuado, podría llegar a ser un perro-guía. Con él podrías llegar a desenvolverte sola en las calles.

—¿De verdad? —exclamé dando palmas de alegría.

—Vamos a comprobar si ese perro tiene madera de guía.

Salimos a la calle. El aire era fresco y traía aromas de la hierba mojada que tiritaba bajo el rocío. Los pájaros piaban en los árboles con una estridencia que solo se escucha al amanecer. Siempre imaginaba que eran los polluelos los que chillaban así, porque tampoco a ellos les gustaba levantarse a «horas intempestivas». Papá me llevaba de la mano y yo llevaba a Doobie sujeto de la correa. Mi perrito avanzaba dando tirones, jadeando, tan pronto se paraba a olfatear algo en el suelo como luchaba con la correa para salir corriendo tras algún transeúnte. Las uñas de sus cuatro patas repiqueteaban en la acera como si alguien escribiese frenéticamente en un teclado. Caminábamos rodeados del taconeo de pasos y el perfume de las mujeres que se entrecruzaba con el del sudor de los hombres. Doobie, que no estaba acostumbrado a salir a la calle y desconfiaba de todo el mundo, cada vez que alguien pasaba a nuestro lado soltaba unos ladridos agudos que percutían como un martillo al golpear un cincel. Cada pocos pasos me agachaba para acariciarle el lomo para tranquilizarlo, porque brincaba y no paraba de moverse de un lado a otro de la acera. Lo notaba tenso y nervioso. El súbito estruendo de una persiana metálica al alzarse, las risitas de unas mujeres, los gritos como surgidos de la nada de un hombre que llamaba a otro desde el otro lado de la calle, el petardeo de una motocicleta, un coro de niños vociferantes y maleducados, cualquier cosa ponía nervioso a Doobie, lo mismo que me pasaba a mí de pequeña.

Caminábamos cerca de una fachada porque no sentía ni una brizna de aire ni sonidos de ese lado, solo un muro de eco. Al poco, la calle se abrió frente a nosotros dando paso al estruendo de un río revuelto. Los coches rugían como aguas embravecidas y una algarabía de cláxones sonaba discordante, parecía una orquesta que afina sus instrumentos.

Papá hizo que nos detuviésemos. Doobie tiraba de la correa, quería seguir

adelante.

—¡No, Doobie, no! —le gritó papá, haciéndose cargo él de la correa—. ¡Quieto! No se puede pasar ahora.

—¿Qué pasa, papá?

—Vamos a intentar enseñarle a cruzar una de estas calles. Lo malo es que hay montones de coches que se empeñan en ir en una dirección y otros tantos en la contraria. El atasco es monumental. Para pasar al otro lado hay que aprender a deslizarse entre los coches como el agua entre las piedras. ¡Vamos, ahora!

Iniciamos una lenta peregrinación haciendo zigzag entre los vehículos. Los motores carraspeaban como señores impacientes en la cola del mercado. Vaharadas de humo me quemaban la nariz. Doobie ladraba con histeria, parecía querer advertirnos de algún peligro. Yo creo que todos aquellos coches lo asustaban mucho. A lo mejor veía en ellos seres malignos, quien sabe cómo interpreta un perro el mundo.

Al ponerse alguno de los coches en movimiento arrastraba otros tras de sí, como las cuentas de un ábaco. Entonces papá nos hacía detenernos para dejarlos pasar. Cuando los coches volvían a pararse, papá azuzaba al perro para que avanzase. Pero Doobie, en vez de caminar, gimoteaba, y se ponía a dar vueltas sobre sí mismo, tratando de cazarse el rabo. Un coche dio un frenazo encima nuestro y el conductor empezó a tocar el claxon con todas sus fuerzas. Doobie, en vez de moverse, se hizo un ovillo con el rabo entre las piernas. Papá tuvo que arrastrarlo de la cadena mientras el pobre animal gimoteaba con las orejas gachas.

—Perro miedoso —le dijo papá con suavidad, acariciándole detrás de las orejas.

—¿Qué le pasa a Doobie? —quise saber—. ¿Por qué no quiere caminar?

—Me temo que este perro es muy asustadizo, princesa. No nos va a servir como perro-guía.

El sol comenzaba a calentar como una hoguera a la que le avivan las brasas. Según avanza el día y aumenta el calor, siempre tengo la sensación de que esa gran bola de fuego que flota en el cielo se va aproximando poco a poco a la Tierra. Cuando era más pequeña tenía miedo de que un día se acercase tanto que acabase quemándonos a todos. Papá me asegura que el sol siempre está a la misma distancia y que nunca se va a caer sobre nuestras

cabezas.

—¿Cómo estás tan seguro? ¿Y si un día se cae?

—Eso no es posible, princesa, porque Dios lo sustenta. El día que Dios quiera que el sol caiga será el fin del mundo.

Por eso la gente siempre está dándole gracias a Dios.

Para que Doobie se tranquilizase, papá nos llevó a pasear por las callejuelas de la ciudadela antigua. Allí nos refugiamos del calor bajo la cubierta de bóvedas donde resonaban ahuecadas las voces de los hombres y las risas de las mujeres, retazos de palabras y conversaciones ininteligibles, como una radio que se está sintonizando y nunca se para en un canal. Papá me contó que el sol se colaba a través de claraboyas que dejaban pasar cascadas de luz, en cuyo interior revoloteaban miles de minúsculas mariposas. Guio el dorso de mi mano bajo la columna dorada, moviéndola a un lado y a otro para que sintiese sus contornos cálidos, el contraste entre la luz y la sombra. Otra propiedad de la luz es la de esculpir formas inmateriales que no se pueden tocar, solo sentir por su calor.

Paseamos por las callejuelas del zoco y yo acariciaba al pasar el contenido de los sacos de especias y de suaves pétalos de flores para elaborar perfumes, o las telas de seda y los vestidos bordados con arabescos que los comerciantes exponían al público. En el ambiente un arcoíris de olores:

Láudano, resina, azafrán, cardamomo, bayas de laurel, pimienta y salvia.

Hicimos un alto para tomarnos un refrescante helado de pistacho. Después papá me llevó al parque público. Siempre que vamos al parque me gusta abrazar las masas de boj y de arrayán recortadas en forma de bolas o de conos, y meter la mano en las fuentes y quedarme muy quieta hasta que noto las caricias de los pececillos de colores que se acercan atraídos por mis dedos.

En un puesto ambulante, papá compró pinchos de cordero que desprendían un rico olor a carne adobada. Nos refugiamos del calor bajo la sombra de un toldo y nos sentamos sobre la hierba a comer. Las flores suspiraban sus fragancias y los pinos se susurraban conversaciones secretas en las alturas. De vez en cuando, una ráfaga de viento ardiente hacía restallar la lona sobre nuestras cabezas.

—Papá, tengo una pregunta un poco tonta —dije mientras masticaba la carne.

—No hay preguntas tontas, princesa, lo único tonto sería quedarse con la

duda.

—Aasiyah dice que los dragones no existen. Dice que nadie ha visto nunca un dragón y que ella solo cree en lo que se puede ver.

—¿Eso dice? No le hagas caso, mi tesoro. La mayoría de las personas que tienen el don de la vista son ciegas del alma.

—¿Qué significa estar ciego del alma?

—Que aunque la luz les entra por los ojos, no pueden sentir, aquí, en el corazón, la belleza que nos rodea —respondió poniéndome la mano en el pecho—. ¿Sabes cuántos atardeceres maravillosos se quedan sin espectadores? ¿Sabes cuántas obras de arte languidecen ignoradas? La mayor parte de los prodigios que hacen los seres humanos pasan completamente desapercibidos para muchos. Dime, princesa, ¿para qué les sirve entonces la vista si no son capaces de ver lo que hay más allá de sus narices?

Solté una risita porque lo de no poder ver más allá de sus narices me hizo mucha gracia. Es como si yo, para oler cada cosa, tuviese que tocarla con la punta de la nariz.

—Tienes que aprender, cariño, a ver con el corazón, porque el corazón no te engaña. La vista nos juega malas pasadas. Nos hace ver cosas que no son y en cambio nos deslumbra y nos impide ver las que en realidad son importantes.

—¿Como los dragones, papá?

—Como los dragones, princesa.

QUERIDA GHADA

Una vez me preguntaste qué significa ser ciego del alma, y yo te respondí que no ser capaz de apreciar la belleza del mundo. Pero ahora puedo decirte que ser ciego del alma también significa ser insensible a las injusticias que se producen en él. Ha sido triste constatar que el mundo está lleno de ciegos. Tú eres más perfecta que todos ellos, mi querida niña, son ellos los minusválidos, los incompletos.

Los hermanos Bagdadí no fueron los únicos menores arrestados. De la ciudad de Daraa, por ejemplo, llegaban noticias de las protestas de un puñado de familias por el maltrato a sus hijos cuando estaban detenidos. En algunos

testimonios se aseguraba que les habían llegado a arrancar las uñas de los dedos de las manos.

Fueron días febriles, noches de insomnio, me pasaba las horas pendiente de la noticias sobre ellos y los demás estudiantes detenidos, noticias que corrían como la pólvora por las redes sociales. En los comentarios se podía apreciar cómo crecía la indignación y se calentaban los ánimos a lo largo y ancho del país.

—Solo intentan asustarnos, Khaled —me aseguraba tu tío Esmail al teléfono, desde Damasco—. No son tan idiotas como para torturar a unos críos, simplemente quieren sembrar el terror para que la gente se paralice con el miedo. Eso es lo que esperan, que no reaccionemos, por eso tenemos que hacerlo. Hemos convocado manifestaciones en las mezquitas para exigir que liberen a los chicos. Cuando vean que sus viejos métodos ya no sirven para asustar al pueblo, los dejarán libres.

Animado por los comentarios de tu tío, decidí sumarme a la manifestación convocada en la puerta de la mezquita de Alepo.

—Solo intentan asustarnos —me decía a mí mismo mientras observaba la determinación de la gente que se congregaba bajo la luz sesgada del atardecer, en su mayoría jóvenes y estudiantes de ambos sexos.

—¡El pueblo sirio se levanta!

«Solo intentan asustarnos», me repetía mientras la multitud avanzaba, enarbolando pancartas y banderas, por una calle estrecha de dos carriles. Miraba a los balcones de las casas y donde esperaba ver gente animando y jaleando a los manifestantes, solo vi espacios vacíos. Más arriba, el cielo de un azul intenso, vibrante, sin nubes.

—¡No queremos a Bashar! ¡No queremos a Bashar!

La gente cargaba contra el presidente, a quien responsabilizaba de las detenciones de los muchachos. A pesar del fervor de los manifestantes, yo albergaba una tímida, íntima esperanza de que el presidente, después de todo, no tuviera conocimiento de lo que estaba ocurriendo, porque cuando Bashar comenzó a gobernar, su talante abierto y sus gestos aperturistas calaron en la esperanza de muchos de nosotros. ¿Y si Bashar estaba luchando contra los miembros anticuados de su gobierno, la vieja guardia de su padre, a los que no se había atrevido todavía a enfrentarse abiertamente?

El cielo luminoso, despejado, y la animación de los manifestantes

comenzaba a contagiarme, y con la animación, una pizca de optimismo. ¿Cómo podría el presidente ignorar semejante despliegue de humanidad? «Así debía ser», reflexionaba. Bashar debía estar esperando a que el pueblo apoyase cada vez con más fervor los cambios que él mismo quería llevar a cabo en Siria.

—¡Liberen a nuestros niños! —rugía la multitud.

—¡Liberen a nuestros hijos! —grité con el puño en alto.

Nuestras caras y nuestros gestos reflejaban nuestra rabia preñada de indignación. Una masa humana erizada de puños en alto y pancartas a contraluz en el crepúsculo. Con una sola voz reclamábamos lo que era simplemente justo.

Al principio parecían petardos. La reverberación lejana de un estallido a varias manzanas de distancia. Nadie reaccionó al sonido, que fue ignorado por los manifestantes que tenía cerca. Sin embargo, al poco, comencé a oír gritos de pánico que provenían de más adelante, de la parte frontal de la manifestación. Entonces identifiqué, ya claramente, lo que eran ráfagas de disparos. La multitud que me rodeaba se convirtió de repente en un caos de cuerpos corriendo en todas las direcciones, chocando entre sí, como un banco de peces enloquecidos atrapados por las redes.

En lugar de dejarme arrastrar por el pánico, Dios me dio la suficiente sangre fría para refugiarme en el portal de una casa. Desde allí observé a la gente correr.

Recuerdo que no pensaba en nada, me limitaba a observar, como quien mira una película. La gente corriendo, las ráfagas de disparos que se aproximaban.

—¿Solo intentan asustarnos, Khaled? —escuché, y no supe si me lo había dicho alguien, o me lo había dicho a mí mismo.

Una explosión dentro del edificio en el que me encontraba hizo vibrar las paredes y me comenzaron a pitar los oídos. Una nube de polvo y esquirlas de yeso cayó sobre mi cabeza y me cegó durante unos segundos. Salí del portal y me puse a correr, y fue entonces cuando vi los tanques al otro lado de la calle. Reprimían la manifestación a cañonazos. Nosotros éramos las moscas. Y mientras me alejaba llevado en volandas por una multitud histérica, corredores de una maratón desquiciada, mis ojos captaron la sangre en el suelo, entre bolsos y prendas de vestir pisoteadas, zapatos entre montañas de escombros, como si las calles se hubiesen convertido de pronto en una gigantesca zona de

obras, y entre los escombros, un brazo sin cuerpo, y los disparos tecleando con tediosa mecanografía asesina, y cuerpos que se desploman como marionetas a las que cortan los hilos, y cañonazos que pulverizan las fachadas como muros de harina, y un joven emergiendo de una nube de polvo con las tripas fuera, todavía caminando, con los ojos desorbitados, en su abdomen una masa sanguinolenta, gelatinosa, brillante e irreal, y yo corría, corría...



En el barco: La democracia no es democracia cuando es injusta

—De acuerdo, vamos a votar de una maldita vez qué hacemos con el perro, si así lo queréis —anuncia el señor Contrabandista.

El corazón me late con fuerza. ¿Qué clase de gente hay en este barco? ¿Por qué dejamos la vida de Doobie en sus manos? ¿Consiste en esto la democracia? ¿En poner nuestras vidas en manos de otros? ¿Y si todas esas manos son tan odiosas como la señora que piensa que Doobie es una cosa que no sirve para nada?

—Levanten la mano los que quieran arriesgarse salvando la vida del perro —dice el señor Contrabandista.

Solo escucho el ronroneo del motor y el golpeteo de las olas.

—¿Qué está pasando? —le pregunto a Adnan.

—La gente está levantando las manos..., más o menos la mitad.

—... tres, cuatro, cinco... —el señor Contrabandista cuenta en voz alta—
...diez, once, doce a favor de salvarlo, a favor de tirarlo al mar, uno, dos, tres, cuatro...

Contengo la respiración. Hay veinticinco personas en el barco, sin contar a los niños, a quienes no nos han pedido opinión, aunque creo que eso no cambiaría nada, estoy segura de que la niña gritona votaría por tirar a Doobie al agua, y yo, obviamente, por dejarlo en el barco, vamos que un voto contrarrestaría al otro.

—...también, doce y conmigo, trece. Doce votos a favor de salvarlo, y trece a favor de tirarlo al mar. Creo que ahora la decisión está clara, ¿no les parece?

—Ghada —me dice mi padre— esto es también la democracia, respetar la voluntad de la mayoría, aunque la mayoría piense diferente a lo que piensas tú.

—¿Y qué pasa si lo que vota la mayoría es injusto? —les grito a pleno pulmón—. ¿Y si la mayoría vota que hay que sacrificar a alguno de ustedes, también lo aceptarían?

Nadie responde. ¿Qué puedo decir para convencerles? ¿Es la democracia inamovible? Las olas susurran como si quisieran darme ideas, pero no puedo descifrar su lenguaje.

Me quedo esperando a que papá diga algo, papá siempre sabe convencer a la gente. Pero no dice nada y me asalta una duda tremenda. ¿Y si papá tampoco quiere salvarlo? Las lágrimas se me bajan a la garganta y me ahogan. La duda es una garra helada que me retuerce por dentro la barriga. Me viene a la mente lo que pasó aquel día, cuando casi me muero por culpa de Doobie, y entonces se me ocurre que a lo mejor papá, en el fondo, no le tiene tanto cariño a mi perro, a lo mejor en el fondo lo odia, pobre Doobie, si tú no tienes la culpa de lo que pasó, fue todo culpa mía.

10. LO QUE PASÓ FUE CULPA MÍA, NO DE DOOBIE.

La culpa la tuvieron las niñas en el recreo del cole, que estaban hablando de quién era el mejor amigo de quién, y yo dije que mi perrito Doobie ya había cumplido un año y que era mi segundo mejor amigo (el primero era Adnan). Al oírlo, las niñas empezaron a meterse conmigo y me arrepentí de haber hablado. Pero ya era tarde.

—Mi padre dice que no se debe permitir a los perros vivir en las casas con las personas —dijo una niña que se llamaba Fátima, que tenía una voz chillona y olía siempre a pescado, porque su papá tenía una pescadería.

—Mi padre dice que el gobierno va a mandar a sacrificar a todos los perros —añadió otra que tenía la voz de comadreja y seguro que también la cara.

—¡Eso es mentira! —chillé.

—¡Es verdad! Mi padre dice que los perros son impuros. Mi padre dice que el gobierno va a aprobar una ley para matarlos a todos.

—¡Doobie no es impuro! ¡Es mi amigo!

—¡Tu perro va a morir! ¡Tu perro va a morir! —comenzaron a corear todas las niñas como si entonasen una canción infantil.

Salí corriendo pero sus voces me persiguieron por el patio, gritándome y riendo como pequeñas hienas. Esquivando el sonido de sus pies en la grava corrí a refugiarme en el cuarto de baño. Las voces quedaron tras la puerta y al poco se alejaron entre risitas. Me quedé un rato sentada en la fría taza del váter, sollozando hasta que las voces se acallaron por completo. Las paredes sonaban a desagüe, las losas estaban heladas y el olor a lejía hacía que me escociera la garganta. Me dieron retortijones de barriga. Me acordé de que

mamá tenía unas manos mágicas. Cuando me dolía la tripa, mamá me ponía la palma de la mano en la barriga y en unos instantes ya estaba curada. En cambio, papá me cura con la voz, que siempre es suave y cariñosa y aleja mis temores. En el bolsillo llevaba un frasquito del perfume de mamá. Lo saqué y estuve oliéndolo hasta que, poco a poco, se me quitó el dolor de barriga y las lágrimas se me secaron en los ojos.

Cuando acabó el tiempo del recreo, vencí mis temores y me acerqué hasta el escritorio de la maestra.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señorita?

—Claro, pero date prisa, niña, vamos a empezar la clase —contestó sin dejar de pasar las páginas de un libro o libreta.

—¿Es verdad que el gobierno va a ordenar matar a todos los perros? —pregunté con voz temblorosa.

—¿Quién te ha dicho eso, niña? —ahora debió mirarme porque noté su aliento fétido y ácido directo en la cara.

—Fátima. Lo ha dicho su padre.

—Bueno, no es exactamente así —respondió la maestra—. Pero es cierto que hay algunas personas que creen que los perros no deberían convivir con las personas. Y se están estudiando algunas leyes al respecto. Con excepciones, por supuesto.

—¿Excepciones?

—Así es. A los perro- guía se les permitiría vivir entre nosotros, ya que realizan una función de ayuda con las personas ciegas, como tú, niña. Si tu perro es un perro-guía no tendrías que preocuparte por él, ¿no es así, niña?

Dije que sí, pero el corazón me dio un brinco. No había olvidado las palabras de papá cuando dijo que Doobie es muy asustadizo y que no serviría como perro-guía.

Me pasé la mañana temerosa, contando mentalmente los minutos que faltaban para que acabase el cole. Tenía miedo de que cuando llegase a casa el gobierno ya hubiese mandado capturar a todos los perros. El tiempo pasaba lento, como un grifo que gotea en mitad de la noche. Como un viaje interminable, una cuenta atrás desde un millón de millones. ¡Parecía que nunca iba a llegar la hora de salir!

Al llegar a casa, Doobie vino a mi encuentro como siempre, saltando brioso, lamiéndome las manos que lo acariciaban y moviendo el rabo. De

rodillas, me abracé a él con todo mi cariño.

—Menuda muestra de afecto —me dijo papá—. Parece que no os hubieseis visto desde hace días.

Me quedé callada para que papá no se diese cuenta de lo que tenía planeado hacer. Por la tarde, me dijo que tenía que salir a una manifestación, y yo me alegré secretamente.

—¿Qué es una manifestación? —quise saber.

—Una protesta.

—¿Y de qué vas a protestar?

—Son cosas de mayores, Ghada.

Últimamente papá se había vuelto muy misterioso. Siempre estaba reuniéndose con desconocidos para hablar de «cosas de mayores», y cuando conversaba por teléfono con mi tío Esmail cerraba la puerta y bajaba la voz para que yo no pudiera oír lo que decía.

En cuanto papá se marchó, conté mentalmente hasta cien y le puse el collar a Doobie.

—¡Tienes que ser valiente! ¡Tienes que demostrar que puedes ser un perroguía! —le susurré en la oreja.

Abrí la puerta y bajamos brincando de escalón en escalón, como dos pelotas saltarinas. Doobie, loco de contento, meneando el rabo. Nada más poner una pata en la calle empezó a tirar de la cadena con la ciega determinación de un mulo tirando de una carreta. Luché por contenerlo, pero tenía más fuerza que yo y me arrastraba.

—¡Doobie! ¡Tienes que guiarme, tienes que andar despacio a mi lado! ¡Por favor! —le supliqué.

Más que pasear por la acera, corría detrás suyo remolcada por su fuerza, dando bandazos de un lado para otro. En vez de comportarse como un lazarillo ¡actuaba como un perro tirando en una carrera de trineos! Lo sujeté enérgicamente de la correa con una mano mientras que con la otra mantenía el contacto con los ladrillos de la fachada. Daba tirones con tanta fuerza que a punto estuvo de escapármese. Tuve que agarrar la cadena con las dos manos y perdí la referencia de la línea de fachada.

Así avanzamos, dando traspies, las voces de los transeúntes iban y venían mientras que el ruido de los coches parecía llegar de todas las direcciones a la

vez. Tenía la sensación de que dábamos vueltas en círculos. Cada vez que Doobie se detenía unos instantes a olisquear me atrevía a sujetar la cadena con una sola mano y buscaba desesperadamente la pared, como quien se desliza por una pendiente y trata de agarrarse a un resquicio, pero solo tanteaba el vacío. De vez en cuando, el desnivel de un bordillo producía un desagradable vacío bajo mis pies, un salto, fragor de coches y, de nuevo, la acera. Tenía la vaga impresión de que seguíamos el camino del cole, y eso me infundió ánimos. Si llegábamos a la escuela, entonces todos verían que Doobie era un perro-guía y lo dejarían en paz.

Reconocí un cruce donde el viento soplaba huracanado y el tráfico sonaba como el caudal de un río revuelto. Cuando cruzaba aquella gran avenida con Aasiyah, ella siempre me obligaba a cogerla de la mano porque decía que el tráfico era muy peligroso.

—¡Doobie! ¡Tienes que cruzar cuando los coches estén parados! ¡Por favor!

Doobie tiraba de la correa con determinación. A mí no me parecía que los coches se hubiesen detenido. Di un traspies y casi me caí de boca, y tuve que elegir entre soltarlo o seguirlo. Los motores rugían delante y detrás de nosotros como exhalaciones. Un chirrido hiriente de neumáticos se me clavó en los oídos, seguido de una tormenta de insultos que me da vergüenza recordar. Los cláxones atronaban, impacientes y sin interrupción, desde todas las direcciones. Alguien me gritó que me apartase de la carretera. En respuesta a los pitidos, Doobie ladraba enloquecido. Me agaché para acariciarle la cabeza y tranquilizarlo. Tenía las orejas muy tiesas, el pelo erizado y el rabo enhiesto. En cuanto lo dejé, siguió tirando de mí. Al final, mis pies tropezaron con un bordillo y el ruido de los coches quedó definitivamente a mi espalda. ¡Estaba a salvo, de nuevo en la acera!

—¡Lo has hecho bien, Doobie! ¡Hemos cruzado la avenida más peligrosa! —exclamé dando saltos de alegría. Le di una palmadita en la cabeza y le rasqué detrás de las orejas—. ¡Ahora tenemos que llegar al cole!

Doobie continuó la marcha y yo me dejé llevar con más confianza que antes, tanteando cuando podía las paredes, buscando una referencia que me indicase si íbamos por el buen camino. Doobie avanzaba muy rápido, sin titubear, derecho a un objetivo, como si tuviese claro a dónde iba.

Fue entonces cuando comenzaron a suceder las cosas más extrañas, justo

cuando sentí que cruzábamos una especie de umbral, al apagarse los sonidos de motores y difuminarse por completo cualquier traza de olor conocido.

—¡Espera, Doobie! ¡Creo que por aquí vamos mal!

Planté los pies en el suelo con fuerza. Doobie respondió con un tirón tan inesperado que la correa se me escapó de las manos. Las uñas de sus patas repiquetearon en la acera, y se alejaron hasta desaparecer.

Silencio.

—¡Doobie! ¡Doobie! —llamé a gritos, pero Doobie no volvió.

¿Dónde me había llevado Doobie? Aguzando el oído pude captar coches en la lejanía, pero era apenas un rumor de fondo, como si me encontrase fuera de la ciudad, en el campo, pero no podía ser, porque el suelo estaba pavimentado. No sentía ni el aire moverse, y el sol parecía estar escondido detrás de una espesa nube. Podía escuchar mi respiración y mi corazón.

Como no sabía qué hacer, me quedé petrificada, esperando que pasara algo, algún sonido, alguna señal. Del silencio comenzaron a brotar pasos que provenían de todas las direcciones. El aire se fue cargando de una extraña y creciente animación, un manto de murmullos entretejidos que fue extendiéndose a mi alrededor, como una multitud cuchicheando en un teatro antes del comienzo de la función. Estas voces eran, sin embargo, algo diferentes, estaban cargadas de un aire de celebración, como si fueran magos, felices de que una niña como yo se hubiera adentrado en su territorio. Imaginé una multitud de gnomos curiosos saliendo de sus escondites. ¿Habían corrido todos a rodearme?

Papá me lo había advertido, que no debía caminar jamás sola por Alepo, que había zonas muy peligrosas que habían sido tomadas por magos y brujas desde la antigüedad, barrios que no aparecen en los planos de Alepo, como esas regiones en blanco en los mapas antiguos, donde habitan monstruos, lugares donde criaturas malévolas campan a sus anchas y se practica la magia negra y los niños desaparecen para acabar en los guisos de los gigantes que aún perviven en antiguos palacios de piedra. ¡Y yo que pensaba que eran simples historias para evitar que me escapara! ¿Sería posible que aquel perro tonto me hubiera llevado a uno de aquellos barrios habitados por los brujos?

—¡Doobie! ¡Doobie! ¡Ven aquí! —llamé a gritos haciendo bocina con las manos.

Me atreví a dar unos pasos con los brazos extendidos, pero en seguida

tropecé con alguien. ¡Niña!, me gritó una bruja, y la imaginé con los dientes podridos y una verruga en la nariz. Me quedé inmóvil. No sabía qué hacer. En el colegio me habían enseñado que si me perdía, tenía que pedir ayuda a un adulto. Llamar a papá. Me sabía su teléfono de memoria, pero no tenía un teléfono móvil ni sabía dónde encontrar una cabina, además de que antes tenía que encontrar a Doobie. Si no volvía a casa con él lo iban a sacrificar.

—¡Doobie! ¿Dónde te has metido? ¡Vuelve, perro tonto!

Las voces se multiplicaban, brotaban del aire, fluían con el viento y se mezclaban con aromas a incienso, a sudor, a perfume de mujer y otros aromas minerales que no alcanzaba a identificar, y comprendí entonces que no eran personas, eran un enjambre de aves metálicas con voces humanas como las que había leído en algunos cuentos. Creí escuchar a Doobie ladrarles en la distancia, igual que cuando le ladraba al vacío en las Ciudades Olvidadas, pero ahora yo misma podía sentir, escuchar y oler las criaturas que provocaban sus ladridos, ladridos que cambiaban de posición, como si hubiera dos, tres, cuatro Doobies.

Una voz destacó sobre las demás, gritando unas frases que no llegué a entender, como si se tratara de una especie de maestro de ceremonias, provocando lagunas de silencio que explotaban en nuevas voces repitiendo las palabras del hechicero con fervor. Una bocanada de aire me trajo vapores sulfurosos y todo comenzó a girar a mi alrededor, había cuerpos que me golpeaban de un lado y otro. En la distancia retumbaron los pesados pasos de un gigante, estaba a pocos bloques de allí. Gritos, ahora desesperados, de aves metálicas muy lejanas, comenzaron a alcanzar mis oídos, muy diferentes a las celebraciones que se cernían cerca de mí. Era todo tan confuso que la realidad que imaginaba a mi alrededor mutaba constantemente, ¿estaba nublado o hacía sol? ¿Estaba en una calle estrecha o en medio de una gran plaza? ¿Eran personas o niños, aves metálicas, hadas, magos o criaturas malévolas? Llegué a pensar que me encontraba en lo alto de un volcán a punto de entrar en erupción. Los ecos cambiaban de dirección como si los límites de aquel lugar se contrajeran y expandieran, como si todas aquellas extrañas criaturas, conmigo entre ellas, habitáramos el interior del corazón inmenso de otra criatura descomunal.

Cuando era muy pequeña, mi madre me llevó una vez a un lugar de juegos para niños y estuve un rato en una cama elástica; todavía recuerdo a los niños

saltando a mi alrededor y yo aterrorizada entre ellos, al no tener nada sólido a lo que asirme. Ahora me sentía mucho peor.

Ya no podía soportar la sensación de flotar en el vacío, necesitaba encontrar una fachada en la que resguardarme, un punto de referencia en el que poder permanecer unos segundos al menos, unos instantes para poder recrear en mi mente un esbozo del lugar, localizar el sol, sonidos capaces de guiarme de vuelta a casa, ¡encontrar a Doobie! Comencé a avanzar con determinación en lo que creía que era una dirección fija, pero las aves y los magos, cuyas voces se volvían cada vez más ensordecedoras, corrían en todas direcciones, como partículas de un gas enloquecido, y me empujaban desviándome de mi camino.

Al final tropecé y caí al suelo de bruces. Con las palmas de las manos sobre el pavimento, sentí que la vibración que provocaba los pasos del gigante se aproximaba, y fue entonces cuando una explosión retumbó en mis oídos. Las aves, los magos y las personas que revoloteaban a mi alrededor reaccionaron con gritos de pánico que se elevaron ruidosos como la crecida de un río.

Entonces me sobrevino, de nuevo, aquel olor, extendiéndose lentamente a mi alrededor como aceite: el olor del miedo.

El color negro.

Una nueva explosión me hizo sentir que el suelo mismo se estremecía y se desplazaba, como si me encontrara sobre la plataforma de una camioneta que hubiese chocado violentamente contra un muro. De la tierra bajo el pavimento emanaba una fluidez insustancial. Bajo mi cuerpo, sentí el discurrir de corrientes subterráneas e imaginé que estaba en realidad encorvada sobre una ballena gigante con un alma inmensa, y que las corrientes eran los torrentes de su sangre. La tierra y el agua bajo mis pies me gritaban consignas con la misma intensidad que el caos que llegaba desde arriba.

—¡Ghada! ¡Agárrate fuerte! —me gritaba la tierra.

Me aplasté contra el suelo, brazos y piernas extendidas, para hacerme una con la tierra ondulante, para poder entender lo que la tierra y las corrientes me querían decir.

En el cielo, sobre mí, se dibujaba una sinfonía de caos, humo, explosiones, olor a sangre, gritos de terror, dragones que arrojaban bolas de fuego sobre criaturas que gritaban desde las llamas.

Bajo la tierra, el latido del agua, el susurro de las raíces de los árboles,

palabras ininteligibles que me sosegaban con su cadencia. Quise que la tierra me absorbiera en ese momento.

En aquella zona prohibida de Alepo, bajo un manto de caos y destrucción, encontré una quietud que no había conocido hasta entonces.

Sin embargo, una punzada de dolor me devolvió al terror de la superficie, alguna criatura me había mordido la mano, lo que me hizo despegarme del suelo y gritar de puro dolor. Las aves y los hechiceros corrían asustados en todas direcciones. Algo ardía cerca y el hedor era terrible. El humo se me metió en la garganta y me dio una tos que no me dejaba respirar. Al incorporarme recibí una lluvia de aleteos duros como manotazos. Un mago me empujó y me volví a caer al suelo. El asfalto me abofeteó con dureza y en el labio noté el sabor metálico de la sangre.

Mientras relamía mi propia sangre dentro de la boca, me di cuenta de que los pasos del gigante se seguían acercando a la par que los gritos de la gente se alejaban. Eran unos pasos rítmicos BOM BOM BOM que se fueron acelerando hasta convertirse en un estruendo continuo, como un trueno que no cesa.

—¡Están locos! —escuché gritar a alguien—. ¡Somos ciudadanos pacíficos, no un ejército!

Cuando el estruendo era ya insoportable, el gigante se detuvo y el ruido cesó, pero el suelo seguía vibrando bajo mi cuerpo, estremeciéndome como si tiritase. Entonces decidí hacerle frente, ya estaba bien de asustar a todo el mundo. Me erguí y comencé a acercarme, decidida a hablar con aquel gigante para apaciguarle.

QUERIDA GHADA

Una vez me preguntaste por qué hay momentos en los que el tiempo transcurre más lentamente que en otros. Tú razonaste que era porque hay veces que los relojes se estropean y van más despacio, y esa idea me hizo mucha gracia y no quise contradecirte. Pero quizás, en el fondo, esa sea la verdadera respuesta. Cada uno llevamos un reloj dentro de nosotros cuyas manecillas avanzan a una velocidad diferente, dependiendo de cómo sean nuestras experiencias. Las estrellas parecen inmutables y, sin embargo, también ellas viven inmersas en un frenético ciclo de vida y muerte. Los momentos

intolerables convierten los segundos en minutos y los minutos en horas, y aquel día yo envejecí años en unos pocos minutos.

Cuando llegué al portal de casa escapando del ataque de la policía a los manifestantes, cubierto de polvo como uno de esos bomberos de las fotografías del rescate en el 11-S, pero sano y salvo, me encontré con tu perrito, Doobie, en la calle, olfateando el suelo y rascando con las patas la puerta de entrada.

—¡Doobie! ¿Qué haces aquí? ¿Te has escapado de casa? —le pregunté tontamente, mirando sus ojos de miel, como si el perro pudiese responderme.

Las sienas me palpitaban con violencia. Agarré al perro del collar y lo obligué a subir las escaleras a rastras. Abrí la puerta de casa y te llamé a gritos.

—¡Ghada! ¿Cómo has dejado que el perro se escape a la calle?

No tuve respuesta. Recorrí una por una las habitaciones mientras me limpiaba el polvo de la cara con una toalla húmeda. No estabas. La cabeza me daba vueltas. Lo ocurrido en la manifestación retumbaba en mi mente con ecos de una pesadilla atroz, imágenes impresas en mi retina, negativos de una macabra galería fotográfica de hombres y mujeres heridos, mutilados, moribundos. Tuve que apartarlos y concentrarme en averiguar dónde te habías metido. Tenías prohibido salir a la calle sola, pero razoné que si había encontrado a Doobie en la calle era porque tú lo habías sacado, y por alguna razón os habíais separado, y que tú debías estar sola Dios sabe dónde. Proferí una maldición, Dios me perdone. Doobie, entre mis piernas, movía el rabo, jugueteón.

—¿Qué has hecho con Ghada, perro idiota? —le grité—. ¿Dónde la has dejado?

Como única respuesta, se puso a dos patas como un perro de circo y movió el rabo. Busqué uno de tus vestidos, agarré al perro por el collar y lo arrastré escaleras abajo hasta la calle. Le restregué tu vestido por el hocico.

—¡Vamos, búscala! ¡Encuentra a mi hija!

El perro atisbó el aire unos instantes y empezó a caminar tirando con ímpetu del collar. Me dejé conducir calle abajo hasta una avenida repleta de coches, que cruzamos entre pitidos y frenazos. ¿Habías pasado tú antes por allí? ¿Y si te había atropellado un coche? Como una premonición, pasaron varias ambulancias abriéndose paso a duras penas entre el atasco. Iban en

dirección a la mezquita, donde había tenido lugar la manifestación reprimida por la policía y el ejército. Doobie avanzaba olfateando el suelo, sin rumbo aparente, girando tan pronto a izquierda como a derecha. Estaba anocheciendo. Te imaginé sola, vagando por las calles de Alepo y una fría garra de desesperación me atenazó el estómago. Tenía la vista nublada, como si una gasa de consistencia grumosa, bañada en tinta azul, se interpusiese entre mis ojos y las calles. Cada vez que parpadeaba para aclararme la vista, en mis párpados restallaba la imagen del muchacho caminando con las tripas fuera segundos antes de caer al suelo sin vida entre nubes de polvo y escombros. No podía permitirme la duda de si Doobie estaba siguiendo tu rastro o simplemente andaba en cualquier dirección aleatoria, solo tenía la sensación de que llevaba no minutos, sino años, caminando por las calles, siguiendo a un perro idiota que no tenía la menor idea de dónde encontrarte.

El perro se detuvo y se sentó, perezoso, olisqueando el aire con la parsimonia de un *sommelier*. Le restregué con furia tu vestido en el hocico. Lo azucé para que se pusiera en marcha. Estábamos ya muy lejos de casa. ¿Cómo era posible que te hubieras alejado tantísimo? En nuestro deambular nos estábamos acercando a la mezquita. Las ambulancias se agolpaban en las calles de acceso a la plaza. Todavía se podía oler el humo de las armas de fuego. Todavía sonaban disparos a intervalos. Un hombre cargaba con una mujer que sangraba por la cabeza. Grupos de jóvenes avanzaban agarrados entre sí, como si estuvieran borrachos, pero al acercarme a ellos vi que a uno le faltaba una parte de la pierna. El sonido de los motores diésel de los blindados y el retumbar de las cadenas contra el asfalto atrajeron a Doobie en lugar de asustarlo. O tal vez había encontrado tu rastro.

—¡No vaya hacia la mezquita! —me gritó alguien—. Los soldados disparan a quienes intentan ayudar a los heridos.

Doobie tiraba de mí precisamente en esa dirección. Le seguí sin saber si iba a tu encuentro o al de la muerte, o al de ambos. Había gente tirada por el suelo, sangrando, doliéndose de sus heridas, zapatos sueltos, bolsos y mochilas pisoteadas, chaquetas encharcadas de sangre, pancartas. Misteriosamente, la vista se me había aclarado y percibía cada detalle con una nitidez de alta definición. Un tanque bloqueaba el paso en una intersección de calles. Doobie se metió por una callejuela lateral que estaba abarrotada de gente asustada.

Entonces te vi, a unos veinte metros, caminando con los bracitos extendidos queriendo abrirte paso entre el tumulto, solo un instante antes de que un grupo de personas se interpusiera. Restalló un disparo. Nos cubrió una campana de silencio sobrenatural, como el que precede a una tormenta. Un segundo después, los chillidos de la gente se elevaban en el aire. Me abrí paso a empujones. No podía verte.

—¡Ghada! —grité con todas mis fuerzas.

Una mujer tropezó, cayó a mi lado y fue pisoteada cuando intentaba levantarse. No me detuve a ayudarla, había demasiada gente en el suelo derribada por los empujones. Las cadenas de un blindado resonaron en el asfalto como rápidos martillazos en una fragua. El rugido del motor diésel era como el ronroneo siniestro de un depredador. El vehículo se posicionó al inicio de la calle, cerrándonos el paso. Un militar salió del interior y comenzó a disparar ráfagas a su alrededor, agitando la metralleta a un lado y a otro, como si regase el césped con una manguera. La gente caía como fichas de dominó. Todos corrían alejándose del vehículo blindado, todos menos yo, que fui directamente hacia él, hacia la dirección en la que te había visto. El suelo se estaba llenando de muertos y heridos. Mis pies estaban embarrados de sangre. Entonces te vi a unos veinte metros, tumbada sobre el suelo, con los bracitos extendidos y las palmas de las manos abiertas, como si te hubieran aplastado, y pensé inmediatamente que te había alcanzado un disparo, o incluso que alguno de aquellos monstruosos vehículos te había pasado por encima. Recuerdo que me desplomé de rodillas, derrotado en un instante, con los brazos abiertos en cruz para que los disparos acabasen también conmigo cuanto antes. Sin embargo, te incorporaste de repente, justo antes de que el tanque se pusiera en marcha de nuevo.

—¡Están locos! —gritó un hombre aterrorizado—. ¡Somos ciudadanos pacíficos, no un ejército!

Yo tampoco podía dar crédito a la dantesca escena que me rodeaba, y menos aún a que tú estuvieses presente en ella, eras un ángel caminando por el centro del infierno, rodeada de cuerpos, avanzando despacio con dirección al blindado, tu pequeña figura envuelta en tu vestido rojo, parecías recortada de un cuento infantil y traspuesta inexplicablemente en un cuadro de El Bosco. La imagen era tan impresionante que me quedé paralizado viéndote caminar a cámara lenta mientras un pesado silencio pareció adueñarse del mundo.

Caminabas hacia el blindado entre remolinos de humo que se elevaban a tu alrededor. Tenías el brazo extendido, querías tocar el tanque como quien intenta acariciar a un perro. No estabas ni a un metro de la parte frontal. De tu otra mano caían gotas de sangre que se perdían silenciosas entre finos velos de polvo que flotaban a tus pies.

Una nueva ráfaga de metrallata le devolvió el sonido y el movimiento al mundo y me sacó de aquel estado de *shock*. Corrí, saltando cuerpos, y tuve la sensación de que no tocaba el suelo, de que volaba, hasta llegar hasta ti. Di un salto sobrehumano y en menos de un segundo estuve a tu lado. Te elevé en mis brazos como si te ofreciese en un altar para hacer un pacto con Dios, o con el diablo, para el caso era lo mismo, con tal de sacarte de allí con vida. Corrí con pasos de gigante, la adrenalina batiendo en las sienes, las balas como avispas kamikazes a nuestro alrededor.

—¡Papá! ¡He pasado mucho miedo! —me dijiste al oído.

Te apreté con fuerza contra mi pecho. No sentía las piernas, no quería sentir lo que pisaban mis pies, solo alejarme, ponerte a salvo.

—Ya pasó todo, princesa, tu papá está aquí —te susurré al oído mientras corría.

No recuerdo bien cómo salimos de allí. Sentí que, más que correr, flotaba sobre el asfalto. Los gritos y los disparos quedaron atrás. Solo cuando dejé de escucharlos por completo y comprobé que estabas sana y salva — milagrosamente solo tenías un corte leve en la mano—, me permití respirar aliviado.

—¿Qué está pasando, papá? —me preguntaste—. ¿Por qué hay tanto miedo en el aire?

Me detuve para tomar aliento contigo en brazos. Las ambulancias pasaban ante nosotros con su estruendo de sirenas. El cielo negro punteado de estrellas. Pensé en las estrellas, en su incandescencia más allá del abismo. ¿Cuánto duran estos momentos intolerables? Solo una millonésima parte de un segundo contiene todo el drama humano, desde la aparición del primer hombre hasta la extinción del último. ¿Qué somos, pues, para Dios? ¿Acaso hay espacio para la misericordia? Ni siquiera tuve que enjugarme los surcos que dibujaron las lágrimas en el polvo de mis mejillas. Para ti, mi niña, yo solo era una voz.

—Dime, papá, ¿qué está pasando?

—Si te lo cuento, ¿prometes que no te asustarás?

—Lo prometo.

—Al parecer alguien ha abierto los recipientes con el aliento de dragón que guardaba el señor Ahmed. Por eso la gente tiene miedo.

—¿Y el fuego, papá? Hay fuego por todas partes, y estallan cohetes, y la gente corre y grita al oírlos, asustados.

—Es mejor que no lo sepas, princesa.

—Creo que sé lo que está pasando, papá —me dijiste con tus ojos de niebla fijos en el vacío. A veces, querida Ghada, creo que puedes ver cosas que resultan invisibles para los demás.

—¿Ah, sí?

—Son los dragones. El aliento los ha despertado, ¿verdad?

—Así es, princesa, son los dragones, que ya han despertado.

* * *

La situación en nuestro amado país fue deteriorándose a pasos agigantados desde aquel terrible día en el que te escapaste de casa con tu perro y te encontré en medio del caos de la manifestación reprimida a sangre y fuego.

Tu tío Esmail, recién llegado de Damasco, escuchaba con estupefacción y creciente alarma mi relato de lo ocurrido. Estábamos en nuestra casa y anocheceía. No estábamos solos. Nos acompañaba Ziad, nuestro amigo común, el responsable en Alepo del Comité de Coordinación Local para la Revolución. Ziad tenía un aspecto ojeroso y demacrado, todos lo teníamos, en realidad. Ninguno de los tres habíamos pegado ojo desde hacía días.

—La insensata se fue a dar vueltas por las calles, ella sola —relaté, angustiada, aunque habían pasado varios días, todavía no se me había ido el susto del cuerpo—. Quería amaestrar a su cachorro para que fuera su perroguía, pero se le escapó cerca de la manifestación y se quedó desamparada en mitad de aquel caos. Conseguí encontrarla, estaba muy asustada, pero sana y salva. Más asustado estaba yo, no te puedes imaginar lo mal que lo pasé hasta que por fin la tuve entre mis brazos.

—Demos gracias a Dios de que no os ocurriera nada, ni a ella ni a ti —dijo tu tío Esmail con el espanto reflejado en el rostro.

—Alabado sea Dios —dijo Ziad.

—Otros no tuvieron tanta suerte. No sé cuántos murieron, pero había muchísimos cuerpos en el suelo —proseguí con la frente perlada de sudor a pesar de que, con las ventanas abiertas de par en par, una fresca brisa primaveral agitaba las cortinas. Apenas llegaban ruidos desde la calle, pero ese silencio no nos resultaba apacible, parecía contener el aliento de una tensa espera premonitoria—. Fue una masacre de inocentes.

En el silencio, nuestras voces sonaban frenéticas, ajenas, como si tratásemos de expresar conceptos que en nuestro idioma solo tuviesen cabida vagamente. Sentados en la alfombra, encorvados y ojerosos, como tres brujos tratando de descifrar oscuros designios de un mundo que se ha vuelto de pronto demasiado incomprensible.

—Las noticias que llegan de Daraa aún son peores —dijo Ziad con el tono estremecido—. Después de la protesta masiva del sábado por la noche, al amanecer, los tanques entraron en la ciudad abriendo fuego indiscriminadamente, incluso contra el interior de las casas, mientras la gente dormía. Los francotiradores impidieron que las ambulancias llegaran hasta los heridos. Han invadido miles de casas, se han llevado a miles de personas y las mantienen retenidas en improvisados centros de detención. Probablemente los estén torturando. Me temo que algunos estén siendo ejecutados.

—Hijos de perra —masculló Esmail.

—Al saber lo que estaba pasando —prosiguió Ziad, sombrío—, miles de personas de poblaciones vecinas a Daraa marcharon hacia allí para intentar ayudar. Llevaban comida, medicinas y ramas de olivo para mostrar sus intenciones pacíficas. El ejército detuvo a un centenar en las calles y fueron asesinados allí mismo.

—Dios bendito —fue lo único que alcancé a decir.

—Ni siquiera estamos hablando de manifestantes con ánimo revolucionario, se trata de gente que quería atender a los heridos, y no tuvieron compasión con ellos. —Los ojos de Ziad se humedecieron—. En las imágenes que graba la gente con sus propios teléfonos se ven cuerpos tirados por las calles, personas heridas, la gente puede verlas desde sus casas pidiendo ayuda mientras se desangran, pero no pueden llegar a ellas por que los francotiradores les disparan en el acto si se les acercan. Esas personas están muriendo solas en la calle, rezando a voces, delante de miles de testigos impotentes.

—¿Es que esos soldados no tienen piedad? —murmuré.

—Al parecer no —respondió tu tío Esmail, apretando los dientes tanto que pude oír cómo rechinaban.

—Ya no hay marcha atrás —dijo Ziad, negando con la cabeza—. ¿Sabéis lo que piensan esos bastardos del gobierno? Que somos incultos, idiotas sin formación, simples obreros y campesinos que no tienen ni idea de cómo organizarse ni hacerles frente, que vamos cada uno por nuestro lado, y que nos van a aplastar como a cucarachas, pero se equivocan, tenemos algo precioso que nos une: nuestras ansias de libertad.

—El pueblo unido es más fuerte que cualquier tiranía —exhortó tu tío Esmail.

—Unido y organizado, y nos estamos organizando bien —enfaticó Ziad, asintiendo enérgicamente—. Hemos hecho mucho ya, pero todavía nos falta consolidar la resistencia en nuestras comunidades locales. Nos vamos a centrar en la acción callejera, prepararemos eslóganes y pancartas para las manifestaciones, haremos barricadas para proteger a los manifestantes y documentaremos los acontecimientos para subir la información a las redes sociales —dijo, enumerando con los dedos de la mano.

—Las redes sociales son lo más importante —señaló Esmail—. No pueden pasar cosas como las que están pasando sin que el mundo se entere.

—Exacto —dijo Ziad golpeando con la palma de la mano en el suelo—. Hoy día la información se mueve más rápido que nunca, ellos lo saben, por eso esto es una carrera contra reloj.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Vamos a ver, Khaled, ¿por qué ha reaccionado el gobierno tan duramente y tan rápido? No se puede decir que estuviéramos pidiendo derrocar al presidente Bashar, solo estábamos pidiendo reformas.

—Porque tienen miedo —esgrimió Esmail, completando el argumento—. Tienen miedo a que la Primavera Árabe les pase por encima.

—¡Eso es! El miedo viene de lo que ha pasado en Túnez y en Egipto. Piensan que esto es un caso de todo o nada, o ellos o nosotros, que si nos dan un mínimo de margen no vamos a parar hasta verlos a todos ahorcados. Así que nos destrozan a cañonazos, pero también necesitan desacreditarnos. Su estrategia es acusarnos de estar siendo guiados y subvencionados por enemigos extranjeros. Entonces plantean el conflicto como si esto fuera una

guerra contra un invasor, para poder dirigir el ejército contra la población.

—Lo que tenemos que hacer —respondí, haciendo míos sus argumentos— es contrarrestar esa propaganda contando la realidad en las redes sociales.

—Efectivamente —señaló tu tío Esmail—. Teniendo en cuenta que esa información debe ir dirigida al extranjero, a Occidente, para que se posicionen de nuestro lado, pero también a nuestros conciudadanos, para movilizarlos, para que toda Siria sepa lo que está pasando.

—Me niego a ser silenciado como lo fueron nuestros padres —masculló Ziad golpeándose la palma de la mano con el puño.

Ziad hablaba, querida hija, de lo que ocurrió en Hama en los años ochenta. También hubo una revuelta pidiendo reformas, y el padre de Bashar, que era el presidente entonces, la reprimió brutalmente, asesinando a más de veinte mil personas.

—En los ochenta todos guardaron silencio, atemorizados como ovejas —dijo Ziad—. Pero esta vez no nos vamos a amedrentar. En 1982 no existía internet, entonces hubiera sido imposible que la gente normal se coordinase, y tampoco tenían un instrumento para difundir las atrocidades del gobierno. Ahora es muy diferente, con internet podemos unirnos y coordinarnos, contrarrestar la propaganda del gobierno y hacernos eco de cada infamia que se cometa, de cada asesinato, de cada tortura. El mundo entero sabrá de cada injusticia, y entonces nos ayudarán. No nos dejarán solos.

—No nos dejarán solos —repitió Esmail.

—¿No hay ya una respuesta internacional? ¿Qué dicen en Estados Unidos? —quise saber.

—No nos podemos fiar de Estados Unidos —respondió tu tío—. A los americanos solo les importan sus propios intereses. Todo lo que ha dicho Obama hasta ahora es que, si se usan armas químicas contra la población, se verá obligado a intervenir. Por eso, nuestras esperanzas deben centrarse en Europa. Cuando vean lo que está sucediendo, nuestros vecinos europeos presionarán al régimen para que instaure una democracia real. No nos dejarán solos.

—«No nos dejarán solos» —musitó Ziad como un mantra.

En aquel momento, todavía le creía.

* * *

Aguardaba con gran expectación el discurso televisado de Bashar al Assad a la Asamblea del Pueblo. Todo el mundo quería conocer la respuesta del presidente a las brutales represiones policiales ocurridas en el país. «Esperad que hable Bashar entonces veremos», decían algunos.

Sentado en el sillón frente a la televisión, con el móvil en la mano, seguía los comentarios que no dejaban de sucederse en Twitter. La gente ansiaba una disculpa del presidente por los asesinatos, y que manifestara su intención clara de acometer verdaderas reformas. Había quienes le defendían y esperaban honestamente que todo cambiara después de que el presidente se viera obligado a hacer declaraciones oficiales sobre la nueva situación, la nueva realidad de una Siria sumida en el caos y la protesta.

Con la perspectiva que da el tiempo es obvio que pecamos de ingenuos, hija mía, pero en aquel momento todavía había gente que consideraba a Bashar al Assad un modernizador, abierto y tolerante, un líder que podría incluso ganar unas elecciones de verdad y pasar a la historia como el héroe de la transición democrática de nuestro país. Por un momento parecía hasta concebible la idea de un líder moderno, con ganas de convertir Siria en una gran democracia, tal vez un tanto incauto e inocente, alguien que hasta ese momento no había sabido detener la maquinaria violenta del ejército, de la policía, anclada en la Siria de antes, la de su padre y la del viejo régimen, pero que ahora se vería obligado a intervenir y a tomar partido, y entonces todo cambiaría.

Tú echabas una siesta mientras yo veía la televisión con el volumen al mínimo, en la soledad del salón de nuestra casa, acompañado por las voces en Twitter de miles que, igual que yo, se reunían en torno a sus pantallas para la alocución televisada del presidente. La retransmisión empezó mostrando el exterior del parlamento, con el presidente Bashar caminando con paso firme hacia la entrada mientras una multitud le alababa con cánticos ensordecedores. El presidente pasó al interior, recorrió un pasillo, una sala, y cuando apareció en el área parlamentaria le recibieron con aun más entusiasmo que la masa de fuera.

Bashar sonrió desde el estrado y se dirigió a los presentes. Yo esperaba con un ansia inenarrable que Bashar pusiera las cosas en su sitio, que hablara de apertura, de reformas, de proteger al pueblo.

Me tocó entonces vivir, como a tantos otros millones de sirios, una de las desilusiones más profundas de mi vida. Bashar, en su discurso, se negó en redondo a reconocer la realidad. Con voz monótona, casi aburrida, acusaba a los «infiltrados», «conspiradores» y «sediciosos» de generar información falsa, evitaba hablar de las brutales respuestas del gobierno en las manifestaciones; y se refirió a las revoluciones de la Primavera Árabe como si fueran una moda pasajera. En ocasiones, daba incluso la impresión de no tomarse el asunto con seriedad, haciendo chistes y riéndose de sus propias bromas sin gracia. ¿Cómo explicártelo? Cualquier persona que presenciara aquel discurso sin saber lo que estaba pasando realmente en Siria tendría la impresión de que un grupo de exaltados, organizado desde el extranjero, estaba intentando aprovechar la «moda pasajera» de la Primavera Árabe para derrocar un gobierno espléndido, dirigido por un presidente encantador y bondadoso.

Lo peor de todo era que, mientras gente inocente moría asesinada y torturada en toda Siria, nuestro presidente daba un discurso en un ambiente de celebración, interrumpido constantemente por los vítores de los parlamentarios que le gritaban halagos desmesurados:

«¡Sacrificamos nuestros corazones, nuestras almas, por ti, Bashar!».

«¡Eres el hijo más grande de Siria!».

«¡Contigo en cada batalla!».

Bashar respondía con risitas y aspavientos, parecía una cortesana halagada, risas que cayeron como un jarro de agua fría en las esperanzas del pueblo sirio y que encendieron la mecha del odio y la más profunda indignación, ahora ya sí claramente, dirigidas hacia la persona del presidente Bashar Al Assad.

* * *

Siempre me preguntas por el color de cada cosa, y a todo le asignas un color, incluso a aquello que no lo tiene, como a los días de la semana o a las emociones. Cuando echo la vista atrás, recuerdo aquellos días teñidos de un único color: el negro.

Impulsado por una actividad febril, me pasaba las noches sin dormir, leyendo *tuits* de personas de Aleppo, de Homs, de Daraa, de Hama, *tuits* que

narraban escenas de brutalidad policial, disparos a manifestantes desarmados, detenciones de padres de familia, detenciones de hombres que eran devueltos a sus familias después de haber sido brutalmente torturados, o cadáveres. Cada uno de los cientos de *tuits* que llegaban a mi *timeline* narraba en sí mismo una tragedia humana. En mi mente las palabras se convertían en imágenes, en sonidos, en olores. Con solo ciento cuarenta caracteres era capaz de oír los disparos, oler el polvo, volver a ver al pobre muchacho moribundo. Se me revolvía el estómago. Era lo mismo, una y otra vez.

Leer la propaganda del régimen no hacía que se me removiesen menos las tripas. Los periódicos y las televisiones oficialistas consideraban las protestas acciones violentas e injustificadas, guiadas desde el extranjero con el fin de derrocar al gobierno legítimo.

El mundo tenía que conocer la realidad, y yo y otros muchos intentábamos mostrarla a través de las redes sociales, escribiendo *posts* en improvisados blogs, tratando desesperadamente de desmontar las mentiras del gobierno, contar lo que era la pura y simple verdad.

Contar que el recuento de las Naciones Unidas informaba que mil personas murieron durante los tres primeros meses de protestas. Contar que cerca de tres mil, como mínimo, fueron detenidas. Contar que detrás de cada una de esas cifras en los titulares había una tragedia. Contar que los cadáveres de los activistas y de los manifestantes se devolvían a sus familias con marcas de horribles torturas. Contar que los niños tampoco se libraban.

Recuerdo una historia que me impactó especialmente. Hamza al Jatib, un niño de trece años de la Daraa rural, fue arrestado por la Inteligencia durante la marcha del 29 de abril para romper el asedio de Daraa. Una semana después, devolvieron a sus padres el cuerpo mutilado del pequeño. Vi las imágenes que sus padres colgaron en internet. En sus horas finales el niño había sufrido heridas de disparos, huesos rotos y quemaduras de cigarrillos. Le habían cortado el pene. Tenía solo trece años.

Las imágenes de aquella criatura, su cuerpo desnudo y mutilado, me hicieron pensar en ti, en que algo así te pudiera pasar a ti. El dolor era inconcebible. ¿Qué clase de sádicos podían hacerle algo semejante a un niño inocente? ¿Cómo podían sus padres seguir viviendo, seguir respirando? Cada segundo, a partir de entonces y para siempre, cada pensamiento debía orbitar para ellos en torno al tormento de su hijo. Tuve que refugiarme en mi propia

conciencia como padre que conserva a su hija sana y salva, aliviado en parte (me avergüenza decirlo), levantando una barrera de insensibilidad ante el dolor para no sucumbir yo también, quizás la misma barrera que reprochamos que otros levanten frente al nuestro.

Contar la verdad. Alguien dijo que la verdad es la primera víctima en una guerra. ¿Qué otra cosa podía hacer? Publicar en redes sociales era lo único que podía hacer para no sentirme una simple cucaracha esperando ser aplastada, sin poder hacer nada.

Y eso hacía, me pasaba las noches escribiendo. Ya ni siquiera podía acudir a manifestaciones, en Alepo no había protestas. De noche, la ciudad se sumía en sombras que disfrazaban sus calles de una engañosa calma. De día, las calles estaban repletas de informadores y de agentes de los cuerpos de seguridad vestidos de paisano. Había francotiradores apostados en los tejados. Una presencia invisible que todos temíamos. Los francotiradores tenían órdenes de disparar y dispersar cualquier intento de manifestación. Los francotiradores y la invasión de policía impidieron que la gente tomara las calles de Alepo y manifestara su oposición al régimen. Eso hizo que durante un tiempo viviese instalado en un extraño territorio fronterizo de la mente, entre la forzada calma y la fingida normalidad en la que se desenvolvía el día a día de nuestra ciudad, y la realidad brutal que me conmovía cada noche desde la pantalla de mi ordenador.

Bashar y su gobierno seguían creando una imagen ficticia de lo que pasaba y, querida hija, no quiero sonar pretencioso, pero era gente como yo, gente anónima, los que contábamos la realidad, los únicos que contradecíamos sus mentiras.

Siria cayó en una espiral sin fin. La gente protestaba en manifestaciones, y el gobierno respondía con disparos, los disparos se traducían en muertos y en funerales, lo que enervaba más a la gente que volvía a protestar, y entonces volvían los disparos, los muertos, las nuevas protestas, así hasta el infinito.

Pasando las noches en vela, frente a la luminiscencia de la pantalla del ordenador, escribía mensajes en inglés que enviaba a todos los medios de comunicación internacionales. El mundo no podía permanecer indiferente. «No nos dejarán solos, no pueden dejarnos solos», me repetía a mí mismo, moviendo los febriles labios, mientras retransmitía las noticias en un *tuit* tras otro:

Este fin de semana las mayores protestas han ocurrido en la ciudad de Hama. Allí, la gente ha conseguido que el ejército, las fuerzas de seguridad, la policía e incluso la policía de tráfico se retire.

Durante unos días Hama ha sido una ciudad libre de la opresión del régimen. Las manifestaciones crecieron sin descanso en multitudes de cientos de miles, hombres y mujeres, adultos y niños, victoriosos ante todo un ejército.

Había un ambiente festivo en la calles, la gente pensaba que había triunfado, que la ciudad era suya. Sin embargo, en la víspera del mes sagrado, el ejército volvió a entrar en la ciudad y arremetió sin compasión cobrándose al menos un centenar de vidas.

Los hospitales, abarrotados con los muertos y heridos, se están empezando a quedar sin suministros.

El presidente Bashar no tiene compasión ni con su propio pueblo, hay un nombre para gente como él.

Por favor, necesitamos ayuda.



En el Barco: Papá inventa una historia

Las olas intentan saltar por encima de la borda con la misma insistencia que un perrito se afana por auparse a un sofá demasiado alto. De vez en cuando, una de ellas logra sobrepasar el borde y moja mis mejillas con una caricia de agua.

—Mi hija tiene razón —dice papá—. La democracia no es democracia cuando es injusta. Parece mentira que una niña invidente lo entienda con más claridad que vosotros.

El nudo que tenía en el corazón se me afloja un poquito. Está claro que papá sí quiere salvar a Doobie. Aunque se enfadase tanto con él aquel día, papá no piensa que Doobie sea una cosa que puedes tirar por la borda cuando te convenga. No como la mujer odiosa y la mitad más uno de la gente que viaja en este barco.

—¡La democracia es la democracia! —exclama la mujer odiosa—. Muchos han muerto por defenderla y tú ahora vienes a pisotearla.

—¡Eres un traidor! —le grita otro hombre—. ¡Apoyas a Bashar!

—Yo he luchado por la democracia como el que más —dice papá—. Y he pagado duramente las consecuencias.

—¡No te creo! —replica el hombre—. Eres un traidor alauí, eso es lo que eres. Los alauitas habéis defendido a Bashar, y ahora que has destruido nuestro país, huyes como un cobarde.

—Hermano, soy alauí, no voy a negarlo, y no tengo la culpa de que nuestro infame presidente también lo sea. No me acusarías de traidor si supieras por lo que he tenido que pasar por oponerme a su régimen.

—No te creo. ¿Por qué hemos de creerte?

Las voces callan. Nos envuelve el sonido del mar. Algo agita el aire en mi cara, puedo sentirlo. Es papá, que se contorsiona.

—¿Qué está pasando? —le pregunto a Adnan en un susurro que se aleja flotando como una pluma sobre el rumor del oleaje.

—Tu padre se está quitando la ropa. La parte de arriba. Se ha quedado desnudo de cintura para arriba.

—Apúnteme con la linterna —dice entonces papá con una voz tan solemne que estremece.

Un murmullo de sorpresa se extiende entre los viajeros como el siseo de una hoguera al echarle agua encima.

—Alabado sea Dios, pobre hombre —murmura la mujer odiosa sin su habitual tono de hipocresía.

—Me retuvieron un mes en una cárcel de Bashar —dice mi padre—. Las cicatrices de mi cuerpo son la prueba de que no miento. Esta es la consecuencia de defender la democracia en la que creo.

Me sonrío en secreto. Papá es muy listo. Aprovechando las cicatrices, empieza a inventarse una historia para convencer a los pasajeros de que él sí cree en la democracia cuando es justa. Todos escuchan atentamente. Se está levantando viento y la voz fuerte y clara de papá ondea como una bandera. Cada palabra sale despedida y se aleja empujada por la brisa marina como si soltase un pañuelo de papel tras otro. Palabra tras palabra, papá narra su historia ficticia, y yo sé que es inventada porque conozco cómo se hizo en realidad esas heridas.

11. EL VERDADERO ORIGEN DE LAS HERIDAS DE PAPÁ:

- *Huelen a sangre seca.*

- *Suenan a roce de piel con piel.*

Siempre había escuchado que el color azul se asocia a la tristeza, pero nunca estuve de acuerdo. Para mí el color azul es una larga tarde de verano, cielo que suspira la brisa, caminar de puntillas o a la pata coja en un parque inundado de aromas florales, tumbarme en la hierba húmeda boca arriba y que papá me haga cosquillas en la barriga, reír sin parar, eso es el azul.

La tristeza es el gris, de ninguna manera puede ser azul, porque siempre que alguien dice que el cielo está azul lo dice con la alegría encandilada en la voz. En cambio, cuando alguien menciona que el cielo está gris, su voz es como una pesada rama de sauce que se flexiona hacia la melancolía. Por eso, desde que el señor Ahmed desapareció y Adnan vino a vivir con nosotros, nuestra casa se coloreó de gris.

Papá acogió a Adnan en nuestro hogar porque no tenía más familia en el mundo que su abuelo. Nos daba mucha pena. Yo, entonces, no me podía ni imaginar lo que debía ser quedarme sin mi padre (aunque pronto lo iba a descubrir). Adnan se pasaba las noches llorando con su timbre infantil. Cuando por fin se quedaba dormido, le oía sorberse los mocos y llamar a su abuelo en sueños. Se nota que quiere mucho a su abuelo, tanto como yo a mi padre. Los días que no había cole se los pasaba pegado a la puerta, como un perrito fiel, esperando su regreso. Era raro escucharlo reír, aunque papá siempre le hacía bromas; tampoco tenía ganas de jugar, y casi nunca me contaba ya lo que descubría en sus libros de geografía, ni me enumeraba

ilusionado los países que iba a visitar cuando fuese mayor y se hiciese marinero. Su cuchara casi no hacía ruido en el plato, y cada vez que regresaba a casa del colegio lo primero que hacía era preguntarle a papá:

—¿Ha vuelto el abuelo?

A lo que papá siempre le respondía:

—Aún no, pero ya verás cómo pronto tendremos noticias tuyas.

Pasaban días y más días, una bola de tiempo que se iba haciendo cada vez más grande y pesada en el ánimo de Adnan. El señor Ahmed no regresaba. El color gris había pintado hasta el último rincón de nuestro hogar.

* * *

En aquella época, después del cole, Adnan y yo nos quedábamos encerrados en casa haciendo los deberes, o leyendo cuentos, y no era tan divertido como cuando nos pasábamos la tarde en la perfumería del señor Ahmed. Adnan se quedaba horas y horas inmóvil, tumbado en la alfombra, mirando sus mapas, sin decir una palabra, trazando rutas de viajes imaginarios (Berlín-París-Barcelona-Nueva York, Tokio-Pekín-Bombay-Nueva Delhi), repasando con el dedo una y otra vez los contornos de los países a los que viajaría cuando fuese mayor.

Yo, que solo conocía lo que era un mapa por las descripciones, intentaba entender lo que le resultaba tan fascinante.

—¿En qué piensas cuando piensas en los países? —le pregunté arrodillándome a su lado en la alfombra.

—En territorios separados por fronteras —me respondió con la voz gris de la apatía.

—¿Qué son las fronteras? ¿Una valla como la que hay en el patio del colegio?

—Las fronteras no existen físicamente, son líneas imaginarias.

Aquello sí que fue un descubrimiento de los buenos. Siempre me han dicho (sobre todo los profesores) que es de niños pequeños tomarse en serio las cosas que uno se imagina (como tener amigos imaginarios o creer en las hadas), y ahora resulta que los adultos también se toman muy, pero que muy en serio, eso de las fronteras, que es algo imaginario, hasta el punto de dibujarlas

en mapas, escribir libros sobre ellas y obligar a todos los niños a memorizarlas.

—¿Estás seguro? —quise cerciorarme. Adnan nunca me engaña, pero lo de tomarse en serio unas líneas imaginarias era demasiado.

—Claro que sí. Mira, imagina que esta parte de la habitación es mi país. Trazo una línea imaginaria aquí, en mitad de la habitación. Entonces tú no puedes cruzarla porque estarías invadiendo mi país.

Yo seguía sin entenderlo. Aquello parecía más bien un juego de niños.

—¿Y por qué los adultos iban a hacer eso?

—Imagina que yo tengo aquí unos juguetes y no quiero que tú juegues con ellos. Entonces declaro una frontera para que no puedas pasar y cogerlos.

—Eso es muy egoísta. Yo sí te dejaría jugar con los míos.

Papá siempre me dice que hay que compartir. ¡Y ahora resulta que los que ponen las fronteras en los países lo hacen por egoísmo!

—Yo no quiero que haya fronteras en nuestra casa —le dije, y le di un abrazo, sobre todo para romper esa línea imaginaria que acababa de trazar entre nosotros y que no me hacía ninguna gracia que permaneciese allí.

La idea de las líneas imaginarias separando personas me siguió dando vueltas en la cabeza durante días. Me di cuenta de que las paredes de un edificio cumplen esa función, separando la casa del vecino de la nuestra, o cuadraditos incluso dentro de una casa, lo mismo que las calles de Aleppo y las de cualquier sitio, que sirven para que la gente pueda ir de un lado a otro, pero también dividen los cuadraditos, como los de una tableta de chocolate. La diferencia es que esas líneas se pueden cruzar cada vez que uno quiera, pero las fronteras, por lo visto, no.

No todos los días eran grises. A veces, cuando no hacía tanto frío, papá nos llevaba al parque y allí correteábamos entre los setos con Doobie de un lado a otro, perseguidos por sus mordiscos hasta rendirnos agotados; comíamos pasteles de pistacho, nos mecíamos en los columpios (el suelo oscilando como un péndulo, el vértigo) nos revolcábamos en la hierba escarchada, dábamos volteretas, nos daba la risa floja y el día se nos llenaba de azul, de verde, de amarillo y de todos los colores de la alegría.

Y entonces, un día, llegó la carta del señor Ahmed.

La trajo papá, anunciándola con una gravedad que casi nos asustó. Nos dijo que era una carta escrita a mano, de caligrafía pulcra y limpia, al parecer

la misma con la que el señor Ahmed escribía en las etiquetas de los frascos de perfumes.

Adnan me la leyó en voz alta después de leerla para sí en voz baja, como si rezase. La carta decía así:

Querido nieto:

En primer lugar, perdóname por haberme tenido que marchar sin poder despedirme, pero el asunto que me reclama es muy urgente y de máxima importancia. He tenido que viajar muy lejos, a Oriente, más allá de las fronteras de nuestro país. No puedo revelarte el lugar exacto de mi destino porque he jurado guardar el secreto. Solo puedo decirte que la misión que tengo que realizar es de máxima importancia y que tiene que ver con algo que tú y Ghada ya conocéis y sobre lo cual también jurasteis guardar secreto. No te preocupes por mí porque estaré bien. Los hombres que vinieron a buscarme aquel día a la perfumería son viejos conocidos. Pertenecen a un mundo que dejé atrás hace muchos años y que ahora ha vuelto a reclamarme para una última misión. Obedece en todo al señor Khaled y pórtate bien.

Tu abuelo que te quiere.

Ahmed.

Después de leer la carta Adnan recuperó el color azul, como si le hubiesen dado una medicina para el ánimo. Menudo alivio saber que su abuelo no lo había abandonado. Solo había tenido que marcharse para una misión muy importante que tenía que ver con «nuestro secreto».

—¿Crees que se refiere al aliento de dragón? —le pregunté.

—Seguro que sí. Dice que era nuestro secreto, ¿qué otra cosa podría ser?

—En la escuela he oído cosas —le confesé pegando mi boca a su oreja, porque no quería que papá lo oyese—. Fátima dice que su papá está asustado. Me parece que tiene miedo de que vengan los dragones.

—¿Tú les tienes miedo a los dragones, Ghada? —quiso saber él.

Negué vehementemente con la cabeza.

—Papá dice que no hay que tenerles miedo. Que solo son animales con un poquito de magia y que pueden oler el miedo. El miedo es contagioso. Si les temes, ellos huelen tu miedo y también se asustan. Entonces no pueden evitar ponerse a escupir fuego, y al sacudirse las alas derriban edificios enteros. Papá dice que si no les tienes miedo los dragones son dóciles como un perrito.

—Yo sí les tengo miedo —admitió Adnan—. Ojalá que no vengan. Ojalá que el abuelo vuelva pronto y todo vuelva a ser como antes.

Si algo he aprendido es que hay cosas que ya nunca vuelven a ser como antes, como cuando murió mamá y todo cambió, pero no quise decírselo para no desanimarle.

Recuerdo aquel temor como la antesala de un miedo mucho peor que estaba por venir.

* * *

No habían pasado ni tres días desde que recibimos la carta del señor Ahmed, cuando papá nos anunció que él también tenía que salir urgentemente de viaje. Como una flor que se marchita en un instante, se me puso el corazón gris, y la cara gris, y las lágrimas me brotaron de los ojos, grises y pesadas como mercurio.

—¡Papá, no quiero que te vayas!

—Tengo que irme, cariño. Solo serán unos días.

Noté el miedo que me transpiraba la piel como sudor. ¿Y si no volvía?

—Cariño, te prometo que no me va a pasar nada. Solo es un viaje de trabajo.

—¿Y quién va a cuidar de mí cuando no estés? ¡Yo no sé hacer la comida!

Me arrepentía de haber aprendido a vestirme sola, a peinarme y asecarme. Seguro que si no supiera hacer nada por mí misma papá no se iría de viaje.

—Adnan cuidará de ti. Él te hará la comida y se encargará de cualquier cosa que necesites. Hazle caso en todo, a partir de ahora él manda en casa, ¿de acuerdo?

—¡No! ¡No quiero que te vayas! —supliqué agarrándome a él. Me temblaban los labios, la tristeza se me hizo una pelota por dentro y me subía por la garganta como si yo fuera un gato que expulsa una bola de pelo. Las lágrimas se me agolpaban detrás de los ojos, donde se supone que viven los colores aunque yo no pueda verlos.

—Cariño, volveré antes de que empieces a echarme de menos.

—¡Papá! ¡Si ya te echo de menos solo de pensar que te vas a ir! —me agarré fuerte a su cuello para no dejarle marchar—. ¿Me llamarás todos los

días?

—A donde voy no hay teléfonos. Pero pensaré en ti continuamente, y cada vez que tú pienses en mí será como si hablásemos —respondió acariciándome el pelo.

—Yo siempre voy a estar pensando en ti, papá.

—Yo también, mi vida. —Noté que la voz se le ponía grave y le salían gallos, como cuando algo le preocupa y quiere ocultármelo poniendo una voz alegre—. Mira. Normalmente cuando uno vuelve de viaje trae regalos. Pero esta vez va a ser al revés. Voy a hacerte un regalo antes de irme.

Me puso una pesada caja de madera en las manos. Dentro había unas figuritas encajadas en un molde de esponja. Siguiendo los pulidos contornos reconocí la cabeza curva de un caballito en miniatura, el pico y las grandes alas extendidas de un águila, la melena y el cuerpo robusto de un león, el hocico y el rabo de un perro, y también había un dinosaurio, con sus fauces, sus garras y sus escamas puntiagudas.

—Hay siete figuritas de animales. Las ha tallado en madera un artesano —me contó papá—. Son para que las copies con tu plastilina. Cada día moldea un animal. Cuando hayas terminado habré vuelto para ver el resultado. Hazlo muy bien y tendrás un premio.

—¿Qué premio, papá?

—Esa es la sorpresa. Lo sabrás cuando regrese.

Y sin más, mi padre, igual que el señor Ahmed, desapareció. De aquel momento recuerdo el tacto áspero de la caja de madera, el abrazo de Adnan para consolarme y mis lágrimas cayendo sobre las figuritas.

QUERIDA GHADA

La tarde previa a mi supuesto viaje me había citado con Ziad en un cibercafé con el propósito de intercambiar noticias. Recuerdo que en el establecimiento hacía un calor opresivo muy acorde a la situación que vivía nuestro país. Las aspas de un ventilador giraban parsimoniosas en el techo, removiendo el aire impregnado de sudor sobre hileras de cabezas de hombres con auriculares que conversaban con amigos o familiares distantes a través de videoconferencia. Me abrí paso entre la algarabía de voces y moscas hasta una mesa sucia de cercos de té donde me esperaba el joven dirigente del Comité

Revolucionario de Alepo. Ziad tenía un aspecto pálido y ojeroso. Los huesos de los pómulos le estiraban la piel como el armazón de un viejo sofá desvencijado y la barba negra había perdido el lustre que le recordaba, parecía más bien un ovillo deshilachado. Su cabeza se volvía a un lado y a otro, asaltada por un tic nervioso, sus ojos escrutando inquietos a nuestro alrededor. Cuando me senté frente a él le dirigí una mirada agotada.

—La paz esté contigo, hermano —saludé.

—La paz esté contigo.

—¿Has sabido algo de Ahmed el perfumero? —le pregunté.

Desde el día en que nuestro viejo amigo desapareció había intentado inútilmente obtener noticias sobre su paradero. A partir de lo que me habíais contado Adnan y tú (aquellos dos hombres desagradables irrumpiendo en la tienda) y lo que yo mismo vi (cómo habían registrado a fondo el establecimiento sin ninguna contemplación, poniéndolo todo patas arriba) todo apuntaba a que el viejo perfumero podría haber sido arrestado por la mujabarat, la policía secreta. Si bien era una posibilidad extraña a mi modo de ver. ¿Qué podrían querer ellos de un anciano inofensivo? Que yo supiera, el señor Ahmed no había participado en ninguna acción revolucionaria.

—Ahmed «el químico», querrás decir —fue la respuesta de Ziad.

—¿Qué quieres decir?

—He averiguado cosas sobre él —dijo en voz baja mientras sus pupilas iban de un lado a otro—. No es sirio de nacimiento, sino iraquí. En su país fue un hombre de familia acomodada, y un reputado científico, un experto en Química Molecular, un genio en lo suyo a pesar de su ceguera. Trabajó para el régimen de Sadam Husein. Formó parte de uno de sus programas para fabricar armas químicas.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente. Un miembro del comité tiene un pariente en la policía que leyó su ficha el día de su detención. Su nombre completo es Ahmed Adilyan. A partir de ese nombre pude tirar del hilo y averiguar algunas cosas sobre su pasado.

—¿Y qué estaba haciendo aquí, en Siria? ¿Por qué lo han detenido? —quise saber, tratando de conectar en mi mente aquellos datos que se negaban a encajar, como si tratase de armar un puzzle mezclando piezas de otros.

—Es una larga historia, y no precisamente agradable —respondió Ziad—.

Cuando ese hombre supo que Sadam Husein pretendía fabricar armas químicas con sus descubrimientos biológicos, se negó a seguir colaborando con el dictador y huyó de Iraq. Se llevó las sustancias que él mismo había creado y destruyó las fórmulas para replicarlas. Pero cometió un error. No se llevó a su familia. No imaginó que el dictador pudiera tomar represalias contra ellos. Ahmed tenía seis hijos. La mayor, Nadia Adilyan, era una reputada concertista de viola que había ganado el concurso internacional de Moscú. Otro de sus hijos, Alí Adilyan, fue un famoso poeta en Iraq, muy querido por el pueblo. El tercero de sus hijos era teniente del ejército. El cuarto formaba parte de la selección iraquí de fútbol. El quinto fue capitán de la marina mercante turca. La más pequeña, de solo seis años, no llegó a cumplir los siete. Todos fueron capturados y encarcelados por Husein, junto con sus esposas e hijos. Los torturaron hasta morir. A todos. Incluso a la niña pequeña. El dictador se aseguró de que a Ahmed le llegasen los detalles de cómo habían muerto sus hijos. Solo se salvó el nieto más pequeño, un niño llamado Adnan, que por aquel entonces apenas era un bebé.

—Eso es terrible. No podía imaginar... —Noté el corazón como un bloque de hielo que crujía.

—Desde que ese hombre huyó, los servicios secretos lo han estado buscando. Al parecer, por fin han dado con él.

—¿Crees que Bashar al Assad tratará de desarrollar también armas químicas? —pregunté.

—No lo sé, es posible. Aunque no creo que el viejo Ahmed colabore con Bashar, no después de lo que le hicieron. Ya no tiene nada que perder.

Guardé silencio. Traté de recordar todo lo que tú me habías contado sobre el anciano perfumero. Las habitaciones secretas. Los recipientes con «aliento de dragón».

Mis ojos se posaron en Ziad. Tenía el rostro lívido, la piel bajo los ojos amoratada y hundida. Miraba constantemente a su alrededor. Volvía la cabeza de repente y sin previo aviso, como si tratase de sorprender a alguien agazapado justo a su espalda.

—Con esa actitud nos vas a delatar —le recriminé con un susurro.

Él bajó la mirada, tragó saliva. La nuez se movió arriba y abajo en su cuello, parecía un interruptor. Se pasó unos dedos cadavéricos por la barba. Las moscas revoloteaban a nuestro alrededor y el calor era insoportable.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—Hay otra cosa que tengo que contarte —respondió. Volvió a tragar saliva—. No sé cómo decírtelo.

—Pues dímelo de una vez, entonces —le exhorté en un susurro rebosante de impaciencia.

—Khaled, hermano, tu nombre aparece en la lista de buscados.

Lo dijo sin mirarme, con las pupilas estáticas en la grasienta superficie de la mesa que se interponía entre nosotros.

—¿Estás seguro? —Todo el calor que sentía se condensó en una gélida pátina de miedo.

—Alguien del Comité que tiene un primo en la policía me ha dado el chivatazo. Por lo visto, la policía está recibiendo ayuda de *hackersrusos* que desenmascaran los perfiles de los críticos con el gobierno en las redes sociales. Han elaborado una lista de activistas que critican al presidente, y tú estás en ella.

Un reguero de sudor helado me bajó por la espalda. Me asaltó la impresión de que todas las miradas recaían sobre mí, que todos los allí presentes eran en realidad agentes de la mujabarat.

—No les digas nada de nosotros —murmuró Ziad, mirándome de reojo con la cabeza inclinada—. No les hables del Comité, ni de mí, por favor...

Pero yo no pensaba en el Comité de Liberación, ni en Ziad, ni en la maldita revolución. Solo pensaba en mi hija, en ti, en que no te ocurriera nada por mi culpa.

Me puse en pie. La adrenalina se me agolpó en las sienes noqueándome como un boxeador que recibe un derechazo. Permanecí unos instantes con las palmas de las manos apoyadas en la mesa, jadeante. El aire se me antojaba irrespirable. Las caras de los presentes daban vueltas a mi alrededor como un tiovivo, miríada de rostros barbudos de gruesas cejas, el suelo meciéndose como la cubierta de un barco. Abandoné el café dando traspiés, tropezando con las mesas. En la calle tuve que dejarme caer en la fachada para poder sacar el móvil y hacer una llamada. Las manos me temblaban y no acerté con el número hasta el tercer intento. Tu tío no contestó. Volví a intentarlo mientras caminaba a casa. El pulso se me aceleraba cada vez que me cruzaba con un transeúnte. Iba con la cabeza agachada, temiendo que en cualquier momento un policía secreto se me acercara y me detuviera. Tu tío seguía sin contestar. Al

llegar a casa me encerré en mi despacho con el ordenador. ¿Recuerdas? Yo no te dejaba entrar en aquella habitación. Aunque era extremadamente cuidadoso, y nunca dejaba rastro de mis actividades difundiendo noticias sobre la revolución, volví a revisar la memoria, borré el historial de navegación repetidamente, como un maniaco compulsivo que se lava las manos una y otra vez.

¿Cuándo vendrían a detenerme? ¿Y si lo hacían contigo presente? Supe entonces lo que tenía que hacer, y tenía que hacerlo inmediatamente, entregarme a las autoridades yo mismo, esa era la solución, si me entregaba no vendrían a buscarme, no podía permitir que presenciaras mi detención, mucho menos que te entrometieses y acabaras malherida, o algo peor. Sabía lo que eran capaces de hacer, incluso con niños.

Cuando entré en tu dormitorio te encontré tumbada en la cama, leyendo un libro con las yemas de los dedos, la cabecita alzada, tu mirada de niebla escrutando los paisajes de la imaginación. El perro echado a tu lado, guardián fiel. Nunca deseé tanto como en aquel momento ser capaz de detener el tiempo, que esa fuera mi vida, para siempre, tu imagen en calma, con la luz del atardecer, esa luz que no veías pero que te incendiaba las mejillas con su calor.

—¡Hola, papá!

—Hola, mi amor, vengo a decirte algo, a lo mejor no te va a gustar mucho lo que tengo que decirte.

Me incliné sobre ti y te di un beso. Aspiré el olor afrutado de tu pelo. Las lágrimas me quemaban detrás de los ojos, pero fui capaz de contenerlas.

—Voy a estar fuera unos días, princesa. Mientras tanto, Adnan cuidará de ti. Volveré antes de que empieces a echarme de menos.

—¡Papá ya te echo de menos solo de pensar que te vas! ¿Me llamarás todos los días?

—A donde voy no hay teléfono. Pero pensaré en ti continuamente, y cada vez que tú pienses en mí será como si hablásemos.

—Yo siempre voy a estar pensando en ti, papá.

—Yo también. Mira. Normalmente, cuando uno vuelve de viaje trae regalos. Pero esta vez va ser al revés. Voy a hacerte un regalo antes de irme.

Te entregué el regalo que te tenía guardado para el día de tu cumpleaños. Abriste la caja y palpaste lo que había en su interior, inclinando la cabeza a un

lado y a otro mientras tus pequeños dedos reconocían las formas.

—Hay siete figuritas de animales. Las ha tallado en madera un artesano —te expliqué—. Cada día copia una de ellas con tu plastilina. Cuando hayas terminado de moldear el último de estos animales, habré vuelto para ver el resultado. Hazlo muy bien y tendrás un premio.

—¿Qué premio, papá?

—Esa es la sorpresa. Lo sabrás cuando regrese.

Adnan escuchaba desde la puerta de tu habitación, en silencio. Después, en un aparte, le di las instrucciones necesarias.

Abandoné nuestro hogar ignorando tu llanto, que aún escuchaba desde las escaleras; tus sollozos se hicieron un eco en mi corazón que todavía resuena después de tantos años.

Caminaba hacia mi destino con el ánimo de quien se adentra sin saber nadar en un mar azotado por una terrible tormenta. Estaba anocheciendo, las sombras de la calle eran pozos de negrura y los resquicios de claridad brillaban demasiado, como una tele con el contraste estropeado. Mis pasos me llevaron a la comisaría, pasadas las tiendas de los ultramarinos que ya echaban el cierre, aceras en penumbra, cruzando un callejón oscuro donde decenas de gatos se peleaban por los desperdicios de la basura; y continuando de nuevo hacia aquella comisaría, la misma en la que me había presentado para preguntar por los hermanos Bagdadí.

Me encontraba de nuevo en la misma antesala, el mismo recibidor, la misma puerta acristalada.

El mismo agente mal encarado encargado de atender al público.

—¿Qué necesita?

—Soy Khaled Aboud, tengo entendido que quieren verme.

—¿Qué quieren verle? ¿Quién quiere verle?

—Alguien me informó de que me están buscando.

—¿Quién te informó de eso? —me preguntó con los despectivos labios formando una U invertida.

Yo, simplemente, no supe qué responder. No había pensado en tener que dar explicaciones sobre quién me había dicho que era un enemigo del estado. El policía rebuscó entre un puñado de papeles, lanzándome entretanto miradas hostiles. Descolgó el teléfono y pronunció mi nombre: Khaled Aboud. Fue una

sensación horrorosa. Por supuesto que no podía escapar, pero, aunque hubiera podido, tampoco hubiera querido, ya que entonces me hubieran ido a buscar a casa, y eso no podía ser. Aquellos hombres no podían irrumpir en nuestra casa, querida Ghada, no contigo dentro.

Aparecieron dos agentes que, sin mediar palabra, me agarraron del brazo y me obligaron a arrodillarme. El cerco frío y metálico de unas esposas me aprisionó las muñecas tras la espalda.

Mientras me jalonaban y me empujaban hacia la siguiente antesala, sentí que cada cosa que había hecho en mi vida, mis estudios, mis éxitos profesionales, todas aquellas cosas que usaba para describir quién era yo, todo eso se esfumaba en el aire, para mis carceleros era solo un pedazo de carne, un traidor.

Recorrimos largos pasillos que se adentraban en las entrañas de la comisaría. En el sucio suelo de linóleo distinguí manchas de sangre, un siniestro reguero que marcaba el camino a seguir. Llegamos a la zona de los calabozos, donde me empujaron al interior de una celda atestada de hombres. Un puñado de cuerpos en sombras listadas por la luz enrejada. Hedía a sudor, a heces, a miedo. Me dejé caer en el suelo, en cuclillas, pues no había sitio para tumbarse. Nadie hablaba. Todos sabíamos que podía haber informadores allí dentro y que utilizarían en nuestra contra cualquier cosa que dijésemos. El único sonido era el rumor que salía de nuestras gargantas al respirar, toses y ronquidos, el roce de las ropas al acomodar la postura. Pasaron los minutos, las horas. Las sombras tornaron en espesa negrura. Eco de pasos lejanos. Rescoldo de voces que parecían provenir de otro mundo. Entonces la puerta de la celda se abrió y la luz amarilla nos cegó, revelando un paisaje miserable de cuerpos recostados y rostros temerosos. Alguien pronunció mi nombre: Khaled Aboud. Me puse en pie. Me colocaron las esposas y me condujeron a empellones por un corredor tenebroso. Intenté apaciguar mis temblores. Había escuchado de primera mano historias terribles sobre torturas, pero no fue hasta entonces que tomé plena conciencia del horror que suponía caer en manos de sádicos que podían hacer conmigo lo que quisieran.

Cuando llegué al final del pasillo y me introdujeron en otra celda, comprendí que las cosas todavía podían ser peores que en mis peores pesadillas.

Tu tío Esmail, mi querido hermano, estaba tumbado en una mesa de

madera, atado de pies y manos. Todavía no mostraba signos de tortura. «Todavía» era una palabra a la que me aferré con todas mis fuerzas, tratando de estirar el momento, buscando desesperadamente en mi mente el modo de convencer a aquellos hombres de que nos liberasen, concentrarme en ese abismo que se abría entre el «todavía» y el «después», habitar en ese espacio para siempre, ser capaz de detener el giro del mundo, por favor, que no le hagan nada a Esmail, quien a los ojos de todos era un hombre, pero a quien yo seguía viendo como un niño, mi hermano pequeño. Y no poder hacer nada por ti, querido hermano, querido Esmail.

12. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN VIVIR SOLA:

Como papá estaba de viaje podía quedarme dormida y, si quería, llegar tarde al colegio, o no ir, porque papá no podía regañarme, pero a las siete en punto de la mañana ya estaba alerta como un sabueso, husmeando el aire. ¡Qué fastidio! Por un momento dudé entre si era lunes o domingo, porque no escuché el alboroto de los hermanos Bagdadí desde la calle, pero luego supe que era lunes, porque solo había pasado un día desde que papá se había ido de viaje.

Me lavé la cara y los dientes, me peiné yo sola y me vestí rápidamente. En la cocina la cuchara de Adnan hacía rato que tintineaba contra el cuenco del desayuno. Yo no tenía ganas de desayunar. No tenía hambre, y papá no estaba para regañarme por «no alimentarme lo suficiente». Le di de comer a Doobie (él siempre está hambriento) y nos fuimos al colegio.

La mañana de clases transcurrió como otra más, repleta de sumas y restas, de normas de ortografía, números y letras que revoloteaban como un enjambre de moscas queriendo colárseme por los oídos en mi distraída imaginación.

Yo solo pensaba en papá, fantaseando sobre cómo serían el aire que respiraba en aquel momento y las fragancias que soplaría la brisa en su rostro. ¿Viajaba en tren, en barco? Seguramente en barco (hacía tanto tiempo que se había ido que estaría a mil kilómetros de casa, o a dos mil, o a diez mil), uno fluvial remontando la corriente de un río que atraviesa la jungla, en África o en Brasil, donde periquitos y vistosos guacamayos miraban de reojo y graznaban, y la apuesta figura de papá apostada en la cubierta del barco con su traje de explorador y sus prismáticos oteando la espesura en busca de unos reyezuelos, con el fin de convencerlos para que invirtieran su oro y diamantes en el banco que él representa, tal era la misión que le habían encomendado.

Mi papá, en aquel mismo momento, debía estar sorteando cocodrilos que se abalanzaban sobre su barca, exigua y con el motor oxidado, y lo hacía ansioso por arribar al pueblo que reconocería por la disposición triangular de una cascada junto a un árbol tan viejo como el viento, donde un haz de luz se refleja en las exhalaciones de vapor de la cascada en coloridos arcoíris, dibujando el rostro de un simio sobre la vetusta madera del árbol. Ahí, exactamente en ese pueblo, era donde debía apearse y decirle adiós al muchacho que maniobraba aquella barca, tras pagarle dos monedas de oro. En ese pueblo se toparía con una tribu de indígenas que avanzaban en fila india silueteados a contraluz uno detrás de otro, con sus lanzas en alto y sus sombras alargadas, levantando con cómica cautela sus piernas articuladas, gentes con las que debería andarse con cuidado si no quería acabar siendo cocido en un gran caldero.

Y mientras hacía tratos con aquellas personas tan incivilizadas, escucharía los gritos del pobre chico de la barca, víctima de una serpiente que se había descolgado de la rama de un árbol, y a pesar de la clara hostilidad de aquellas gentes, papá, que era muy listo, se los sabría meter en el bolsillo y encontraría, gracias a sus indicaciones, un rastro de yerba hollada que le llevaría a la cima de una montaña tan alta que las nubes quedarían a sus pies, y después de afanarse como una cabra trepando por escarpados riscos en vertiginosas simas, llegaría a la cima y, desde las alturas, podría atisbar todo la región, con un arcoíris enmarcando el cielo y, abajo, el río, zigzagueante en recovecos imposibles, cruzándose consigo mismo, como un ocho, bajo un manto de niebla brillante que reflejaría los rayos solares como arena espolvoreada de oro.

La visión de las montañas lejanas flotando en la neblina le dejaría boquiabierto, pero papá no tendría tiempo que perder y, atento a los tigres y otras criaturas que le acechaban, bajaría la montaña saltando entre las rocas sin alterar su paso ni su porte ni su velocidad, para encontrar cuanto antes a aquellos inversores y cerrar los tratos que tuviera que ofrecerles y, sobre todo, para volver pronto a casa y contarme su aventuras...

—¡Ghada! ¡Te he hecho una pregunta! —me regañó la maestra.

Cuando volvimos a casa, Adnan mascullo que estaba muerto de hambre y se fue derecho a la cocina para hacer la comida. Me senté en el suelo a esperar. Escuché la efervescencia del grifo al llenarse una olla de agua, el

golpeteo metálico de cacerolas. El penetrante olor a fósforo de una cerilla y el zumbido de un fogón al encenderse. Aceite calentándose. Un estallido chispeante y la cocina se inundó del aroma de los piñones y las almendras fritas, seguido por el de la carne.

—¿Quién te ha enseñado a cocinar? —quise saber.

—Mi abuelo. Me enseñó a hervir arroz, a freír almendras, piñones, ternera y verduras. Después ponemos el sofrito encima del arroz ¡y ya tenemos la comida!

—La señorita Houda dice que los hombres no deben cocinar, que eso es cosa de mujeres.

—Mi abuelo dice que eso son tonterías, que los mejores cocineros del mundo son hombres, y ninguno de ellos se avergüenza de eso, al contrario, les dan premios.

—¿Puedes enseñarme a mí?

Papá nunca me dejaba entrar en la cocina, decía que era peligroso porque podía tropezarme con una sartén de aceite hirviendo. Ahora que no estaba y no podía prohibirme nada, pensé darle una sorpresa y prepararle un plato muy rico para una fiesta de bienvenida el día de su regreso.

—En la cocina no te puedes guiar por el tacto —me advirtió Adnan—. Te puedes quemar con las ollas si intentas tocarlas.

—¿Tu abuelo te hacía la comida?

—Sí, preparaba platos muy ricos.

—Entonces yo también puedo —dije sin dar mi brazo a torcer, aunque la verdad es que le tenía un poco de terror a los fogones. Una vez, de pequeña, me quemé una mano al querer palpar las llamas. El fuego me mordió con tanta fuerza y rabia que desde entonces le tengo mucho miedo.

El arroz con piñones y ternera no le salió tan rico como le salía a papá, pero igualmente nos lo comimos con apetito.

Era muy raro vivir sin un adulto, cocinar, comer sin supervisión, ser los dueños de la casa. Siempre me imaginaba todas las cosas que haría cuando fuese mayor, pero ahora que no había nadie para prohibírmelas no se me ocurrían cuáles eran esas cosas que tantas ganas tenía de hacer antes.

Aquel primer día que papá estuvo fuera me pasé la tarde moldeando un león con plastilina. Me fijaba en los contornos de la figurita tallada que papá

me había regalado y con los dedos le daba la misma forma a la plastilina. Me costó mucho, sobre todo la melena. No debió de quedarme muy bien porque Adnan confundió la cabeza del león con una flor, la melena con los pétalos.

El segundo día copié el dinosaurio, que me resultó bastante más fácil que el león, menos la parte de la boca, porque tenía las fauces abiertas y unos dientes afilados que no era capaz de imitar con la plastilina y al final tuve que rendirme.

—Es un dinosaurio anciano —se burló Adnan cuando lo vio—. Como los viejitos que hay en la plaza. Está desdentado y tiene que alimentarse de sopa.

El tercer día moldeé un águila con las alas extendidas. Lo más difícil fue darle forma a las plumas. Adnan me dijo que más que un águila parecía un pollo desplumado de los que cuelgan en el mercado. Al día siguiente, lo intenté con el caballo, que me quedó un poco gordito y más bien parecía un perro salchicha. El tigre me hubiera salido bastante bien de haber sido un gato. Luego lo intenté con el delfín, que fue el más fácil de todos porque tenía una superficie lisa y ovalada, aunque Adnan me dijo que parecía una croqueta con aletas. El séptimo día, el día que papá tenía que volver de su viaje, acabé el elefante, con sus grandes orejas y colmillos, aunque Adnan dijo que parecía más bien la cara de un señor muy feo con la nariz grande y las orejas de soplillo. Está claro que la escultura no es lo mío. Aun así, conseguí acabar las siete figuritas, una por cada día de la semana, y las dispuse todas en la repisa que hay junto a mi cama, para que papá pudiese verlas en cuanto llegara.

No olvidaba su promesa, me dijo que volvería cuando hubiera terminado las siete figuras, o sea que estaba a punto de regresar.

Esa noche le hice frente al miedo al fuego de la cocina y fui yo la que echó los ingredientes en la sartén: arroz, berenjenas, coliflor, carne de cordero, pollo, canela en rama, pimienta negra en granos, clavos, uno granos de cardamomo, piñones, almendras crudas, mantequilla, azafrán, tomates maduros y aceite. Me dejé guiar por el olfato más que por las indicaciones de Adnan.

—Te digo que estás poniendo demasiada pimienta negra, Ghada —me decía—. No puedes mezclar berenjenas y coliflor. ¡Esto no puede estar bueno!

Subida a una silla, yo apuntaba al techo con la nariz y aspiraba los vapores que emanaban de la sartén.

—¿Alguna vez te ha pasado que una comida oliese deliciosa pero luego no estuviese buena cuando te la comías? ¡No! ¡Si huele bien, sabe bien!

Cuando lo probé estaba, tal y como esperaba, delicioso. Adnan tuvo que reconocer que era la comida más rica que había probado en su vida.

Dispusimos los cubiertos en la mesa. Eran las nueve de la noche y estaba todo preparado para la fiesta de bienvenida. Adnan me ayudó a elegir mi vestido más bonito (con pliegues de seda y lazos), él se puso la camisa que reservaba para ir al templo y se perfumó con una colonia riquísima que olía a melocotón.

—Cuando vuelva mi abuelo también quiero hacerle una fiesta de bienvenida como esta —me dijo ilusionado.

—Y yo cocinaré un plato muy rico —respondí, contenta porque le había perdido el miedo al fuego.

Pero papá no llegó esa noche.

* * *

Nos quedamos dormidos con la cabeza apoyada sobre la mesa. La cena se había enfriado en los platos, intacta. Cuando me desperté, noté el olor rancio a comida fría, pero ni rastro del olor de papá. Recorrí una por una todas las habitaciones de la casa, llamándolo con la voz hueca que anuncia el llanto, aunque ya sabía que no estaba.

Era lunes, día de colegio, pero decidimos quedarnos en casa a esperar a mi padre. A lo mejor su avión se había retrasado y los teléfonos se habían estropeado y por eso no podía llamarme para avisar que llegaría más tarde. Me senté en el suelo junto a la puerta de entrada con las piernas recogidas y la barbilla apoyada en las rodillas. Doobie se acurrucó junto a mí, con las orejas gachas, descansando su cabeza sobre mis pies. Estuve acariciándolo mientras esperaba, atenta al más mínimo sonido. Contaba los segundos que se se acumulaban granito a granito formando una montaña de minutos, minutos que engrosaban cordilleras de horas tan largas que me parecieron días, hasta que el reloj indicó que aquel día llegaba a su fin (las doce de la noche) y papá no apareció.

No me moví de la puerta. Al final me quedé dormida, abrazada a Doobie. Cuando me desperté me dolía todo el cuerpo y ya se oía el rumor del tráfico. Me quedé un rato escuchando, inmóvil. Adnan me había tapado con una manta y se había tumbado a dormir a mi lado. Su aliento me acariciaba la mejilla.

—Papá no ha vuelto —dije a punto de echarme a llorar.

—A lo mejor se ha retrasado por algún motivo —me respondió—. Una vez escuché que un volcán en erupción había llenado el cielo de ceniza y los aviones no pudieron volar durante días porque no se veía nada y la gente tuvo que pasarse días atrapada en los aeropuertos.

—Pero entonces papá me hubiese llamado por teléfono para avisarme —razoné.

Se me ocurrió otra razón mucho peor. ¿Y si el avión había tenido un accidente? ¿Y si se había estrellado?

Ahí fue cuando ya no pude contener las lágrimas. El pecho me dolía mucho. De pronto, que papá hubiese sufrido un accidente parecía la única certeza en este mundo.

—Si hubiera un accidente de avión nos enteraríamos —quiso tranquilizarme Adnan—. Esas cosas las dicen por la tele. Ven, vamos a mirar las noticias y verás como no ha pasado nada.

Adnan encendió la televisión. La voz grave, muy educada, de un señor presentador de noticias estaba diciendo algo sobre una clase de gente llamada terrorista que había sido capturada por el gobierno: «...Traidores que quieren golpear el corazón de nuestra patria para satisfacer a intereses de terroristas extranjeros...».

Estuvimos escuchando un buen rato, durante el cual lo único que nos quedó bien claro fue que el país se había llenado de terroristas y revolucionarios (que son algo así como gente a la que le gusta el desorden y que quiere ponerlo todo patas arriba) y que el gobierno estaba haciendo un estupendo trabajo para apresarlos a todos y dejar bien ordenado el país, como le gusta al presidente, pero ninguna mención a accidentes de avión, ni de tren, ni siquiera se había hundido un barco, ni uno pequeñito.

—¿Ves? No ha pasado nada. Tu padre está bien.

—Pero estas noticias son de hoy. ¿Y si el accidente pasó ayer? ¿O antes de ayer?

—Tienes razón. Si tuviésemos internet podríamos averiguarlo.

—¿Qué es internet?

—Es como... una ventana al mundo. Puedes asomarte a cualquier sitio y hacer preguntas sobre cualquier cosa.

—¿Como un papá muy listo?

—Como un papá que lo sabe todo de todo. Se llama Google.

—¿Y qué hay que hacer para hacerle preguntas a ese señor Google de internet?

—Necesitamos un ordenador.

—Papá tiene un ordenador en su cuarto de trabajo. Pero no me deja usarlo. La habitación está cerrada con llave y está prohibido entrar.

—Si supiéramos dónde está la llave. Tu padre no se iba a enterar.

—¡Yo sé dónde está la llave!

Cada vez que papá entraba en su cuarto de trabajo oía deslizarse cierto cajón de su dormitorio. Allí, efectivamente, bajo un puñado de papeles, encontré una pequeña llave y pudimos abrir la puerta. La habitación del ordenador olía a cuero, a polvo y a papel chamuscado. Papá tenía una estantería repleta de libros, un sofá y un escritorio de madera sobre el que estaba el ordenador, que no es una cosa única, sino varias, aunque se llame ordenador y no ordenadores, a saber: una caja de plástico con botones y ranuras, una maraña de cables, una pantalla lisa como un espejo, un teclado que parece una tableta de chocolate con onzas muy pequeñas y un ratón de juguete.

Al encenderlo salió un zumbido eléctrico como la turbina de un avión liliputiense al despegar.

—¿Estás viendo internet? —pregunté.

—Sí... Ya me he conectado. Espera. Voy a buscar las noticias.

Atenta al sonido de las teclas y a los gemidos mecánicos que emitía el ordenador, era incapaz de imaginar lo que estaba haciendo Adnan. Si aquello era una ventana al mundo, desde luego era una ventana bastante insípida. No tenía olores, ni sabores, ni se podía percibir la profundidad o el eco de lo que había en el interior de aquel rectángulo de plástico. Internet debe ser una de esas cosas, como la luz, que solo puede apreciar la gente que puede ver.

—No hay ninguna noticia de accidentes en la última semana. Ni de avión ni de tren ni de barco. O sea, que tu padre se ha retrasado por otro motivo.

Que no hubiese habido accidentes me quitó solo una parte del peso que sentía en el pecho. Me tumbé en el sofá, dejándome caer muy tiesa con los brazos en cruz, como un árbol talado, mientras Adnan seguía mirando internet.

En la posición horizontal exhalé un suspiro. Me ahogaba en el color gris, me pesaba en el corazón como plomo. Doobie, alzado en dos patas sobre el sofá, me lamía la mano que colgaba, como si quisiera consolarme. Le dejé subir al sillón —papá me lo tenía prohibido—, y me abracé a él mientras me lamía la cara. Arrumada por el sonido del teclado, acabé quedándome dormida.

Tuve una pesadilla en la que yo era una persona con vista, pero lo único que podía ver, mirase a donde mirase, era el color negro, y eso resultó ser mucho más angustiante que estar ciega.

Me desperté sobresaltada en mitad de un silencio subliminal.

Doobie dormía sobre mi pecho. Le acaricié el lomo y sentí muchas ganas de llorar.

Papá seguía sin volver.

* * *

Pasó otro día con su interminable gotear de segundos llenando las enormes tinajas de las horas. Aguardaba, como un perrito alerta, a que en cualquier momento se abriese la puerta y entrase papá. Languidecía con la mejilla pegada al cristal de la ventana de mi habitación y en la oscilante gradación de la temperatura del vidrio (frío por la mañana, ardiendo a mediodía, frío otra vez por la noche) medía los segundos que parecían minutos, los minutos que parecían horas y las horas que parecían días. Para no aburrirme, repasaba una y otra vez las figuritas de plastilina, animalitos que, según Adnan, parecían cualquier cosa menos animalitos: un león con cabeza de flor, un águila como pollo desplumado, el dinosaurio sin dientes, el delfín croqueta y el elefante con cara de señor muy feo, dispuestos todos ellos en la repisa, aguardando inmóviles y estoicos como soldados de una humilde tropa auxiliar, parias cada uno de ellos, expulsados de su respectivas especies.

Adnan, por su parte, se pasaba el día pegado al ordenador, navegando, según decía él, aunque ni rastro del mar. Me habló de una cosa llamada Google Earth, donde al parecer podías contemplar cualquier punto de la Tierra desde el aire, como un pájaro. Estuve un rato a su lado, los dos sentados frente a la pantalla, mientras me explicaba con entusiasmo cómo recorrer las calles de cualquier ciudad a ras del suelo. Pero yo no acababa de verle la gracia. ¿Dónde estaban los olores de aquellas calles, los ruidos, las voces de sus

gentes, su aire? Después de estar un rato «en internet», me aburrí y me fui a jugar con Doobie, que era el único de los tres habitantes de la casa que aún no echaba de menos a nadie.

En el cole, las horas pasaban todavía más despacio que en casa. Cada día navegando por una oscura laguna de tiempo estancado de sumas y restas donde no soplaban ni una brizna de viento que nos empujara hacia el timbre de salida. Y, cuando por fin sonaba, al llegar a casa, me golpeaba una nueva desilusión, porque papá seguía sin volver.

La esposa del señor Abdul nos traía comida y se llevaba nuestra ropa para lavarla, era una mujer encantadora.

—Seguro que tu padre regresa muy pronto —me decía cada día, usando siempre el mismo tono de voz, que no era ni optimista ni pesimista.

Por las noches, bastaba el más mínimo ruido para despertarme. Cualquier cosa me parecía el sonido de unas llaves abriendo la puerta. Al oírlas, salía corriendo de la cama para ver si era papá. Pero nunca era. A las siete de la mañana ya estaba en pie, husmeando por la casa descalza y en pijama, por si había llegado. Me asomaba a la ventana por si captaba su olor o reconocía sus pasos calle abajo. Escuchaba el tictac del reloj, perezoso, cada vez más lento, y me enojaba con él y le gritaba que se diese prisa y avanzase los minutos para que llegase cuanto antes la hora del regreso de papá. Pero el reloj, en vez de hacerme caso, se lo tomaba todavía con más calma.

Pasó otro día más. Seguía sin volver.

Una mañana me enfadé tanto con el lento del reloj que me puse a llorar y a patalear como una loca y le di un manotazo. Lo malo es que al lado del reloj estaban los animalitos de plastilina que tenía en mi repisa y se cayeron todos al suelo. En cuclillas, me puse a recomponer las figuritas a toda prisa, por si papá llegaba en ese momento, pero me equivoqué y le puse la mitad del águila al cuerpo del león, que había perdido la cabeza. Cuando Adnan lo vio me dijo que había hecho un animal mitológico llamado grifo.

Yo no sabía que semejante ser podía existir. Resulta que, del mismo modo que se pueden combinar perfumes para crear otros diferentes, o varios colores para crear nuevos, también se pueden combinar partes de animales y entonces se llaman «mitológicos».

Entusiasmada con la idea, me puse a unir unas partes de unos animales con las de otros. Al dinosaurio le puse las alas del águila y el resultado se parecía

mucho a un dragón. Si le ponía las alas a un caballo, se llamaba pegaso. Si le ponía el cuerno de un rinoceronte a un caballo, entonces era un unicornio. ¿Y si cogía partes de personas? Fabriqué un hombrecito con la plastilina y se lo pegué al cuerpo de un caballo. Un centauro. Si le ponía la parte de arriba de una mujer a un león, era una esfinge. Y si se lo ponía a un delfín, ¡entonces tenía una sirena! La cabeza de un toro y el cuerpo de un hombre: un minotauro. Era muy divertido. No me había dado cuenta de que todos los personajes de los cuentos son el resultado de unir partes de unos con otros. ¡Así funciona la imaginación!

Cambié de idea. El regalo de bienvenida de papá iba a ser mi colección de seres mitológicos. Los coloqué cuidadosamente en la estantería: el grifo, el dragón, el pegaso, el unicornio, el centauro, la esfinge, la sirena, el minotauro.

—¿Y este cómo se llama? —le pregunté a Adnan. Había juntado la cabeza de un elefante y el cuerpo de un león.

—Ni idea —me respondió—. Pero puedo preguntarle a Google.

Tecleó y al cabo de unos segundos dijo que lo había encontrado. Al parecer, a Google podías preguntarle cualquier cosa, porque lo sabía todo, como papá.

—Una cabeza de elefante con cuerpo de león se llama baku. Es un animal de la mitología japonesa. Aquí dice que es un ser devorador de sueños. Cuando alguien tiene una pesadilla, puede hablarle al baku dentro del sueño y él la devorará. A la noche siguiente ya no tendrá pesadillas y solo tendrá sueños buenos y reconfortantes.

Me puse muy contenta de haber creado un baku porque tenía muchas pesadillas y podría comérselas. Por ejemplo, no me gustaba nada soñar que ya no era ciega pero solo alcanzaba a ver el color negro.

Aquella noche deposité la figurita del baku, sobre la almohada y le pedí, por favor, por favor, por favor, que devorase mis malos sueños.

* * *

—¡Arriba dormilona! El sol ya ha incendiado el horizonte.

En mi oído, la voz de papá flotando en el vaho de su aliento como en un sueño. Salté de la cama como un resorte y me abracé a su cuello. ¡No era un sueño!

—¡Papá! ¡Has vuelto!

—¡Ya estoy en casa, princesa! —dijo abrazándome con fuerza.

—¡Has tardado tanto!

Se me rompió algo dentro, la incredulidad y el alivio desencadenó en llanto.

—No llores, mi vida. Siento haberme retrasado. El viaje ha sido más largo y complicado de lo que esperaba.

Su voz sonaba ronca y apagada. Olía a sudor agrio, a rancio amoníaco. En verdad había sido un viaje muy largo y cansado.

—¡Papá, hueles fatal! —exclamé entre lloros, arrugando la nariz.

Lo agarré del cuello y no lo quería soltar. Papá emitió un quejido de dolor.

—¿Te duele algo, papá?

—Sí hija, la verdad es que sí. Tengo que descansar un poco. Ha sido una aventura terrible.

—¿A dónde has ido? ¿Qué te ha pasado?

Se dejó caer en la cama, a mi lado.

—Pues he viajado muy, muy al sur —dijo mientras yo descansaba la cabeza en su pecho, feliz. De pronto todos mis miedos habían desaparecido—. He cruzado un desierto de arena fina y suave como la harina de maíz. Cuando el desierto se acabó me encontré con una selva tan frondosa que no podía dar un paso sin cortar las hojas que me cerraban el paso. En los árboles había pájaros que imitan las voces de las personas y serpientes capaces de tragarse a un hombre de un bocado.

Yo le escuchaba con la boca abierta.

—Por la noche casi no podías dormir porque te acechaban las fieras, no te imaginas cómo aullaban, y hasta tuve que enfrentarme a un león.

—¿A un león de verdad?

—Como lo oyes. Aquí me arañó con una zarpa con uñas como cuchillos. Mira, por eso me duele.

Papá se levantó la camisa y dejó que le palpase una herida que le cruzaba el torso. Noté los rebordes rugosos y como de goma de la carne abierta. Olía a sangre seca.

—¡Papá! ¡El león casi te mata! —grité, asustada.

—Tú lo has dicho, casi, pero no pudo conmigo, no pudieron conmigo —

respondió en un susurro de vapor tibio.

—¿Has visto mis figuritas? —quise saber—. ¡He creado seres mitológicos! Adnan le ha preguntado al señor de Google cómo se llaman. Tengo un grifo, un pegaso, un unicornio, una esfinge, y también un baku, que se come las pesadillas...

Pero papá no contestaba. Noté que respiraba entrecortadamente. Pobrecito. Se había quedado dormido. Lo arrojé con la manta y me quedé recostada a su lado, imaginando todo lo que había vivido en la aventura: aires exóticos, sabores extraños, olores chocantes, animales feroces. En varias ocasiones, sin llegar a despertarse, papá comenzó a balbucear palabras sin sentido, quejumbrosas y desesperadas. Pensé que estaba teniendo una pesadilla, seguramente soñando con el león que le había hecho aquella herida, así que le puse junto a la almohada la figurita del baku, para que devorase sus pesadillas como había hecho con las mías. También le puse en la cabeza unas gotitas del perfume de mamá. Le acaricié el pelo y la barba y le posé la mano sobre la frente hasta que volvió a tranquilizarse.

—No pasa nada, papá —le susurré— aquí no hay leones, estás en casa.

Papá no había podido pegar ojo en mucho tiempo, porque se pasó más de un día entero durmiendo.

QUERIDA GHADA

Fui liberado un mes después de mi detención, un mes que recuerdo como si fuera un año o más.

Sin previo aviso, un guardia me sacó de la celda, me empujó hasta la puerta de la comisaría y me dejó allí, dolorido y desorientado, con el sol que no veía desde hacía semanas clavándoseme detrás de las retinas como un glaucoma hiriente. Las calles estaban extrañamente silenciosas, como si todos durmiesen a pleno día, o como si todos hubiesen desaparecido. Me encaré al guardia que acababa de liberarme y le pregunté por Esmail, de quien no sabía nada desde hacía una semana. Desconocía si también lo habían liberado, si seguía preso o si estaba muerto. Como única respuesta, el guardia me devolvió una mirada violenta.

—¿Quieres volver adentro? ¿No? Pues entonces lárgate y no hagas preguntas.

Hasta entonces nunca había comprendido la violencia ni la justificación de la violencia. Entendí en ese momento por qué los hombres se matan y se odian. Deseaba degollar a aquel hombre con mis propias manos, lo hubiera hecho si hubiera tenido la más mínima posibilidad de éxito. Exhausto e impotente, decidí que lo mejor era volver a casa. Estaba deseando verte, y le sería más útil a tu tío fuera que dentro de aquella pesadilla.

Emprendí el camino a pie. No tenía dinero para un taxi y, aunque lo hubiera tenido, no había taxis en las calles. El asfalto humeaba bajo el sol, parecía que las calles fuesen a entrar en combustión. La vieja pintura de las fachadas se resquebrajaba por el calor como la piel quemada. Ráfagas de viento ardiente agitaban la colada que colgaba de los balcones, el único movimiento como signo de vida. Con la garganta seca, encontré fuerzas para caminar durante una interminable hora, dolorido y agotado, sustentándome en la idea de volver a verte. Llegué medio muerto hasta nuestro portal y subí tambaleante los escalones.

Recuerdo que lo primero que me impactó al entrar en nuestro piso fue que pensé que lo habíais pintado y limpiado a fondo, que, de alguna manera incomprensible, alguien había renovado los muebles por otros nuevos, tan miserables habían sido mis condiciones de vida en la cárcel que nuestra humilde casa me pareció un oasis sobrenatural de lujo y pulcritud.

Te encontré dormida, enrollada en las sábanas, entregada a ese sueño inerte al que os abandonáis los niños. Contemplándote, con cuidado de no despertarte, lloré largamente, en silencio. Muchas veces me he preguntado qué maldición pesó sobre mí para que te quedases ciega. Tu madre me dijo en una ocasión que el mundo necesita ángeles, y que es por eso que Dios nos envía seres como tú. Tal vez tu madre tuviera razón. Tú vives en tinieblas, sin embargo, mirándote, uno diría que irradias una luz especial. Tal vez sea cierto que el mundo está necesitado de ángeles. De lo que no estoy tan seguro es de que el mundo los merezca.

—¡Arriba dormilona! —te llamé en un susurro—. El sol ya ha incendiado el horizonte.

Primero te agitaste, luego saltaste de la cama y te abrazaste a mi cuello.

—¡Papá! ¡Has vuelto!

No tardé en hundirme en la inconsciencia arrumado por tu voz. Me hablabas como en sueños de seres mitológicos imposibles. Soñé con seres

mitad hombre mitad bestia que ladraban y aullaban y se devoraban entre ellos en una bacanal de fauces sangrientas. Gemí entre sueños queriendo llorar, zancadas en el vacío, el dolor siempre precede a la oscuridad. Irrumpió en mi pesadilla una presencia invisible que anunciaba la paz, un aliento de luz que barría la oscuridad y ahuyentaba a las bestias. Tus manos en mis mejillas. La mirada dulce de mi esposa. Madre. Hija. En sueños, el amor es incorpóreo. En sueños, el amor es un aroma de rosas con una pizca de azafrán.



En el barco: El casco blanco

El viento salado se lleva las últimas palabras de papá al acabar de contar su historia. Todo el mundo guarda silencio. ¿Se habrán olvidado ya de Doobie?

—Te pido perdón, hermano, por haber dudado de ti —dice un hombre—. Te opusiste al régimen y pagaste un precio terrible. Todos lo hemos pagado en realidad. Pero eso, desgraciadamente, no cambia nuestras circunstancias actuales. Hubo una votación y la mayoría tomó una decisión.

—En realidad, la votación ha terminado en empate —dice un hombre cuya voz no he escuchado hasta ahora.

—¿Por qué dices eso? —le pregunta el señor Contrabandista—. La votación ha terminado trece a doce a favor de tirar el perro al agua.

—Pero tu voto no debería contar, hermano, tú no eres ni siquiera sirio, ni te juegas nada en todo esto, o sea que tu voto es irrelevante, de manera que la votación se queda en empate de doce a doce.

—¡Por Dios! —replica la mujer odiosa—. Tanto discutir por un maldito perro, ¿qué importancia tiene la vida de un perro?

—Más de la que tú crees. Dios le concede la vida a todas las criaturas, estamos alabando al señor si protegemos su creación.

—¿Qué eres tú? —le pregunta la mujer—. ¿Acaso un predicador?

—No, yo, en realidad, no hablo tanto como los predicadores, prefiero actuar antes que hablar.

—Explícate hermano —interviene otro hombre.

—Yo soy un casco blanco.

QUERIDA GHADA

A veces pienso que la vida se parece demasiado a uno de esos tontos juegos de fichas de dominó que tanto gustan a los occidentales, esos en los que centenares de piezas se disponen laboriosamente en hileras para acabar tirando la primera que empuja a todas las demás, desplomándose una tras otra en cadena. Nosotros, las personas, somos las fichas. Nuestras decisiones son el detonante. Lo llaman el efecto mariposa. Si se parte de dos mundos o situaciones globales casi idénticos, pero en uno de ellos hay una mariposa aleteando y en el otro no, a largo plazo, el mundo con la mariposa y el mundo sin la mariposa acabarán siendo muy diferentes. En uno de ellos puede producirse a gran distancia un tornado y en el otro no suceder en absoluto.

Tal vez pienses que tu viejo padre desvaría hablándote así, pero esos pensamientos rumiaba mi mente, refugiado del calor sofocante del desierto bajo la sombra de una columnata semiderruida, mientras observaba la nube de polvo que levantaba el *jeep* que se acercaba. Una chirriante bandada de pájaros sobrevolaba el cielo azul, proyectando una tenue sombra móvil sobre el suelo. El vehículo se detuvo en el camino de tierra, a una docena de metros. Se abrió la puerta del copiloto y un hombre salió del vehículo. Era Ziad. El conductor permaneció dentro, observándome tras el destello del parabrisas a través de unas impenetrables gafas de espejo.

Nos saludamos con un abrazo fraternal. Ziad había cambiado su indumentaria habitual (vaqueros y camiseta de *rock*) por pantalones de camuflaje y un chaleco militar.

—¿Has averiguado algo sobre el paradero de mi hermano? —le pregunté, conteniendo la ansiedad que me golpeaba el pecho como el caudal de una presa a punto de desbordarse.

—Lo siento, pero no se sabe nada. Con toda seguridad, sigue en la cárcel.

El gusano hambriento de la angustia me corroía por dentro. No sabía lo que era peor, si la idea de que tu tío siguiera vivo sufriendo torturas cada día, o recibir la noticia de que hubiera muerto.

—Hago lo posible por conocer su paradero —dijo Ziad—. Si aún está...

—Si aún está vivo. Puedes decirlo.

—Si aún está vivo, lo liberaremos.

—¿Liberarlo? ¿Cómo? He hablado con decenas de abogados y ninguno ha logrado hacer nada por él.

—Por la fuerza. La gente está tomando las armas.

—¿Tomando las armas? Creía que la nuestra era una resistencia pacífica.

—Ya no podemos soportar más la violencia del régimen —respondió él con los dientes apretados como un perro rabioso—. ¿Crees que a Bashar le importa algo las huelgas de la dignidad y los mensajes de protesta en Twitter? No vamos a lograr derrocarlo a base de huelgas. Nos están matando y tenemos que defendernos. Ya sé que la gente en los comités no está de acuerdo con una respuesta violenta. Dicen que Occidente nos verá de una forma más positiva si mantenemos un enfoque no violento, pero maldita sea, la gente muere cada día, todos los días. La gente se está acostumbrando a las armas igual que se ha acostumbrado a la resistencia civil. Estamos formando un Ejército Libre para combatir a Bashar.

—¿Un ejército? Somos ciudadanos, no soldados. ¿Crees que por ponerte un uniforme militar ya eres un soldado? —le dije mirándolo de arriba a abajo.

—Te conviertes en un soldado cuando empuñas un arma —me respondió alzando la barbilla—. La gente ha estado comprando armas de contrabando desde que comenzó la crisis. En las zonas fronterizas del Líbano, Turquía o Iraq ha florecido el mercado negro. Allí las armas están por todas partes.

—No podemos ir a una guerra contra Bashar. —Negué con la cabeza—. ¿No lo entiendes? Aunque tengáis pistolas y fusiles, el régimen controla la artillería pesada y puede desplegar soldados de verdad por todo el país.

—Tú eres el que no lo entiende, Khaled —replicó mirándome con la boca entreabierta, como si aleccionase a un niño—. Nadie ha dado la orden explícita de tomar las armas. No ha sido una decisión desde arriba. Más bien, al contrario, lo que está pasando es que la gente está tomando un millón de decisiones individuales mientras son masacrados. Cuando miles de personas están rezando en una plaza, de manera pacífica, desarmados, y se les dispara y se les asesina... ¿Qué esperas que pase después, Khaled? Cuando se somete a zonas residenciales a un ataque militar, cuando los barrios viven el horror de ver a niños torturados hasta la muerte, cuando los jóvenes son acorralados y golpeados al azar, ¿qué esperas que hagan, Khaled? La gente tiene sed de venganza. La mayoría de los detenidos toma las armas en cuanto sale en

libertad. Tienen razones muy personales. A los combatientes que conozco les han quemado la casa, han asesinado a sus parientes y ellos mismos están en busca y captura.

—Créeme, sé muy bien lo que es la sed de venganza —repliqué bajando la mirada—. Pero tomar las armas no es la solución.

—Lamento tu postura. —Ziad se irguió, mirándome desde arriba—. Yo ya he tomado mi decisión. Combatiré en el Ejército Libre. Espero que volvamos a vernos cuando todo esto acabe, hermano.

Alcé la cabeza al cielo mientras el *jeep* se alejaba trazando en el desierto un rastro polvoriento. No había pájaros, ni nubes. Solo un azul doloroso y los recuerdos de un mundo antiguo y feliz disolviéndose lentamente en la memoria.



En el barco: El casco blanco

—Yo soy un casco blanco —dice una voz fuerte y clara que forcejea con el viento.

—¿Y eso qué? ¿Te hace ser más sabio que nosotros? —le increpa el señor Contrabandista.

—No, hermano, pero gracias a lo que soy, sé cosas que no sabes tú. Os propongo que repitamos la votación para romper el empate respecto a qué hacer con el perro. Pero antes, os pido que escuchéis mi historia. Tal vez os haga cambiar el sentido de vuestro voto.

El barco se escora ligeramente a la derecha. Papá se sienta a mi lado, silencioso, me pasa un brazo sobre los hombros. El viento racheado sopla fuerte, me ondea el pelo como una bandera. Gotitas de agua pulverizada me humedecen la cara. Todos permanecen en silencio, figuras inmóviles acurrucadas en la embarcación mecida por el oleaje.

—Me llamo Hayyan Madeb, y he recorrido Alepo ayudando a rescatar a cientos de personas que se encontraban sepultadas bajo los escombros.

La voz del señor Casco blanco llega desde arriba. Se ha puesto en pie para hablarnos, como un predicador, aunque él dice no serlo. Tiene una voz robusta

que empuja el viento. No necesita gritar para hacerse oír.

—Yo trabajaba en una carpintería y cuando empezaron los ataques de los dragones...

Me estremezco al pensar en los dragones. Nunca olvidaré la noche que esas bestias aladas irrumpieron por primera vez en nuestro barrio, sobrevolando los tejados y escupiendo fuego, rugiendo como el trueno.

13. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN LOS DRAGONES:

- *Huelen a humo y a fuego.*

- *Suenan a estruendo y a destrucción.*

—¡Arriba dormilona! —me llamó papá agitándome por los hombros, una inflexión de urgencia en su voz.

—Papá, son las... ¡las cuatro de la mañana! —exclamé palpando el reloj.

Todavía adormilada, noté en los oídos el fantasmagórico eco de un rugido.

—La magia no duerme. Bestias aladas sobrevuelan los tejados, ¿te lo vas a perder?

Había algo raro en el aire, olor a ozono, como carga estática. Un estruendo espantoso hizo temblar las paredes, como si un ser enorme hubiese saltado sobre el tejado. Me incorporé de un salto.

—¡Los dragones!

El suelo se movió bajo mis pies. En las mejillas noté una fina lluvia de talco al desprenderse la cal del techo.

—Esos dragones parecen realmente furiosos —dijo papá con voz festiva.

—¿Qué está pasando, señor? —Adnan entró en mi dormitorio oliendo todavía a sueño.

—Hay dragones merodeando por el barrio.

Papá me atrajo hacia él y pude sentir su corazón martilleándole el pecho por dentro.

—¿Cómo son, papá? ¿Puedes verlos?

—Uno de ellos ha pasado hace un momento por delante de nuestra ventana.

Por el amor de Dios. ¡Nunca he visto nada igual!

Tenía la voz entrecortada de la emoción, como si acabase de llegar de una carrera, nunca había visto a papá tan sobrecogido. Aquel dragón debía ser realmente impresionante.

—Ha pasado planeando con las alas extendidas tan grandes como el telón de un teatro, y los ojos le brillaban como dos soles. Ha escupido una bola de fuego que ha hecho temblar todo el vecindario.

A través de la ventana llegaba un tumulto de voces y el sonido de las ambulancias. El dragón había puesto en pie a la ciudad entera a las cuatro de la mañana.

—¿Nos hará daño, papá?

—No te preocupes, princesa, los dragones son muy lentos y sabremos resguardarnos de ellos con facilidad.

—Me parece que la gente está asustada —dije, porque oía voces de alarma y gritos y el llanto de los niños.

—La gente tiene miedo de lo que no puede entender. Pero tú no vas a tenerles miedo, ¿verdad, princesa?

Negué con la cabeza. Los dragones eran seres «ficticios» y yo no les tenía miedo. Doobie, en cambio, se había escondido bajo la cama y gimoteaba con una tiritona, a ráfagas breves y espasmódicas. Pobrecito. Lo cogí en brazos y lo acaricié para tranquilizarlo.

—Doobie sí que tiene miedo.

—Es normal, Doobie se asusta hasta de su sombra —rio papá—. Venid, vamos a ver qué demonios está pasando con esos dragones.

Papá me alzó en brazos. Adnan llevaba a Doobie en los suyos. Salimos al descansillo, que había sido invadido por las voces aturulladas de nuestro vecino Abdul, su esposa y sus dos hijos, aquellos dos gamberros que estaban atacando a Doobie cuando lo rescaté de sus sádicas manos. Los dos muchachos lloraban de puro miedo.

—¡Están atacando la ciudad! —gimió el vecino—. Nunca creí que se atreverían.

—Los dragones son osados —respondió papá—. El aliento de dragón ha liberado fuerzas que no podemos entender.

—¡Dios mío, ¿qué hacemos?! —preguntó el vecino.

Al principio solo fue un silbido subliminal, pero poco a poco fue creciendo y mutando a algo más grave, como soplar dentro de una botella.

—¡Papá, ya vuelve el dragón! —dije con asombro—. ¡Puedo oírlo!

Durante unos instantes nos envolvió el silencio, como si hubiésemos caído dentro de una burbuja de vacío sepulcral a todo sonido. La ciudad entera contuvo el aliento. Papá me apretó entre sus brazos y pude sentir cómo se tensaba todo su cuerpo. Un rugido enorme hizo temblar el suelo. La bola de fuego que escupió el dragón estalló tan cerca que parecía que el mundo entero, con todas sus luces y sus sonidos, hubiera sido barrido por completo en una explosión ensordecedora. Me caía polvo en la cara. Los hijos de Abdul gritaban muertos de miedo. Me sonreí para mis adentros. Yo no estaba asustada.

—¡Seguidme! —ordenó papá.

Bajamos las escaleras a toda prisa y salimos al frío de la noche. En las mejillas, el calor de un incendio próximo. Humo en el aire. Sobrevolándonos desde las alturas, el malvado dragón estaba quemando las casas una tras otra. Mujeres y niños gemían y lloriqueaban. Solté un bufido de indignación. Menuda la habían montado aquellos hombres abriendo los frascos de aliento de dragón del señor Ahmed.

—¡Venid conmigo! —gritó papá.

Cruzamos la calle rodeados de los lloros y rezos de las mujeres que le pedían a Dios que se llevase a los dragones a otra parte. Nos detuvimos frente a la puerta de la tienda de comestibles que estaba justo enfrente de nuestro portal. Papá golpeó la puerta con la palma de la mano.

—¡Abre! ¡Alí! ¡Abre! —llamó a gritos.

La puerta tardó unos segundos en abrirse con un deslizar de cerrojos.

—¿Qué queréis? —preguntó el señor Alí. Olía a queso rancio y la voz le temblaba como si hablase dentro de una coctelera.

—Alí, déjanos bajar a tu sótano, donde guardas las mercancías, allí estaremos a salvo de los dragones. Por favor, te lo ruego —le suplicó mi padre.

El señor Alí emitió algo parecido a un suspiro y nos dejó entrar rápidamente. Pasamos los cuatro a la tienda seguidos por nuestro vecino Abdul, su esposa y sus dos hijos. Nuestros pies taconearon ruidosamente por unas escaleras de madera hasta un sótano que apestaba a humedad y a cartones

podridos. Papá me sentó sobre unas cajas. Adnan dejó en mi regazo a Doobie, que todavía temblaba. Pobre perrito. ¡Qué miedo encararse con un dragón!

En el silencio, el resuello agitado de los hijos de Abdul. Aquellos dos olían a excremento de oveja. Los dragones escupían sin parar bolas de fuego que retumbaban a través del techo, como aldabonazos. El sótano tembló como si estuviéramos dentro de una cajita agitada por un gigante. Se produjo un chisporroteo eléctrico seguido de un fuerte olor a ozono y a plástico quemado.

—¡Por el amor de Dios, se ha ido la luz! —exclamó el señor Alí.

Los hijos del vecino Abdul gritaron aterrados.

—¿Por qué están tan asustados, papá? —le pregunté al oído.

—Creen que los dragones van a comérselos —respondió papá con voz risueña.

—De todos es sabido que los dragones no comen personas —le respondí.

—De todos es sabido —repitió papá—. Pero, al parecer, los hijos de Abdul son unos ignorantes.

QUERIDA GHADA

Después de la tempestad siempre llega la calma, pues la naturaleza es benévola. La guerra, sin embargo, es un acto fallido de los hombres; cuando la guerra hace acto de presencia, la paz jamás vuelve a instalarse en nuestros corazones.

Nuestras esperanzas llegaron al amanecer, bajo un cielo limpio y azul, sentados en la parte trasera de los camiones, asomados a las ventanillas de los coches, blandiendo Kaláshnikov y banderas de la libertad, una estampa como salida de un mural revolucionario.

El Ejército Libre.

El convoy recorrió las calles de Aleppo entre vítores de la gente que se echaba a las calles entusiasmada, aclamando, saludando desde los balcones. A través de retazos de video, grabados por trémulos teléfonos móviles y difundidos en las redes sociales, habíamos sido testigos de una cruenta batalla en el barrio de Saladino entre el Ejército Libre y las fuerzas de Bashar, batalla tras la cual, miles de combatientes afluían a la ciudad procedentes de las zonas rurales del norte y del este. «¡Hacia Aleppo!» gritaban, como si la palabra

fuese sinónimo de victoria. El Alepo histórico, la ciudad más grande del país y el centro neurálgico de la economía, había sido tomado por el Ejército Libre. Alepo se dolía de las cicatrices de la violencia, pero volvía a sonreír.

Como uno más entre la muchedumbre, observé el desfile de vehículos militares seguidos por coches de particulares que hacían sonar sus cláxones con euforia y por hombres en moto que ondeaban pañuelos blancos al viento. En uno de los vehículos que encabezaban la marcha, distinguí a Ziad, de pie en la parte trasera de un camión. El joven revolucionario sonreía exultante y agitaba arriba y abajo su Kaláshnikov como si ofreciese un trofeo, como un futbolista que celebra la victoria de su equipo en un paseíllo triunfal entre la afición.

En aquel momento, querida Ghada, el ímpetu de la revolución armada parecía imparable. Los soldados del Ejército Libre habían logrado expulsar a las fuerzas de Bashar de la ciudad. Ya no había policía de Bashar en las calles. Ya no había informadores. Se habían marchado o se habían escondido como ratas en sus madrigueras. Ejecutados los francotiradores. Los combatientes se bajaban de los camiones y bailaban en mitad de las calles mientras algunos tocaban la guitarra. La ciudad, cuyos edificios mostraban las heridas de los primeros ataques aéreos con el mismo orgullo de un boxeador que sonríe desdentado después de recibir los golpes más duros y salir victorioso, la ciudad se llenó de campesinos vestidos de las formas más variadas, familias enteras como salidas de viejas fotografías, chicas cogidas del brazo que recorrían las aceras saltando al compás de sus canciones, soldados en grupos contemplándolas, camionetas con la plataforma atiborrada de gente que cantaba y reía. Multitudes de hombres, mujeres y niños vestidos de fiesta sostenían guirnaldas y agitaban en el aire ramos de flores. Las calles se llenaron de inscripciones de colores y de las fachadas de las casas colgaban adornos y pancartas con lemas apoyando la revolución bajo arcos de triunfo de boj y arrayán. Me abrí paso entre la gente envuelto en un jolgorio de gritos, cantos y tambores. Los balcones, llenos de mujeres hablando a gritos con los de la calle. Alguien de entre la gente sostenía un cordero entre las piernas y lo estaba matando sin que nadie oyera ni reparara en el último chillido estridente del animal al sentir en la carne el filo del cuchillo. Un chico mojó la mano en su sangre y la estampó en una pared blanca. La calle entera retumbaba con el fragor del griterío y el baile improvisado al compás de los

tambores. Algunos se arrancaban a dar palmas y todos querían tocar la mano de los soldados para llevarse después la suya a la frente. Varios hombres encendieron un fuego al fondo de la calle y comenzaron a asar el cordero recién sacrificado.

Me interné por una callejuela alejándome de la multitud. Las calles de nuestra querida Alepo, a pesar del ambiente festivo, comenzaron a ensombrecerse y a tornarse gradualmente ajenas y hostiles. Recuerdo que pasé al lado de una tienda del tamaño de un armario ropero, una tienda que recordaba haber visto de pasada muchas veces, donde vendían especias y pétalos de flores para hacer perfumes, y me tuve que detener un momento sobrecogido de su nueva oscuridad. La puerta estaba caída sobre la acera y los aromas a nardos, rosas y resinas, apenas perceptibles entre la cal y la madera, se asemejaban más a aroma de ceniza.

Continué caminando, extrañamente compungido por algo tan insignificante como una tienda tan diminuta y sus olores. Mis pasos me llevaron a la comisaría donde había estado detenido. En la puerta estaba estacionado un vehículo del Ejército Libre. Un soldado solitario, sentado en la plataforma trasera del camión con el fusil apoyado en el regazo, fumaba un cigarrillo y me observaba con ojos hundidos mientras me aproximaba.

—La paz sea contigo —me saludó el soldado.

—Contigo sea la paz —respondí—. Busco a alguien que estuvo detenido aquí —dije mirando hacia la puerta de la comisaría.

—Ahí dentro ya no queda nadie —respondió el soldado—. Todos los detenidos han quedado libres. Los policías han huido, y los que no escaparon, los hemos matado.

—¿Puedo entrar a echar un vistazo?

—No hay nadie —repitió el soldado, encogiéndose de hombros.

Crucé el umbral de la comisaría. Dentro, todo estaba revuelto, como si hubiera pasado un ciclón. Las sillas volcadas, las mesas tumbadas, papeles por el suelo, manchas de sangre, algunas todavía brillaban, húmedas. Me pregunté si los policías que me torturaron a mí y a tu tío Esmail habían logrado huir o pertenecerían al grupo que, según el soldado de la puerta, había sido ejecutado. No sentí deseo alguno de venganza, pero tampoco hubiese querido que aquellos hombres siguieran libres para seguir torturando a otros hombres. Me daba cuenta de que había algo equivocado en lo que estaba pasando, pero

no encontraba las palabras para expresarlo, ni siquiera a mí mismo. Solo tenía la sensación de que el mundo, tal y como lo había conocido, se desdibujaba a mi alrededor, grotesco.

Me adentré por el lóbrego pasillo que conducía a las celdas. Recuerdo que cuando volví a casa después de pasar por el infierno de aquel lugar me pareció que nuestro piso había sido pintado y remodelado. Ahora que volvía a ver las celdas comprendí el porqué. Aquellas celdas eran un agujero inmundo de sufrimiento tras el cual la casa más humilde de la tierra parecería un palacio. En cada pared recordaba una humillación, y me resultaba extraño caminar por aquellos pasillos enmohecidos sin oír gritos de desesperación, hasta el punto que arañé las uñas por la pared para asegurarme de que no me había quedado sordo. Encontré rastros de sangre en el suelo, papeles, un zapato abandonado, la chaqueta de un uniforme, un calcetín, como si alguien se hubiese ido desvistiendo absurda y apresuradamente mientras escapaba. Las celdas estaban vacías. Nada se movía. Al otro lado de las rejas solo atisbaba oscuridad. El hedor a heces y a orín me trajo dolorosos recuerdos. El olor era aún más evocador que la visión de las barras metálicas, las cadenas, o los cables eléctricos. Las heridas en mi torso palpitaron como algo radiactivo que se activa bajo el influjo de un lugar maldito.

¿Dónde estás, querido hermano? Murmuré. Una plegaria. No me quedaban lágrimas, pero sí mucho dolor. No obtuve respuesta, solo la posibilidad de tu tío muriendo a solas en la oscuridad, y no había esperanza ni nada que pudiera consolarme y me cuestioné dónde estaban entonces todos los que proclaman la bondad de Dios y por qué me habían dejado solo y se habían llevado con ellos la paz en el mundo.



En el barco: El señor casco blanco cuenta la historia de su vida. (Y ojalá que sea una historia larga).

Mientras el agua del Mediterráneo nos mece en nuestro trayecto, el señor Casco blanco alza la voz por encima del chapoteo de las olas como un predicador frente a una multitud bulliciosa:

—...cuando el ejército de Bashar comenzó a atacar a civiles en las zonas liberadas, me uní a algunos compañeros de la carpintería que habían tomado las armas y comenzamos a luchar.

—Así que eras un terrorista —le responde el señor Contrabandista.

—No, yo solo defendía a mi pueblo de la única manera que pensaba que era capaz. Nos estaban masacrando indiscriminadamente y había que defenderse. No hay nada innoble en defenderse. Tuvimos muchos enfrentamientos contra el ejército, muchos de mis disparos dieron en el blanco y se cobraron vidas humanas. Cada vez que mi rifle le arrancaba la vida a uno de los soldados, por mucho que fueran nuestros enemigos, sentía que un pedazo de mí mismo moría también.

»Pero seguí haciéndolo hasta que un día nos sorprendió un bombardeo. Una bomba de barril cayó justo encima de un edificio de viviendas a dos bloques de distancia de donde yo estaba. El edificio se derrumbó levantando una enorme polvareda, como en una de esas grabaciones de voladuras controladas. Fue entonces cuando les vi por primera vez. Eran solo media docena de hombres que corrían hacia los escombros de aquel edificio que aún se estaba desplomando. Los observé desde la distancia, desde un terrado en el que estaba apostado con mi rifle. Eran como hormigas con cascos blancos, internándose en la nube de polvo gris mientras la estructura seguía colapsándose. Me quedé sin respiración. Aquellos hombres no conocían el miedo, solo les movía el amor por los demás, y comprendí también que lo que hacían aquellos hombres no les quitaba el sueño cada noche, no moría un pedazo de ellos cada vez que salvaban a alguien. Comprendí que era preferible salvar la vida de un hermano antes que arrebatar la de un enemigo. Por eso decidí convertirme en uno de ellos, un casco blanco.

Hace una pausa. Nadie habla. El mar respira en calma. Ya no sopla el viento y pareciera que nos deslizásemos por un lago idílico de aguas quietadas y lisas como un espejo.

—Al poco tiempo de unirme a los cascos blancos, me informaron de que había sospechas de que uno de mis vecinos era un miembro de la mujabarat. De manera que, temiendo por la seguridad de mi mujer y mis hijos, decidí que tenía que sacarlos de Alepo como fuera.

—¿Cruzaron en uno de estos botes? —le pregunta el señor Contrabandista.

El señor Casco blanco responde mientras prosigue con la historia de su

vida. Lo que nos está contando tiene el propósito de convencer a los viajeros del barco de que no tiren a Doobie al agua. Y me alivia comprobar que es una historia larga, pero que muy larga. De momento no estoy entendiendo gran cosa, la verdad, y no sé cómo esta historia va a poder salvar a Doobie, pero, mientras tanto, el tiempo pasa, el barco sigue su rumbo y Doobie continúa en mi regazo. A lo mejor, cuando el señor Casco blanco acabe su relato, resulta que ya estamos tan cerca de la orilla que aunque tirasen a Doobie por la borda, podría llegar nadando a tierra firme.

Entonces me asalta una duda terrible: ¿Los perros saben nadar?

14. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN DOOBIE Y EL AGUA:

- *Huele a perro mojado.*

- *Suena a chapoteo y a gemidos.*

La vuelta a casa de papá no trajo el azul pleno a nuestro hogar. Papá parecía haber cambiado, estaba siempre callado, distante. A menudo me abrazaba sin venir a cuento y me decía que me quería mucho. La mayor parte del tiempo estaba pendiente de las noticias y por las noches temblaba en la cama y hablaba en sueños. A veces, en mitad de la noche, le escuchaba quejarse con palabras ininteligibles, o gritaba: «¡No!», despertándonos a Adnan y a mí. Yo sufría mucho por él, sabía que estaba soñando con leones, esas bestias le habían hecho daño tanto en el alma como en el cuerpo, y no era capaz de desprenderse de su recuerdo ni en sueños.

Otras noches me despertaban estruendos y rugidos que venían de lejos, de barrios distantes donde los dragones parecían campar a sus anchas. A veces eran sonidos de golpes metálicos que venían de nuestro propio vecindario, como si alguien aporrease una cacerola con un martillo, a cualquier hora, a las tres, a las cuatro de la mañana, a horas aún más intempestivas que las siete de la mañana.

Los dragones provocaron que cerrasen la escuela porque los niños tenían mucho miedo de salir a la calle y toparse con un dragón merodeando, de manera que cuando papá se iba a trabajar, Adnan y yo nos quedábamos encerrados en casa. Teníamos terminantemente prohibido salir.

A menudo se cortaba la electricidad, varias veces al día, a veces durante varias horas, y papá se enfadaba mucho porque no podía seguir en las noticias

lo que estaba ocurriendo con los dragones, ni en internet ni en la televisión. A veces la luz se iba al caer la noche, el apagón afectaba a todo nuestro barrio, y quedábamos inmersos en un silencio de cementerio. A veces, un dragón venía a merodear por nuestro barrio, rugiendo y escupiendo bolas de fuego, y teníamos que correr a escondernos en el sótano de comestibles del señor Alí. La mayor parte del tiempo, los dragones nos dejaban en paz y pasábamos las horas leyendo los libros que papá nos traía de la biblioteca pública.

Cada vez que se iba la luz por la noche, papá refunfuñaba porque no podía conectarse a las noticias de internet, y Adnan se enfadaba porque no podía seguir leyendo sus cómics. Yo intenté enseñarle a leer *braille*, para que así no necesitase la luz para leer, pero le costaba mucho.

—No entiendo cómo puedes descifrar estos puntitos, me cuesta mucho distinguir una letra de otra —me dijo.

—No tienes que leerlos con los ojos, sino con los dedos.

Yo tampoco entendía sus cómics, que son libros que en su mayor parte están compuestos de dibujos. Ni aunque estuviesen en *braille* podría apreciarlos, porque la acción no está explicada en palabras, sino que hay que verla. La verdad, por más que me esfuerzo no soy capaz de entender cómo se puede meter el mundo de tres dimensiones en un dibujo, que es una cosa plana y lisa. Adnan me lo intentó explicar.

—No hace falta que los dibujos tengan relieves. Una fotografía es como cuando ves algo, cuando miras al frente las dimensiones salen de la perspectiva, me lo explicaron en clase de dibujo.

—¿Perspectiva? —Ahí tenía una nueva palabra para mi vocabulario de escritora.

—Al mirar vemos en realidad en dos dimensiones, como si tocas un dibujo plano, solo cuando tienes algo muy cerca captas una imagen tridimensional, porque miras con los dos ojos, que no están en el mismo sitio, pero cuando miras al horizonte, es como mirar una fotografía.

—¿Y cómo sabes que las cosas están lejos o están cerca, si todo está plano?

—Eso es la perspectiva. Las cosas se ven más grandes cuando están más cerca, más pequeñas cuando están más lejos. Por ejemplo, si pones una muñeca cerca de la cámara y otra exactamente igual de grande más lejos, en la foto se ve una muñeca más grande que otra.

Era bastante raro. Hice un experimento con dos muñecas del mismo tamaño. Una la puse a mi lado y la otra en el extremo de la mesa. Cuando las tocaba a la vez, estirando un brazo, me parecían igual de grandes. Según Adnan, para una persona con vista, la que estaba lejos le parecería más pequeña. ¡Con razón la gente desconfía tanto de la vista! Siempre oigo decir eso de: «La vista engaña», o «La vista te juega malas pasadas». Nunca he oído decir: «El oído engaña», o «El olfato te juega malas pasadas».

—Y cuando miras una fotografía, ¿cómo sabes que una está cerca y otra está lejos y no que se trata en realidad de una muñeca grande y de otra pequeña?

—Ay, ¡yo qué sé, Ghada! ¡Qué preguntas tan difíciles!

A esa pregunta me respondí yo misma. Supongo que es igual que el sonido. Cuando algo está lejos suena flojito, y cuando está cerca suena más fuerte. Cuando papá me llama en el parque tiene que gritar para hacerse oír, en cambio cuando está a mi lado me habla normal. No es lo mismo que te hablen al oído que escuchar el griterío de los niños en el patio del cole. Al final, todos los sonidos, los que vienen de muy cerca y los que vienen de muy lejos, te caben en el agujerito de la oreja.

Razoné que lo mismo debía pasar con la vista, lo que una persona alcanza a ver tiene que ir achicándose en la distancia, por eso les cabe todo el sol y toda una galaxia en los ojos, porque son cosas que están muy muy lejos.

Otro de nuestros pasatiempos favoritos era jugar con barquitos de plástico, las maquetas que me había regalado mi tío, en la bañera de la casa.

Meter la mano en el agua. El líquido como una especie de conductor. Si Adnan chapoteaba con su mano en un lado de la bañera podía sentir las ondas que creaba sobre la superficie en el otro lado. Cuando me bañaba, metía la cabeza dentro del agua y escuchaba cómo los sonidos de fuera se almohadillaban y los sonidos de mi propio cuerpo se hacían más evidentes. El agua no tiene forma, parece suave, inofensiva, pero el agua llega allá donde no llega ni el fuego de los dragones, allá donde no llega ninguna otra cosa, conectándolo todo. El mar es el agua inmensa que cubre el planeta casi entero. Cuando tiras una piedra en el mar se crea una onda que se expande por todo el mundo y le da la vuelta, una y otra vez, hasta el infinito. Si todos tenemos agua dentro, el agua guarda ecos de todo lo que uno dice y piensa. Cada cosa que hacemos es como tirar una botella al mar, una botella que va a navegar para

siempre.

Le pedí a Adnan que le preguntase al señor Google cosas sobre el agua en el ordenador de papá.

—Aquí dice que más de un setenta por ciento de la superficie del mundo es agua —me dijo—. Y ¿sabes que los seres humanos estamos compuestos por más de un setenta por ciento de agua?

¡Somos blanditos porque estamos rellenos de agua!

—El cerebro y el corazón también tienen más de un setenta por ciento de agua, igual que el planeta. ¡Todo es agua!

Dejaba un barquito flotando en la bañera y comparaba la pequeñez de aquella maqueta con toda el agua de la bañera. El agua tenía el poder de llevar el barquito a cualquier lado, el barquito no tenía ningún poder sobre el agua.

Una de aquellas mañanas sin cole, papá, antes de marcharse a trabajar, me ordenó darle un baño a Doobie. Empezaba a oler bastante mal. Hasta aquel día papá lo había lavado en la bañera pero estando vacía, dándole una ducha jabonosa. Yo había escuchado que los perros saben nadar de nacimiento, así que decidí, simplemente, llevarlo al baño y arrojarlo a la bañera llena de agua.

A Doobie no le hizo ninguna gracia, se puso a ladrar como loco, salpicando agua para todos lados. Salió de la bañera en un instante y corrió hacia el salón dejándolo todo perdido.

—¿Qué le has hecho a Doobie, Ghada? —me gritó Adnan—. ¡Viene empapado, corriendo como loco!

¿Será posible que Doobie sea el único perro del mundo que no sabe nadar? ¿O es que simplemente no le gusta el agua?

QUERIDA GHADA

Miro atrás y mi memoria se puebla de tantas imágenes de destrucción que me sorprende haber transitado por semejante devastación con tanta normalidad. Nuestra hermosa ciudad estaba siendo golpeada una y otra vez, cada bomba, una nueva bofetada, un nuevo puñetazo que dejaba señales, moratones, sangre. Como un cáncer, un páramo de cenizas y escombros se extendía por las entrañas de Aleppo. Sus habitantes, antes felices, ahora

abandonados de toda gracia, despojados de esperanza como se despoja a un conejo de su piel. Dicen que si arrojas una rana en una olla con agua hirviendo, salta inmediatamente hacia fuera y consigue escapar. En cambio, si la depositas en agua fría y calientas el agua poco a poco, la rana no reacciona, se va acomodando a la temperatura hasta que pierde el sentido y, finalmente, muere achicharrada.

Acogimos los primeros bombardeos del régimen a barrios residenciales con la misma extrañeza que una nevada en verano. Inusual, insólita, difícilmente repetible. Pero las bombas siguieron cayendo y cada ataque nos parecía el último: un error inaceptable, un accidente, algo que no podía volver a suceder. Después empezamos a rezar para que cada ataque fuese realmente el último. Hasta que llegó un día en el que, tras cada bombardeo, comenzamos a preguntarnos cuándo sería el siguiente y a prepararnos para ello.

El horror como rutina.

Fue uno de aquellos días cuando nuestro vecino Alí llamó a la puerta de casa. Me encontré a un hombre flaco y ojeroso que se retorció las manos con nerviosismo.

—La paz sea contigo —me saludó.

—Contigo sea la paz —le respondí—. Pasa, hermano.

Alí se acomodó sobre la alfombra. Le ofrecí una taza de té. Bebimos en silencio. Las cortinas filtraban la humosa luz del atardecer. Desde la calle no llegaba ni un sonido. De vez en cuando, ráfagas de disparos repiqueteaban quejosas para morir de nuevo en el silencio. Ya no había coches circulando ni apenas transeúntes. Las escuelas habían cerrado. Casi nadie iba a trabajar. La ciudad sumida en una tensa y agotadora expectación, la larga espera en un hospital aguardando noticias de sanación o muerte del ser querido.

—¿A qué debo el honor de tu visita? —le pregunté a nuestro vecino.

—Las estanterías de mi tienda están vacías —me respondió—. Ya no queda comida, ni en mi tienda ni en ninguna otra. El ejército de Bashar ha cortado los suministros que llegan a la ciudad. No hay carne ni pescado ni harina ni leche. Las madres vienen a comprar pan para sus hijos y tienen que regresar con las manos vacías. La gente cree que los comerciantes nos guardamos la comida para nosotros y para nuestros amigos. Pero no es verdad. Damos todo lo que tenemos. Mis hijos están pasando hambre. Hay saqueos. Temo por mi familia.

Asentí cerrando los ojos y bajando la cabeza, como en una reverencia. Yo también tenía hambre. En las últimas semanas había estado racionando la comida, privándome de la mayor parte de mi ración para dárosela a ti y a Adnan, a quien había acogido en nuestro hogar como a un hijo. Si las cosas seguían así, pronto tampoco habría suficiente comida para vosotros dos.

—Ayer asaltaron la panadería de Kazim —prosiguió Alí—. Le robaron los últimos sacos de harina que le quedaban y al pobre hombre le dieron una paliza de muerte. Ni siquiera pudimos llevarlo al hospital porque están desbordados de heridos por los bombardeos. Los helicópteros nos sobrevuelan cada día y disparan misiles y ráfagas de ametralladora. Todos los días caen bombas de racimo y misiles. El ejército de Bashar bombardea panaderías, escuelas, hospitales y mercados. Tenemos hambre y estamos rodeados por bombas.

—Lo sé, hermano, y lo mismo está ocurriendo en Homs y en otras ciudades del país.

—No he venido a compartir información —dijo Alí mirando al suelo como si algo le avergonzase—. Sino para pedirte algo.

—¿Qué puedo hacer yo, hermano?

—Tú eres amigo de uno de los comandantes del Ejército Libre.

—Si te refieres a Ziad, fuimos amigos, quizá, en otro momento —respondí—. Tal vez pueda pedirle ayuda, tal vez me escuche, pero no creo que pueda hacer más de lo que ya está haciendo.

Alí negó con la cabeza. Se retorció las manos como si se las enjabonase.

—No, no lo entiendes —dijo—. No queremos su ayuda. Dicen que nos han liberado de la tiranía del régimen, pero nuestra llamada zona liberada es un infierno, no dejan de bombardearnos por culpa de ellos. Queremos que se vayan. Queremos volver a vivir como antes. Por favor, díselo. Queremos que el Ejército Libre abandone Alepo.

* * *

Hasta aquel momento, nuestro barrio, cuyos residentes éramos en su mayor parte alauíes o cristianos de clase media alta, había sido uno de los menos castigados por las bombas de Bashar. Pero cuando me adentré en la zona ocupada por el Ejército Libre, el paisaje urbano empezó a asemejarse a las

antiguas fotografías del Stalingrado arrasado tras la Segunda Guerra Mundial. Las calles cubiertas de polvo y ceniza gris, edificios semiderruidos, montañas de escombros. Todo estaba blanco, como si desde el cielo hubiesen llovido sacos de harina en vez de bombas. Hombres con la mirada abatida sentados en las aceras al amanecer, expulsados de sus hogares, arrastrados por una riada invisible. El hedor acre de los muertos. Ceniza negra cayendo suave como nieve de un antimundo. El repiqueteo de disparos ya no sorprendía a nadie. Las tiendas cerradas con las persianas forzadas por los saqueos. Coches sin neumáticos apilados en improvisadas barricadas, otros consumidos por el fuego. Cables de electricidad cortados, colgando inertes de fachadas semiderruidas. Tuberías secas asomando como muñones. Restos de sangre. Reguero de zapatos. Una mujer con burka pasaba corriendo a mi lado como una sombra asustadiza. Alguien gritando de puro dolor en la distancia.

Mis pasos me llevaron hasta el edificio que había sido el cuartel general del Ejército Libre, del que solo quedaba una cuadrícula de vigas sepultadas por escombros que revelaba las oquedades de las habitaciones. Miré en derredor de aquella gigantesca ruina recortada contra el cielo azul. Soldados desperdigados con sus uniformes harapientos, famélicos, fumando con actitud ociosa, como si toda aquella destrucción no fuera con ellos. Ninguno parecía pasar de los veinte años.

Me acerqué a uno, huesudo y con ojos hundidos, delirantes.

—La paz sea contigo. Busco a Ziad. Soy amigo —dije.

El soldado, a quien adivinaba una tez adolescente detrás del polvo de sus facciones y su barba, apuntó al frente con un dedo ennegrecido de nicotina. Señalaba al otro lado de una gran plaza claveteada de troncos chamuscados de palmeras, indicándome una estructura de hormigón bunkerizada con chapas de metal y remaches. Me dirigí hasta allí cruzando la explanada, sintiéndome pequeño y expuesto bajo la inmensidad del cielo azul, como un insecto recorriendo extraños y herrumbrosos vertederos.

Un soldado con Kaláshnikov, tan joven como el anterior, custodiaba la entrada del búnker. Me cacheó de arriba abajo mientras notaba en mi cara su aliento agrio de tabaco. Finalmente me dejó pasar.

El interior de aquel recinto estaba sumido en una penumbra azul, sin ventanas. En el suelo, de cemento desnudo, un ordenador portátil y un hombre inclinado sobre la pantalla. Su rostro iluminado y fantasmagórico descifrando

inextricables designios del infortunio.

Al verme se puso en pie y nos dimos un abrazo.

—La paz sea contigo, hermano —dijo Ziad.

—Contigo sea la paz —le respondí.

Ziad parecía haber envejecido veinte años. La imagen del Ziad que había visto hacía solo unos meses chocaba en mi mente con el rostro que tenía delante, como si fuese una de esas inverosímiles caracterizaciones de las películas en las que a un actor joven lo maquillan para parecer un viejo. Tenía la barba blanca salpicada de hebras oscuras, la piel descolgada, el rostro ennegrecido y ojeroso. El pelo revuelto y pegado a la frente. Me ofreció una taza de té y nos sentamos sobre una alfombrilla.

—¿A qué debo tu visita? —me preguntó.

—¿Cómo estás, hermano? —respondí eludiendo su pregunta, cuya respuesta quería dejar para un poco más tarde.

—No puedo decir que esté bien —respondió con la mirada desenfocada y la voz apagada—. Las bombas de Bashar y sus aliados rusos nos están diezmando. Cada día tengo que dar sepultura a una docena de mis soldados.

—¿*Soldados* dices, Ziad? He visto a unos cuantos de tus soldados ahí fuera. Son solo muchachos.

—Es lo que tenemos, es lo que somos. Te aseguro que los asesinos de Bashar, cuando tienen oportunidad, les disparan a esos *muchachos* como si fueran adultos, a ellos y a cualquiera, a civiles inocentes, sobre todo a civiles inocentes. Bashar es un desalmado, sigue bombardeando sistemáticamente incluso barrios donde ni siquiera tenemos soldados.

—Castigan a la población para castigaros a vosotros —reflexioné en voz alta.

—Porque nosotros los castigamos a ellos. Estamos consiguiendo que pierdan terreno y se retiren de muchas áreas, estamos liberando nuestra patria palmo a palmo.

Había en su voz una falta de convicción disfrazada de entusiasmo propagandístico, casi podría decirse que mesiánico. Un fanatismo incipiente cuyas consecuencias aún no podía imaginar, querida Ghada, cómo puede uno imaginar, cuando está sumido en el horror, que ese horror apenas es una antesala amable del verdadero infierno.

—No tienes que fingir conmigo —le dije—. No les estáis haciendo daño en absoluto, Ziad, ni estáis liberando a nadie. —Tuve que hacer una pausa para tomar una profunda bocanada de aire—. Cuando las fuerzas del gobierno se retiran de una zona es porque están siguiendo una estrategia contrarrevolucionaria muy premeditada. Os dejan tomar el control de un área y entonces pueden bombardearla como les plazca, porque ahora se trata de un área enemiga, convierten la represión en una guerra contra un invasor que les ha arrebatado terreno soberano.

—¿Crees que no lo sé? —me respondió, asintiendo con los ojos muy abiertos—. Son muy listos, protegen bien sus zonas ricas y se retiran de los barrios pobres. Entonces bombardean las panaderías, las escuelas, los hospitales, los mercados. Nos cortan los suministros y nos hacen pasar hambre. Mantienen a la gente cercada como si fuese ganado. Cada vez somos más conscientes de que nuestras llamadas «zona liberadas» son en realidad una enorme prisión.

—¿Y todavía esperas ganar esta guerra?

—Quizás alguien nos apoye desde fuera.

—Si alguien os ayuda desde fuera estaréis legitimando la teoría de Bashar de que toda vuestra lucha responde a intereses extranjeros.

—¿Y eso qué importa? No vamos a destronar a Bashar demostrando que tenemos razón o no, legitimando o deslegitimando, lo que cuenta es aplastarlo militarmente y derrocarlo como han hecho antes con otros líderes de la región árabe. No hay otra manera, pero para eso necesitamos más armamento, tanques, helicópteros...

—¿Pero hay algún país dispuesto a enviar esa ayuda?

Ziad inclinó la cabeza sujetándose la frente con la punta de los dedos, en actitud meditativa, las manos temblorosas, las pupilas embelesadas en la alfombra.

—Las organizaciones internacionales de ayuda no quieren saber nada de nosotros —admitió con desespero—. Nos consideran rebeldes y no un estado soberano. Las mentiras de Bashar están funcionando de cara al exterior. Los idiotas occidentales se piensan que somos un ejército de insurgentes traidores.

—Rusia apoya a Bashar. Puede que Estados Unidos intervenga para equilibrar la balanza —dije.

—¿Estados Unidos? ¿Qué te hace pensar que los americanos nos van a

ayudar?

—Obama dijo que no permitiría que se usaran armas químicas.

Ziad estalló en carcajadas. Parecía enloquecido y exaltado, a la vez viejo e infantil.

—¿Por qué te ríes?

—¡Bashar lleva semanas usando armas químicas! ¡Asómate al exterior, Khaled, y mira al cielo! ¡Dime! ¿Dónde están los aviones de los americanos? ¡Abre los ojos, Khaled, el mundo civilizado, ese mundo de democracias y derechos humanos, ese mundo de libertades al que aspiramos a parecernos, nos ha dado la espalda!

La risa mutó en una mueca histérica, demente, los ojos abiertos como platos. Su expresión se mostraba cada vez más desquiciada. Sus pupilas se movían de un lado a otro como si tuviese mil cosas corriendo desbocadas en su cabeza.

—Pero lo peor no es eso —añadió—. Lo peor es que estamos cada vez más descoordinados. Tenemos un montón de manzanas podridas.

Manzanas podridas. Ziad se refería a que muchos de los soldados que se enfrentaban al régimen habían comenzado a corromperse, a actuar por su cuenta y a robar para su propia conveniencia, y esos comportamientos le daban a Bashar otra excusa para seguir llevando a cabo acciones militares despiadadas. Ahora podía argumentar que estaba tratando con simples delincuentes. Peor aún, otros grupos de rebeldes se estaban sumando al conflicto por su cuenta, solo unidos por su odio a los alauíes, la rama del islam a la que pertenece Bashar, pero radicalmente opuestos en muchos otros aspectos. Especialmente virulentos eran los grupos de radicales yihadistas que cada vez afluían en mayor número desde Iraq y Afganistán, lo cual hacía la coordinación imposible en una guerra que ya contaba con cuatro bandos enfrentados a muerte, cada uno de ellos con una serie de apoyos independientes. El más desorganizado de todos era, sin duda, el del Ejército Libre.

El que más se beneficiaba de ese caos era siempre el gobierno.

—Pienso que nunca debisteis tomar las armas —le dije, y aunque lo único que pretendía era compartir una reflexión, tal vez, de carácter estratégico, el tono me salió de reproche.

—¿Y qué otra cosa podíamos hacer? —Me lanzó una mirada enojada—.

Yo mismo vi las masacres. Tú también las viste, Khaled. Los restos humanos desperdigados por la calle, los gritos, la sangre de los niños. Permanecí petrificado durante demasiado tiempo, aferrado a la acción pacífica, nos pasó a todos, pero al final reaccionamos, *teníamos* que reaccionar.

—El régimen tiene muchas más armas que vosotros —le respondí, negando con la cabeza—. Ya has visto lo que son capaces de hacer. No dudan en destruir infraestructuras urbanas a gran escala y no les importa masacrar civiles.

Ziad se revolvió el pelo con una mano. Temblaba con espasmos irregulares, como sacudido por pequeñas e intermitentes descargas eléctricas.

—Nunca debimos empezar esto —le dije—. Nunca debimos apoyar una revolución.

—Te crees muy inteligente, Khaled, ¿no es eso?

—No quería ofenderte, hermano.

—¡Pues lo haces! ¡Sabes muy bien que no podíamos haber previsto esto! —Me miró con el rostro crispado—. ¿Quién iba a imaginar que el mundo entero nos iba a dejar abandonados de esta manera? Ni siquiera hacía falta una intervención directa, solo con que Rusia e Irán no hubieran apoyado a Bashar de la manera que lo hicieron, solo con que desde el extranjero nos hubieran ayudado mandándonos, no ya armas, solo munición... ¡Hubiéramos derrocado a Bashar en pocas semanas! ¡Entonces vendrías aquí a felicitar me y no a cuestionarme! ¡A mí y a toda esta gente que lucha por la libertad!

Ziad me miraba con unos ojos desmesurados, y en ellos no logré atisbar al hombre que yo había conocido, solo un profundo odio y delirio que me asustó. Le sostuve la mirada manteniendo la mía serena.

—¿Para qué has venido entonces, Khaled? Todavía no me has respondido a eso —me dijo.

No sé ni cómo reuní el valor suficiente para responderle, pero lo hice.

—La gente pide que os vayáis, que abandonéis. Los están masacrando por vuestra culpa.

Ahora entiendo, pasados los años, que la segunda frase, además de injusta, no era necesaria, pero eso forma parte de la crueldad del paso de tiempo, Ghada; nunca se puede echar atrás y deshacer tus errores.

—No hay marcha atrás. Tenemos que acabar lo que empezamos. Khaled, lárgate de aquí y no vuelvas. ¡Jamás!



En el barco: El casco blanco sigue contando la historia de su vida

Surcamos el mar como pulgas acuáticas trazando a nuestro paso ondas que se propagan hasta los confines del océano. Doobie está tranquilo en mi regazo. Me lame la mano despacio, con cariñosa fruición. No voy a dejar que lo tiren al agua por nada del mundo.

Mientras avanzamos en nuestro barquito minúsculo, flotando en la inmensa bañera del Mediterráneo, el señor Casco blanco nos sigue contando la historia de su vida.

—Gracias a Dios en aquel momento mi familia no tuvo que venir a Europa cruzando en uno de estos botes infames —dice—. Logré hacer los trámites necesarios para que pudieran llegar a Alemania conectando una serie de vuelos. Me costó una pequeña fortuna, pues tengo una mujer y tres hijos, y me quedé prácticamente sin nada. Mi mujer me mantuvo muy bien informado de todo el viaje, nunca pasaron más de unas horas sin que supiera dónde estaban. Cuando me confirmó su llegada a Berlín supe que Dios estaba bendiciéndome. A pesar de que tuve que vender hasta mi coche, nunca me arrepentí de aquella decisión. A las pocas semanas de que se marcharan de Siria, un bombardeo del gobierno redujo nuestra casa a escombros. Dios me bendijo una vez más, pues yo en aquel momento no me encontraba dentro.

—Alabado sea Dios —recitan varios de los pasajeros del barco.

El agua que nos mece comienza a envalentonarse, despacio.

—Colaborar con los cascos blancos y quedarme sin mi familia me produjo sentimientos enfrentados, pues parecía que la tristeza y la alegría bailaran armónicamente en mi corazón. Mi familia estaba a salvo, pero no podía disfrutar de su compañía; cada día era capaz de rescatar a alguien, muchas veces de salvar alguna vida, pero no había día en el que no viera fallecer a algún inocente. Los bombardeos eran diarios, a veces, el ejército sirio; otras, los rusos, pero no pasaba un día sin que las bombas de barril destruyeran algún edificio. Nunca hicimos distinciones, si alguien necesitaba ayuda, le auxiliábamos, no nos importaba si eran sunitas, alaitas, kurdos o cristianos,

arriesgábamos nuestra vida por cualquiera, como si fuera un miembro de nuestra propia familia.

—Dios te bendiga —dice una mujer.

—Yo trataba de mantener las emociones al margen porque sabía que si me dejaba llevar por el horror de las cosas que me tocaba presenciar no sería capaz de seguir adelante. Cada día enfrentaba una nueva historia de horror, pero, como todo en la vida, te vas haciendo cada vez más inmune, más insensible. Insensible a todo, menos a una cosa, era imposible acostumbrarse a ver sufrir a los niños; sufrir o algo peor. A eso no se puede uno acostumbrar nunca. Cuerpos de niños sin vida es algo que nadie debería ver jamás, menos aún cuando se trata de tus propios hijos.

Uno de los viajeros rompe a llorar desconsoladamente. Oír llorar a un hombre adulto me produce una sensación perturbadora. Me contagia una enorme tristeza. Cuando llora un adulto es como si el dolor que siente fuese más grande que la vida misma. Más grande que el mar, más grande que el cielo. En sus sollozos hay un sufrimiento que hace temblar las estrellas.

—Perdí a mis dos hijos pequeños cuando una bomba de barril cayó en mitad de la escuela —dice el pobre hombre entre gemidos ahogados.

—No sabes cuánto lo sentimos, hermano. —Los viajeros se compadecen en un coro polifónico de voces que se eleva al cielo como una bandada de palomas.

El mar nos mece con sosiego. El hombre, poco a poco, deja de llorar, como una fuente a la que se le va agotando el agua a borbotones.

—Lo siento, hermano —dice el señor Casco blanco—. Las bombas de barril pueden destruir una manzana de pisos, todos lo hemos visto con nuestros propios ojos—. Pero lo que yo no estaba preparado para ver era un ataque químico. No hubo explosiones, ni llamaradas, ni sangre, ni destrozos. En un instante, la gente camina por la calle, va a la tienda para conseguir algo de comida, o combustible y, al siguiente, gritan enloquecidos con los ojos saliéndose de las órbitas y echando espuma por la boca como si fuera jabón...

Yo a veces he tragado jabón por accidente, mientras me bañaba, recuerdo un escozor en la garganta y un sabor horrible que no se me iba ni lavándome los dientes.

Oír hablar de gente echando espuma por la boca me recuerda a la vez en la que un dragón se posó sobre los tejados de nuestro barrio y nos cubrió a todos

con su aliento.

15. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN EL ALIENTO DE DRAGÓN:

- *Huele a picante, a ácido, hediondo.*

- *Suena a: es silencioso.*

No me despertaron los gritos en sueños de papá, ni el rugido de dragones en la distancia, ni los cada vez más frecuentes golpes metálicos que provenían de rincones misteriosos de nuestro vecindario. Lo que me despertó no fue un sonido, sino un olor, tan tenue que, al principio, más que un olor, era un cosquilleo dentro de la nariz, como si hormigas diminutas me caminaran por dentro. Después se volvió picante como alfileres, abrasivo, ligeramente hediondo, diferente a cualquier cosa que hubiese olido hasta entonces, musgo mágico en una ciénaga de metano de un planeta sin vida ni posibilidad de vida. El color verde oscuro.

Consulté el reloj de la mesita. Las manecillas marcaban las cuatro de la mañana. Me puse en pie olisqueando el aire con la nariz erguida al techo, como solía hacer Doobie. Corrí hasta el dormitorio de papá, sigilosa sobre mis pies desnudos.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Despierta! —Le sacudí por encima de las sábanas—. El aliento del dragón. ¡Puedo olerlo!

Papá se movió a un lado, después al otro. Sacó una mano y me acarició la mejilla.

—¿Que pasa, princesa? ¿Por qué te has despertado tan pronto? —resopló incorporándose en la cama.

—Papá, hay un dragón cerca —le susurré, pensando que si gritaba podría espantar a la bestia—. Puedo oler su aliento. ¿Te lo vas a perder?

—¿Un dragón? ¿Estás segura?

—Sí, papá. Muy cerca —murmuré—. Está respirando sobre nosotros.

El olor era cada vez más intenso. Ya no eran hormiguitas lo que me caminaban por dentro de la nariz, sino más bien avispas furiosas que querían bajarme hasta la garganta. Papá salió de la cama. Se puso los pantalones sacudiéndolos como si tuviesen polvo, como hace siempre que tiene prisa.

—¡Adnan! ¡Despierta, hijo! ¡Y trae al perro, rápido!

—¿Es el dragón, verdad papá? ¿Puedes verlo?

La brisa agitaba las cortinas, o tal vez era el soplido del dragón asomándose a nuestra ventana.

—Desde aquí no. ¡Venid! Estará en la calle. ¡Vamos a intentar verlo!

Oía a Doobie gimotear de miedo. Imagino que para ir más rápido, papá me tomó en brazos. Su pecho se hinchó, como cuando jugamos en la piscina pública y se mete bajo el agua. Salimos de la casa con grandes zancadas. En el descansillo papá golpeó la puerta del vecino. El olor a leche agria del señor Abdul tomó posesión del descansillo.

—¡Salid afuera! ¡Vamos! —le apremió papá.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? No suenan las sirenas de alarma...

—¡No van a sonar! ¡Venid conmigo!

Los hijos de Abdul salieron uno detrás del otro, oliendo a excremento de cabra y lloriqueando (como siempre). En el colegio eran unos bravucones, metiéndose con los niños más pequeños y con perritos indefensos como Doobie, pero cada vez que aparecía un dragón lloraban muertos de miedo. Les hice una burla con la lengua, aunque no sé si me vieron.

—¿Vamos al sótano? —le preguntó Abdul a papá.

—No. Es mejor que subamos al tejado —respondió—. Desde allí podremos verlo mejor, si el dragón está posado en la calle.

—Pero Khaled, mis hijos tienen miedo de salir al aire libre...

—¡Haz lo que te digo!

Papá sí que es valiente. Subimos por las escaleras hasta la última planta. En la azotea no se oía otra cosa que un gemido tenue, como de viento, pero no hacía viento ninguno. El aire inerte tan caliente que casi parecía sólido. Los gritos empezaron a llegar desde el nivel de la calle, reverberando en las fachadas, gritos de espanto de mujeres y de hombres, tan perfectos y

delimitados como grabaciones prefabricadas para sustos de una película de terror. No había rugidos, ni llamaradas, ni andanadas de fuego golpeando las paredes como bolas de demolición. Solo un silencio abismado y los gritos entrecortados de terror. El dragón debía estar muy cerca.

—Puedo oler su aliento —le susurré a papá al oído.

—Padre —dijo uno de los hijos de Abdul, asustadísimo, el miedo le hacía tartamudear—. ¡Mira a esa gente ahí abajo, en la calle, caminan como si estuvieran borrachos! ¿Por qué les sale espuma blanca de la boca?

Lo primero que pensé fue que la gente se estaba lavando los dientes y que habían salido corriendo a la calle para ver al dragón sin que les diera tiempo a enjuagarse.

—Khaled —dijo el vecino Abdul— ¿Estás viendo eso? ¡Dios tenga compasión! Parecen muertos vivientes, caen al suelo como moscas. ¡Dios nos ayude!

Después me di cuenta de que el aliento del dragón estaba haciéndole algo malo a la gente. Les hacía daño, comprendí aterrada, pero también orgullosa de mi papá. Mi papá es muy inteligente, sabía que el aliento venenoso se posaría en el suelo, como cuando mezclas dos sustancias, la más pesada se va al fondo. Por eso nos trajo a todos al tejado.

—Tenías razón, princesa —me dijo sin soltarme de sus brazos—. El dragón está posado sobre dos bloques de pisos. Está en calma. Es enorme, ojalá pudieras verlo.

Y en verdad tenía que ser algo impresionante, porque la voz de papá sonaba ahogada por la emoción.

—¿Cómo es, papá?

—Tiene una cabeza tan grande como una camioneta y los ojos le brillan en la noche como dos soles. La piel es gruesa como una pared y dura como la roca, cubierta de escamas afiladas como cuchillos. Cada vez que respira sale humo blanco de sus fosas nasales y la calle se cubre de niebla.

En el tejado, la quietud del cielo sobre nuestras cabezas, un vacío interminable que rebosaba silencio y muerte. El horizonte, más allá de los edificios de Alepo, en los límites mismos de la percepción de los videntes, incendiado en rojo, no con el amable amarillo anaranjado con el que lo bañaba el sol cada mañana, sino con la violencia del fuego. Humedad grisácea y pesada depositada sobre cada tejado, como si los edificios transpirasen un

miedo callado ante la presencia de aquel animal enorme, con escamas ásperas que se henchían con cada aliento, despacio, hacia fuera y hacia adentro. Las garras posadas sobre dos tejados de edificios a ambos lados de una misma calle, a una docena de bloques de distancia. La ciudad frágil como castillos de azúcar ante la firmeza de aquella criatura. El dragón contemplaba Alepo con quietud, orgulloso del temeroso silencio con el que la ciudad respondía a su presencia, oteando cada detalle, girando el cuello milímetro a milímetro. Las alas se sacudían cada varios segundos, como si tuvieran vida propia independiente del animal, que multiplicaba su presencia y solemnidad a cada despliegue, abarcando con ellas hasta tres manzanas de edificios. Su cuerpo revestido de una mortaja del más pálido fuego, envuelto en audible forma de luz. De sus fauces emanaba el aliento que había captado desde dentro de la casa, una maraña de hilos temblorosos que se alzaban hacia el cielo en una columna de humo.

Cuando sus ojos, rojos como la sangre, pasaron por el tejado de la casa donde estábamos, fui capaz de sentirlos, amenazantes.

Papá respiraba agitadamente, como si todavía subiese escaleras corriendo. Me apretaba contra su pecho con tanta fuerza que casi me hacía daño.

—¿Estás asustado, papá?

—Un poco.

—A mí los dragones no me dan miedo —dije queriendo que papá se sintiese orgulloso de mí—. Sabemos protegernos de esas bestias.

—Si tú no tienes miedo, mi vida, yo tampoco —respondió pegando su mejilla húmeda a la mía—. Si tú no tienes miedo, yo tampoco.

QUERIDA GHADA

El ejército de Bashar, finalmente, atacó nuestro vecindario con armas químicas. Sobre el tejado de nuestra casa deseé ser ciego para no presenciar lo que tuve que presenciar: hombres, mujeres y niños sin distinción morían como moscas bajo una nube de insecticida tras aspirar aquella sustancia tóxica, invisible y letal como una plaga divina. Nos salvó subir al tejado a tiempo, gracias a que tú percibiste antes que nadie «el aliento del dragón». Quienes se refugiaron en los sótanos huyendo de aquel terror incorpóreo murieron como hormigas masacradas por la crueldad de un niño que vierte

lejía por el agujerito del hormiguero. Ese niño cruel se llama Bashar al Assad. Que Dios le perdone, porque yo jamás podré hacerlo.

Los vapores de muerte de las armas químicas o, como tú y yo lo llamábamos, el aliento del dragón, se disiparon en unas horas, y pudimos regresar a nuestras casas. Las horas siguientes fueron las más infernales de toda mi vida. Las pasé ayudando a retirar cadáveres de hombres, mujeres y niños, algunos menores que tú, que se agolpaban en los refugios subterráneos, convertidos en cámaras del terror. Sus caras, Ghada, sus caras; ojos abiertos y bocas de par en par, sangre y rostros hinchados, algunos verdosos, otros renegridos. Los cuerpos acumulados en los sótanos, congelados en movimiento como figuras de cera de un museo del horror. Sus ojos desorbitados nos hacían preguntas mudas. Expresiones espeluznantes que se podían evitar manteniendo las linternas hacia arriba, pero nada podía evitarnos el olor a bilis, a orina, a excrementos.

Esa noche las calles se llenaron de plañideras. No fui capaz de conciliar el sueño, de manera que me deslicé fuera de mi cama y entré en tu dormitorio. Estabas profundamente dormida. Me arrodillé junto a tu cama y te observé dormir en la penumbra. Te estuve mirando durante al menos media hora, sintiendo tu respiración, respirando el olor afrutado de tu pelo como un elixir de vida. Bajo tus párpados cerrados una gasa de niebla. Recordé mi angustia cuando supimos que habías perdido la vista, tan opuesto al optimismo de tu mamá, y cómo ella, pacientemente, intentaba convencerme de que tu falta de visión no tenía por qué impedirte tener una vida plena.

Una vida plena. Con eso soñaba antes de que ella muriese. Una vida con tu mamá, un ascenso en el trabajo, un buen coche, viajar a menudo a Europa, encontrar una solución a tu falta de vista. Soñaba con que un día los médicos nos dijiesen que tu ceguera se podía curar con una nueva clase de operación. Tener mejores electrodomésticos, un lavavajillas, una de esas neveras al estilo europeo que encontrábamos por internet, perder esos cinco kilos de más. Más dinero tal vez, un poco más de dinero para comprarnos una casa con un huerto y una piscina para ti, mi niña querida. Creciendo sana, con vista.

De todos esos sueños, el único que no me hacía reírme de mí mismo (y, por consiguiente, entristecerme) era el de que recuperaras la vista, pero hasta ese me parecía ya menos importante. Yo todo lo que quería era volver a mi vida anterior, quería esa normalidad, con las pequeñas frustraciones incluidas,

con esos cinco kilos de más, sin una casa grande ni un buen coche, sin electrodomésticos de lujo. Por Dios, incluso contigo ciega, pero con tu madre viva, y sin la maldita guerra.

Sobre todo, sin la maldita guerra.

A punto estuve de romper a llorar, pero ese no podía ser mi papel, tenía que ser fuerte para sacarte adelante, y lo primero era protegerte del horror que se cernía al otro lado de las paredes de nuestra casa. Tomé la decisión mientras observaba por la ventana cómo el granulado amanecer moldeaba un paisaje de edificios semiderruidos. Penachos de humo negro se elevaban hasta el cielo como los cirios de una ceremonia siniestra. Al sur, un barrio entero en llamas fulguraba con una aurora boreal de destrucción.

Antes de comenzar los preparativos para el incierto camino de la huida, tecleé un último mensaje en mis redes sociales. La conexión a internet funcionaba intermitentemente. Aunque las bombas habían destruido la mayoría de las líneas de comunicaciones, aún quedaban algunas antenas en pie que ofrecían cobertura.

Albergaba poca esperanza de que mi mensaje llegara al exterior, y de que, si llegaba, le importara a alguien. El mundo libre, Occidente, sabía muy bien lo que estábamos sufriendo y aun así nos ignoraba. De poco serviría, entonces, un mensaje más. No obstante, sentía la necesidad de escribir, y escribí, a quien fuera.

A quien quiera escuchar:

En los últimos días la ofensiva del llamado Ejército Libre ha llevado la línea del frente de Damasco hasta el mismísimo centro de la ciudad, a tan solo ocho kilómetros del palacio presidencial. Nuestro valiente presidente Bashar Al Assad, al sentir la amenaza tan cerca, ordenó un ataque con armas químicas a los barrios controlados por los rebeldes. He visto hombres y mujeres ahogarse echando espuma por la boca y por la nariz mientras sus hijos se convulsionaban y morían. Ahora, filas y filas de cuerpos cubiertos por sábanas blancas se alinean en las aceras, en pasillos de hospital, en fosas comunes. Cientos de hombres y mujeres desesperados y presas del pánico claman por sus seres queridos. He sido testigo de cosas que antes solo había visto en documentales sobre la Segunda Guerra Mundial. Los cadáveres yacen a cientos en las calles. En los cementerios, las víctimas son enterradas en fosas comunes, quince o veinte cuerpos en cada tumba. Hay histeria entre los vivos.

Las familias buscan a sus hijos. Los niños, en los puntos médicos, lloran y preguntan por sus padres. Es algo para no creer.

Las páginas web asociadas al régimen celebran el ataque.

Los ataques han cumplido una función todavía mayor. El régimen de Bashar claramente creyó —quizá aconsejado por el ruso Vladimir Putin— que la amenaza de Obama de intervenir si se cruzaba la «línea roja» de las armas químicas no se cumpliría. Y tenían toda la razón. Obama no ha actuado. Eso debe ser lo que celebran, más que ninguna otra cosa, saber que, hagan lo que hagan, nadie va a venir a ayudarnos, bajo ninguna circunstancia.

Moriremos masacrados en silencio, ignorados por el mundo.

Apagué el ordenador. Las bombas restallaban en la lejanía como relámpagos. Permanecí unos instantes en la oscuridad para despedirme del que había sido nuestro hogar durante más de diez años. Donde había celebrado la boda con tu madre; donde había vivido los mejores años de mi vida, con ella y contigo; donde te vi crecer, pero no quería verte morir. Había llegado el momento de irnos y tratar de rehacer nuestras vidas en otro lugar.

En Europa tendría la oportunidad de vivir en paz, de darte una vida mejor.

«Ojalá algún día pueda volver», pensé, pero en aquel momento solo podía mirar adelante y rezar por un futuro nuevo.

En mi cuenta bancaria tenía algún dinero, pero sabía que no sería suficiente. Me había informado bien y sabía que esa cantidad, como mucho, nos permitiría llegar hasta Turquía, y yo quería alcanzar Europa.

Solo me faltaba reunir el dinero necesario, y, para ello, hice algo que todavía hoy me avergüenza.



En el barco: El casco blanco sigue contando la historia de su vida. (Y la gente se impacienta)

—Un día fuimos capaces de rescatar a un bebé que se había quedado emparedado después de un bombardeo. Cuando uno de nuestros compañeros lo sacó de entre los escombros, sano y salvo, muchos de nosotros rompimos a llorar de felicidad. Fue un contraste maravilloso, porque lo más normal en

nuestro trabajo era que se te escaparan lágrimas de tristeza. A aquel bebé que rescatamos de entre los escombros lo llamamos «el bebé milagro». Cuando lo tuve en mis brazos no puede evitar pensar en los padres de aquella criatura y en mis propios hijos. Cuánto los echaba de menos, pero qué feliz saber que estaban a salvo.

El señor Casco blanco tiene que elevar su voz para doblar al viento que empuja sus palabras otra vez dentro de su boca, o se las lleva lejos, como confeti, a los confines del mundo. Tanto grita que es como si le hablase a un oyente imaginario situado en la lejana costa y no a los viajeros que nos congregamos a su alrededor.

—Tengo que decir que, a pesar de nuestros esfuerzos, no estábamos lo suficientemente preparados, no sabíamos cómo afrontar la mayoría de las situaciones. Por ejemplo, cuando había que internarse en edificios semiderruidos, o actuar en presencia de líneas eléctricas o gases tóxicos, a veces nuestras buenas intenciones empeoraban la situación, a veces éramos nosotros mismos las víctimas. Por eso viajamos a Turquía, donde recibimos adiestramiento profesional en tareas de rescate. Eso también fue duro, porque te encontrabas en un país sin conflictos, sin destrucción, un país en el que podías dormir toda la noche de un tirón sin preocuparte de que un bombardeo te arrancara de tu sueño, entrenando en situaciones controladas, sin peligros, era como pasar unas vacaciones, aunque mientras tanto no podíamos seguir ayudando a nuestros compatriotas.

—Os estabais preparando para ayudarles mejor —comenta alguien.

—Por supuesto, pero en situaciones como estas, el alma siempre encuentra la manera de culparse de todo. Además de que no faltaban malas noticias, aún estando lejos, con mucha frecuencia te decían que había muerto cierto número de cascos blancos en este o aquel rescate, lo que te hacía sentir más culpable. Eso nos hacía prepararnos con más ahínco, para convencernos de que nuestra ausencia merecía la pena. Aprendimos a abrirnos paso a través de muros de cemento, a inmovilizar a las víctimas para no herirlas más mientras las sacábamos de entre los escombros, a apagar fuegos...

—Y esos entrenamientos, esos viajes, esos materiales. ¿Quién los pagaba?
—le interrumpe el señor Contrabandista.

—Recibimos ayuda de organizaciones humanitarias, de fuera de Siria.

—De fuera de Siria —repite el señor Contrabandista soltando una especie

de carcajada seca—. Vuestras fuentes de financiación provienen de enemigos de la patria.

—Hermano, ¿por qué me desafías de esta manera? ¿Qué sentido tendría que los enemigos de Siria financiaran a los cascos blancos, que todo lo que hacemos es ayudar? Y ayudamos gratis, no como tú, que te enriqueces con nuestra desgracia.

—Hermano, si no fuera por mí nunca llegaríais a Europa.

—Todo eso está muy bien —interviene la mujer odiosa—. ¿Pero qué tiene que ver con el asunto del perro? No veo que nos estés ayudando a tomar la decisión.

—Paciencia, hermana, en seguida llego al punto de mi historia —responde el señor Casco blanco.

Mientras tanto, el barco cabecea arriba y abajo, embistiendo las olas como un toro bravo. El mar sisea, las hélices que nos impulsan trazan un rastro de efervescencia a nuestro paso. Me abrazo a Doobie con fuerza. Por nada del mundo voy a dejar que lo tiren al agua.

—Ocurrió en el bombardeo a un centro comercial —dice el señor Casco blanco, retomando su historia—. La suerte que tuvimos fue que estábamos en esa zona cuando cayeron las bombas y se produjo el derrumbe. Toda la parte frontal del edificio se vino abajo en un amasijo de escombros insalvable. La imagen era tan impresionante que algunos hombres que estaban conmigo dijeron que no teníamos nada que hacer, que todos los clientes de aquel lugar estarían muertos o morirían pronto. Unos cuantos de nosotros no nos achicamos y corrimos a toda velocidad para intentar encontrar un acceso. Pero ciertamente no había manera de penetrar. Trajimos nuestra grúa y comenzamos a desplazar cascotes, hierros retorcidos, placas de hormigón. Pasaban las horas y solo esperábamos encontrar cadáveres. Sin embargo, cuando ya caía la noche, escuchamos el llanto de un bebé a través de los escombros. Nos pusimos a apartar piedras como locos. Alguien indicó al que conducía la grúa que no debía meter la pala porque podía matar al niño con ella. Entre el hormigón había huecos, maneras de meterse, pero eran demasiado pequeños para que ninguno de nosotros entrara, y los llantos del niño eran cada vez más tenues. Estábamos convencidos de que aquel bebé, al contrario que «el bebé milagro», no iba a salir de allí con vida. Se podía ver en las caras de todos nosotros, blanqueadas por la polvareda de la cal. Caía la noche y no

avanzábamos a la velocidad necesaria para poder ni soñar con retirar los escombros en menos de ocho o diez horas.

El mar nos mece mientras los viajeros del barco guardan un silencio total, embelesados con las palabras del señor Casco blanco, que prosigue con una voz quebrada por la emoción, como la de alguien que cuenta una historia sobre una aparición divina:

—Fue todo muy rápido. El llanto del bebé se desvanecía cuando alguien se presentó con un perro, un pastor alemán, porque según él, el animal podría llegar a donde nosotros no éramos capaces. Acogimos la idea con escepticismo. El pastor alemán, en el improbable caso de que pudiera internarse entre los escombros y llegar hasta el bebé, no sabría sacarlo con delicadeza. Los perros solo llevan cosas de un lado a otro con la boca. Era muy posible que mordiera al bebé, en un brazo en el mejor de los casos, para sacarlo, y la pobre criatura se golpearía la cabecita con los pedazos de hormigón o acabaría destrozada en el trayecto.

»El perro, a pesar de nuestras dudas, parecía estar deseando meterse entre los escombros. Se lo vi en la calidez de sus ojos, como si aquel animal comprendiera lo que estaba pasando y lo que tenía que hacer, de manera que dije, simplemente: «Adelante, suéltalo», y nadie me contradijo. Para nuestra sorpresa, el animal no se internó por abajo, desde la parte frontal de los escombros, sino que trepó sobre la montaña de cascotes hasta su punto más alto y entonces se perdió dentro de ellos, como si se zambulliese de cabeza al mar, completamente vertical.

»La noche cayó como una mortaja. El silencio se había apoderado de la calle, de toda la ciudad, de nosotros intentando escuchar ecos de lo que sucedía en las entrañas de aquel amasijo de granito y hormigón. Escuchamos el gemido del bebé, débil, y después silencio, un pitido subliminal en los oídos, sonido de tierra desplazándose, de reajuste, y luego más silencio, pero nadie se atrevió a decir nada. La angustia de mi corazón era como una estaca.

Hasta el viento se detiene, como si hiciese un alto en su camino para escuchar el desenlace de la historia:

—De repente, el perro surgió sobre la cima de los escombros, justo por dónde se había metido, con el bebé sujeto en la boca, mordiendo la ropa a la altura del pecho de la criatura, completamente cubierto de polvo blanco. No se escuchaba a nadie respirar. El perro descendió por los escombros y depositó

al bebé a nuestros pies con la misma delicadeza con la que hubiese tratado a su propio cachorro. Y entonces el bebé, de repente, comenzó a llorar. Recuerdo aquel llanto como la melodía más maravillosa que haya escuchado jamás, el llanto de la vida, el llanto de futuro para una persona.

—Alabado sea Dios —musitan varios pasajeros del bote casi al unísono.

—Alabado sea Dios —responde el casco blanco—. Cada vida, humana o no, es un regalo de Dios. Incluso la de un perro, ser noble donde los haya. El animal de esta niña merece nuestro respeto. Y quién sabe si no estará destinado, algún día, a realizar un acto heroico como el que acabo de relataros.

Una sucesión de olas se estrellan contra el flanco del barco y resuenan como aplausos, como si el mar celebrase el final feliz de esta historia. ¿Significa que Doobie está a salvo?

—Está bien, ya hemos escuchado lo que tenías que contarnos —dice el señor Contrabandista con tono contrariado—. Ahora tomemos una decisión de una maldita vez.

Nadie dice nada, solo el sonido del mar, que comienza a rugir en la lejanía.

—Por mi parte no es necesario votar —dice la mujer odiosa—. Yo rompo el empate. El perro se queda con nosotros.

Escucho murmullos de aprobación. La alegría es como agua dulce y fresca en mi garganta. La mujer odiosa (ya no me parece tan odiosa) se pone a rezar; otros la acompañan. Doobie se revuelve en mi regazo. Lo aprieto contra mi pecho como a un peluche. Se retuerce entre mis brazos para lamerme la cara con desesperación. Papá me rodea los hombros con un brazo y me atrae hacia él. Las lágrimas que corren por mis mejillas son como el llanto del bebé, una expresión de alivio y felicidad.

Las mujeres rezan y sus plegarias se elevan hacia el cielo en una sola voz, unidas por un nuevo sentimiento de fraternidad. ¿Son las estrellas como azúcar espolvoreado en el cielo? Ahora que todos sabemos un poquito más de cada uno, ahora que la ilusión nos une, ¿nos observan ahora las estrellas desde el cielo?

—El cielo se ha cubierto de nubes —dice mi padre y noto la preocupación en su voz.

No sé si las estrellas nos observan desde el cielo, pero tengo la impresión

de que todo el mundo tiene la cabeza levantada, mirándolo.

Resuena un trueno como el rugido de los dragones que sobrevolaban Alepo. Gotas de lluvia en mi cara mezclándose con el agua de las olas, cada vez más bravas.

—¡Dios nos proteja! ¡Una tormenta! —gritan algunos viajeros que se revuelven asustados como un rebaño de ovejas ante un incendio.

—Haced el favor de calmaros todos —replica el señor Contrabandista—. Todo va a estar bien mientras no entre agua en el bote.

Y es eso, exactamente, lo que comienza a ocurrir.

16. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN AVENTURAS:

- *Huelen a lo desconocido.*

- *Suenan a agua, a viento, a voces, a truenos...*

La aventura que nos llevó a cruzar el mar, la aventura que aún no ha acabado, tuvo, como todas las aventuras, un comienzo: una mañana, bien temprano, cuando la ciudad todavía dormía en silencio y hasta los dragones se habían ido a descansar después de una larga noche de jarana campando a sus anchas por las calles de Alepo, cuando las horas intempestivas languidecían rítmicamente en el tictac del reloj, papá entró en mi dormitorio y me dio la buena noticia:

—Despierta, princesa —susurró—. El sol ya despunta en el horizonte y nos empuja a un nuevo destino. Nos vamos de viaje.

Me incorporé como un resorte, con el estómago bullendo de la emoción. ¡Un viaje! Esta vez nos íbamos todos juntos, no solo papá. Nos explicó que nos marchábamos los cuatro a un sitio llamado Berlín.

—Berlín es la capital de Alemania —declamó Adnan, que se sabía de memoria todas las ciudades del mundo—. Eso está muy lejos de Siria, señor, en Europa.

—Así es, hijo, nos vamos a Europa.

—¿Y qué vamos a hacer allí, papá?

He aquí la aventura: hay un modo de ahuyentar a los dragones. Existe un tipo de flor que solo crece en un pequeño jardín encantado, un jardín que está en cierto rincón secreto de Berlín. Esas flores se nutren de una sustancia mágica que les da un poder letal contra los dragones. No se trata de una flor de

un solo color (papá me lo aclaró inmediatamente) sino de una clase de margarita. Las margaritas son como un huevo frito.

El color amarillo en el centro. El color blanco alrededor.

Un huevo frito, sin embargo, no sabe a limón ni huele a nubes, pero tiene los colores de una margarita, cuyas hojas se desprenden casi con la respiración.

—Si encontramos esa flor podremos destilar la sustancia mágica de la que se nutren y ahuyentar a los dragones —nos explicó papá.

—¿Como si fabricásemos un perfume?

—Exacto. Como un perfume. El problema es que nadie conoce la ubicación exacta de ese jardín encantado, porque está escondido. El jardín tiene una apariencia normal, y es posible que la gente pase todos los días por delante ignorando el inmenso poder de sus flores.

Adnan y yo escuchábamos atentamente, yo con la boca abierta, mientras Doobie resoplaba olisqueando la alfombra a nuestro alrededor. Supongo que a los perros no les interesan demasiado las flores mágicas.

—¿Y cómo vamos a encontrar nosotros el jardín, si nadie sabe dónde está?
—quise saber.

—Por eso te necesito a mi lado, princesa, porque esas margaritas tienen un aroma especial que solo tú podrías reconocer.

—¿Y a qué huelen?

—¡No lo sé! —rio papá—. Porque es un aroma que no se parece a ningún otro que hayas olido hasta ahora.

—¿Y si me equivoco? —pregunté arrugando el ceño—. ¿Y si encuentro una flor que huele muy bien pero que no es mágica y cuando volvamos resulta que no ahuyenta a los dragones?

—Entonces, no ganaremos la recompensa —respondió tajante.

—¿Hay una recompensa?

—Así es. No somos los únicos que vamos detrás de esa flor.

—¿Y cuál es la recompensa?

—Lo que tú quieras.

—¿Lo que yo quiera? No lo entiendo.

—Verás, la gente está ya tan cansada de los dragones que se han puesto de acuerdo para concederle un deseo a quien sea capaz de traer la flor mágica.

Como cada persona quiere una cosa diferente, la recompensa está abierta. Cuando el ganador formule su deseo, todo el mundo trabajará para concedérselo. Así que ve pensando lo que pedirás, porque estoy seguro de que vamos a ganar nosotros.

La verdad es que las cosas que yo deseo nadie me las puede conceder (que mamá esté viva, poder ver), así que todavía no sé lo que voy a pedir si encontramos la flor.

—Va a ser una gran aventura, princesa, viajaremos en tren, en autobús y puede que hasta en avión. Cruzaremos mares, es posible incluso que tengamos que correr en ocasiones.

—¿Y dónde vamos a dormir, papá? ¿En hoteles?

Yo solo recordaba haber estado en un hotel en el horizonte mismo de mis recuerdos, con mamá y papá, en la boda de un primo; ya no puedo recordar la ciudad en la que fue, pero sí recuerdo que la cama era muy alta y que podías regular la temperatura de la habitación, que todo olía como a productos aromatizantes. Recuerdo la impresión de papá, que le dijo a mamá que aquel era un hotel muy caro.

—Puede que sí, en algún hotel barato.

—Papá, ¿qué diferencia hay entre un hotel caro y uno barato?

—¡El precio! —exclamó papá con una risa—. Puede también que tengamos que dormir bajo las estrellas.

Las estrellas. Papá siempre intenta explicarme lo que son las estrellas. A mí me sigue pareciendo algo inexplicable que una masa inmensa como el sol se convierta en un puntito de luz para los que pueden ver.

—¿Pero no estamos siempre bajo las estrellas?

—Quiero decir al aire libre.

—¿Vamos a dormir en la calle?

—Princesa, escúchame bien, tenemos que hacer sacrificios si queremos expulsar a los dragones. ¿No te parece?

—¡Claro, papá!

—Es nuestra responsabilidad, Ghada, encontrar esas flores. ¿Vas a dejar que los dragones destruyan Alepo?

—¡No!

—¿Me vas a ayudar entonces, en esta aventura?

—¡Sí, papá! —grité aplaudiendo y dando saltitos de alegría. Doobie, que no sabía lo que estaba pasando, empezó a ladrar por si acaso tenía algo que ver con él.

—Estupendo, entonces —respondió papá, aunque en su voz no flotaba su sonrisa, sino más bien la gravedad.

Si le tocaba la cara estaba segura de que me encontraría esa arruga entre las cejas que siempre se le pone cuando se preocupa por mí.

—Papá, no te preocupes, de verdad. ¡Voy a estar a la altura de esta aventura! No voy a llorar ni voy a cansarme, de verdad.

—Lo sé, princesa.

Papá me dio un beso muy fuerte y me abrazó. Tenía la respiración agitada y me dio la impresión de que estaba llorando, pero cuando quise tocarle las mejillas para comprobar si estaban húmedas apartó la cara.

—¿Por qué lloras papá?

—Lloro por tener una hija tan valiente.

—¿Qué yo sea valiente te pone triste?

—Al contrario. Me llena de orgullo. A veces se llora de emoción, no de tristeza.

Eso es algo que me desconcierta de las personas mayores. Yo cuando oigo llorar a un niño sé que está triste o que algo le duele, pero cuando llora una persona mayor, una nunca sabe.

—¿A qué distancia de luz está Berlín? —quise saber.

Papá se rio como si le hubiese dicho algo gracioso, algo que también me desconcierta. A veces, las preguntas serias hacen reír a la gente.

—No podemos medirlo con luz, princesa, porque está demasiado cerca para eso.

—Entonces va a ser un viaje muy corto —dije, decepcionada.

—De eso nada. Berlín está a muchos kilómetros de nuestra casa. Va a ser un viaje de varios días repletos de aventuras.

Desde ese mismo momento nos pusimos a hacer las maletas. Lo primero que metí fue mi regleta y mi punzón para tomar apuntes de todo y luego poder escribir el libro de mi aventura; encima los vestidos y también toda mi ropa de abrigo, porque Adnan me dijo que en Berlín hace mucho, pero que mucho frío. La maleta de papá era la más grande. No solo la llenó con su ropa, también

metió mantas por si teníamos que dormir «bajo las estrellas». Adnan guardó su atlas y sus mapas, y me intentó explicar la ruta que íbamos a seguir desde Siria hasta Berlín, aunque en la lisura del mapa yo la verdad es que entendía bien poco. Doobie no necesitaba maleta porque es un perro. Papá me dijo que no me preocupase por él y por el frío porque su pelaje es como un abrigo que siempre lleva puesto. Por eso en verano siempre anda por ahí con la lengua fuera, jadeando. ¡Imagínate llevar el abrigo puesto en pleno verano!

No tardamos mucho en tenerlo todo listo. Papá quería salir cuanto antes porque ya estaba un poco harto de los dragones que venían todas las noches y lo ponían todo patas arriba. La verdad es que todos estábamos ya un poco hartos.

Cuando ya teníamos las maletas en el descansillo, papá nos pidió que esperásemos un momento. Escuché un trajinar de herramientas y, de pronto, un golpe metálico muy fuerte se me clavó en los oídos.

—¿¡Papá, qué haces!?! —grité cubriéndome las orejas con las manos.

—Asegurando la puerta —respondió—. Voy a clavar unas láminas de metal para que no puedan entrar los ladrones. Tapaos los oídos porque voy a hacer mucho ruido.

Los golpes resonaron durante un buen rato. A cada golpe, Doobie respondía con un ladrido y parecía que papá y él estuvieran jugando a ver quién ladraba o golpeaba más rápido. Todo el descansillo se llenó de ruido, como si se acumulase un gas a presión. Ya sabía de dónde venía el estruendo de golpes metálicos que escuchaba algunas noches: era gente asegurando sus casas antes de salir de viaje.

Aunque ya era bien entrada la mañana, encontramos la calle silenciosa, sobre todo comparada con el estruendo de antes. Apenas se oían coches, ni gente caminando, ni siquiera el piar de los pájaros. Ni en los días de ayuno del Ramadán estaba todo tan tranquilo. Parecía una ciudad fantasma. Hasta se oía el eco de nuestros pasos en la acera. Al parecer, la gente se pasaba el día metida en su casa, sin hacer mucho ruido para no llamar la atención de los dragones, que cada vez con más descaro sobrevolaban la ciudad y «a menudo» se posaban sobre un tejado y lo incendiaban con su aliento. Por eso el aire olía mucho a humo. No me extraña que la gente estuviese muerta de miedo. Nuestro vecino Abdul se había marchado de la ciudad porque sus dos hijos no paraban de llorar, asustados. Prometió que no volvería hasta que se fuesen los

dragones. Hasta yo, a veces, tenía miedo cuando los oía rugir muy cerca.

Me parece a mí que, como no encontremos pronto la flor que los espante, toda la gente va a acabar saliendo de Aleppo. Papá siempre me dice que eso mismo le pasó a las Ciudades Olvidadas, que los dragones no dejaron ni una casa en pie y ahora allí solo viven las lagartijas.

Desde luego, papá no exageró. Iba a ser una aventura desde el principio. Para empezar, no viajamos en nuestro coche, como hacíamos siempre, sino en la caja de un camión. Era un vehículo de ruedas gigantes, duras como piedras, tan alto que para subir, papá tuvo que alzarme por encima de sus hombros. El interior era enorme y olía a vaca, a aceite de motor y a mantas viejas. Mis pasos resonaron con un eco metálico, cavernoso. En cuanto me senté, me di cuenta de que no me iba a gustar nada viajar en camión. El asiento era incómodo y duro y no había apenas sitio para movernos cuando papá se sentó a mi izquierda y, al otro lado, muy apretado contra mí, Adnan. A Doobie tuve que acomodarlo en mi regazo. El camión se fue llenando poco a poco de voces y de olores de otras personas. Al parecer, íbamos a viajar en grupo.

El camión se puso en marcha con un rugido, dando empellones adelante y atrás. Además no había ventanillas para sentir el aire en la cara ni para escuchar los objetos en movimiento, como en el coche de papá. Para colmo, hacía muchísimo calor. En vez de transportarnos parecía que nos iban a cocer como panes allí dentro. Nada más empezar ya tenía ganas de que aquella parte del viaje acabase. No era nada divertida. Lo único agradable era el traqueteo continuo, que me hacía vibrar todo el cuerpo y, cuando decía algo, mi voz salía entrecortada, como si me castañeteasen los dientes por el frío. Doobie se quedó dormido entre mis piernas. Nadie hablaba, ni cantaba canciones para hacer más ameno el viaje. Como medio de transporte, el camión es un rollo.

Para pasar el rato me puse a pensar en lo que pediría si encontrábamos la flor mágica que ahuyenta a los dragones. Por ejemplo, un ordenador nuevo para papá, un ordenador que siempre tuviese buenas noticias, porque a veces, cuando cree que no lo oigo, se queja amargamente de «las malas noticias del ordenador». O podría pedir una casa nueva con un jardín muy grande donde poder sembrar todo tipo de flores. Eso, la verdad, es que me haría mucha ilusión. Así Doobie también tendría espacio para correr. Y podríamos tener una piscina para el verano, y árboles frutales. Se me puso una sonrisa en la cara al imaginarme a Adnan y a mí remojándonos en verano en la piscina, bien

fresquitos, mientras papá leía el periódico en el jardín. ¡Lo íbamos a pasar de maravilla!

Y así íbamos, apretados como conejos, zarandeados y muertos de calor, cuando por fin el camión se detuvo en seco con un chirriar de frenos.

—Papá, ¿ya hemos llegado? —pregunté esperanzada, porque ya estaba impaciente por salir a respirar aire fresco. Además, tenía la barriga revuelta.

Pero nadie salía. Los viajeros estaban muy callados, no se les oía ni respirar. Toqué la mano de papá y noté que estaba fría y tensa.

—¿Pasa algo malo? —murmuré.

—Puede que tengamos algún problema, tesoro.

—¿Qué clase de problema?

Papá no contestó de inmediato. Cuando papá tarda en responder es porque tiene que buscar la mejor manera de explicarme las cosas para que yo las entienda.

—Verás, cariño, hay veces que los mayores tenemos que... simplificar un poco las cosas para que los niños las entiendan bien.

—¿Simplificar?

—Hay gente, Ghada, que no quiere que encontremos la flor mágica. Si se enteran de nuestra misión no van a dejarnos ni siquiera salir de Siria para buscarla.

—¿Y por qué no quieren que encontremos la flor? ¡Si es para espantar a los dragones!

—Precisamente por eso, princesa. Hay gente que no quiere que los dragones se vayan.

—¿Y por qué no van a querer?

—Porque quieren capturarlos.

—¿Para qué? ¿Para llevarlos a un circo?

—No exactamente. ¿Has oído que hay gente que tiene perros y los utiliza para azuzarlos contra otras personas?

—Sí, pero Doobie es bueno y yo no quiero que le muerda a nadie.

—No, Doobie no, pero hay gente que utiliza a sus perros para atacar a otros. Imagina que en vez de un perro pudieras tener un dragón. Hay gente que pretende tener a los dragones bajo su control y utilizarlos contra otras personas.

—Entonces, ¿esa gente es mala?

—Sí, es gente mala. Por eso no tienen que saber cuál es nuestra misión. Es un secreto.

La voz tan seria que puso papá me dio un poco de miedo, sobre todo al darme cuenta de que esta aventura es de verdad, con peligros de verdad y con gente mala de verdad que quiere atraparnos, no un juego de niños que papá se ha inventado para mí. Me sentí muy orgullosa de que papá confiase en mí y de que me hubiese querido llevar con él en vez de dejarme en casa. Me prometí a mí misma que no iba a decepcionarle. Me iba a comportar como una niña valiente y no iba a llorar ni a quejarme ni una sola vez.

Mientras tanto, llegaban voces de hombres discutiendo fuera del camión. Un hombre que tenía una voz ronca parecida al gruñido de un perro rabioso decía que no podíamos pasar el control. Otro le insistía en que teníamos que llegar hasta la frontera con Turquía. El hombre con la voz de perro replicó que solo iban a dejar salir a las mujeres y a los niños porque los hombres tenían que quedarse en Alepo para luchar en el Ejército Libre. El otro replicó que el Ejército Libre había acabado con el país y que ellos eran libres de ir y de hacer lo que quisieran. Esas palabras hicieron enfadar al primero, porque empezó a gritar con un tono nada amable que tuviera la seguridad «como hay Dios, que nadie va a salir del maldito país» y que nos teníamos que bajar todos del camión «ahora mismo», lo cual me alegró mucho porque ya estaba harta del calor y, para colmo, cada vez olía peor; estaba segura de que uno de los niños que viajaba con nosotros se había hecho pis encima, aunque no quise decir nada para no ponerlo en evidencia y que su mamá le regañase. A mí no me gusta ser una chivata.

Entonces mi padre se puso en pie. Me dijo que no me moviera y sus pasos se alejaron retumbando en la chapa del suelo. La gente que me rodeaba empezó a cuchichear. Una señora rezaba en voz bajita. Escuché a mi padre dirigirse muy educadamente al hombre que no nos quería dejar pasar. Le dijo, con un tono de voz muy amable, que era amigo de Ziad Homsí, comandante del Ejército Libre. El otro hombre se quedó callado un rato y después le oí hablando con alguien más, o a lo mejor a su teléfono y, al poco, los pasos de papá volvieron a resonar en el suelo del camión. Papá se sentó a mi lado dejando escapar un suspiro de alivio. El camión dio una sacudida y volvió a ponerse en marcha.

Y digo yo: ¿Por qué no les ponen ventanillas a los camiones? El calor era tremendo. Ahora ya sé lo que sienten los pobres panes cuando los meten en el horno. El sol viajaba encima de nuestras cabezas, lamiendo con sus rayos de fuego la lona del techo del camión. Todo el mundo sudaba a chorros, el olor a sudor nuevo se mezclaba con el agrio hedor del sudor viejo. El niño había vuelto a hacerse pis, o a lo mejor había sido otro, ya no estaba segura de dónde venía el pestilente olor, porque me sentía muy mareada. Me dolía la tripa y tenía ganas de vomitar. Me mordía la lengua para no decirle a papá que parasen el camión, que quería bajarme y seguir el viaje en coche o en autobús. Incluso estaba dispuesta a llorar para conseguirlo, pero ninguno de los niños que había en el camión se quejaba, así que me aguanté y me quedé callada para no parecer la niña más pequeña y más débil.

Después de muchísimo rato el camión volvió a detenerse. El portón se abrió con un crujido metálico y entró una bocanada de aire caliente que olía a tierra seca. La gente se puso en pie y empezamos a salir, atolondrados y silenciosos como ganado.

—Papá, ¿ya hemos llegado a Berlín?

—No, cariño, es solo la primera etapa del viaje. Estamos en la frontera de Siria con Turquía.

Las fronteras son líneas imaginarias que separan los países. Me lo explicó Adnan.

Por fin estábamos fuera de aquel camión horrible. Al bajarme el sol me dio directo en la cara como un potente foco puesto allí para que nadie se perdiese detalle de nuestra llegada. Aunque hacía mucho calor y no soplaba una brizna de brisa, respirar al aire libre era un alivio. Nos vimos rodeados por una algarabía de voces, un bullicio igual al del mercado en los días festivos. Olía a polvo seco, a cuero y a zapatos, a sudor. Doobie correteó entre mis piernas, ladrando a la gente que iba y venía. Adnan lo mantenía pegado a nosotros, sujeto por la correa. Más allá, el estruendo de motores apagándose uno tras otro con un pinchazo de gas. Otros retumbaban en la distancia, aproximándose. Por lo visto, a la frontera con Turquía llegaban continuamente muchísimos camiones y autobuses. Ya sé dónde se había metido toda la gente que faltaba en la silenciosa Alepo. ¡Estaban allí, en la frontera!

Papá me cogió fuerte de la mano y caminamos entre el barullo. Por las voces y las exclamaciones me quedó bien claro que todos estaban impacientes

por «cruzar la frontera». Estábamos en una cola como la que se forma a veces en los puestos del bazar para comprar queso o leche fresca. Recibíamos empujones y la gente protestaba, igual que pasa en el mercado, que siempre hay gente maleducada que no está dispuesta a esperar y que pretende saltarse su turno.

La cola debía ser mucho, pero que mucho más larga de lo que me había imaginado, porque pasaban los minutos y apenas avanzábamos unos pasitos adelante. La gente se quejaba de la espera, y con razón, porque cada vez hacía más calor. El aire estaba tan caliente que era como respirar cerca de unas brasas. Me picaban los ojos del polvo que levantaba el arrastrar de pies. Papá me daba pequeños tragos de agua de una botella para que no se me resecase la garganta. La verdad es que estaba cada vez más cansada, a punto de suplicar que regresáramos a casa y que volviésemos otro día, cuando hubiera menos gente que quisiera «cruzar la frontera». Pero me acordé de que aquello era una aventura, que las aventuras no son como ir al bazar a comprar el pan, que en una aventura pasan cosas interesantes, y también me acordé de que, en los libros, el héroe tiene que demostrar su valor y su fortaleza soportando todas las dificultades del viaje. Y en este libro yo soy la heroína. Si me quejaba, papá era capaz de enviarme de vuelta a casa y seguir el viaje solo, como cuando se fue muy, muy al sur, y cruzó una selva y se peleó con un león.

—Papá, ¿por qué hay tanta gente que quiere «cruzar la frontera»? — pregunté.

—Porque hay mucha gente que está harta de los dragones. Algunos se han quedado sin casa porque se la han quemado, así que se están yendo a vivir a otros países.

Me puse de puntillas y tiré de él hacia abajo para alcanzar su oreja y preguntarle, en un susurro:

—¿Y crees que algunos también están buscando la flor mágica por la recompensa?

—Es posible.

Se me ocurrió pensar que, a lo mejor, Aasiyah también estaba allí. Eso no me hacía ninguna gracia. Al volver, Aasiyah contaría su aventura en la escuela y me quitaría todo el protagonismo.

—¿Papá, puedes ver a Aasiyah? ¿Está por aquí?

—No lo sé hija, hay mucha gente.

—¿Y por qué tenemos que esperar tanto?

—Verás, princesa, Siria y Alemania no están pegados, entre ellos hay otros países por los que hay que pasar antes de llegar a Berlín. Esos países tienen puertas para entrar y para salir. Hay policías que vigilan esas puertas y deciden quién pasa y quién no. Ahora estamos esperando para que nos dejen pasar por la puerta de Turquía.

—Las fronteras son imaginarias, pero las puertas son de verdad.

—Así es, princesa.

—A nosotros sí que nos dejarán pasar, ¿verdad?

—Claro que sí. Hay que tener paciencia. Por si no lo sabías, en los viajes hay muchos momentos donde lo único que se hace es esperar y que no son nada divertidos. De esos ratos nadie habla cuando te cuenta su aventura, pero son necesarios para que las cosas avancen.

Papá tenía razón. En las historias de los libros nadie cuenta el tiempo que se pasa durmiendo o cepillándose los dientes. Así que yo no voy a contar todo el tiempo que pasamos allí de pie, esperando, que fue mucho y muy aburrido. Solo diré que había muchos niños llorando a nuestro alrededor, y que una sonrisa de orgullo afloró en mis labios porque yo no había llorado ni una sola vez en lo que llevábamos de aventura.

* * *

La cola tardaba tanto y yo estaba tan cansada que, sin darme cuenta, acabé dormida en los brazos de papá. Cuando desperté, el sol ya se había ido muy lejos.

—¿Ya hemos cruzado la puerta? —pregunté adormilada.

—Aún no, tesoro, seguimos esperando.

El griterío había mutado en susurros, como si le hubieran bajado el volumen al mundo. El aire era tibio y, a lo lejos, colándose entre el murmullo de las voces, me llegó el aroma del sorke que alguien estaba comiendo. Mi tripa se quejó de hambre.

Nos sentamos en el suelo y papá sacó los bocadillos de shawarma, sorke y pan de pita que habíamos traído de casa. Yo devoré el mío en dos bocados porque no había comido nada en todo el día. Todavía tenía más hambre, pero

no pedí más porque sé que en una aventura hay que racionar los alimentos. Uno no sabe cuándo va a volver a encontrar una tienda donde comprar.

—Niños, hoy vamos a hacer algo que no hemos hecho nunca —anunció papá con voz animada—. Vamos a dormir al aire libre.

—¿De verdad?

No me esperaba dormir al aire libre tan pronto. ¡En la primera noche! Yo pensaba que cruzaríamos la Puerta de Turquía y que iríamos a un hotel. Pero ¡dormir al aire libre! ¡Era mucho mejor que dormir en un hotel!

Papá sacó una manta de su maleta y la extendió en el suelo. Adnan y yo nos tumbamos uno al lado del otro, sin quitarnos la ropa ni ponernos el pijama. El suelo estaba durísimo y bajo la manta notaba las piedrecitas clavándoseme en la espalda. Doobie se acurrucó entre mis piernas. Papá nos cubrió con otra manta y se dejó caer a nuestro lado. Hacía un poco de frío y me apreté a Adnan. Afortunadamente, Doobie siempre está caliente y pronto noté su calorcito extendiéndose bajo las mantas. Era la primera noche que iba a pasar fuera de casa y que no dormía en mi cama. Las aventuras empiezan así, durmiendo fuera de casa, y me pregunté si Aasiyah no estaría también allí, en la cola, esperando para cruzar la puerta de Turquía.

Otros niños no paraban de llorar, seguramente porque no les gustaba dormir al aire libre, y también lloraban bebés. Me pregunté por qué la policía que custodiaba la puerta no dejaba pasar a las mamás con los bebés, para que durmiesen en hoteles al otro lado, porque los bebés no entienden de aventuras, ni saben lo que es Berlín, ni les gusta dormir al aire libre.

* * *

Papá nos despertó antes de que el sol estuviese a una distancia a la que pudiera sentirse de nuevo su calor.

—¡Arriba dormilones! La cola se mueve.

Todo estaba en silencio, solo el roce de ropas o la estampida sorda de una manta al sacudirse, pero poco a poco fueron brotando voces, como si estuviesen guardadas en frasquitos a los que les quitas el tapón para dejarlas salir, al principio quedas, luego cada vez más fuertes, hasta que acabaron entretejiendo un manto de bullicio. Por un momento pareció que íbamos a tener que darnos prisa para no quedarnos atrás, porque el bullicio se movía hacia

delante con un arrastrar de pies, como una procesión. Pero nada de eso, porque, apenas dimos unos pasos, tuvimos que volver a pararnos. Dábamos unos pasos y nos parábamos, así una y otra vez. Era aburridísimo. El sol desplegó sus tentáculos de calor y fue trazando un arco en el cielo, envolviéndonos en su ardor. Pasaron como mil horas hasta que por fin llegamos a la puerta.

Varias veces estuve a punto de pedirle a papá que nos volviésemos a casa, pero me aguanté el cansancio, sobre todo porque había niños llorando y me imaginaba que muchos de ellos lo hacían para convencer a sus padres que dieran la vuelta, y a lo mejor entre esos niños llorones estaba Aasiyah. O a lo mejor no, porque Aasiyah nunca lloraba, así que probablemente ella seguía en la cola, si es que no había pasado ya, y yo no quería quedarme atrás.

El caso es que por fin llegamos a la dichosa puerta. Adnan me dijo que frente a nosotros había un muro de cemento que se extendía hasta perderse de vista (o sea que las fronteras no son tan imaginarias) y unas barreras que subían y bajaban como brazos mecánicos y unas cabinas acristaladas como taquillas de cine, y dentro de cada cabina un señor policía. Papá empezó a hablar con uno de ellos. El agente estuvo haciéndole un montón de preguntas: que de dónde éramos, que por qué queríamos entrar en Turquía, que si teníamos dinero. Sobre todo, el tema del dinero le interesaba mucho al señor policía. Papá y él estuvieron discutiendo sobre diversas cantidades, como si estuviesen regateando el precio de una alfombra en el zoco, y al final, cuando se pusieron de acuerdo, nos dejó entrar. ¡Menos mal! Cuando pasé junto al policía estuve a punto de preguntarle si recordaba haber dejado entrar a una niña llamada Aasiyah, pero me contuve por dos motivos: el primero, porque había muchas niñas que se llamaban Aasiyah; y el segundo, porque, aunque podía describirle cómo es la voz de Aasiyah, a qué huele, incluso la forma de su cara y el tacto de su pelo, había mucha gente esperando en la cola y no era cuestión de hacerles perder más tiempo entreteniendo al policía que vigila la puerta.

Cruzar la frontera fue una decepción. Al otro lado nos esperaba el mismo polvo ardiente arrastrado por el viento y el mismo sol abrasador. No había ninguna ciudad exótica, ni siquiera un pueblecito, y tampoco aviones ni autobuses. Para seguir el viaje teníamos que subirnos, otra vez... ¡en un camión!

—¡Papá, no me gusta nada ir en camión!

—Lo siento princesa, pero me acaban de informar de que todos los aviones están estropeados. Tenemos que esperar hasta que los arreglen. Y no podemos estar aquí, en mitad de la nada, tenemos que ir a un sitio donde poder quedarnos mientras tanto.

—¿Qué sitio es ese?

—Un campamento. Es como una ciudad en miniatura, un pueblo construido con tiendas de campaña donde la gente descansa unos días antes de proseguir con su viaje. Será divertido.

No me pareció mala opción porque yo ya estaba muy cansada.

—Pero ¿no podemos ir en coche?

—No, cariño. No hay ningún taxi libre. Un señor muy amable que tiene un camión se ha ofrecido a llevarnos, y no podemos rechazarlo, sería una enorme falta de respeto.

Suspiré sacando el labio inferior, con los brazos y los hombros caídos. Había que resignarse a otro trayecto en la agobiante parte trasera de un camión. Por suerte, esta vez el remolque de carga no era cubierto, sino que la plataforma estaba al aire libre. Aquel camión no olía tan mal ni estaba tan atestado de gente como el que nos había llevado hasta la frontera, y pude disfrutar un poquito del viaje. Cuando nos pusimos en marcha el viento me soplaba en el rostro y arrastraba aromas de vid y olivo, olor a ganado, a pastos, a tierras de cultivo. El monótono zumbido del motor, como un abejorro gigante, se propagaba sin eco, campo abierto, estableciendo los confines de una sinuosa llanura.

—Estamos atravesando un campo de girasoles, princesa —me dijo papá —. Son como caritas sonrientes que se van girando para mirar al sol.

Me puse a imaginar que yo era un girasol y me quedé muy quieta, concentrada, notando el sol bailando en la mejilla derecha y girando el cuello para que no se me escapase cada vez que el camión cambiaba la trayectoria en una curva. Al principio iba muy tiesa en mi asiento, pero al rato tuve que sentarme completamente de lado, con los pies sobre el asiento para no perder el contacto con el sol en la mejilla derecha.

—¿Qué haces, Ghada? Siéntate bien.

—¡No puedo! ¡Soy un girasol!

Al cabo de mucho, pero que mucho rato, el camión se detuvo. ¡Habíamos

llegado al campamento! Desde abajo, un hombre nos gritó que bajásemos. Lo pidió de una manera nada amable, más bien parecía que nos estuviera dando órdenes, como si hubiésemos hecho algo malo. Adnan me dijo que el gritón era un hombre que llevaba un uniforme de la policía turca y una escopeta entre las manos.

—¿Está enfadado ese hombre con nosotros, papá?

—No creo, cariño, nosotros no le hemos hecho nada. Supongo que le hacen trabajar mucho y le pagan poco. Eso, o que no le gusta su trabajo. Hay gente que paga sus problemas con los demás.

Como ya me empezaba a temer, para entrar en el campamento había que hacer ooooootra cola (por favor, supliqué, no tan larga como la de entrada a Turquía). Como las esperas no se cuentan en las novelas, no voy a contarla, solo diré que aproveché todo ese tiempo para meditar sobre las enigmáticas palabras de papá: «Hay gente que paga sus problemas con los demás». Papá siempre me explica todo para que yo pueda entenderlo, sobre todo lo que tiene que ver con la luz y los colores, pero hay veces que suelta frases misteriosas como esa, frases que me hacen pensar mucho. Vamos a ver. ¿Qué significa *pagar un problema con los demás*? Si tienes un problema y entonces fastidias a alguien, ¿tu problema desaparece? Si haces que alguien se sienta mal, ¿eso logra que te sientas mejor? Yo siempre he creído lo contrario, que cuando ayudas a que alguien se sienta bien, entonces te sientes bien. Al parecer hay gente que hace todo lo contrario. A lo mejor Aasiyah es de esas. Por eso siempre estaba chinchándome. Yo creía que Aasiyah se metía conmigo porque soy ciega, pero a lo mejor lo hacía porque tenía problemas y lo «estaba pagando» conmigo.

O sea, que cuando alguien se mete contigo, o te molesta, o te insulta, entonces los problemas los tiene esa persona y no tú. Me sonreí, contenta, porque gracias a aquel policía turco tan desagradable había aprendido algo nuevo, una Lección de la Vida, como solía decir el señor Ahmed, y, como todo el mundo sabe, las aventuras sirven principalmente para aprender Lecciones de la Vida (además de para divertirse).



En el barco: Una Lección de Vida, en pleno Mediterráneo

Está lloviendo y el viento nos escupe bocanadas de agua en la cara. El abrigo se me está empapando. El bote no para de dar sacudidas, como si cabalgásemos a lomos de un potro salvaje. Los pies me chapotean en el agua. Al principio solo era una sensación de humedad, ahora noto el agua a la altura de los tobillos. El bote se está inundando lentamente, llenándose de agua como una bañera. Con el ruido de la tormenta, la única manera de hacerse oír es a gritos.

—¿Puedes ver ya la costa, papá?!

—¡No, cariño, está demasiado oscuro!

—¡Pero estamos muy cerca! ¡Puedo oler las plantas de la costa!

—¡Ojalá tengas razón, Ghada! ¡El bote está fuera de control!

Tengo la sensación de que cambiamos continuamente de dirección, dando vueltas como una brújula enloquecida. Me abrazo fuerte al torso de mi padre mientras Doobie se encoge junto a mi pecho, bajo el abrigo.

—¡Mi hija me dice que estamos cerca! —le grita mi padre a los demás—. ¡Podemos conseguirlo!

Todo es muy confuso, el movimiento bajo mi falda empapada, los gritos, las plegarias de las mujeres. Puedo sentir mi corazón intentando batir su propio récord de pulsaciones.

—¡Vamos a calmarnos todos, o no vamos a lograrlo, necesitamos un plan!

—¡Tenemos que desprendernos de todo! —dice el señor Contrabandista—. ¡De todas sus pertenencias! ¡Absolutamente de todo! ¡De nada les van a servir sus cosas si el bote se hunde!

Sonido de chapoteo por todos lados, la gente está arrojando sus mochilas, lo poco que les habían dejado subir a bordo. Algunas mujeres lloran.

—Son solo cosas materiales, no sean así —dice el señor Casco blanco con su voz de barítono—. Nuestras vidas están en juego.

Me enfada mucho que haya gente que llore por tirar sus cosas materiales, como las llama el casco blanco, y en cambio quisieran tirar a Doobie por la borda. A mí no me hubiese costado nada tirar mi mochila, con mis muñecas, mi regleta y mi punzón y mi ropa, como no me costó dejarlas en la orilla, antes de embarcar, para esconder a Doobie dentro.

Mis pies siguen encharcados. Hay un chapoteo continuo y creo que la gente

está intentando achicar el agua del bote con sus propias manos; pero el agua es escurridiza y no se deja atrapar. Del agua no se puede hacer una maqueta porque no tiene forma, porque está en todos lados. ¿En qué piensa la gente vidente cuando piensa en el agua? ¿Qué visualizan en sus mentes? ¿Un vaso de agua? ¿El mar? ¿Una gota de lluvia?

Al fragor de la tormenta se suma un ruido de voces fantasmales, metálicas, voces ininteligibles que carraspean envueltas en una efervescencia eléctrica.

—¿Tienes una radio? —pregunta alguien.

—Así es —contesta el señor Contrabandista—. Solo para emergencias, de momento solo la tengo en escucha.

—¡Pida ayuda, por el amor de Dios! ¡Nos vamos a hundir! —chilla una mujer.

—¡No lo haga! ¡Si avisa a la guardia costera nos devolverán a Siria! —grita otro hombre.

—¡El agua sigue entrando! ¡Nos vamos a hundir!

—¡Que no cunda el pánico! —replica el señor Contrabandista—. Estamos muy cerca ya de la costa griega. Unos minutos más y tocaremos tierra.

Creo que el señor Contrabandista se equivoca, porque he dejado de oler la vegetación de la orilla. Es como si estuviésemos atrapados entre dos fuerzas. La del mar, que nos impulsa hacia arriba con sus olas, y la de la tormenta, que nos empuja hacia abajo con la fuerza de la lluvia.

Entonces algo cambia en el equilibrio de sonidos que llega a mis oídos. El ronroneo del motor fueraborda, monótono y constante hasta el punto de que dejas de escucharlo, se interrumpe dejando un vacío que el fragor del mar se apresura en llenar. Me pregunto si los demás también se han dado cuenta de que el motor del barco se acaba de parar.

Siento que, bajo el bote, el agua del Mediterráneo me susurra palabras ininteligibles.

17. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN PALABRAS ININTELIGIBLES:

- *Huele a aliento.*

- *Suena a susurros, como secretos.*

Al final tuvimos que quedarnos a vivir en aquel campamento durante una larga temporada. No me importó, porque la vida en el campamento resultó ser chulísima. Vivir en un campamento es muy diferente a vivir en Alepo. Para empezar, no teníamos una casa arriba de un edificio con paredes de cemento y varias habitaciones, sino que vivíamos en una tienda de campaña de lona que estaba clavada a ras del suelo... ¡Y que era más pequeña que mi dormitorio de casa!

En serio, entrabas y solo había sitio para las colchonetas de dormir, las maletas apiladas en un rincón con nuestras ropas, y ya está. Ni cocina, ni cuarto de baño. Tampoco había grifos con agua corriente, así que no podía darme un baño, ni siquiera una ducha. Me lavaba con una esponja rasposa que mojaba en un cubo que papá traía lleno de agua helada por las mañanas. ¡Era tan divertido! Lo mejor era que muchas mañanas a papá se le olvidaba traer el cubo con agua y, para disimularlo, fingía que se le olvidaba la hora del baño, así que pasaban días sin que tuviera que bañarme.

Dormíamos en el suelo de la tienda de campaña, en unas colchonetas dentro de unas mantas enrolladas sobre sí mismas que se llaman saco de dormir porque son como sacos donde te metes y estás muy calentita por la noche, cuando las temperaturas bajan bruscamente y en el exterior de la tienda de acampada te mueres de frío. Dormíamos los tres, uno al lado del otro: Adnan, yo y papá, con Doobie acurrucado a nuestros pies, y era chulísimo

porque podíamos charlar los tres metidos en los sacos y contar cuentos hasta que nos quedábamos dormidos. Era tan divertido que le he propuesto a papá que, cuando volvamos a casa, juntemos nuestras tres camas en la misma habitación. Pero papá ha dicho que no, porque dice que una cosa es pasar una temporada en un campamento, y otra vivir en casa, donde hay unas reglas y unas normas que hay que acatar, como bañarse todos los días.

Otra cosa era que en el campamento la comida no es tan rica, ni mucho menos, como la que papá cocinaba en casa o la que traía preparada de los restaurantes de comida para llevar que hay cerca de donde vivimos. Me moría de ganas por comer chocolate o mandarinas, pero papá me explicó que en el campamento la comida es diferente, en primer lugar porque estábamos muy lejos de Alepo y hasta allí no llegaban las cosas que llegan a la ciudad, y porque cuando uno sale de viaje en una aventura tiene que apañarse con lo que está a mano, y a veces, incluso pasar hambre, «Dios no quiera que nunca sepas lo que es pasar hambre», me dijo; le respondí que yo ya sabía lo que era pasar hambre, y Adnan se desternilló de la risa.

—Ghada, pasar hambre no es esperar en tu casa a que tu padre te prepare la cena mientras puedes olerla. Pasar hambre es estar literalmente días sin comer.

—¿Qué es «literalmente»?

—Que es tal cual, como la palabra indica, que no es una exageración ni una metáfora, que cuando dices que pasar hambre es estar literalmente días sin comer, pues es eso, días.

Me gustó esa palabra. «Literalmente». Era una de esas palabras que tenía que usar en mis novelas. La apunté enseguida en mi lista de vocabulario.

—Papá, ¿tú alguna vez has pasado hambre literalmente?

—No, cariño, nunca, gracias a Dios, en mi casa, aunque humilde, cuando yo era niño nunca faltó la comida.

Antes de dormir, cuando estábamos metidos en los sacos, con el viento ululando y sacudiendo la lona de la tienda, Adnan nos contó una historia de su abuelo, el señor Ahmed, que en una ocasión sí que había pasado hambre literalmente. El señor Ahmed, cuando era joven, viajó muy lejos hacia el este, más allá de Pakistán, incluso dejó atrás el norte de la India y llegó a China, que al parecer es un sitio rodeado por una muralla que está muy, pero que muy, lejos. Durante el viaje, el señor Ahmed se perdió en un bosque, se le acabó la

comida y tuvo que alimentarse de insectos, porque era lo único que tenía a su alcance. Yo no tengo ni idea del sabor de los insectos, pero debe de ser horrible por la voz que puso Adnan al decirlo y porque después hizo un sonido como de «puaj». Me vino a la mente una vez que se me coló una mosca en la boca y, aunque no me la tragué ni, en realidad, pude llegar a advertir su sabor, fue muy desagradable sentir el zumbido dentro de la boca; y al recordarlo yo también hice «puaj», y papá y Adnan se rieron. En fin, que aunque la comida en el campamento no era tan rica y venía envasada en unos recipientes de plástico y consistía en espagueti con salsa de tomate o patatas con pollo, o lentejas y arroz, y aunque todo estaba cocinado de una manera muy insípida, era mucho mejor que comer insectos. Puaj.

Lo que menos me gustaba del campamento era que no había jardines por los que pasear ni flores que oler. La verdad es que los olores que flotaban en el ambiente eran bastante desagradables. Por el olor, cualquiera diría que la gente hiciera sus necesidades en mitad de la calle y no en los retretes, que eran unos lugares que olían tan mal, pero tan mal, que con tal de no entrar yo también hubiese preferido hacer mis necesidades al aire libre.

Lo más extraño que había en aquel campamento eran los otros niños. Había más niños, aparte de Adnan y de mí, claro. Lo sé porque los oía llorar, sobre todo en el silencio de la noche. Lo raro era que no tenía ni idea de dónde se metían esos niños durante el día. No escuchaba sus voces, ni los oía reír, ni escuchaba el griterío habitual cuando varios niños se juntan y se ponen a jugar. En fin, el campamento era un lugar muy tranquilo donde todo el mundo hablaba en voz baja, como si temiera molestar al vecino, y donde solo se escuchaba el aullido del viento que soplaba en la misma dirección que el aliento del sol al amanecer, un viento que arrastraba una arenita fina que se te clavaba en la piel y se te metía en los ojos y te hacía lagrimear aunque no estuvieses triste.

—¿Qué hacen aquí los niños durante el día? —le pregunté a papá—. No los oigo jugar.

—Es normal, porque los niños que han venido hasta aquí son todos muy inteligentes y muy estudiosos. No te creas, aquí no dejan venir a cualquiera. Se pasan el día metidos en sus tiendas de acampada leyendo y haciendo sus deberes. Y eso mismo deberías hacer tú, estudiar, para no tener retraso en la escuela cuando volvamos.

—¿Y cuándo nos vamos a ir de aquí y seguir con el viaje?

—Pronto, princesa, espero que pronto. Me dicen que hay problemas con el avión. No sabemos cuándo estará arreglado. Es posible que tengamos que seguir el viaje de otro modo. Lo estoy preparando todo, pero me llevará un tiempo. No te preocupes, que pronto llegaremos a Berlín, tesoro, y nos pondremos a buscar la flor mágica y podrás comer salchichas y aprender el idioma alemán mientras tanto.

Al oír hablar de salchichas se me hizo la boca agua y a punto estuve de decirle a papá que la comida en el campamento no me gustaba nada. Preferí no quejarme por si papá cambiaba de idea y decidía enviarme de vuelta a casa. Al fin y al cabo, esa comida era mucho mejor que los insectos que había tenido que comer el abuelo de Adnan cuando era joven. Puaj.

* * *

Mientras papá organizaba el modo de poder seguir con el viaje —y eso era algo que le iba a llevar *literalmente* varios días—, para pasar el tiempo, Adnan y yo empezamos a asistir a unas clases que organizaban en el campamento, donde una maestra —la señorita Yoli— nos daba clases a un grupo de niños. La señorita Yoli olía a gominolas de fresa y tenía la voz aguda de una niña pequeña. Al escucharla la primera vez, imaginé a una persona muy bajita y por eso me sorprendió mucho cuando, al acercarse a mí para saludarme con un beso, me di cuenta de que tenía unas piernas delgadas y larguísimas.

—Pobre niña ciega, todo esto debe ser terrible para ella —le dijo a papá el primer día, cuando nos conoció.

Aquellas palabras me sentaron fatal, porque lo que más rabia me da es que me llamen «pobre niña ciega» y que me traten como si fuese tonta o inútil.

—Mi hija es muy valiente —le respondió papá, y eso me llenó de orgullo—. Sabe valerse por sí misma.

Los primeros días estaba tan enfadada con la señorita Yoli que no abrí la boca. Éramos unos veinte niños en la clase, y cuando estábamos todos dentro olía a establo.

—Estoy preocupada por su hija —le dijo la maestra a papá cuando vino a buscarnos—. No quiere hablar. Se ha pasado la clase callada, encerrada en sí

misma.

Me mantuve en mis trece, con el ceño fruncido y la boca bien apretada.

—No se preocupe por ella. Mi hija está perfectamente. De hecho, me parece que aquí hay otros niños que necesitan más ayuda que ella.

Al parecer, en la clase había mezclados niños de edades diferentes. La señorita Yoli a veces nos explicaba cosas que yo ya sabía —como las letras del alfabeto árabe o los números—, y otras veces nos hablaba de algo llamado Trigonometría o Biología, que eran asignaturas de mayores de las que yo no entendía ni una palabra. Como no había libros en braille, tenía que conformarme con escuchar lo que explicaba la maestra. Tampoco tenía manera de saber lo que escribía en la pizarra. Me acordé de lo que me había dicho papá de los otros niños —que todos eran muy listos y muy estudiosos— y tuve miedo de parecer la más tonta del grupo y que la profesora me tuviese todavía más lástima. Menos mal que Adnan estaba allí conmigo y por las tardes me explicaba pacientemente todo lo que yo no había entendido.

—La Trigonometría la inventaron los griegos antiguos. Sirve para medir distancias con un lápiz y un papel, sentados cómodamente, sin tener que recorrerlas con un metro o con los pasos —me explicó, de cuclillas en la puerta de nuestra tienda de acampada.

Yo escuchaba con la boca abierta. ¿Medir distancias sin tener que recorrerlas?

—Todo se basa en los triángulos —me dijo, y trazó una figura en la arena del suelo para que yo pudiese entenderlo recorriéndola con los dedos—. Un triángulo tiene tres lados y tres ángulos, ¿ves? En total seis elementos, y podemos saber cuánto mide cualquiera de los lados si conocemos dos ángulos y solo uno de los lados, porque aunque el triángulo aumente de tamaño, los ángulos siempre son los mismos.

Adnan dibujó en la arena un triángulo más grande simplemente prolongando dos de los lados del primero.

—¿Te das cuenta, Ghada? Los ángulos son los mismos. Imagínate que pudiera alargarlo hasta llegar a Berlín. O dar la vuelta al mundo. Con esa idea y una simple estaca de madera, hace más de dos mil años, un griego llamado Eratóstenes fue capaz de calcular cuánto mide la circunferencia de la Tierra.

Estoy segura de que Adnan, cuando sea mayor, será profesor. O científico. Es muy listo. Clavamos un palo en el suelo y Adnan midió la distancia de la

sombra que proyectaba. Lo malo es que a mí me cuesta mucho entender lo que es una sombra. De pequeña me explicaron que estar a la sombra es cuando no te da el sol, pero eso no es del todo cierto, porque cuando estás en casa y tampoco te da el sol, eso no es estar a la sombra. Papá me explicó que una sombra es cuando algo tapa el sol pero pasa alrededor, como cuando hace viento y te escondes detrás de un árbol. Lo que no entiendo es por qué no hay una palabra para designar precisamente eso, el ponerse a salvo del viento, y sí la hay para designar el ponerse a salvo del sol. A lo mejor habría que decir «estoy a la sombra del viento», pero no he escuchado nunca a nadie decirlo.

En fin, que Adnan me contó la manera de medir distancias con un palo y una sombra:

—Cuando lleguemos a Berlín haremos lo mismo, a la misma hora, mediremos la longitud de la sombra. Como sabemos la distancia que hay desde el campamento a Berlín, podremos calcular la circunferencia de la Tierra.

Me explicó los cálculos, que no eran más que una simple multiplicación que yo sabía hacer de cabeza, porque me sé la tabla de multiplicar y soy capaz de retener en mi memoria las operaciones necesarias para multiplicar dos números.

Al día siguiente, en la clase de la señorita Yoli, cuando nos planteó un problema de Trigonometría, fui la primera en levantar la mano para responder.

—Es una niña muy lista —escuché que le decía la maestra después a papá, y me puse muy contenta porque ya no me volvió a llamar «pobre niña ciega»—. Espero que pueda llevarla pronto a Berlín y la ponga en un buen colegio. Después podría ir a la universidad. Tiene un gran futuro por delante.

—Para eso primero tenemos que conseguir salir de aquí —respondió papá, que parecía enfadado, aunque no averigüé el motivo, porque no volvió a decir nada más.

El tercer día de clase, la señorita Yoli repartió lápices de colores y nos pidió que hiciésemos unos dibujos. Cuando llegó mi sitio, en lugar de lápices, me dio unos pedazos de plastilina.

—Tú puedes hacer un muñequito, Ghada.

Me puse manos a la obra. Lo mío no es hacer muñecos, pero lo intenté. La plastilina era dura y no tan moldeable como la que tengo en casa, pero aun así creo que logré lo que quería. ¡Y esta vez conseguí ponerle dientes!

—¿Qué es esto, Ghada? —me preguntó la señorita cuando vino a revisar qué tal me iba.

—¿No lo sabe?

—Pues yo diría que es... un dragón —respondió la maestra.

—Un dragón. Eso es lo que es.

—Vaya, tienes mucha imaginación.

—No lo he imaginado. Es un dragón como los que han venido a Alepo. Papá me ha explicado cómo son.

—¡Los dragones no existen! —exclamó uno de los niños que se sentaba a mi lado.

—¡Claro que existen! —grité.

—¿Cómo lo sabes? ¿Es que los has visto, niña ciega? —replicó el niño poniendo voz de idiota.

—Pues resulta que he olido su aliento y he sentido el fuego que sale de sus fauces y he escuchado el rugido de su garganta —le respondí con el mismo tono de burla.

Y, sobre todo, había escuchado los gritos de terror de mis vecinos cada vez que un dragón sobrevolaba los tejados de nuestra casa, y la gente no tiene miedo a lo que no existe. Si los dragones no existieran, a ver: ¿de qué tenían tanto miedo entonces?

QUERIDA GHADA

Tu profesora en el campamento, la señorita Yoli, ¿la recuerdas? Fue ella quien me dijo que, a veces, incluso en mitad del horror y la desesperación, se encuentran motivos para la esperanza.

Cuando la señorita Yoli te conoció acababa de llegar de España. Trabajaba para la Media Luna Roja como voluntaria, dando apoyo psicológico a mujeres y niños desplazados por la guerra. Era licenciada en Filología Árabe y hablaba nuestro idioma con mucha fluidez. Ella sola había logrado improvisar un aula en el que daba clases a un puñado de niños de miradas tristes y rostros amarillos por la desnutrición. Me contó que cuando les pedía a los niños que hicieran un dibujo, lo primero que dibujaban era la casa que habían dejado. Aquellos niños tristes y silenciosos que te acompañaban en la

improvisada clase del campamento narraban historias que no esperas escuchar a un niño, historias increíbles de cuerpos desmembrados y sin cabeza, esas eran las cosas que ellos habían visto.

Luego estaban las cosas que tú le contabas, Ghada, una niña que no había visto nada con sus ojos en toda su vida.

Ella nunca se había formado para dar apoyo psicológico a niños con discapacidades, por eso se sintió un poco abrumada cuando te conoció. Tras tenerte en su clase unos cuantos días, me dijo que eras una auténtica bendición en su vida. Te observaba ir a sus clases y a sus talleres, portando tu figurita de dragón, con un halo de impermeabilidad imposible para todos los demás. En ti no veía a una niña desplazada de su casa en un refugio con todo tipo de escaseces, con apenas una ración de comida al día (no todos los días) por causa de una guerra de hombres miserables e inclementes. En ti veía a una niña que estaba de viaje con su padre, embarcada en la aventura de encontrar una flor en Berlín, una flor mágica capaz de derrotar a los dragones que asediaban nuestra ciudad. El refugio era una parada obligada, pero temporal.

En aquel tiempo de estancia en el campamento, tu maestra y yo hablamos muchas veces. Por algún motivo desperté sus simpatías, tal vez porque a pesar de que el campo de refugiados era necesariamente un lugar donde la desesperanza y la tristeza campaban entre sus habitantes, yo le parecía el hombre con la mirada más apenada que recordaba haber visto nunca. Ella tardó unos días en entender el enorme contraste entre mi voz alegre y firme y mi mirada triste, tal vez desesperada. Tú no podías verme los ojos, de manera que eran mis ojos la única manera que tenía de desahogar mis sentimientos de desolación, sentimientos que de ninguna manera podían alcanzarte.

Ella me contó que había observado en otros niños mermar el brillo de sus ojos, convirtiéndose en una especie de adultos fuera de su tiempo natural, niños tristes, sin ganas de bromas, ni de reír. Tú, sin embargo, llegabas a clase cada día con un alegre: ¿Qué vamos a aprender hoy, señorita Yoli?

Hablábamos a menudo, sentados en la alfombra frente a una taza de té, en la misma tienda en la que daba sus clases. Ella se interesaba, sobre todo, por conocer cómo era la vida en nuestro país, y se sorprendía mucho cuando yo le hablaba de nuestro día a día, de mi trabajo en el banco, de tu colegio, de lo bonita que era nuestra ciudad y de la amabilidad de sus gentes. Lo que más le llamaba la atención era que tuviésemos teléfonos móviles, internet, televisión,

médicos y abogados, calles ruidosas con coches y atascos. Creo que antes de conocerme creía que todos los sirios éramos beduinos que viajábamos en camellos y vivíamos en tiendas de campaña en mitad del desierto.

—Es como si yo pensara que todos los españoles sois toreros o futbolistas, o que os pasáis el día tomando el sol sin trabajar —le dije.

Yo solo pretendía hacerle una broma, pero las mejillas se le ruborizaron con el fulgor carmesí de una puesta de sol. Tu maestra, Yoli, era una mujer guapa, morena, de bonitos ojos negros, inquietos. Está mal que tu padre te diga esto, pero aquella mujer despertó en mí sentimientos que llevaban mucho tiempo sepultados, desde la muerte de tu madre, bajo una coraza de dolor. ¿Quién era yo para pretender a una mujer como ella? Me sentía sucio y miserable, despojado de toda gracia y dignidad, merecedor solo de lástima.

Ella, por su parte, me hablaba mucho de su país, España, y me pareció muy similar al nuestro, hasta el punto de que me planteé cambiar nuestros planes y viajar a Madrid en lugar de a las gélidas tierras alemanas.

El día que murió Aban, un chico de apenas seis años que acudía a vuestra clase, me encontraba con ella cuando recibió la noticia. Tomábamos el té sentados en la tienda, cuya gruesa lona era a veces atravesada por el lejano sonido de los bombardeos al otro lado de la frontera. Anochecía y llegaba el eco de disparos de metralleta, o tal vez podían ser graznidos de aves, o algún niño jugando a un videojuego en una consola destartada, en el campamento se confundía todo: la risa con las lágrimas, el juego con la violencia, la enfermedad con la rutina. Entró el delegado de Naciones Unidas, un francés llamado Gérard, y se lo dijo en un inglés tan básico que incluso yo pude entenderlo. El pequeño Aban había muerto de neumonía por un retraso en el suministro de antibióticos.

Tu maestra rompió a llorar. Dijo que no podía más, que iba a hacer las maletas y volver a España, donde el desempleo y la precariedad que esperaba a su Filología Árabe y su doctorado en Pedagogía eran lujos comparados con el horror a fuego lento de la vida en el campamento.

—Pero te necesitamos aquí, Yoli —le dijo el delegado de las Naciones Unidas—. Se nos han ido todas las maestras. ¿Qué van a hacer esos chicos sin ti?

—No lo entiendes, Gérard —respondió ella agitando las manos a ambos lados de su cabeza—. Si sigo aquí voy a perder la cordura, además, no les

estoy enseñando nada.

—Yoli, ¿cómo puedes decir eso? Has enseñado a docenas de chicos a leer, a sumar, les estás enseñando Historia, les estás enseñando...

—¿Para qué, Gérard? ¿Para qué? Todo lo que les estoy enseñando es una ficción, la Historia no sirve para nada en un sitio como este. A los chicos se les educa para que tengan un futuro. ¿Qué futuro podemos ofrecerles a estas criaturas? ¿Sabes qué me dijo ayer un crío de apenas doce años? Que quería volver para morir en Siria, que prefería morir en su casa, bajo los escombros, con tal de no pasar hambre... ¡Me dijo que su alma había dejado su cuerpo! ¡Un niño de doce años, Gérard!

—Eso es una exageración, Yoli, los niños son así, rara vez no tenemos comida, de hecho, este mes no ha habido ni un solo día que no tuviéramos comida.

—No es solo el hambre de comida, Gérard, es el ansia, tal vez, de agarrarse a una brizna de esperanza, el hambre de futuro, de una realidad aceptable.

—¿Y qué vas a solucionar abandonándonos, Yoli? Esto no va a desaparecer cuando tú te vayas.

El delegado apelaba a su sentimiento de culpabilidad, pero ese sentimiento, como todos los demás, se iba desvaneciendo en el corazón de tu maestra.

—Hay niños desnutridos, no importa cómo lo enfoques —replicó ella con la voz entrecortada—. Hay niños y adultos muriendo por falta de medicación. Hay robos durante la noche. ¿Cómo puede alguien robar a una persona que no tiene nada? Por el amor de Dios, incluso hay violaciones, violadores dentro del campamento, esos mismos hombres que tratamos de acoger y ayudar.

Escuchar aquello me avergonzaba profundamente. Me sentía preocupado, como un niño que piensa que sus padres discuten por su culpa. Aunque no era responsable directo de nada de lo que estaba ocurriendo, y mucho menos de los robos y las violaciones en el campamento, tenía la impresión de que, indirectamente, también me culpaban por el mero hecho de ser árabe, de ser sirio. Mi pueblo había provocado aquello y yo formaba parte de mi pueblo.

Desoyendo los ruegos del delegado, tu maestra salió del campamento en un *jeep* con un grupo de doctores para pasar la noche en un hostel de la ciudad, ya que no tenía permitido, a pesar de su labor, pasar la noche en el campamento

—es por su seguridad, señorita— y cuando se dejó caer sobre el triste colchón del hostel ya había tomado una decisión. Al día siguiente, haría los trámites necesarios para volver a casa.



En el barco: ¿Un mapa del mar?

Inesperadamente para de llover. La lluvia cesa, como si Dios hubiese cerrado súbitamente el mando de la ducha del cielo, y nos deja flotando en un silencio sobrenatural, inmóviles, como si el barco descansara como una hoja sobre yerba en mitad de una planicie.

Hasta el carraspeante motor del bote deja de toser, contagiado del silencio.

—El motor se ha estropeado —anuncia el señor Contrabandista.

—Dios nos ayude —exclama una mujer.

Una oleada de lamentos y suspiros de desánimo se eleva desde el barco como una bandada de gaviotas alzando el vuelo.

—No todo son malas noticias —apunta el señor Contrabandista—. La tormenta ha pasado y ya no está entrando agua en el bote.

—Pero tenemos que hacer algo —dice mi padre—. No podemos quedarnos a merced del viento esperando a que la fortuna nos lleve a una costa cualquiera.

—Como ya les dije, tengo una radio para estas emergencias —informa el señor Contrabandista—. Pero no sé si deberíamos usarla.

—¿Y por qué no?

—Podría localizarnos algún pirata. Debe ser nuestro último recurso.

—No se podrían llevar gran cosa ya, lo hemos tirado todo al mar —dice un hombre.

—También podría localizarnos la guardia costera griega —añade el señor Contrabandista—. Si nos detienen, tengan por seguro que les devolverán a Turquía.

—¿Tenemos alguna idea de dónde estamos? —pregunta mi padre—. Tengo la impresión de que la tormenta nos ha desviado de nuestra ruta.

Me parece que al final nos hemos perdido en la inmensidad, y eso me da un poco de miedo.

—La tormenta, además de destrozarnos el motor, nos ha empujado en dirección noroeste, sin duda hemos pasado ya la playa de Lesbos a la que nos dirigíamos —dice el casco blanco—. Si seguimos en esta dirección vamos a llegar a Lesbos de todas maneras, aunque no sea a la playa que teníamos pensada, a menos que el viento nos empuje directamente al norte y nos topemos con la costa turca de nuevo.

—¿Cómo puedes saberlo? —pregunta alguien—. ¿Es que tienes un maldito mapa del mar?

¿Existen mapas del mar? ¿Cómo se podría hacer un mapa si las olas cambian continuamente de forma y de posición? Sería como hacer un mapa de una multitud o un mapa de las dunas del desierto.

18. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN LOS MAPAS:

- Huelen a papel, a madera, depende de que estén hechos.

- Suenan a: los mapas no suenan a nada, a menos que se golpeen o se rocen con algo.

Otra de las cosas buenas de vivir en un campamento fue lo fácil que me resultó orientarme y memorizar los caminos, que aunque larguísimos y polvorientos bajo el sol, entre hileras de tiendas de campaña, no tenían ni punto de comparación con la enormidad de Alepo.

Cada día, al acabar las clases con la señorita Yoli, volvíamos a nuestra tienda dando un rodeo, cada vez por una ruta diferente. Doobie siempre pegado a nosotros, olisqueando el suelo en zigzag sin dejar escapar un rincón. Después de unos cuantos días, Adnan ya era capaz de dibujar un mapa del campamento. A Adnan le encanta hacer mapas de todo. Tuvo una idea buenísima. Fue dibujando un mapa en una cartulina, pero en vez de usar un lápiz, usó mi punzón, trazando las líneas con puntitos para que así yo pudiera leerlo. De ese modo supe que el campamento tenía forma de diamante. Me di cuenta de que las calles son en realidad los espacios que hay entre las hileras de tiendas de campaña, perfectamente alineadas, paralelas hacia el este y el oeste, hacia el norte y hacia el sur, formando una cuadrícula, como una tableta de chocolate.

—Aquí está la escuela —me explicó guiando mi dedo sobre el plano de puntitos—. Y aquí está nuestra tienda. Y aquí hay un edificio de la Media Luna Roja.

—¿Un edificio de ladrillo como los de verdad?

—No, es un edificio prefabricado.

—¿Qué significa prefabricado?

—Pues... es como una casita de juguete, pero a tamaño real. Hecho de plástico.

O sea, que una maqueta es algo grande construido a tamaño pequeño, y un prefabricado es algo pequeño hecho a tamaño grande.

—Papá, ¿qué es mejor, vivir en una casa prefabricada o en una casa de verdad?

—¿Por qué preguntas eso, princesa?

—Porque aquí en el campamento todo es prefabricado.

—Eso es porque está hecho para que dure poco tiempo. Es un lugar temporal. No como las ciudades de verdad, que se hacen para que duren muchos años.

—Nosotros ya llevamos aquí un mes. ¿Cuándo nos vamos a ir?

—Pronto, tesoro, muy pronto —respondió con un suspiro.

Me parece que el miedo que tenía papá era que esas casas prefabricadas, hechas para durar poco, se rompieran antes de irnos.

A Adnan y a mí nos volvía locos explorar. Recorriamos las calles en zigzag, fila a fila, de norte a sur y de oeste a este. Imposible perderse en un día soleado: por la mañana el sol brotaba en el cielo por el este; al atardecer, se difuminaba en el oeste. El sol marcando siempre la dirección.

El sol amarillo, blanco, como un huevo frito, como una margarita.

Leche, limón.

Comenzando en la esquina superior izquierda y yendo hacia la derecha (tal y como leen los europeos) te encontrabas un cuartel de policía (prefabricado) donde dos policías siempre hacían guardia bajo el sol. Aquellos policías olían a cuero y a grasa para el calzado, y uno de ellos era muy simpático y nos dejó tocar su pistola, aunque sin sacarla de la funda, y descubrí que las pistolas de verdad son como las pistolas de juguete, lo cual me sorprendió mucho.

Desde allí, si seguías adelante y luego girabas a la derecha, pasabas por una zona encharcada que apestaba a aguas estancadas donde zumbaban las moscas y los mosquitos. Pasábamos por allí corriendo y con la boca bien cerrada y llegábamos a una calle a la que llamaban «Los Campos Elíseos» (aunque no olía a campo para nada, solo a polvo, como en casi todo el

campamento). Allí había un mercadillo que no se parecía en nada al bullicioso bazar de Alepo, porque era silencioso como un templo. Oía a la gente regatear en voz bajita el precio de la ropa, de teléfonos móviles, de hornillos de gas, sartenes, colchones y hasta de una bañera. Nos preguntamos para qué iba a querer alguien una bañera en un sitio donde no hay grifos. Después lo averiguamos, porque, más abajo, al llegar al fondo sur del campamento... ¡Nos tropezamos con una bañera! Habían puesto una en mitad de la calle, menuda ocurrencia, al lado de un grifo que salía del suelo como un tallo desnudo acabado en una nariz ganchuda y metálica. La bañera estaba llena de agua tibia que se iba calentando con el sol. No había nadie bañándose en aquel momento. Adnan dijo que cómo se iba a bañar nadie en mitad de la calle, para que todos lo vieran desnudo. Yo no entiendo muy bien lo que es el pudor. Supongo que en un mundo de ciegos, cuando hiciera calor, nos pasaríamos el día desnudos.

A dónde más nos gustaba ir era a la parte donde se pone el sol. Allí había una serie de tiendas de lona en las que se alojaban personas de una cosa llamada Naciones Unidas, que al parecer están allí para cooperar entre ellos. Era divertidísimo escuchar los diferentes idiomas: francés, italiano, inglés, cada uno con su acento tan distinto. El francés suena melódico, carraspeante, como si hablaras con la garganta y un caramelo de miel después de recuperarte de un catarro; el alemán tan ondulante, como viajar en una carretilla sobre un suelo de grava, sin saber cuándo llega el próximo bachecito, en qué palabra; el italiano tan musical, subiendo el tono en la penúltima sílaba de cada palabra, aún más en la penúltima de cada frase, como si todo fueran preguntas con una respuesta de una sílaba pegada detrás.

Pegábamos la oreja a la lona y jugábamos a adivinar lo que estaban diciendo, repitiendo conversaciones inventadas como si fuésemos traductores simultáneos. Nos partíamos de la risa. Más de una vez alguno de aquellos cooperantes nos preguntó, en un árabe que sonaba como el balbuceo de un niño pequeño, que de qué nos reíamos. A nosotros nos daba la risa floja por su manera de hablar.

Adnan me dijo que nos miraban como si nos hubiésemos vuelto locos.

QUERIDA GHADA

Desde que cruzamos la frontera turca supe que nuestra vida ya no sería la misma, que muy posiblemente nunca volvería a poner un pie en mi amada Siria. Sería un extranjero durante el resto de mi vida, con todo lo que eso conlleva.

Antes de salir de nuestro país, las noticias que llegaban del exterior hablaban de una Unión Europea abierta a acoger a los sirios que huíamos de la guerra, una Unión Europea dispuesta a darnos un trabajo y una vida digna, al menos hasta que acabase el conflicto y pudiésemos regresar a nuestra patria, un conflicto que, sin embargo, cada vez se recrudecía más. Lo que yo no esperaba de ninguna manera era que en la frontera turca nos trataran como a delincuentes, en lugar de como a personas que huíamos de una guerra. En el paso fronterizo se aglomeraban miles y miles de personas huyendo del ataque conjunto lanzado por el régimen de Bashar al Assad, sus milicias aliadas y la aviación rusa, sobre la ciudad de Aleppo. Cuando por fin nos dejaron entrar, después de dos días en una cola interminable y una noche a la intemperie, no nos esperaba la libertad, sino la reclusión en lo que los turcos llamaban un campo de refugiados.

El campo se parecía más a una prisión que a un lugar de refugio. Cada día llegaban cientos de compatriotas transportados en camiones, hacinados como ganado. Pronto no habría sitio para más. Si querías ir al lavabo, tenías que hacer una cola de dos horas. Si querías ducharte, había seis horas de cola. Para coger tu ración de comida, lo mismo. Largas esperas. Y que no se te ocurriera salir de la fila, porque perdías el turno. Estábamos peor que los animales de granja.

Sabes que cuando tú y Adnan os dormíais hablaba con tu difunta madre cada noche, y cada noche se me escapaba una lágrima, resultado de las dudas, de la desesperación. Hablaba con ella como si pudiera escucharme, y yo a ella. «¿No crees que deberíamos habernos quedado en Siria? ¿No hubiera podido sobrevivir a la guerra manteniéndome escrupulosamente al margen del conflicto y cuidándome las espaldas?» —le preguntaba, y me parecía oír su cálida voz deslizándose entre sábanas de viento: «Khaled, ¿qué tipo de persona es capaz de guardar silencio cuando matan a inocentes, cuando asesinan a muchachos? ¿Cómo aceptar una vida para nuestra Ghada en un país así? ¿Qué futuro le esperaba a nuestra hija en Siria?».

Tras pasar la segunda noche en el campamento sin poder pegar ojo, decidí

que no tenía sentido seguir pensando en lo que debería o no haber hecho, estábamos allí y no había vuelta atrás.

Los primeros días los pasé observando, escuchando, y sin hablar mucho ni congeniar con nadie. Cuando escaseaba la comida, os repartía a Adnan y a ti mi ración, y las tripas competían con la incertidumbre por privarme del sueño.

Lo que desde luego no hubiera esperado jamás era que el campo fuera inseguro, sobre todo por las noches. Las noticias de violaciones y de robos corrían como la pólvora cada mañana. El campo era un lugar agreste, desangelado, y aunque entre sus ocupantes flotaba un cierto aire de armonía y solidaridad bajo la luz del sol, ambas cosas se esfumaban al caer la noche. Tanto era así, que a los voluntarios internaciones ni siquiera les dejaban pernoctar en el campo.

Una noche escuché los gritos de una mujer. Tú te estremeciste bajo las mantas, aún sin despertarte. Decidí salir de la tienda y ver qué estaba pasando. Una bocanada de aire frío me impactó en la cara, pero cerré la tienda a mis espaldas. Estaba muy oscuro. Algunas tiendas estaban iluminadas por dentro, como lámparas de papel, proyectando las siluetas de sus inquilinos como sombras chinescas. Volví a escuchar otro grito. Pedía ayuda. La voz venía del sur, hacia donde me encaminé con paso firme. El viento silbaba en los intersticios de las tiendas de acampada y traía consigo un hedor a ropa sucia. Ráfagas de aire me agitaban las perneras como banderolas. Seguí adelante. Cuando calculaba que los gritos venían ya de un punto cercano, a no más de diez metros de distancia, cesaron.

Me detuve sobre el terregal entre las dos filas de tiendas. Observé el cielo estrellado sobre mi cabeza, en silencio. Oí soplar el viento del desierto y oí mi propia respiración.

La mujer no volvió a gritar.

—¿Alguien necesita ayuda? —pregunté al viento, pero no hubo respuesta.

—¿Alguien necesita ayuda? —volví a preguntar una vez más, alzando la voz.

Silencio. Silbidos del viento que traía ecos entrecortados de las montañas.

—¿Alguien necesita ayuda?! —insistí una vez más, ya gritando.

—¡Tú necesitas ayuda, idiota! —me respondió una voz masculina desde una tienda cercana—. ¡Deja dormir a la gente en paz!

Me vi a mí mismo acercarme a aquella tienda, encararme a aquel hombre,

increparle que había escuchado a una mujer pedir ayuda, que seguramente la estaban violando, que no podían todos perder la decencia hasta el punto de permitir violaciones...

Sin embargo, no dije nada y volví sobre mis pasos a nuestra tienda, donde fui incapaz de dormir sin soltar una de las muchas lágrimas que me quemaban por salir.

* * *

Mucho antes del amanecer salí de la tienda para traer agua. Había que caminar durante media hora hasta un extremo del campo donde estaban los grifos. Si no llegabas allí antes del amanecer, las colas eran tan largas que podías tardar horas. Como era todavía de noche, solo encontré un puñado de mujeres silenciosas con sus cubos, y al poco, pude llenar el mío. Después fui a recoger nuestras raciones de comida en el centro de distribución, a unos diez minutos caminando desde nuestra tienda. Me dieron la ración que nos correspondía: una simple galleta de maíz y una taza de té por persona. Fui capaz de regresar a la tienda sin tocar las galletas ni sorber una sola gota de té, aunque sentía que el hambre me mordía el estómago.

—Despierta, Ghada, mi estrella —te llamé en un susurro—. El viento trae suspiros de lugares lejanos y el aire es dulce como la miel, ¿te lo vas a perder?

Repartí todas las galletas que tenía y el té entre Adnan y tú.

—¿Tú no vas a desayunar? —me preguntaste, desperezándote sobre la colchoneta.

—No pude aguantar —mentí—. Tenía tanta hambre que me comí mi desayuno por el camino.

—Tienes que alimentarte, papá, estás cada vez más flaco —me dijiste—. Lo siento cada vez que te abrazo.

En ese momento me ofreciste una galleta y sentí una punzada en el estómago. Recuerdo que mi mano comenzó a temblar, como si quisiera desoír los mandatos del cerebro, coger aquella galleta y llevármela a la boca para devorarla.

—No tengo hambre, cariño, en serio.

Os comisteis las galletas sobre las colchonetas y os bebisteis el té tibio. Adnan se lavó la cara en el cubo de agua, se vistió y salió a esperarte. Hacía días que no te dabas un buen baño. Solo podía asearte con la esponja y aquel cubo de agua fría. Lo más difícil era lavarte el pelo, tan largo y enredado. Temía que cogieras piojos. Procuraba hacerte cosquillas y divertirme, me las ingeniaba para que no echases de menos las comodidades de nuestra casa.

Más tarde, cuando os observaba caminar hacia la escuela, seguidos por el perro, noté la mirada de un hombre a dos tiendas de distancia, al otro lado del camino, o la calle. ¿Cómo llamar a los espacios que separan las tiendas?

Aquel hombre no me quitaba la vista de encima.

—Hermano —le acabé conminando—. ¿Por qué me miras así? ¿Acaso buscas mi compañía?

—Siento haberte faltado al respeto, hermano, perdona por haberte mirado fijamente, solo me preguntaba si te apetecería charlar conmigo un rato.

Mientras decidía romper mi consciente aislamiento y aproximarme con paso decidido hasta aquel desconocido, tuve la extraña sensación de cruzar un umbral sin retorno. Fue un momento casi místico, sentir la grava bajo mis pies crujiendo a cada paso. Me pasaba mucho últimamente, eso de verme desde fuera cruzando umbrales misteriosos, girando llaves que no se pueden desgirar, atravesando puertas que se cierran a mis espaldas. He escuchado incluso susurros y voces hasta ahora ininteligibles. No era la desesperación. La locura que empezaba a apoderarse de mí desde dentro de mis entrañas me la estaba generando el hambre. O eso creía yo.

—La paz esté contigo.

—Contigo esté la paz.

Un instante después de saludar no fui capaz de recordar si fui yo el primero en hablar o el segundo.

—¿Te encuentras bien, hermano? —me dijo el hombre, su silueta contra la luz del amanecer repentinamente brillante y después tangencial y borrosa.

No, no me encontraba bien, nada bien. Me temblaban las piernas. Supe que estaba a punto de desplomarme inconsciente y quedarme a merced de un desconocido, pero no pude hacer nada para evitarlo. La luz se tornó negra como si me hubiesen tapado con una capucha. Sentí el impacto de mi cabeza contra el suelo como si me hubieran golpeado con una almohada de plumas.

* * *

Cuando recuperé la consciencia solo podía pensar en ti. Me incorporé como un resorte y me encontré sobre un somier desconocido en la penumbra azulada de una tienda que no era la nuestra. Tenía la frente empapada en sudor. El estómago revuelto y estremecido por latigazos eléctricos, como si me hubiese tragado una medusa.

—Hermano, no te preocupes —me dijo la voz de un extraño a mi espalda.

Reconocí al vecino que me había invitado a conversar.

—¿Qué me ha pasado?

—Te desplomaste inconsciente frente a mi tienda.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Apenas unos minutos, te repito que no te preocupes. Déjame que te sirva un poco de té, acompáñame al otro compartimento.

Me puse en pie con la sensación de que las cosas siempre estaban un poco más lejos del alcance de mis manos. El estómago me daba punzadas entre vértigos y escalofríos, pero fui capaz de caminar al otro lado de la lona. En el compartimento contiguo me encontré con que había tres hombres más, todos pulcramente vestidos y perfumados, lo que me hizo avergonzarme de mi mal aspecto.

—La paz esté con vosotros.

Aquel hombre, que se llamaba Tarek, me presentó a los otros tres: Joram, Anas y Usama, todos con edades en apariencia cercanas a los treinta. Me invitaron a sentarme en el suelo de la tienda y me ofrecieron una taza de té. Al beberlo me cayó pesado como alquitrán y el estómago lo acogió con una arcada. Me notaba la frente ardiendo y empecé a pensar que no era solo hambre lo que tenía.

—Lo que necesitas es una buena sopa —me indicó Tarek.

—¿Tienes sopa? —le pregunté, no porque estuviera pensando en mí, sino en ti. No recordaba ya cuántos días habían pasado desde que tomaste la última sopa caliente.

—Sí, claro.

—¿De dónde la has sacado? —quise saber.

—Si conoces a la gente adecuada en el campamento, nunca te faltará

comida, hermano.

Todos rieron. Me esforcé por sonreír también.

Logré acabarme el té, y hechas todas las presentaciones, los hombres comenzaron a charlar. Era bastante obvio que aquellos hombres se conocían bien entre ellos. El tema de conversación era, por supuesto, la situación de nuestro país. Yo trataba de mantenerme reservado, pero la franqueza de aquellos hombres, que criticaban al presidente Bashar sin ambages o daban detalles sobre sus esposas e hijos, me obligó a bajar un poco la guardia. Una mujer entró y sirvió sopa en grandes cuencos humeantes.

—En Alepo solía hacerle a mi hija una sopa parecida a esta, de lentejas amarillas —dije—. Le encantaba a ella, a mí no tanto, pero tengo tanta hambre que me parece el manjar más sabroso del mundo.

—De manera que tienes una hija, ¿no es así? —se interesó Tarek.

—Sí, mi hija es ciega.

—Lo siento, hermano.

—Muchas veces maldije mi suerte por tener una hija invidente, y además quedarme viudo, pero Ghada y yo éramos felices antes de que empezaran todos estos problemas.

—¿Felices?

—Sí, créedme, Ghada es ciega prácticamente desde que nació, así que no sabe lo que es ver y no lo echa de menos, se maneja muy bien con todo, empezaba a orientarse en nuestras calles del barrio al norte de Alepo, donde vivíamos, y aquí, en el campo de refugiados, ya no se pierde, además le encanta leer. Mi vida con ella era feliz antes de todo esto... Ahora, a veces siento que no voy a ser capaz de seguir este viaje, que no voy a tener las fuerzas.

—¿Seguir el viaje? —preguntó Tarek—. ¿A dónde piensas ir, pues?

—A Europa, por supuesto. Nos dirigimos a Alemania. En cuanto consiga arreglar los papeles necesarios...

Los cuatro hombres rieron. Yo les miraba sin comprender.

—Las fronteras están cerradas —acabó diciendo Tarek.

—¿Cerradas? ¿Por qué? ¿Por qué no nos dejan entrar en Europa?

—No lo sé, eso tendrías que preguntárselo a los europeos.

—Pero no puedo quedarme aquí para siempre —manifesté con

desesperación—. Este no es un lugar para que crezcan los niños.

—Estamos todos igual, hermano —me dijo entonces Joram cortando el aire en dos con el canto de la mano, como si con eso diese por zanjado el tema.

Aunque sentía que el cuerpo me agradecía la pequeña ingestión de comida, aquella nueva información me generó una sensación de impotencia que iba haciendo mella en mi ánimo. No volví a sacar más el tema del viaje a Europa durante el resto de la conversación.

Sin embargo, unos minutos después, mientras me alejaba de la tienda de Tarek para volver a la nuestra, notándome todavía mareado y con el estómago revuelto, Joram me siguió el paso.

—Hermano, Khaled, espera un momento, creo que tengo una solución a tu problema.

—Tú dirás —le respondí.

Nos encontrábamos en mitad de la vía terregosa entre tiendas, el sol del mediodía caía tan vertical que las sombras bajo nuestros pies apenas se derramaban fuera de las suelas.

—Si quieres tanto a tu hija y buscas lo mejor para ella, puede que haya una manera de sacarla de aquí.

—¿Cómo?

—Podría ir a Europa, con garantías, sin peligros.

—¿En serio, hermano? Háblame más, haría lo que fuera con tal de poder llegar a Europa junto con mi hija.

—Ese es el problema, hermano, no serías tú, solo ella. Tendrías que separarte de tu hijita, pero tal vez sería la mejor opción teniendo en cuenta cómo están las cosas aquí y como se podrían poner.

Minutos después me encontraba reposando sobre mi estera, con un caleidoscopio de ideas girando a toda velocidad en mi cabeza. Lo primero que hice al regresar a nuestra tienda fue asegurarme de que el dinero que traía de Siria, seis mil dólares norteamericanos, seguía en su escondite. La propuesta de Joram era, sin duda, digna de considerar. Joram tenía tratos con una organización humanitaria internacional que ayudaba a los niños refugiados, poniéndoles muchas menos trabas que a los adultos. Ese era el problema, separarme de ti.

Pensar en aquellos seis mil dólares fue como clavarme una aguja en el estómago. Unos tres mil de ellos habían salido de mis ahorros. Para conseguir los otros tres mil tuve que malvender las joyas de tu madre, las joyas que te correspondía heredar. ¿Qué son las cosas materiales comparadas con una vida? Nada, pero me sigue doliendo por absurdo que te parezca. Sentía que te estaba robando lo que te correspondía.

* * *

A la mañana siguiente, después de enfrentar la penosa tarea de ir a buscar el agua y nuestras raciones de comida, me dispuse a recabar información sobre la organización que me había mencionado Joram. Recuerdo que el día comenzó prometedor, porque pude obtener desayuno para los tres.

Tras pasarme media mañana indagando en la zona de los cooperantes internacionales, donde se agolpaban cientos de compatriotas que trataban de encontrar inútilmente una respuesta a sus demandas (medicinas, más comida, noticias de familiares que habían quedado atrás, un visado para poder entrar en Europa) descubrí que tenía acceso a un ordenador conectado a internet en una de las tiendas de la Media Luna Roja. La cola de gente para usarlo era interminable, pero agurdé pacientemente bajo el sol durante tres horas, hasta que me llegó el turno. Era un ordenador muy antiguo, de al menos diez años, y la conexión a internet era lenta, pero las búsquedas de Google, al menos el listado de resultados, aparecía en pantalla en pocos segundos. No encontré ni rastro de organización alguna que ayudara a sacar niños desde los campos de refugiados de Turquía.

Logré que una muchacha que trabajaba para la Media Luna Roja se acercase a hablar conmigo. Su árabe era tan limitado como mi inglés, pero fuimos capaces de entendernos.

—¿Puedo ayuda algo? —comprendí que me preguntaba.

—Organización... amigo me dice... ayudar a niños... vivir en Europa — fue la frase que supe articular en inglés.

La chica puso una cara de gran consternación.

—Peligro organización, nunca. ¿Tienes hija?

—Sí, yo tengo hija, mi hija no ver, no poder ver.

—¿Dónde está ella ahora?

—Hija... ahora... en escuela.

—Hay organización me dijeron. Ellos peligro. Alejarse. Venga conmigo.

La chica, bien aseada, vestida con vaqueros y camisa de color blanco, me dio la impresión de ser una adolescente, pero entonces recordé que los europeos siempre parecen más jóvenes de lo que realmente son.

—¿Cómo se llama? —le pregunté mientras salíamos de la tienda, satisfecho de ser capaz de formular al menos esa pregunta en perfecto inglés.

—Soy Jennifer, ¿y tú?

—Mi nombre es Khaled.

La chica guio mis pasos hacia la parte sur del campamento. Algunos hombres sirios me lanzaban miradas curiosas al verme caminar con una inglesa con aspecto de adolescente y pelo tan rubio, casi blanco.

Llegamos al límite sur del campo. Más allá de la última tienda, el desierto se extendía yermo bajo estratos de atmósfera trepidante de calor. Un hongo de polvo refractado flotaba sobre la borrosa línea del horizonte. Desde allí, Jennifer, haciendo visera con una mano para protegerse los ojos del sol, me señaló con la otra una parte del campo que se extendía a nuestra derecha. Aquella zona era conocida por su peligrosidad, aunque yo nunca había entendido muy bien por qué. Las tiendas eran de lona, color verde oliva, y frente a algunas de ellas había bañeras llenas de agua, oscura e inmóvil.

—Khaled... Tú nunca permitir hija cerca ahí, nunca. Peligroso. Hombres roban niñas para... en Europa.

—¿Para qué en Europa? —pregunté, pero la muchacha me repitió una palabra que no alcancé a comprender.

Intentó explicarme por gestos, pero era obvio que no sabía cómo representar la palabra que quería decir, así que sacó un pequeño diccionario bilingüe que llevaba en el bolsillo y comenzó a pasar las hojas.

—Palabra... no aquí —dijo con un tono de decepción, ante las miradas cada vez más abundantes de hombres en las puertas de sus tiendas.

—Esperar —dijo entonces—. Otra palabra. Los hombres, demonio. Roban niñas para esto —Y señaló una palabra en el diccionario—. Ellos quieren niñas para hacer esto en Europa.

La palabra era «sexo».

—No entiendes, Jennifer —repliqué, casi divertido—. Mi hija es pequeña

y no ver... no hombre quiere niña pequeña para... eso —dije señalando el diccionario, un poco avergonzado.

Jennifer me contestó con una cara de tristeza mayúscula.

—Sí, haber hombres que quieren «eso» con niñas pequeñas.

Me sentí completamente desconcertado, solo imaginarme que te hicieran... No, no podía ni siquiera pensarlo. «Pero mi hija es ciega», argumenté para mis adentros, como si ese fuera un problema para un pedófilo. Una catarata de emociones me golpeó de una manera que casi pude sentirla físicamente, la adrenalina y la sangre y la rabia ardiéndome en la garganta, como un animal acorralado al que disparan desde todas direcciones, de pie en mitad de aquel terreno polvoriento, junto a una desconocida de pelo dorado a la que apenas entendía. «Una niña ciega puede ser hasta una ventaja, porque no puede ver ni describir a sus violadores», comprendí. ¿Es que acababa de descubrir la suciedad del alma humana? ¿No había sido yo mismo una víctima de esa suciedad cuando nos torturaron a mi hermano y a mí? ¿No me había asomado ya a esa misma podredumbre ante aquel comisario que me dijo que los padres de los jóvenes detenidos debían olvidarse de sus hijos, que volvieran con sus esposas a hacer otros, o que se las mandaran a él para hacerlos él mismo?

—Tu hija —insistió Jennifer, despertándome de mi espiral interna de horror —nunca ir ahí. —Señalaba hacia las tiendas de los toldos verdes y las bañeras—. Nunca ir ahí, nunca. No creer, Khaled, no creer. Nunca, nunca ahí —repitió una y otra vez.

La acompañé de vuelta a la tienda de la Media Luna Roja y le di las gracias docenas de veces, muy consciente de lo que tenía que hacer: regresar a esa zona «peligrosa» dónde robaban niñas para prostituirlas en Europa, buscar a Joram, el hombre que me había hecho la propuesta, y golpearlo hasta hacerle jurar por Dios que no te pondría un dedo encima.

La frente me ardía y la sangre se me agolpaba en los oídos de pura rabia mientras volvía sobre mis pasos en dirección a aquellas tiendas de lona oscura. Tenía calambres en el abdomen y escalofríos y sentía ganas de vomitar, consciente de que algo no estaba bien en mi organismo, tal vez un virus de estómago, gastroenteritis o disentería, pero la ira que sentía era más fuerte que cualquier enfermedad.

Aquellas bañeras frente a las tiendas eran toda una rareza. Asentadas sobre cuatro patas como garras, parecían alguna clase de animal mitológico

aguardando a su amo. Algunas estaban llenas de agua ennegrecida, otras cubiertas por tabloncillos. A medida que me acercaba notaba que los hombres que merodeaban la zona comenzaban a actuar de una manera extraña, clavando sus miradas en mí, como leones adormilados que activan sus alertas ante la proximidad de una amenaza. Quise dejar claro con mi paso decidido que no iba a amilanarme, pero conforme me aproximaba, las dudas hacían mella en mi determinación. ¿Qué iba a lograr enfrentándome a aquellos hombres que habían querido engañarme? No pude dejar de darme cuenta, aunque nunca miré a nadie a los ojos, de que todos los hombres que rondaban las tiendas y me clavaban sus miradas vestían bastante bien, algunos con chaquetas al estilo europeo, e incluso parecían tener el pelo recién cortado.

En una explanada algo separada de las demás, una de las tiendas llamaba la atención por su gran tamaño: una jaima grande como una carpa de circo. En la puerta, una bañera de esmalte blanco sobre cuatro patas doradas custodiaba la entrada como la esfinge de una nueva y extraña mitología. A su alrededor, un charco de agua reflejaba el cielo gris con la lisura de un espejo. En la entrada de aquella jaima enorme había un anciano hediondo sentado en una silla de lona. Incluso a una docena de metros, el olor a tabaco se mezclaba con su fuerte olor corporal. Me miraba fijamente, dos ojos pequeños y oscuros, inmóviles como los de una cobra. Le sostuve la mirada unos instantes. Sombras imprecisas y vagamente humanas moviéndose en el interior de la jaima. Figuras amenazantes captadas con el rabillo del ojo tomaban posiciones en la explanada, a mi alrededor. El corazón me latía desbocado. Crucé una mirada con el anciano y me desvié de la línea recta que dibujaba mi trayectoria.

Continué calle abajo, de vuelta al norte del campamento, fingiendo que caminaba como si tal cosa.



En el barco: Los susurros del mar

El viento ha vuelto y empuja el bote, como si un gigante nos soplará con delicadeza desde el borde del mar. Nos deslizamos sobre el agua con tal suavidad que el barco parece colgar de hilos que lo arrastran flotando sobre

una sábana de silencio.

—Alabado sea Dios —escucho decir a alguien—. Los nubarrones se están disipando.

—Ghada —me dice papá— la luz de la luna se abre paso a través de las nubes.

Parece que, por unos momentos, todo son buenas noticias.

—¡La costa! —avisa Adnan—. ¡Mirad!

«No tengas miedo, Ghada».

Todos comienzan a celebrarlo, al parecer ya tenemos la costa a nuestro alcance. El señor Contrabandista forcejea intentando arrancar el motor del bote, que carraspea, aunque no acaba de echar a andar.

Siento que el corazón me salta de la alegría, ¡estamos a punto de conseguirlo! Sin embargo, la voz del señor casco blanco no suena tan entusiasmada:

—Yo no celebraría todavía nada. Estamos a un tiro de piedra de la costa, pero da igual, seguimos a merced del viento y la marea, nos podemos quedar a punto de llegar... durante días.

Pego mi oreja al borde del bote para escuchar los susurros del mar. Igual que pasaba con los barquitos de plástico en la bañera de mi casa, es el agua la que tiene el poder de llevarnos a la costa o alejarnos de ella, y tal vez me dé pistas de sus intenciones. Ahí están los susurros del agua, igual que antes, pero no consigo entenderlos.

19. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN LAS BAÑERAS:

- *Huelen a metal esmaltado.*

- *Suenan a chapoteo de agua.*

Sucedió pocos días antes de que dejásemos el campamento para seguir con nuestro viaje, al regresar de la escuela. Papá todavía no había vuelto. Era raro, porque a la hora de la comida papá siempre nos esperaba con nuestras raciones envasadas, listas para comer.

Nos sentamos dentro de la tienda, sobre la colchoneta, porque fuera el sol te pesaba en la cabeza y el viento te metía arena en la boca que rechinaba en los dientes al masticar. Yo estaba muerta de hambre, aunque no puedo decir que estuviera «pasando hambre», porque no llevaba literalmente dos días sin comer, pero aun así me moría de ganas de que papá llegase con el almuerzo. Para pasar el tiempo, Adnan se puso a dibujar un mapa en su cuaderno y yo jugué a peinar a Doobie con mi cepillo (papá no me deja usar mi cepillo del pelo con Doobie, pero siempre lo hago cuando él no está. Papá, no te enfades cuando leas esto). El único sonido era el de nuestras tripas, por el hambre, que sonaban como si el estómago se soltase unas risitas.

De pronto, una bocanada de aire caliente se metió en la tienda al abrirse la lona.

—¿Papá?

—No, no soy tu papá —me respondió una voz áspera envuelta en colonia de eucalipto y tabaco—. Pero soy un amigo suyo.

Doobie empezó a ladrar y a gruñir. Lo sujeté pasándole un brazo debajo del cuello para contenerlo. Doobie nunca le ha mordido a nadie, pero nunca se

sabe.

—No puede usted entrar aquí. Váyase ahora mismo —le dijo Adnan.

—No te preocupes, hijo, te digo que soy amigo de vuestro papá. Me ha enviado a buscaros.

—¿Conoce a mi padre? —le pregunté.

El intruso se rio antes de contestar.

—¡Por supuesto, chiquilla! Tu padre se llama Khaled, venís de Alepo, de un barrio al norte, es viudo, con dos hijos, un niño y tú, Ghada, ciega de nacimiento.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Me ha enviado vuestro padre, quiere que os lleve con él.

—¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido él?

—Verás, tu padre está un poco enfermo...

—¿Qué le pasa? —pregunté alarmada. El corazón me aleteó como un pájaro enjaulado.

—¡Oh, no te preocupes, criatura! Son simples problemas de estómago. Tengo un amigo doctor que le está atendiendo. Tu padre debe guardar reposo un par de días, le tienen puesto suero, en la tienda de mi amigo. Tu padre estaba muy preocupado pensando que estaríais aquí solos, sin comer todavía. En mi tienda tenemos mucha comida. Venid conmigo y almorzaremos todos juntos. Hay sopa de lentejas amarillas. Tu padre dice que te encanta, Ghada.

Recuerdo que Adnan me tenía cogida de la mano con fuerza y que yo tiraba queriendo salir corriendo a buscar a mi papá.

—¡Déjame salir, Adnan!

—Ghada, tu padre siempre dice que no vayamos con desconocidos.

—¡Pero este señor conoce a mi papá! ¡Está enfermo! ¡Tengo que ir a verlo!

—Mirad, niños, vuestro padre me ha pedido que viniera a por vosotros, pero podéis quedaros aquí si queréis. Yo me voy. Vuestro padre se va a enfadar si vuelvo solo.

El hombre salió de nuestra tienda. Yo no veía ninguna razón para desconfiar de él, aunque Adnan dijese que era un desconocido, estaba claro que mi padre y él eran amigos, ¡si hasta sabía que me gustaba la sopa de lentejas amarillas!

—Si no quieres venir, iré yo sola —le dije a Adnan dando un tirón de la

mano para soltarme.

—Ni hablar. Voy contigo. Tu padre me ha pedido que nunca te deje sola.

Cuando aparté la lona y salí al sol, el hombre todavía estaba allí esperándonos.

—El perro tiene que quedarse aquí, en mi tienda no pueden entrar animales —me dijo.

Como tenía mucha prisa por ver a papá, le hice caso, empujé a Doobie dentro y enganché la lona de la entrada con el pasador para que no pudiera escaparse. Adnan me agarró otra vez de la mano y, así cogidos, seguimos durante un buen rato los pasos a aquel hombre, con el sol a nuestra derecha y el viento lanzándonos granitos de arena en la cara. Nos dirigíamos hacia el sur, derechos a la zona de los cooperantes de Naciones Unidas. Pero antes de llegar allí, el hombre nos guio por una calle donde zumbaban las moscas y el sol nos daba de frente. Después de andar un buen rato volvimos a cambiar de dirección, otra vez el sol en la mejilla derecha. Luego giramos en otra calle y el sol quedó a nuestras espaldas.

—Ya queda poco, dijo el hombre.

—Si hubiésemos seguido recto, atravesando la zona de los cooperantes, hubiésemos llegado antes —dije, sin entender por qué cambiábamos tanto de dirección dando rodeos en aquellas calles cuadrículadas como una tableta de chocolate. A lo mejor aquel hombre no sabía orientarse todavía en el campamento.

—¿Y eso tú cómo lo sabes? —me preguntó un poco sorprendido.

Siempre lo mismo, suspiré sacando el labio inferior. La gente piensa que por no ver tampoco soy capaz de orientarme.

—Aquí es donde están las bañeras, ¿verdad? —le pregunté a Adnan para asegurarme de que no me había hecho un lío con los giros.

—Sí, pero no veo a tu padre.

—Está dentro de mi tienda. Venid.

Percibí un olor desagradable, el de un hombre que olía fatal, a sudor agrio y a cartones podridos.

—Hola, niños —nos saludó con una voz de anciano que sonaba como si en vez de garganta tuviese una tubería muy vieja llena de óxido.

—Hola —respondí—. ¿Dónde está mi papá?

—Aquí dentro, pasad, niños, pasad.

QUERIDA GHADA

No me quitaba de la cabeza lo que me dijo la voluntaria, y mientras regresaba a nuestra tienda ensayé mentalmente lo que os diría a Adnan y a ti:

—Por nada del mundo vayáis a la parte sur del campo, ni os acerquéis a unas tiendas que tienen unas bañeras en la puerta.

No, no, para qué andarse con medias tintas, mejor:

—No podéis andar solos por ahí. Tenéis que quedaros siempre en la tienda hasta que yo vuelva.

Y fue algo muy rápido, todo lo que sucedió en los primeros instantes tras meterme en la tienda y encontrarme a tu perro allí solo, ladrando con desesperación. Doobie siempre te acompañaba a todos lados.

¿Fue una brizna de olor a perfume y tabaco el que me indicó que otro hombre había estado en la tienda?

Corrí como no lo había hecho nunca, agradeciendo el puñado de calorías de la sopa de lentejas amarillas del vecino.

El vecino, ¿cómo se llamaba el vecino? ¿Habría visto algo el vecino?, pensaba mientras me adentraba a grandes zancadas entre las tiendas de los cooperantes internacionales.

Fue entonces cuando capté la mirada amistosa de un hombre. Era alto, con una nariz prominente como el pico de un loro y una barbita recortada como la de un chivo. Reconocí a Gérard, el francés delegado de Naciones Unidas con el que había discutido tu maestra hacía unos días. Estuve a punto de pararme y contarle lo que me pasaba. Pero ¿qué podía decirle? No era la primera vez que Adnan y tú salíais por ahí solos. ¿Y si no se tomaba en serio mis temores? Todo eso me pasó por la mente en un instante y decidí seguir corriendo.

Y fue cuestión de un segundo. Si hubiera tardado un segundo más en reaccionar cuando no te encontré dentro de la tienda, o si hubiese perdido varios segundos hablando con el francés... ¿Y si me hubiera tropezado o caído en mi carrera desesperada?

Un solo segundo más y no hubiera visto cómo entrabas de la mano de Adnan en aquella maldita jaima. El hombre que te seguía, a punto de

desaparecer en la tienda tras de ti, era el vecino. Por supuesto, el maldito vecino. «¿Cómo se llama el desgraciado?», me pregunté mientras corría hacia la tienda. El nombre me vino a la mente mientras lo gritaba, o tal vez fue mi propia boca la que lo pronunció, sin obedecer a un mandato de mi cerebro.

—¡Tarek!

Giró la cabeza y achicó los ojos, como si entre nosotros mediase una gran distancia. Corrí hacia él con desespero. Al aproximarme, el viejo hediondo de la puerta le hizo una señal con la mano, como si apartase una mosca.

—¡Papá! —Oí tu voz y mi corazón se encabritó en una mezcla de alivio y rabia.

Saliste de la tienda y te alcé en mis brazos, abrazándote con fuerza.

—¿Estáis bien? —pregunté mirando a Adnan.

El niño asintió con la cabeza. El pobre me miraba a mí y al vecino sin entender lo que estaba pasando.

—Este hombre nos dijo que tú estabas aquí dentro —me dijo.

—¡Papá, este hombre nos avisó que estabas malito! ¿Qué te pasa? ¿Por qué me abrazas tan fuerte?

—No me pasa nada, cariño, ya estoy bien.

El viejo maloliente de la puerta, a pesar de sus arrugas y de su aparente debilidad física, mantenía la mirada desafiante clavada en mí. Los ojos engolletados de mugre y hundidos. Las pupilas inmóviles como las de un reptil. Sus manos enjutas y nervudas, surcadas de venas, aferradas como garras a un bastón.

Sin soltarte de mis brazos, crucé una mirada con Tarek. Hubiese podido matarlo con mis propias manos y arrancarle el corazón aún palpitante del pecho sin pestañear, y quise que mis ojos le dejaran bien claros mis sentimientos.

—¿Estás bien, papá? ¿Seguro?

—Seguro, chiquita, mucho mejor. Estos señores me han cuidado muy bien, pero ya no voy a necesitar volver aquí más, ahora vámonos a nuestra tienda.

Me di cuenta de que nos observaban desde todas las tiendas adyacentes. ¿Cuántos secuestros de niños habían presenciado? Muchas veces me he preguntado, querida hija, cómo puede existir semejante crueldad en el mundo. ¿Cómo puede alguien ser capaz de prostituir a una niña?

—Muchas gracias por cuidar a mi papá —dijiste dirigiéndote a Tarek y al anciano. Ambos asintieron con la cabeza.

Deseaba destrozarlos a golpes, pero era imposible calcular las consecuencias, lo que me pasara a mí no me importaba, pero sí lo que te pasara a ti o a Adnan, así que, sin más, me alejé contigo en brazos. Notaba el viento en la espalda, también la mirada de aquellos dos.

—¿Me puedes decir qué te ha pasado, papá? ¿Por qué me abrazas tan fuerte?

—No ha sido nada, un simple mareo, por lo visto perdí la consciencia.



En el barco: Vuelta a las estrellas

—Es imposible —se lamenta el señor Contrabandista con la voz irritada—. No hay nada que hacer con este motor.

—¿Qué sabe de motores este hombre? —masculla alguien—. ¿Cómo se puede arreglar un motor mientras está metido en el agua?

—Que no cunda el pánico —responde—. El mar está en calma y también tengo un par de bengalas, en cuanto distingamos una luz en la costa de Lesbos arrojamos una de ellas para que nos vean. Todo va a salir bien.

El viento y la corriente marina nos empujan, pero al parecer nadie tiene claro si nos acerca o nos aleja de la costa. Adnan dice que los antiguos marinos se orientaban leyendo las estrellas, pero en este barco nadie sabe. Ojalá yo pudiera estirar la mano hasta el cielo y tocarlas para leerlas como si fuesen braille. Pero las estrellas están muy arriba, tan lejos y tan inalcanzables como mi mamá.

—Deberíamos usar la radio de una vez —dice el casco blanco con apremio.

El oleaje comienza a atronar en la lejanía. El sonido aún es débil, pero puedo escuchar cómo las olas se acercan, suenan como una manada de animales desbocados. En el bote, un chisporroteo como de verduras lanzadas sobre aceite hirviendo anuncia que el señor Contrabandista ha encendido la radio.

—Ayuda, por favor, ayuda, estamos cerca de la costa de Lesbos, en un bote sin motor, a merced de la marea, necesitamos que nos arriben a la orilla.

—Creo que nos estamos acercando a la costa —dice alguien.

—Es difícil de decir —responde mi padre.

Comienza, entonces, una serie de conversaciones entre todos los pasajeros sobre lo cerca que estamos, lo calmada que está el agua, pero a mí, lo que más me interesa en este momento, es escuchar lo que el mar intenta decirme, al otro lado de la madera.

QUERIDA GHADA

Tu maestra, la señorita Yoli, reflexionando mientras bebía un té en la soledad de la tienda que albergaba la escuela, cambió de planes y tomó la decisión de permanecer en el campamento. Me contaría más tarde que su cambio de opinión, al anochecer, cuando ya estaba a punto de hacer las maletas, tuvo su génesis en un momento muy concreto, cuando te vio llegar a la escuela el día anterior.

—Buenos días, ricura —te saludó tratando de superar su propio desánimo.

Tu respuesta cargada de entusiasmo la cogió por sorpresa:

—¡Preparada, maestra! ¿Qué vamos a aprender hoy?

Semejante alegría en medio de aquel lugar fue un gesto pequeñito que a cualquiera se le hubiera escapado, pero que cobró unas dimensiones inmensas en su ánimo. Estaría haciendo algo significativo en el refugio si una niña era capaz de contestarle con el mismo entusiasmo que cualquier chiquillo en cualquier país del mundo.

La decisión de quedarse le rondaba desde aquel día, y fue por eso que permaneció en la tienda donde daba sus clases más tiempo del habitual, pesando y sopesando las razones para quedarse y para volver a su país.

Tus palabras resonaban en su cabeza: «¿Qué vamos a aprender hoy?».

A pesar de estar sola, lo dijo en voz alta, como si un pensamiento solo tuviera validez al convertirse en aliento, el aliento en sonido:

—Me quedo.

Y fue exactamente en ese momento cuando se dio cuenta de que se le iba a hacer tarde para coger el vehículo que llevaba cada noche a los voluntarios al

pueblo, y fue entonces cuando, al disponerse a salir, la sorprendieron un grupo de cuatro hombres que entraron en la tienda sin previo aviso.

Los hombres pueden ser inmensamente crueles, Ghada. La señorita Yoli tuvo la suficiente entereza para contarme lo sucedido. Es una gran mujer, y no se merece lo que le pasó. Lo que más le preocupaba, a pesar de todo su dolor, era que tú no te enterases ni por mí ni por otros niños (a veces los niños son tan crueles como los adultos) de lo que le había ocurrido y del motivo de su ausencia definitiva en el campamento. Con lágrimas en los ojos, me insistió en que nunca te dijera nada, tal vez la pobre mujer pensaba que te culparías si sabías que había decidido quedarse por ti, e insistía una y otra vez en que tú no habías tenido nada que ver, que aquellos hombres la atacaron antes de que hubiera podido irse aunque así lo hubiese decidido.

Cuando me contó aquellas cosas y se despidió, y me puso una mano en la mejilla, vi en sus ojos la tristeza de tener que decirle adiós a alguien que te importa. Me hizo prometer que cuando nos estableciésemos en Europa te llevaría a visitarla a España. Me dio su dirección y un número de teléfono. Quería volver a verte, a vernos. Ojalá pudieras ver, querida hija, porque comprenderías que a veces las personas mantienen conversaciones enteras mirándose a los ojos, sin decir una palabra. Los suyos me dijeron: «Te esperaré en otro lugar donde podamos ser un hombre y una mujer», y los míos le pidieron perdón en mi nombre y en el nombre de todos los hombres, y le declararon que yo seguía enamorado de tu madre. Sus ojos me respondieron que lo entendía.

Después de aquello, fueron tres los factores (yo los llamaría siempre «señales») que me empujaron a abandonar lo antes posible el campo de refugiados. Todos coincidían en lo que me había llevado hasta allí: protegerte.

La primera señal fue la de haber tenido que rescatarte de las fauces de un dragón (porque la fiebre me estaba haciendo empezar a creer en las mismas fantasías que creaba para ti) al salvarte de un secuestro de manos de aquellos hombres, a quienes no volví a ver, pero que seguían, sin duda, en el campo.

La segunda señal fue la agresión a tu maestra. Tan terrible como el hecho en sí, fue que nadie reaccionara ante la noticia. La vida en el campamento seguía igual. La única diferencia fue que algunos voluntarios de la Media Luna Roja se marcharon y llegaron caras diferentes.

La tercera señal fue la avalancha de sirios que llegó al campamento

aquellos días, miles de personas que huían de la situación cada vez más dramática que vivía nuestro amado país. Las noticias hablaban de una radicalización del conflicto y de un nuevo grupo armado de raíces yihadistas que estaba tomando el control de algunas zonas de Siria, un grupo que se hacía llamar a sí mismo Estado Islámico. Su irrupción estaba acelerando la huida masiva de decenas de miles de compatriotas hacia Turquía. La frontera con Europa estaba incomprensiblemente cerrada, de modo que el único lugar al que tenían permitido ir todas esas personas, consideradas, por motivos que jamás llegué a entender, como una especie de plaga bíblica que nadie quería acoger, eran los campos de refugiados. Cada día llegaban decenas de camiones transportando miles de personas, como ganado. En los espacios que había entre las tiendas de campaña se instalaron más tiendas. Las colas para conseguir comida y agua se multiplicaron por diez. Y cada día llegaba más y más gente.

En cierto sentido, que la situación en Siria empeorase simplificaba las cosas, porque estaba cada vez más claro que no podíamos volver a nuestro país, luego solo quedaba seguir adelante, hacia Europa.

Así lo recordaría siempre, a grandes rasgos, sin palabras ni gestos, fundiendo noches con mañanas en la niebla de mis recuerdos febriles: una señal, dos señales, tres señales y amanecer, asegurarme de que mis seis mil dólares seguían en su sitio, recorrer el campamento hasta dar con un hombre que me propuso un modo de llegar a Europa sorteando los controles de las fronteras cerradas.

—Hay un modo. La costa griega no está vigilada. No en toda su extensión.

—¿Y cómo llegamos a la costa griega?

—Cruzando el Mediterráneo.

—¿Cruzando el Mediterráneo? ¿Cómo?

—En un bote con motor fueraborda. Rápido como el viento.

—¿Y qué pasa cuando lleguemos al otro lado?

—Una vez pongas un pie en suelo europeo, su ley te convierte en refugiado político. Ya no pueden expulsarte. Coges un avión con tu familia y vuelas a Berlín, o a París, o a Barcelona. Donde quieras. Te dan un trabajo. Allí hay prosperidad. Vives en paz.

—¿A cuánta gente has llevado a Europa hasta ahora?

—Más de cien.

—¿De este campo?

—De este campo.

El hombre, que se negó a dar su nombre, vivía en una jaima muy lujosa en la parte oeste del campo, una tienda que pasaría desapercibida a cualquiera desde fuera, pero que tenía, por ejemplo, una cocina completa perfectamente instalada, como si se encontrara en un piso de un área residencial de Alepo.

—¿Cuánto dinero para tres personas? —pregunté.

—Bien, el primer trayecto es directo hasta Ayvalik, en la costa. Iríais en autobús, y eso os costaría 300 dólares por cabeza.

—¿Trescientos dólares por un viaje en autobús? Creo que no he oído bien.

—Has oído bien, hermano.

—Pero es un precio abusivo.

—Corro un gran riesgo. El beneficio tiene que estar a la altura.

—¿Riesgo? ¿Es peligroso?

—No, todo el trayecto es perfectamente seguro. Es peligroso para mí. Puedo ir a la cárcel.

—Está bien. ¿Y después?

—Me dices que tu hija es ciega.

—Sí. ¿Pero eso qué tiene que ver?

—Nada, solo que en caso de que haya algún problema, puede ser una dificultad añadida.

—Me acabas de decir que todo el trayecto es perfectamente seguro, hermano, no te quiero ofender, pero espero que no quieras aprovechar la minusvalía de mi hija para subirme el precio.

—De acuerdo, de acuerdo. No me importa que la niña sea ciega. Tres mil dólares.

—¿Por los tres?

—Tres mil dólares por cabeza. Nueve mil por los tres, más autobús a Ayvalik.

Me quedé un instante paralizado, hasta que comprendí que hablaba en serio.

—No tengo esa cantidad.

—¿Cuánto tienes?

—Cinco mil.

—Pues entonces no podemos hacer tratos, hermano.

—Supongo que no —asentí.

Comenzaba a resignarme a tener que buscar otra vía de escape. Se me debió reflejar en la cara por la respuesta que me dio:

—Tal vez haya una solución, hermano. ¿Tienes propiedades en Alepo?

—Tengo un piso.

—De acuerdo, cédeme el piso, dame los cinco mil dólares y os llevo a Grecia a tus hijos y a ti.

—Pero el piso vale mucho más de...

—¿Acaso piensas volver, hermano? Espero que te des cuenta del riesgo que corro, el piso podría terminar hecho escombros, si no lo está ya.

—¿Y cómo te lo iba a ceder? No esperarás que vuelva a Alepo a hacer papeleo.

—Por eso no te preocupes, lo podemos tramitar todo desde aquí, solo voy a necesitar los datos y que me firmes unos cuantos papeles.

—De acuerdo, te firmo esos papeles cuando lleguemos a Grecia.

—Por favor, sin duda debes haberte vuelto loco.

—Es mi única garantía de que vas a hacer lo imposible porque lleguemos y que lleguemos bien.

—Hermano, tú no pones aquí las condiciones, las pongo yo. Si quieres hacer el viaje, tienes que cederme el piso y pagarme cinco mil dólares. Parece que no aprecias el riesgo que corro, y la compasión que te muestro permitiéndote pagar con una propiedad que muy probablemente esté destruida.

Observé el lujo que rebosaba aquella jaima, que era como la de un gran jeque, forrada de alfombras, brocados y sedas, y entendí que no tenía nada con lo que presionar a aquel hombre. Tenía que aceptar sus términos o buscarme otra manera de entrar en Europa.

—¿Cuál es tu respuesta?

—La verdad es que... —arranqué una frase que no sabía terminar.

—Tienes que darme una respuesta —me insistió—. No tengo todo el día y hay más gente esperando. Si no quieres viajar, otros están dispuestos a pagar.

Y así fue como me desproveí de las últimas posesiones que me quedaban en este mundo... salvo mil dólares.

20. LO QUE PIENSO CUANDO PIENSO EN LOS GRILLOS:

- *Huelen a: en realidad nunca los he oído.*

- *Suenan a pequeños serruchos abriendo grietas a nuevas dimensiones.*

—¡Ghada! ¡Despierta! ¡El sol ya incendia el horizonte! Nos avisa de que nuestra aventura debe continuar...

—¿Nos vamos, papá? ¿Nos vamos del campamento?

—Nos vamos.

¡Por fin! Salí del saco de dormir y me puse a dar saltos de contenta. Adnan se despertó asustado, gritando: «¡¿Qué pasa?!» y Doobie se puso a ladrar.

¡Nos vamos! ¡Nos vamos!

—Shhh, niños, vais a despertar a todo el vecindario —chistó mi padre.

Unos días antes, no me hubiese hecho tanta ilusión reemprender nuestro viaje porque ya estaba acostumbrada a la vida en el campamento. Adnan y yo habíamos explorado todos los rincones y habíamos hecho algunos amigos españoles en la zona de «los cooperantes» (aunque no entendíamos por qué los llamaban los cooperantes, para nosotros eran los extranjeros). Dos de ellos, Lucía y Manuel, eran de una ciudad llamada Sevilla y hablaban un poco de árabe con un acento muy gracioso. Con su escaso vocabulario, nos habían explicado cómo es su ciudad: atravesada por un río tan ancho que pueden navegar los barcos, que tiene una torre hecha de oro y la gente pasea estatuas de señoras vírgenes por las calles, que huelen a jazmín y azahar. Adnan y yo les prometimos que la primera ciudad que visitaríamos cuando nos convirtiésemos en exploradores iba a ser Sevilla.

Lo malo era que, desde aquel día que papá se puso enfermo, se había

puesto insoportable y ya nunca nos dejaba salir solos a explorar. Para mayor fastidio, la señorita Yoli se había vuelto a su país y habían suspendido las clases hasta que llegase una profe nueva. Nos pasábamos el día metidos en la tienda, aburridos como ostras.

—¿Y cuándo salimos, papá?

—En unos minutos, ¡preparad las maletas!

—Pero papá —dije palpando las manecillas de mi reloj— son las cuatro de la mañana.

—Te dije que sería una gran aventura.

—Pero acabas de decir que el sol ya incendiaba el horizonte.

—Claro, Ghada, el horizonte de la India quería decir, el sol ya viene desde allí, y es importantísimo que le tomemos la delantera.

Lo bueno de vivir en una tienda de campaña es que tardas poquísimo en hacer las maletas. Papá me ayudó a doblar y a guardar mi ropa mientras Adnan recogía la suya. Como todavía no había ni amanecido, no desayunamos y nos pusimos a caminar atravesando el frío de la noche. El viento agitaba las lonas de las tiendas, y las cuerdas que chocaban con los hierros de los arzones hacían ruiditos como de cascabeles, y se oía el murmullo quedo de una multitud, ronquitos y gruñidos, como si estuviésemos atravesando un rebaño de ovejas soñolientas.

Papá nos explicó que primero teníamos que recorrer un trecho en autobús, trayecto que nos llevaría más o menos todo el día, y después cogeríamos un barco para cruzar el mar Mediterráneo.

¡El mar! ¡Por fin lo iba a conocer en persona! Tenía mariposas en el estómago de la emoción.

Caminamos un buen rato de cara al soplo helado que ululaba entre las tiendas de acampada y llegamos a una explanada pedregosa donde el viento ya no encontraba obstáculos. Allí, nos unimos a un grupo de personas que hablaba en voz bajita y arrastraba consigo el olor a ropa sucia del campamento, aguardando la partida del autobús, cuyas puertas se abrieron con un relincho neumático. Un señor nos indicó los asientos que nos correspondían. Papá a mi lado y Adnan detrás. Doobie en el suelo, a nuestros pies. Ya estábamos acomodados, calentitos en las mullidas butacas, cuando alguien dijo que había más personas que asientos y que algunos pasajeros tendrían que viajar de pie. Entonces papá me subió en su regazo y le cedió mi

sitio a una señora que viajaba con sus dos hijos. Los tres se acomodaron a nuestro lado, la señora, que olía a agua estancada, y sus dos hijos, quejicosos y malolientes, encima de ella.

No puedo contar mucho sobre ese trayecto porque en cuanto el autobús se puso en marcha con un ronroneo de motor, me quedé dormida, acurrucada sobre papá, mecida por el traqueteo del camino.

Lo siguiente que recuerdo, unas horas después, es una fuerte vibración que me despertó. El autobús se había parado. Los oídos me pitaban un poco y todo lo oía amortiguado, como si tuviese tapones. Bostecé y los tapones se desvanecieron.

—El motor —dijo el conductor—. Tenemos una avería, bájense todos.

Me llegó un olor desagradable, a plástico quemándose. Algo estaba ardiendo en la parte delantera del autobús.

—¡Bájense todos, ahora mismo! —apremió el conductor.

Se montó un buen revuelo. La gente no quería bajarse, pero al final tuvimos que salir tirando de nuestras maletas. Fuera, el sol calentaba de lado y era suave como aliento en la mejilla. Olía a tierra húmeda y a estiércol de vaca. Debíamos estar en una zona de sembradío o cerca de un establo. El viento ululaba dibujando cerros y diseminando aroma de olivos. Papá nos alejó del borde de la carretera, donde zumbaban los coches a toda velocidad, ruidosos como si arrastrasen papel de estraza, succionando a su paso un embudo de aire que hacía revolotear mi vestido.

—Esto es muy peligroso —dijo el señor que conducía el autobús—. Si vienen las autoridades, les aconsejo que salgan todos corriendo.

—¿Hacia dónde? —preguntó una mujer.

—Hacia el norte, entre los olivos, si la policía se presenta y empieza a pedir identificaciones van a tener que volverse todos al campamento.

Me pregunté por qué era peligroso lo que estábamos haciendo. Quise preguntarle a papá, pero no dije nada, porque había personas mayores hablando y es de mala educación interrumpir.

—Yo estoy aquí para ayudarles —dijo la voz nasal de otro hombre, tan aguda que parecía la de una mujer, solo que un poco resfriada—. El conductor tiene razón. Tienen que estar listos para tomar una decisión. Si viene la policía, deben decidir si quedarse aquí o esconderse entre los olivos, rumbo al norte, al abrigo de la noche.

—Teníamos un trato —dijo mi papá—, según el cual, nos llevarían hasta Grecia. Yo he pagado por todos mis gastos.

—Por supuesto —replicó el de la voz nasal—. Yo me quedaré con los que decidan esconderse, llegado el caso.

El motor del autobús seguía oliendo a quemado. El sol calentaba poco y el aire era cada vez más frío.

—La gente que pasa por la autopista nos mira —dijo un hombre—. No tardarán en llamar a la policía. Tenemos que hacer algo, por Dios.

La policía. ¿Por qué nos perseguía la policía? ¿Habíamos hecho algo malo? Me moría de ganas por preguntarle a papá, pero Adnan me avisó, poniéndome un dedo en la boca, de que no dijese nada. Intuí que estaba pasando algo grave. Sé que a veces las caras de las personas expresan cosas, y que hasta se hacen señales con la cara y con las manos y de esa manera se transmiten mensajes sin utilizar las palabras (eso se llama lenguaje corporal), y eso me fastidia mucho porque entonces yo no puedo saber lo que se están diciendo.

—Es el momento de tomar una decisión —apremió el de la voz de mujer resfriada—. Vamos a necesitar que venga un mecánico a reparar el autobús, y eso puede tardar todo un día. Para entonces es prácticamente seguro que la policía venga a indagar. Estamos a unas ocho horas a pie de nuestro destino. ¿Quién quiere seguir adelante, a pie, y quien prefiere quedarse?

Papá fue el primero en hablar. Dijo que nosotros seguiríamos a pie, que no podíamos arriesgarnos a que la policía nos devolviese al campamento. La decisión de mi papá provocó que estallase una algarabía de voces en la que era imposible entender nada, y varios niños de los que venían en el autobús empezaron a llorar. Al final, creo que más o menos la mitad de la gente decidió seguir a pie y la otra mitad se quedó allí, en la carretera, a esperar a que arreglasen el autobús.

De modo que empezamos a caminar alejándonos de la carretera. Costaba andar porque el suelo terregoso era blando y esponjoso, como nieve, y se hundía al pisar. Era como caminar sobre las nubes. De vez en cuando las hojitas pequeñas y afiladas de una rama de olivo me rozaban la cara. El sol apenas se sentía ya como un rescoldo apagado. Nadie hablaba. Solo se oían las respiraciones agitadas de los viajeros en nuestro trabajoso caminar.

Fue entonces cuando escuché algo que nunca había escuchado en la ciudad:

el sonido de los grillos. Me puse muy contenta porque los grillos son seres mágicos. Me sonreí, concentrada en sus voces tan rítmicas, como un coro de pequeños serruchos abriendo grietas a nuevas dimensiones, voces sutiles que resonaban en mi cabeza, hipnóticas, hablando entre ellos en un idioma incomprensible para los humanos. ¿Qué se estarían diciendo?

—¿Oyes los grillos? —le pregunté a Adnan en un susurro, sin levantar la voz porque nadie hablaba, no sé si porque, como yo, estaban intentando descifrar el canto de los grillos, o porque no tenían nada que decirse.

—Es muy bonito. Mi abuelo me contó que cuando estuvo en China había gente que tenía grillos en sus casas, como si fueran animales domésticos, viviendo en jaulas de bambú, para poder disfrutar de su canto.

—¡Papá! ¡Cuando volvamos a casa quiero tener un grillo! —exclamé—. ¿Puedo?

—Claro, tesoro, lo que tú quieras.

—Papá, ¿puedo hacerte ahora una pregunta?

—Puedes.

—¿Por qué antes un señor ha dicho que estábamos en peligro? ¿Hemos hecho algo malo? ¿Qué nos puede pasar?

—Te avisé de que esto es una aventura, no unas vacaciones.

—Lo sé. No tengo miedo. Solo quiero saberlo. Para mi libro.

—¿Para tu libro?

—Cuando acabe esta aventura voy a escribir un libro contando todo lo que hemos hecho. Y tengo que explicar cuál era el peligro que nos acechaba en la carretera.

Papá se tomó unos segundos antes de responder:

—¿Recuerdas que te hablé de gente malvada que no quiere que encontremos la flor mágica?

—¿Los que no quieren que ahuyentemos a los dragones para poder domesticarlos como si fuesen perritos y azuzarlos a los demás?

—Esos mismos. Es gente poderosa que cuenta con la ayuda de policías de otros países. Por eso no quieren dejarnos pasar a Europa. Por eso tenemos que entrar por un sitio que no esté vigilado. Porque si esos policías nos encuentran, nos harán volver al campamento.

—Yo no quiero volver al campamento. ¡Quiero ir a Berlín!

—Por eso, tesoro, tenemos que cruzar este campo de olivos.

—¿Y qué hay al otro lado?

—El mar.

¡El mar! Llevábamos ya mucho rato caminando entre los olivos y el viento de poniente arrastraba briznas de algas y sal, lo cual significaba que estábamos ya muy cerca de la costa. Yo estaba impaciente por conocerlo en persona, más impaciente que el día de mi cumpleaños por abrir los regalos.

Para entonces ya no se sentía para nada el sol y hacía cada vez más frío. Los grillos cantaban a nuestro paso, dándonos la bienvenida a sus tierras, sumando sus voces como una orquesta coral.

—Creo que ha llegado el momento de descansar —anunció el de la voz nasal.

Nos detuvimos y nos sentamos allí mismo, sobre la tierra, en medio de los olivos. La cena consistió en unas barritas crujientes que sabían a cartón azucarado y un tetrabrik de zumo de melocotón. En mitad del campo no se podía pedir otra cosa. Me moría de ganas por llegar a Berlín y comerme una buena salchicha.

Después de la cena, papá me acurrucó en su regazo. Me pasó una manta por encima. Cada vez hacía más frío. Me castañeteaban los dientes.

—¿Es que vamos a pasar aquí la noche? —preguntó una mujer.

—Tenemos que esperar a que amanezca —respondió el hombre que nos guiaba.

—Pero nos vamos a congelar a la intemperie. Tenemos que seguir.

—No podemos orientarnos, nos podríamos perder entre los cerros y acabar lejos de la costa. Por la mañana nos podremos guiar bien.

A veces, a mí también me cuesta orientarme, sobre todo en la ciudad, cuando hay tantos sonidos y olores dando vueltas a mi alrededor como un torbellino. En aquel campo de olivos, en cambio, el olor del mar siempre venía de la misma dirección.

—Por el amor de Dios, hay niños pequeños. ¿Pretendes que durmamos en el suelo en mitad de la nada?

—Vosotros elegisteis seguir a pie.

—Pues vamos a seguir caminando —dijo otro hombre.

—Te he dicho que no es posible. Nos perderemos en la oscuridad en

medio de estos montes.

La gente se pierde cuando no hay luz. Yo, en cambio, me pierdo cuando hay demasiados olores y ruidos a mi alrededor.

—Pues sigamos la carretera.

—En la carretera hay controles. Somos un grupo grande. Llamáramos la atención.

—Papá, yo sé dónde está el mar —me atreví a susurrar—. Está allí. — Señalé con el brazo en la misma dirección inequívoca en la que el viento traía el aroma a salitre.

—¿Podrías caminar siempre en esa dirección sin desviarte? —me preguntó papá.

Respondí moviendo la cabeza arriba y abajo.

—Podríamos seguir ahora campo a través —dijo papá levantando la voz—. Podemos llegar a la costa en dos horas.

—Eso es imposible —le respondió alguien—. La oscuridad es total con estas nubes, no hay luna y ni siquiera tenemos las estrellas para orientarnos. Debemos mantenernos alejados de las carreteras.

—No nos perderemos, se lo aseguro —le respondió papá—. Mi hija nos guiará.

—¿Tu hija? ¿Esa niña pequeña? ¡Pero si es ciega! —exclamó el hombre.

—Precisamente por eso —respondió papá—. Ghada es ciega de nacimiento. Para ella, la oscuridad que nos rodea no significa nada. Sabe orientarse por los sonidos y los olores. Desde aquí ya huele el mar y podrá conducirnos en la dirección correcta.

Hubo un silencio. Nos quedamos escuchando el canto de los grillos, como si ellos tuviesen la respuesta a algún enigma. Al cabo de unos instantes uno de los hombres dijo que adelante.

Nos pusimos en pie y comenzamos a caminar por aquel campo con dirección al mar.

* * *

El trayecto duró poco más de dos horas. Me fue facilísimo orientarme siguiendo el olor a mar. En algunos tramos teníamos que subir una pendiente y

en otros bajar; a veces papá me advertía de que la oscura masa de un peñasco nos cerraba el paso y teníamos que rodearlo, y en una ocasión nos encontramos con una ancha acequia de regadío por la que discurría un agua silenciosa y tuvimos que desviarnos hasta encontrar un puente de tablas para cruzarla. Pero, por más que diésemos rodeos y cambiásemos de rumbo, el mar era un muro tan gigantesco de olores a salitre, a putrefacción ocre de las algas, tan nítido e inconfundible, que era imposible perderse.

De vez en cuando, alguien se quejaba de la oscuridad:

—Está más oscuro que la boca de un lobo. ¿Seguro que esta niña sabe a dónde vamos?

Yo apretaba la mano de papá y asentía con la cabeza mientras trataba de aguantarme la risa. ¿Más oscuro que la boca de un lobo? Si un lobo es como Doobie pero mucho más grande, entonces la boca de un lobo es húmeda y con dientes afilados. ¿La oscuridad también es húmeda y tiene dientes afilados? Yo no sé lo que es la oscuridad, pero me parece a mí que los adultos le tienen tanto miedo como los niños pequeños, aunque no sean capaces de reconocerlo.

Culminábamos jadeantes una pronunciada cuesta cuando, de pronto, al otro lado, el sonido del mar. Suave y aterrador, inmenso.

—¡Maravilloso, criatura!

—¡Dios te bendiga, niña!

—¡Alabado sea Dios por esta niña!

Salí disparada hacia el mar, con mi padre gritándome a mis espaldas: «¡No! ¡Ghada! ¡Para!», yo saltando a la pata coja para quitarme un zapato y después el otro, la mullida arena bajo los pies, el intenso aroma a salitre, la humedad, el rugido de las olas. Cuando metí los pies en el agua sentí que estaba conectada con toda el agua del mundo, y que el agua era la sangre, el motor que ponía a todas las criaturas del planeta en movimiento. Puede más el agua que ninguna otra cosa en el mundo. Nunca lo había entendido hasta entonces.



En el barco: Tan cerca y tan lejos

A pesar de que el señor Contrabandista sigue pidiendo ayuda por la radio, no obtiene respuesta alguna. Papá y el señor Casco blanco no se ponen de acuerdo sobre si nos estamos acercando a la costa o alejándonos.

—En la penumbra hay veces que dejo de distinguirla —dice mi padre.

—Yo también he dejado de verla —responde el casco blanco.

—Si al menos tuviéramos unos remos.

—Podríamos intentar remar con las manos.

El bote se inclina a un lado como una mecedora, como si alguien tirase de la borda opuesta.

—Apenas llego a tocar el agua con las puntas de los dedos —dice el casco blanco, jadeando como si acabase de subir unas escaleras—. El único disparate que se me ocurre es tirarme al agua y empujar el bote nadando.

—¿Con tanta gente a bordo? Apenas serías capaz de moverlo —le responde mi padre, también jadeante.

—Puedo intentar nadar yo solo, llegar a la costa y pedir ayuda.

—No sabemos a qué distancia estamos, podrías ahogarte a medio camino, y parece que va a volver a llover, está el mar muy traicionero.

Las primeras gotas de lluvia me golpean la cara como proyectiles de un ejército liliputiense y se transforman rápidamente en una ráfaga intensa, sesgada. El cielo ha vuelto a activar su mecanismo de riego por aspersión a la máxima potencia. El agua de lluvia es dulce, pero su efecto en los viajeros es amargo. Brotan los lamentos y las oraciones, un siseo amortiguado como ascuas bajo la lluvia. En las voces trepida el miedo. Se puede oler el miedo a través de la lluvia. Casi se puede tocar el miedo. Una presencia funesta instalada entre nosotros. La lluvia en nuestro barco tiene el mismo efecto que el fuego sobre un rebaño de ovejas atrapado en un establo.

La radio solo responde con ruido de estática. Las llamadas de auxilio del señor Contrabandista cada vez suenan más desesperadas. Nos grita que va a lanzar una bengala de socorro. Se produce una detonación en sordina, como el *flash* de una antigua lámpara de magnesio. El mar se retuerce como si quisiera doblarse sobre sí mismo. El bote se eleva, se inclina, se agita con violencia. Papá nos cubre a Adnan y a mí con un chubasquero de plástico. Gota a gota, la lluvia repiquetea contra el plástico. A pesar del fragor que nos envuelve, entiendo por primera vez algunas palabras que me llegan desde el suelo del bote, entre los susurros de agua.

«Ghada, no tengas miedo».

QUERIDA GHADA

Nos encontrábamos en la playa, preparados para embarcar. El bote de madera con motor fuera borda parecía diminuto frente al grupo de veinticinco personas, sin contar a los niños, que nos congregábamos a su alrededor, embelesados como si admirásemos un artefacto llegado de otro mundo. El número veinte en el costado de la embarcación me llamó la atención.

—Es un bote para veinte personas, somos veinticinco, necesitaremos otro —dije.

—Esto es lo que tenemos —replicó el hombre que nos había llevado hasta allí—. Y caber caben, sobre todo si se llevan solo lo indispensable.

—¿Qué quieres decir? —preguntó alguien.

—Que deberían aligerar equipaje. Solo una mochila por familia.

—Esto no es lo acordado —objeté.

—Esto es lo que tenemos, teníamos otro bote, pero ya no está disponible.

—¿No está disponible? ¿Qué quiere decir?

—No tengo idea, la verdad, estas cosas también se estropean.

—¿Y si se nos estropea este en alta mar?

—Le digo que no sé qué ha pasado con el otro bote, pero este está en perfectas condiciones. Simplemente tendremos que apretarnos un poco y dejar aquí todo el equipaje.

—Pero no puedo dejar aquí mi maleta. Dentro está todo lo que tengo —se quejó una mujer.

—Al otro lado, cuando llegemos a la costa griega, podrán comprarse todo lo que quieran.

—Pero aquí llevo recuerdos de mi familia, de mis padres —dijo una mujer joven que viajaba con su hermano pequeño.

—Nada de maletas. La barca se hundirá con tanto peso. Si quieren sitio para las personas, las maletas fuera. Solo una mochila por familia —repitió—. Y, desde luego, tampoco el perro.

—¿Cómo ha dicho?

—El perro ocupa sitio y pesa como una maleta grande. Nos hundiremos

con tanto peso.

—Pero no ve que es un perro pequeño. Apenas pesa diez kilos...

—El perro se queda en tierra —repitió dividiendo el aire en dos con la mano—. El perro o uno de los niños. Elijan.

El grupo se impacientaba. Todos querían llegar a la costa griega cuanto antes. Arrodillados en la arena, azotados por el viento, empezaron a abrir sus maletas y a seleccionar entre sus pertenencias lo poco que podían salvar en una mochila de mano. La playa se llenó de maletas abiertas y ropa desperdigada arrastrada por el aire, como restos de un naufragio. Y eso éramos, en realidad, náufragos de un país que se hundía.

Mientras nos ocupábamos del equipaje, el hombre que nos había conducido hasta allí, el contrabandista, recibió una llamada en el móvil. Se alejó unos metros para hablar sin que pudiésemos oírlo. Su figura a contraluz, con el fondo destellante del mar, daba zancadas en la arena como una marioneta articulada. Parecía discutir con alguien. El viento se llevaba sus palabras. Al poco, colgó y regresó hasta donde nos encontrábamos.

—Acabo de recibir un aviso. Han interceptado a otro bote. Si salimos ahora es muy posible que la policía turca nos detenga y nos traiga de nuevo a esta costa.

—¿Entonces qué podemos hacer?

—Tendremos que esperar hasta que anochezca, para que no nos vean. Otra razón más para no llevar al perro —dijo lanzándome una mirada.

—¿Por qué?

—La oscuridad nos protegerá de la policía, pero los ladridos del perro podrían delatarnos.

Te observé jugar en la orilla con Adnan y el perro correteando a vuestro alrededor, vuestras siluetas a contraluz recortadas contra el azul y los destellos del sol sobre las olas. Metías las piernas en el agua una y otra vez, sonriendo a cada contacto con las olas, tan fascinada por el mar, y me maldije por no haberte traído a disfrutar del mar antes, antes de la guerra, cuando el tiempo era dulce y cada maldito segundo era feliz aunque no me diera cuenta.

Respiré hondo. ¿Cómo podría convencerte para seguir el viaje sin el perro? Nunca aceptarías abandonarlo solo en la playa. Entonces recordé que cuando nos aproximábamos había visto una cabaña de pescadores. Me sobrevino la imagen de la cabaña, como si fuera una postal, en la puerta

jugaba un niño pequeño y tenían un perro atado que ladró a nuestro paso.

Me dirigí hasta la orilla.

—Princesa, ha surgido un problema.

—¿Qué pasa, papá?

Te quedaste inmóvil, como solías hacer, con tus ojos de niebla fijos en el horizonte. Las gaviotas graznaban sobre nuestras cabezas.

—Me acaban de decir que no hay sitio en la barca para Doobie. Tenemos que dejarlo aquí.

—¡Papá! ¡No podemos dejarlo aquí solo!

—No lo dejaremos solo. Lo dejaremos al cuidado de una familia y lo recogeremos cuando volvamos. ¿Te parece?

—¿Pero cuidarán bien de él?

—Seguro, cariño.

—Pero papá... —me respondiste, la voz ahogada, a punto de llorar.

—Cariño, en realidad esto son buenas noticias, Doobie va a estar mejor aquí, cerca del mar, correteando por la playa cada vez que quiera, van a ser como unas vacaciones para él. Ven conmigo.

Cogimos a Doobie y caminamos por la arena hasta la cabaña de pescadores. Al vernos, el perro que tenían atado comenzó a ladrar. Doobie tensó las orejas y comenzó a gruñir y tú lo acariciaste para tranquilizarlo.

—Papá, ¿y si no se lleva bien con ese otro perro?

Junto a una barca varada en la playa había un hombre de unos treinta años, inclinado sobre sus aparejos de pesca. A su lado, un niño pequeño lo observaba trabajar con la atención embelesada. El hombre alzó la cabeza y achicó los ojos para mirarnos mientras nos aproximábamos.

—La paz esté contigo —le saludé.

—Contigo esté la paz.

—Mi nombre es Khaled. Mi hija Ghada y yo somos de Alepo. Estamos de camino a Berlín y tenemos un problema. He pensado que quizás podría suplicar tu ayuda —le dije.

—Tú dirás.

—Vamos a emprender una travesía en barco. Cruzaremos el mar hasta la costa griega —le expliqué—. No podemos llevar con nosotros este perro, que es de mi hija. Ghada le tiene mucho cariño. ¿Podrías cuidar de él hasta que

volvamos? Te recompensaría por la ayuda —me apresuré a decir.

—Tengo una familia que mantener y la pesca escasea —dijo el hombre, de cuclillas, mirándome fijamente con los ojos entrecerrados para protegerlos del sol que brillaba sobre nuestras cabezas.

—Es un perro pequeño, come poco. Cien dólares podrían compensar cualquier molestia que te causara —le dije.

—A mi esposa no le gustan los perros. Tendré que hacerle un regalo para contentarla. A ella le gustan los vestidos bonitos.

—Ciento cincuenta dólares y podrá comprarse el mejor vestido de Esmirna.

—Doscientos dólares y acogerá ese perro como si fuera uno de sus hijos.

Dejé escapar un suspiro. Era mucho dinero, pero sabía que nunca me perdonaría dejar el animal abandonado en la playa. Le di al pescador los doscientos dólares. Te despediste del perrito entre abrazos y lloros, prometiéndole que volverías pronto. El pescador cogió una cuerda de entre los aparejos, la ató al cuello del animal sin demasiados miramientos y amarró el otro extremo a la barca. Cuando nos alejamos el perro comenzó a seguirnos hasta que la cuerda se tensó. Empezó a ladrar con aullidos que rompían el corazón, tirando de la cuerda con todas sus fuerzas, y tuve que cogerte en brazos para consolarte porque no dejabas de llorar.

Pasé el resto del día con la mirada clavada en la difuminada costa de Lesbos, donde una nueva vida nos esperaba en aquella tierra que parecía que pudieras alcanzar con la mano, temeroso, aunque me avergonzara tener tales pensamientos, de que llegaran más refugiados a lo largo del día queriendo usar el mismo bote. No llegaron.

Al anoecer, llegó el momento de subir a la barca. Las mujeres primero, ayudadas por los hombres. Después los niños, alzados en brazos sobre la borda. Por último, empujamos la barca entre varios hombres hasta que se volvió ingrávida, la fuerza del mar apoderándose de ella con una fuerza tractora oscura y poderosa. Me encaramé tomando impulso y salté al interior, con la barca ya desplazándose sobre las olas, sintiendo que con ese gesto se rompía definitivamente el último vínculo que me quedaba con el mundo que había conocido hasta ese momento.

21. LO QUE PENSABA HACE APENAS DOS HORAS:

Me dolía tanto el corazón por tener que seguir el viaje sin Doobie que, por más valiente que quise ser, ya no pude contener el llanto. Lo habíamos dejado con un señor que vive en la playa, un pescador muy empeñado en regalarle vestidos bonitos a su esposa. Papá me aseguró que lo iba a cuidar muy bien. Yo es que quiero muchísimo a Doobie y separarme de él me dejó sin ganas de nada. Ya no quería seguir jugando con las saltarinas olas en la playa porque me acordaba de cómo Doobie les ladraba, y hasta el mar me pareció triste y solitario. El mar es azul y la tristeza que sentía era tan grande como el mar, y por fin entendí por qué la tristeza es de color azul.

Papá nos explicó que el barco no partiría hasta que se hiciese de noche, así que tomamos un almuerzo sentados en la arena, con el sol irradiando calor sobre nuestras cabezas, envueltos en el olor a sal. Las olas rompían contra la orilla una y otra vez como latigazos. Las olas no se detienen ni un solo instante, no paran ni de día ni de noche. Del cielo descendían con amplio eco los graznidos de las gaviotas, blancas como el algodón, las describió papá, flotando con sus alas extendidas en círculos como cometas. El almuerzo consistió (oooootra vez) en una barrita de cereales que sabía a cartón azucarado y un tetrabrik de zumo de naranja. Yo cada vez tenía más hambre, y aunque no podía decirse que hubiese estado literalmente dos días sin comer (no podía decirlo porque comíamos aquellas barritas de cereales), creo que sí que puedo afirmar que he pasado hambre, aunque no sea literalmente. Adnan también me confesó que estaba muerto de hambre, y no pudimos dejar de acordarnos de los insectos que había tenido que comer su abuelo. Puaj.

Después de la comida la gente se tumbó a descansar en la arena para coger

fuerzas para la travesía, y yo también, y al poco me quedé dormida acurrucada junto a papá, arrullada por el sonido de las olas y los graznidos de las gaviotas, que parecían llamarnos a gritos desde el cielo. Soñé que Doobie me lamía la cara y me hacía cosquillas. Yo lo apartaba, pero él seguía lamiéndome una y otra vez, y entonces me desperté y seguí notando sus lengüetazos y me di cuenta de que no era un sueño. ¡Doobie estaba allí de verdad junto a mí, agitando el rabo y gimoteando!

—¡Mira Ghada, Doobie se ha escapado! —susurró Adnan.

Lo abracé con todas mis ganas. La cuerda que llevaba alrededor del cuello acababa en un trozo suelto que había cortado a mordiscos. Pobre Doobie. Él también me quiere mucho. Ojalá pudiera venir a Berlín con nosotros, deseé para mis adentros. Lo pedí con todas mis fuerzas, ojalá, ojalá, ojalá, y con tanta fuerza lo deseé que se me ocurrió una idea, sobre todo al darme cuenta de los ronquidos de papá, tan fuertes que subían al cielo eclipsando los graznidos de las gaviotas.

Pegué mi boca a la oreja de Adnan y le conté mi plan. Él me dijo que adelante. Cogimos entre los dos la mochila de papá, que pesaba muchísimo porque estaba llena de botellas de agua, y nos escondimos detrás de unas rocas. Cavamos con las manos un agujero en la arena y enterramos allí todo lo que había en la mochila. Después, metí a Doobie dentro y la cerré, dejando un pequeño espacio para que pudiera respirar. El animalito se quedó quieto, tranquilo al sentirme a su lado.

Para entonces el sol ya casi se había marchado y el señor que nos había llevado hasta allí empezó a dar voces, avisando a todo el mundo de que ya era hora de embarcar.

Fue muy rápido. En la orilla, donde el agua me mojaba los bajos del vestido, papá me dio un beso en la frente, me alzó agarrándome por debajo de los brazos y me elevó sobre la borda del barco. Otro señor me cogió desde el otro lado y me sentó en una especie de banco de madera sin desbastar. Después subieron a Adnan, que se sentó a mi lado. Por último, depositaron la mochila de papá. Nadie se dio cuenta de que Doobie iba dentro. Adnan me cogió la mano y yo se la apreté con fuerza en un gesto de complicidad. La barca empezó a balancearse de un lado para otro, hundiéndose un poquito más cada vez que alguien se subía.

Entonces papá se sentó a mi lado y me rodeó con un brazo. Tenía los

pantalones mojados y yo lo único que quería en ese momento era que no le diera sed para que no intentase coger una botella de agua y descubriese a Doobie dentro de la mochila. Sonó un ruido de motor como una batidora y un batir de agua y el barco se puso en movimiento. De la emoción me aletearon mariposas en el estómago. La barca se balanceaba ondulante como un caballito de tiovivo y las olas percutían la madera como un tam-tam. Papá dijo que el cielo estaba tan despejado que se podían ver las galaxias más lejanas, e incluso una estela de polvo de hadas que habían debido pasar por allí hacía poco. Las estrellas son como azúcar espolvoreado en el cielo, eso es lo que dice mi padre, y dice también que se reflejan en el Mediterráneo como chispitas tintineantes que bailan sobre las olas. Cuando pasa una ola siento caer gotitas sobre mi frente y sobre mis mejillas, y me pregunto si esas gotas reflejan también las estrellas mientras viajan desde la superficie del Mediterráneo hasta mi cara.



En el barco: ¿Existen los dragones?

No para de llover. Estoy empapada. El agua me llega ya hasta los tobillos. El mar está embravecido y el bote se agita a un lado y a otro. Papá me sujeta con fuerza y yo abrazo a Doobie. Adnan se ha puesto a vomitar.

—Papá, ¿falta mucho?

—No, Ghada, no falta casi nada ya, la costa vuelve a estar a la vista.

—¿La costa de Grecia o la de Turquía?

—¿Qué importa eso, mi niña? Lo que importa es llegar a ella.

Escucho gritos sofocados. El agua está entrando de nuevo en el bote y lo hace con más fuerza que antes. Puedo sentir la agitación de papá.

El señor Contrabandista tira la segunda bengala.

El agua comienza a mojarme las piernas. Papá me abraza con tanta fuerza que me hace daño. Bajo el tamborileo rítmico y constante de la lluvia el silencio es casi total, interrumpido únicamente por la voz del señor Contrabandista y el sonido de estática de la radio.

—Necesitamos ayuda, nos vamos a hundir, no tenemos chalecos.

De la radio sale una voz metálica. No puedo entender quién ni qué responde, pero sí cómo la desesperación aumenta en la voz del contrabandista.

—¿Van a mandarnos a alguien? Por favor, se lo suplico, el bote está a punto de hundirse, estamos muy cerca de la costa.

Los rezos de las mujeres se convierten en llantos mientras el agua sigue subiendo, ahora a gran velocidad. Papá me sostiene en brazos. Yo sujeto a Doobie. El agua me sigue susurrando.

Entonces, de golpe, dejo de sentir mi peso sobre el bote, es como si el bote ya no existiera. El agua explota a mi alrededor.

Cuida de Doobie, papá.

Suelto a Doobie para que pueda nadar, le escucho ladrar, son ladridos que me llegan como a través de una pared, al otro lado de un colchón de plumas. Algo me golpea en la espalda, un golpe violento, el barco debe haber girado sobre sí mismo, siento un chasquido en las costillas y dejo de sentir el abrazo de mi padre, solo escucho gritos acolchados que vienen de arriba mientras sigo hundiéndome en el agua.

«No tengas miedo, Ghada, no tengas miedo, cariño».

Recuerdo entonces, por fin, la voz de mi madre; es mi madre la que me llama.

La ropa tira de mí hacia abajo y cuando intento respirar siento el fuego del agua en la garganta.

Eso deben sentir los dragones, fuego en la garganta. Me pone muy triste darme cuenta de que no existen los dragones, ni las hadas, ni los sueños imposibles, son solo historias de papá para hacerme sentir mejor, para que yo no viva en un mundo que debe ser aún más terrorífico que el que me cuenta. La realidad es mucho más fea, los verdaderos dragones son personas muy malas, aunque yo prefiero seguir haciéndole caso a papá para que crea que me hace un poquito más feliz, imaginándome un mundo como el de los cuentos. Qué horrible debe ser el mundo, el de verdad, cuando creer en unas criaturas feroces hace que todo parezca mejor de lo que es. No, no hay nada de eso, nadie va a venir a rescatarme de las profundidades del mar, no hay justicia divina, ni milagros, el mundo es el que nosotros hacemos, las personas.

En una situación como esta, sin embargo, me siento tranquila, como cuando Doobie dormía sobre mí.

La paz de saber que, en la novela de mi vida, este momento aparecería en

sus últimas páginas.

La paz de dejar de luchar y afrontar tu destino. La paz que me da la voz de mamá, la voz que se había perdido en mis recuerdos.

«No tengas miedo, Ghada».

Los recuerdos de una persona que no puede ver se nutren de olores y de sonidos, pero, sobre todo, de lo que te hicieron sentir otras personas, de la dulzura de tu madre, del abrazo y del aliento de tu padre, de la voz de Adnan cuando se siente feliz, del aire sobre tu cara cuando viajas en un coche con la ventanilla bajada, de caminar sobre la yerba, de los consejos de la señorita Houda, del sabor de la sangre cuando te cortas un dedo, de la suavidad del pelaje de Doobie, de sentir su corazón latir, de la calma de un bebé mientras su madre le da el pecho, mi propia calma, de la rugosidad del muro que va desde mi casa hasta la esquina que hay que doblar a la izquierda para ir a la escuela, de los agujeritos en las ventanitas de las maquetas de edificios que me regala mi tío Esmail, de un arco iris de fragancias en la perfumería del señor Ahmed, de la respiración de mi querida Alepo en calma, durante la noche, del murmullo del tráfico y de despertarse con las bromas y gritos de los hermanos Bagdadí, de sentir el tacto de una blusa sobre tus brazos, de llorar la ausencia de tu madre y de las despedidas, del olor añejo de un libro; los recuerdos de una persona que no puede ver se nutren de una lluvia de fuego, del sonido de idiomas extranjeros mientras caminas sobre la tierra polvorienta, de encontrar en el agua la comunión de todas esas cosas, las vividas, las que imaginaste y las que poblaron tu esperanza, de los susurros del mar cuando te habla bajito a través de la madera de un barco herido.

Claro que no tengo miedo.

Siento el poder de mi nuevo amigo, el poder del mar, madre y mar son uno, el mar une y conecta todas las cosas, me abraza y baila conmigo en piruetas, y el frescor del agua se vuelve calor, y los gritos de mi padre, los gritos de Khaled, comienzan a desvanecerse en la distancia.

Cuida de Doobie, papá.

QUERIDA GHADA

Antes de perderte bajo el agua me preguntaste a qué costa nos acercábamos; era la costa de Lesbos, la costa griega. A veces, en mis sueños,

me pedías que cuidara de Doobie, y así lo he hecho hasta hoy. Doobie me ha hecho mucha compañía durante los cinco años que han pasado desde que el mar te arrebató de mis brazos.

El bote se inundó completamente. Cuando comenzamos a flotar en el agua yo tenía la determinación de no soltarte por nada del mundo, cariño, entonces el bote giró sobre sí mismo y nos golpeó de lleno, estuve a punto de perder el conocimiento, pero fui capaz de mantenerme alerta, lo que no logré fue evitar que te escurrieras entre mis brazos.

Ghada, sentí que el mar tiraba de ti, casi parecía que tú misma te entregabas. Es el peor recuerdo de mi vida, no hay palabras que puedan expresar lo que sentí en aquel momento. Nadé y me sumergí una y otra vez intentando encontrarte bajo el agua hasta que los pulmones me abrasaron, salía a respirar y gritaba tu nombre, y gritaba a los demás para que me ayudaran. Nadie te pudo alcanzar. Pocos minutos después, llegaron varias lanchas desde Lesbos con oficiales de policía. Yo no paré de decirles que te buscaran, quería seguir en el agua hasta encontrarte, pero me arrastraron a la fuerza a la costa. Hubiera dado mi vida por ti.

No sabes cuánto odié a Doobie mientras lo veía corretear por la playa. Mi querida niña se había ahogado, pero el perro había salvado la vida y deambulaba alegremente, ladrándole a las olas desde la orilla. Sin embargo, comencé a querer a aquella criatura cuando trajeron tu cuerpo en un bote y la tristeza de sus gemidos competía con la amargura los míos. ¿Cómo puede un animal adorar a alguien de esa manera? ¿Cómo pueden las bestias demostrar tanta humanidad y los humanos tan poca?

Abracé tu cuerpo sin vida.

Los griegos, tanto la policía como los miembros de la Cruz Roja que nos dieron refugio durante aquellos primeros días, fueron extraordinariamente amables con nosotros. Sin embargo, algo no me acababa de encajar. Estaban apenados por mi tragedia, pero no tan tristes como cabría esperar ante semejante desgracia, o eso me parecía a mí. Alguien me aclaró sin demasiado tacto que antes de ti, ya contabilizaban 422 niños fallecidos en el Mediterráneo, huyendo de Siria. Y es que, querida hija, aquellas personas estaban acostumbradas al horror. Era algo que ya había visto en Alepo, acostumbrarse al horror. Tú fuiste la víctima infantil 423 de entre los casos verificados. Tan grande es el océano que puede acoger semejante inmensidad

de desgracias. Desgracias que no cesaron con tu muerte, Ghada.

423 niños.

Luego fueron 424, 425, 426... y la cifra sigue creciendo.

Adnan y yo, tras no pocos sufrimientos que no voy a relatarte, en lugar de llegar a Berlín, terminamos nuestra odisea estableciéndonos en una ciudad española. Nuestro objetivo nunca fue encontrar una flor, sino encontrar un lugar seguro donde vivir, y en ese empeño te perdí para siempre, querida hija.

España es un país muy bonito. Te asombrarías de escucharnos chapurrear el español. Adnan lo habla bastante mejor que yo. Yo trabajo como jardinero. Adnan va a la escuela, va pasando de curso y, según me dicen sus profesores, tiene por delante un futuro prometedor. Los españoles son muy desorganizados, cada uno come a una hora diferente y, sobre todo, los fines de semana, abarrotan los bares hasta altas horas de la madrugada. Como Adnan y yo vivimos en una primera planta, muchos sábados me despierto asustado por algún ruido pensando que estoy en Alepo, pero solo es gente de fiesta, como si un centenar de hermanos Bagdadí caminaran por la calle. A veces, me llegan noticias de otros refugiados del bote que terminaron estableciéndose en Alemania, como el señor Hayyan Madeb, el casco blanco, y te aseguro que el estilo de vida en España, a pesar de lo que te acabo de describir, se asemeja más al nuestro que al de los alemanes.

Europa, nuestra esperanza. No echo de menos Alepo, y no por los bombardeos, ni por la muerte que se extendía por sus calles, te echo de menos a ti y a solo a ti. La vida aquí, mi vida, no tiene sentido, no lo tendría en ningún lugar sin tenerte junto a mí.

Cada semana hablo con una señorita muy educada, es de Siria y es psicóloga, llegó a España antes de que los dragones atacaran Alepo. Fue ella la que me recomendó que te escribiera todas estas cartas. Hay días que no le encuentro mucho sentido a escribirte cartas que nunca vas a poder leer, hija mía, no pocas veces he destrozado folios y folios después de llenarlos de palabras que iban a ninguna parte. Otras veces le encuentro todo el sentido del mundo. Nunca te expliqué cómo eran las cosas, nunca te conté lo que mis ojos vieron ni lo que yo mismo viví, era algo que esperaba contarte cuando fueras mayor, pero nunca llegaste a serlo. Te lo cuento todo ahora en estas cartas sin destino. ¿Recuerdas que te dije que hablaba con tu mamá como si pudiera escucharme? Ahora te escribo como si pudieras leerme. No solo estas cartas,

a veces te escribo notas en braille, usando tu regleta y tu punzón, notas que dejo en los jardines entre las flores de colores que tanto te gustaba oler, otras veces las arrojo al mar.

¿Puedes ver ahora que estás en el cielo, hija mía?

No te imaginas lo duro que me resulta a veces escribirte, a menudo pasan semanas entre un párrafo y el siguiente, otras sonrío e incluso me pongo a reír, recordándote, mi niña, es como si vivieras dentro de mis recuerdos, como si estas palabras torcidas que escribo te dieran vida.

Hoy he enterrado a Doobie; a falta de un lugar más apropiado, le di sepultura en un descampado que hay en el barrio donde vivimos Adnan y yo. He sufrido su pérdida como si se tratara de un hijo. Como si su muerte me trajera, una vez más, la tuya.

Unos jóvenes que bebían cerveza en la calle y me observaban, me han insultado mientras lloraba, arrodillado sobre la tierra. Me avergonzaría decirte el significado de las palabras que me han dirigido, no sé mucho español, pero te aseguro que conozco todos los insultos. A veces, también he sufrido el desprecio de personas adultas, o he presenciado cómo insultaban a Adnan. Algunas veces he reaccionado, he salido en su defensa; otras, no he sido capaz. Ya ves, tu padre, después de todo lo que ha luchado, también puede ser un cobarde.

Hija mía, cuántas veces te imaginé sana y salva en Europa, junto a mí, cuántas veces fantaseé con nuestros paseos por Berlín. Y ahora siento que, con tu pérdida, dos vidas se han apagado, no solo una. Al menos, me queda Adnan. Es muy buen chico, también soñé alguna vez que Adnan acababa siendo tu marido. Pensar en esas cosas me entristece mucho.

Créeme que me afano en aprender español para ser capaz de hablarlo bien de verdad, al menos tan bien como él. No estoy buscando excusas, pero hay veces que me siento incapaz por mis limitaciones en el idioma. Alguna vez me han llamado «pobre hombre» y, al principio, no entendía cómo podían tener tan poco tacto de llamarme «pobre». Después acabé entendiendo que «pobre» también es una expresión de lástima que no tiene que ver con tener dinero. O sea, que de lo que hablan es de la desgracia que tuve al perderte. Lo que nunca voy a entender es que me digan que he tenido suerte de venir a España. ¿Suerte? ¿He tenido «suerte»? La palabra «suerte» debe tener un doble significado que se me escapa, porque, ¿cómo pueden llamar suerte a que una

guerra arrase la ciudad en la que vives, a ver morir a tus amigos y familiares, ver morir a tu hija y terminar en un país que no comprendes y, lo que es peor, en el que nadie te comprende a ti?

Hay veces que oigo a algunos comentar, precisamente, que después de todo, he conseguido llegar aquí, donde se vive mucho mejor que en Siria. En esos momentos pienso en el Alepo antes de la guerra, antes de morir tu madre, recuerdo nuestras tardes en el parque, nuestros sueños de futuro, aquella vida que nos arrebataron. No sé si reírme ante el hecho de que algunos piensen que vivíamos sumidos en la tristeza, cargados de privaciones, en cuevas, eso mismo he llegado a oír, que vivíamos sin electricidad ni agua corriente.

Me entristece la pobreza de algunas personas, la pobreza de conocimiento, la pobreza de empatía, la determinación inquebrantable de ignorar el sufrimiento de otros seres humanos. Por supuesto, también hay mucha gente buena y comprensiva, voluntarios de la Cruz Roja y otras organizaciones se han portado maravillosamente con Adnan y conmigo. No, la gente no es mala; la gente, simplemente, no sabe.

Los insultos y los comentarios de algunos europeos, por equivocados que estén, no me hacen tanto daño como crees, porque con su desprecio, al menos, hacen honor a nuestra presencia. Al insultarnos demuestran que saben de nuestra existencia, en sus sentimientos de rechazo y de odio, demuestran que albergan sentimientos, aunque sean negativos.

El verdadero y mayor insulto fue el de ignorarnos mientras moríamos en Alepo, en Siria, mientras las vidas de nuestros hijos se diluían en el mar, una tragedia monstruosa que no cesa y que ignoran.

Cada día.

Incluso hoy.



En el mar: 423 colores

Mi papá sigue gritando sobre el mar, se sumerge una y otra vez para buscarme, asirme de la mano, sacarme del agua.

Abro los ojos bajo el agua y veo, por fin, la luz. Veo a mi padre, tan cerca

y tan lejos.

La luz viene de arriba, líneas solares, parece que comienza a amanecer mientras mi madre me arropa entre el agua. La luz tiene esas propiedades, como viajar a través de galaxias, atravesar el agua y reflejarse en una dirección y en otra, así hasta el infinito. Un millón de galaxias caben dentro de mis ojos.

Ahora, por fin, entiendo de verdad lo que es la luz.

Puedo ver; hasta ahora no sabía lo que era ver. Mi padre es un hombre guapísimo. Nunca había visto una cara antes.

El agua es azul, ahora entiendo lo que es el azul.

El agua son las lágrimas de mi padre diluidas en el mar.

Veo, por primera vez, mis manos. Veo colores, muchos colores.

Todavía puedo escuchar la voz de mi padre, llamándome, quisiera saber nadar para poder llegar a la superficie y ver su cara una vez más, quisiera al menos poder decirle que no se preocupe, que ya no siento el dolor del fuego en mi garganta, que aquí abajo estoy con mamá, que ya puedo verlo todo y verla a ella, que el azul del Mediterráneo es tan bonito como siempre lo había imaginado, como los cientos de colores que bailan a mi alrededor, que mamá parece un ángel. ¿Cómo no ibas a enamorarte de ella?

«No tengas miedo, Ghada».

Mi madre me abraza y la luz se atenúa hasta un nuevo amanecer.

—¡Arriba dormilona! El sol naciente se derrama sobre los tejados como azúcar líquido, y las nubes son de algodón, ¿te lo vas a perder?